

KUNDALINI

El yoga de la energía



Gopi Krishna

Título original: KUNDALINI (1976)

Primera edición en español: 1988

El potencial kundalini, el misterioso centro de poder, es conocido por místicos y yoguis indios desde hace muchos siglos. Una vez activado a través del yoga, la kundalini puede ser la fuente de una energía inimaginablemente poderosa, concediendo al individuo un gran poder intelectual y espiritual. De hecho, según el autor, puede transformar a un ser humano medio en un genio.

El presente libro -que ya es un clásico de fama mundial- es un relato autobiográfico de lo que sucede en la mente y el cuerpo cuando la kundalini despierta espontáneamente. Describe los peligros, los trastornos y la equilibrada entrada final a un nivel superior de la conciencia.

Gopi Krishna ha creado una Fundación Kundalini en Jammu que proporciona una base científica para la práctica del kundalini, igual que para difundir, lo más extensamente posible, los conocimientos que ha adquirido a través de su experiencia personal.

Una mañana, durante la navidad de 1937, estaba sentado con las piernas cruzadas en la habitación de una pequeña casa en las afueras de Jammu, la capital invernal del estado de Jammu y Kashmir en el norte de la India. Estaba meditando con la cara vuelta hacia la ventana del lado este, a través de la cual penetraban en la habitación las primeras luces grises del alba que lentamente se aclaraba. Esta larga práctica me había acostumbrado a permanecer en la misma posición durante horas enteras sin sentir la menor molestia, y así estaba, sentado, respirando lenta y rítmicamente, con la atención concentrada en mi coronilla, contemplando un loto imaginario en plena flor y que irradiaba luz.

Permanecí sentado, erecto e inmóvil, con mis pensamientos siempre centrados en el loto resplandeciente, procurando evitar que mi atención se desviase y atrayéndola una y otra vez cuando se alejaba en alguna otra dirección. La intensidad de la concentración interrumpió mi respiración, que disminuía gradualmente hasta el extremo de que a ratos era apenas perceptible. Mi ser entero estaba tan absorto en la contemplación del loto que durante varios minutos seguidos perdí el contacto con mi cuerpo y con mi entorno. Durante estos intervalos sentía como si estuviese suspendido en el aire, sin la sensación de poseer un cuerpo que me rodease. No era consciente más que de un loto brillante que emitía rayos de luz. Esta experiencia les ha sucedido a muchas personas que practican la meditación con regularidad durante un período de tiempo suficientemente largo, pero lo que me ocurrió después, aquella mañana profética, cambiando el curso entero de mi vida y mi concepto de ella, les ha sucedido a pocos.

Durante uno de estos momentos de concentración intensa, de repente tuve una sensación extraña en la base de la columna vertebral, en el punto que toca con el trasero, mientras estaba sentado con las piernas cruzadas sobre una manta plegada en el suelo. La sensación fue tan extraordinaria y agradable que mi atención fue atraída hacia ella. En el momento en que mi atención se desvió inesperadamente del punto en el que estaba enfocada, la sensación cesó. Creyendo que había sido un truco de mi imaginación para aflojar la tensión, aparté la cuestión de mi mente y volví a centrar la atención en el punto del que se había alejado. La enfoqué de nuevo en el loto, y, mientras la imagen se hacía más clara y definida en mi coronilla, la sensación apareció de nuevo. Esta vez intenté mantener fija mi atención y lo logré durante algunos segundos, pero la sensación, que se extendía hacia arriba, llegó a ser tan intensa y fue tan extraordinaria, en comparación con cualquier cosa que hubiese experimentado con anterioridad, que a pesar mío mi mente se desvió hacia ella, y en ese mismo instante volvió a desaparecer. Ahora estaba convencido de que algo extraño había ocurrido y que la práctica diaria de la concentración probablemente había sido la causa.

Había leído relatos brillantes, escritos por hombres sabios, sobre el enorme provecho que resulta de la concentración, y sobre los poderes milagrosos que adquieren los yoguis mediante tales prácticas. Mi corazón empezó a latir frenéticamente, y me di cuenta de que me era difícil alcanzar el nivel necesario de concentración. Poco después ya me sentía más tranquilo, y pronto estuve meditando tan profundamente como antes. Cuando ya estaba totalmente inmerso, experimenté de nuevo la misma sensación, pero ahora, en vez de permitir que mi mente se apartase del punto en que la había enfocado, mantuve la concentración hasta el final. La sensación volvió a extenderse hacia arriba, aumentando en intensidad, y me sentí flaquear; pero con un gran esfuerzo mantuve la atención centrada en el loto. De repente, con el estruendo de una catarata, sentí una corriente de luz líquida entrar en mi cerebro a través de mi columna vertebral.

Puesto que no estaba preparado para tal acontecimiento, me sentí cogido completamente por sorpresa; pero, recobrando instantáneamente el dominio sobre mí mismo, me quedé sentado en la misma posición, manteniendo la mente en el punto de concentración. La iluminación se hizo más y más radiante, el bramido más fuerte, y experimenté una sensación oscilante; y entonces sentí cómo salía de mi cuerpo, totalmente envuelto en un halo de luz. Es imposible describir la experiencia con exactitud. Sentí que el punto de conciencia que era yo mismo se ampliaba, rodeado de olas de luz. Se hizo cada vez más amplio, extendiéndose hacia fuera mientras el cuerpo, que normalmente es el objeto inmediato de su percepción, parecía haber retrocedido en la distancia, hasta que fui completamente inconsciente de él. Ahora era yo todo conciencia, sin ningún contorno, sin idea alguna de apéndice corporal, sin ningún sentimiento o sensación que proviniese de los sentidos; estaba sumergido en un mar de luz y simultáneamente consciente de cada punto, extendido, por decirlo así, en todas direcciones sin ninguna barrera u obstrucción material. Ya no era yo mismo o, para ser más preciso, ya no era el ser que yo conocía, un pequeño punto de conciencia confinado en un cuerpo, sino que, en su lugar, era un vasto círculo de conciencia en el cual el cuerpo no era más que un punto bañado en luz y en un estado de exaltación y felicidad imposible de describir.

Poco rato después, cuya duración no pude calcular, el círculo empezó a reducirse; sentí que me contraía,

me hacía más y más pequeño, hasta que llegué a ser vagamente consciente del contorno de mi cuerpo, y luego claramente consciente de él; y mientras volvía gradualmente a mi anterior condición, de repente fui consciente de los ruidos de la calle, sentí de nuevo mis brazos y piernas y cabeza, y volví a ser mi estrecho yo, en contacto con el cuerpo y mi contorno. Cuando abrí los ojos y miré a mi alrededor, me sentía un poco aturdido y desconcertado, como si regresara de una tierra extraña completamente desconocida. El sol había salido y brillaba sobre mi cara, caliente y tranquilizador. Intenté levantar las manos, que habían permanecido todo este tiempo sobre mis rodillas, la una encima de la otra, durante la meditación. Sentía mis brazos flácidos y muertos. Haciendo un esfuerzo, los levanté y estiré para permitir que la sangre fluyese libremente. Entonces intenté liberar mis piernas de la postura en que había estado sentado y colocarlas en una posición más cómoda, pero no logré hacerlo. Estaban rígidas y me pesaban. Con la ayuda de las manos las liberé, las estiré, y después me apoyé de espaldas contra la pared, recostándome en una posición que me dio alivio y bienestar.

¿Qué era lo que me había ocurrido? ¿Había sido víctima de una alucinación? ¿O había logrado experimentar lo trascendental a través de algún extraño capricho del destino? ¿Realmente había tenido éxito donde millones de otros habían fracasado? ¿Había realmente, después de todo, algo de verdad en la repetida afirmación de los sabios y ascetas de la India, hecha durante miles de años y verificada y repetida generación tras generación, de que es posible comprender la realidad de esta vida si uno sigue ciertas normas de conducta y practica la meditación de un modo determinado? Mis pensamientos estaban turbados. Apenas podía creer que había tenido una visión divina. Se había producido una expansión de mi propio yo, de mi propia conciencia, y la transformación la había provocado la corriente esencial que se había iniciado debajo de mi columna vertebral, y había encontrado acceso a mi cerebro a través de mi espina dorsal. Recordé que anteriormente había leído en libros de Yoga algo acerca de un cierto mecanismo esencial llamado Kundalini, relacionado con el extremo inferior de la columna vertebral, que se activa mediante determinadas prácticas y que, una vez ha sido despertado, transporta a la conciencia humana limitada hasta las alturas trascendentales, dotando al individuo de increíbles poderes psíquicos y mentales. ¿Había sido lo bastante afortunado como para descubrir la clave de este maravilloso mecanismo, que estaba envuelto en la noche legendaria de los tiempos, y del cual la gente hablaba en susurros sin haberlo visto en acción ni en ellos mismos ni en otras personas? Intenté repetir la experiencia de nuevo, pero me encontraba tan débil y asombrado que no fui capaz de organizar mis pensamientos lo suficiente como para inducir un estado de concentración. Mi mente estaba agitada. Miré hacia el sol. ¿Podía ser que durante mi condición de intensa concentración lo hubiese tomado por el halo efusivo que me había rodeado en aquel estado supraconsciente? Cerré los ojos de nuevo, dejando que los rayos del sol jugasen sobre mi cara. No, el brillo que percibía a través de mis párpados cerrados era muy distinto. Era externo y no poseía aquel resplandor. La luz que yo había experimentado fue interior, parte íntegra de una conciencia ampliada, una parte de mí.

Me puse en pie. Sentía mis piernas débiles y temblaban. Parecía como si mi vitalidad se hubiese escurrido. Mis brazos estaban igual. Me hice suaves masajes en los muslos y piernas y, al encontrarme un poco mejor, bajé la escalera lentamente. Sin decirle nada a mi esposa, comí en silencio y partí hacia el trabajo. Mi apetito no era tan bueno como de costumbre, mi boca estaba seca, y no fui capaz de concentrarme en mi trabajo en la oficina. Me encontraba en un estado de agotamiento y lasitud, y tenía pocas ganas de hablar. Poco rato después, sintiéndome sofocado e intranquilo, salí a dar un pequeño paseo por la calle con la idea de encontrar alguna distracción para mis pensamientos. Mi mente volvía a la experiencia de aquella mañana una y otra vez, intentando recrear en mi imaginación el maravilloso fenómeno que había experimentado, pero sin éxito. Mi cuerpo, y especialmente las piernas, todavía estaban débiles, y no pude caminar mucho rato. No sentía ningún interés por las personas con las que me cruzaba, y caminaba con una sensación de despreocupación e indiferencia hacia mi alrededor, cosa que me resultó algo extraño. Volví a mi escritorio antes de lo que hubiese querido y pasé las horas restantes jugando con la pluma y los papeles, sin poder organizar mis pensamientos lo suficiente como para trabajar.

Cuando regresé a casa aquella tarde no me sentía mejor. No fui capaz de sentarme a leer, mi costumbre habitual de la tarde. Cené en silencio, sin apetito ni entusiasmo, y me retiré a la cama. Normalmente me quedaba dormido pocos minutos después de apoyar la cabeza en la almohada, pero esa noche me sentía extrañamente intranquilo y trastornado. No podía conciliar la exaltación de la mañana con la depresión que me pesaba mientras daba vueltas en la cama de un lado a otro. Tenía una sensación inexplicable de temor e incertidumbre. Por fin, en medio de la inquietud, me quedé dormido. Dormí a rachas, con extraños sueños, y desperté breves intervalos que contrastaban claramente con mi habitual sueño profundo e ininterrumpido. Pasadas las tres de la madrugada, aún no había conciliado el sueño. Me quedé sentado en la cama durante un rato. El sueño no me había refrescado. Todavía me sentía fatigado y mis pensamientos carecían de claridad.

La hora habitual de la meditación se estaba acercando. Decidí empezar más temprano para que el sol no se reflejase en mis manos y cara, y, sin molestar a mi esposa, subí a mi estudio. Extendí la manta y, sentándome con las piernas cruzadas como de costumbre, empecé a meditar.

No pude concentrarme con la misma intensidad del día anterior, aunque hice todo lo posible. Mis pensamientos se desviaban, y en lugar de encontrarme en un estado de expectación feliz, me sentía extrañamente nervioso e inquieto. Por fin, después de repetidos esfuerzos, logré mantener mi atención en el punto habitual durante algún tiempo, esperando los resultados. No sucedió nada y empecé a dudar de la validez de mi experiencia anterior. Lo volví a intentar, esta vez con más éxito. Tranquilizándome, ordené mis pensamientos dispersos, y fijé mi atención en la coronilla, intentando imaginar un loto en plena flor, como era mi costumbre. En cuanto alcancé el nivel habitual de concentración, sentí cómo la corriente se extendía de nuevo hacia arriba. No permití que mi atención se desviase, y de nuevo, como un torrente y con rugiente ruido en los oídos, la corriente de luz efusiva entró en mi cerebro, llenándome de fuerza y vitalidad, y sentí cómo me expandía en todas direcciones, más allá de los límites de la carne, completamente absorto en la contemplación de un resplandor brillante y consciente, formando conjunto con éste y a la vez no totalmente fundido con él. Este estado tuvo una duración más breve que el día anterior. La sensación de exaltación no fue tan grande. Cuando volví a mi estado normal, sentí que mi corazón latía frenéticamente y noté un gusto amargo en mi boca. Parecía como si una ráfaga de aire caliente hubiera atravesado mi cuerpo. La sensación de agotamiento y fatiga fue más intensa que la del día anterior.

Descansé un rato para recuperar fuerza y seguridad. Todavía era de noche. Ahora ya no dudaba de que la experiencia fuese real y supe que el sol no tenía nada que ver con el resplandor interior que había observado. Pero, ¿por qué me sentía inquieto y deprimido? En lugar de sentirme extremadamente feliz y de bendecir mis estrellas, ¿por qué el desánimo se había apoderado de mí? Me sentía como si estuviese ante el peligro inminente de algo fuera del alcance de mi comprensión y poder, algo intangible y misterioso que no podía ni comprender ni analizar. Una pesada nube de depresión parecía flotar a mi alrededor, subiendo desde mis propias profundidades internas y sin ninguna relación con las circunstancias externas. Sentí que no era el mismo hombre que había sido pocos días antes, y una sensación de pavor, provocada por ese cambio inexplicable, empezó a apoderarse de mí. No podía liberarme de ella ni siquiera utilizando toda mi fuerza de voluntad. No tenía ni la menor idea de que a partir de aquel día ya no iba ser mi antiguo yo normal, ni de que había despertado el poder más maravilloso y austero en el hombre, inconscientemente y sin preparación, sin un conocimiento adecuado; de que había encontrado sin darme cuenta la llave del secreto más celosamente guardado por los antiguos, y de que a partir de ahora, y durante mucho tiempo, tendría que vivir pendiente de un hilo, balanceándome entre la vida por un lado y la muerte por el otro, entre la cordura y la locura, entre la luz y la oscuridad, entre el cielo y la tierra.

Inicié la práctica de la meditación a los diecisiete años. El suspenso de un examen en el colegio mayor, lo cual impidió que entrara en la universidad aquel año, creó una revolución en mi joven mente. No estaba tan preocupado por el suspenso y la pérdida de un año como por el intenso dolor que le causaría a mi madre, a quien quería profundamente. Durante día y noche me devanaba los sesos para encontrar una excusa plausible que mitigase el efecto que esa dolorosa noticia tendría sobre ella. Estaba tan seguro de mi éxito que simplemente no tenía valor para desilusionarla. Se me había concedido una beca, y ocupaba un puesto distinguido en el colegio, pero en lugar de dedicar el tiempo al estudio de los textos asignados, me dedicaba a la lectura de libros poco adecuados que sacaba de la biblioteca. Me di cuenta demasiado tarde de que no sabía casi nada sobre algunas de las asignaturas y de que no tenía ninguna posibilidad de aprobar el examen. Puesto que nunca había sufrido la ignominia de un suspenso durante mi vida escolar, y los profesores siempre habían hablado muy bien de mí, me sentía desanimado, herido en lo más profundo por el pensamiento de que mi madre, orgullosa de mi distinción y segura de mi capacidad para aprobar el examen con mérito, se sentiría profundamente herida por esta confesión de mi negligencia.

Nacida en una aldea, de familia de campesinos trabajadores y temerosos de Dios, la suerte la había destinado a ser la pareja de un hombre que era considerablemente mayor que ella y que provenía de Amritsar, que en aquella época estaba a seis días de viaje en ferrocarril y carro del lugar donde ella había nacido. La inseguridad y anarquía que reinaban en el campo habían obligado a uno de mis antepasados a abandonar su fresca tierra natal y a buscar fortuna en las llanuras tórridas del lejano Punjab. Allí, con una vestimenta y una lengua distintas, mi abuelo y bisabuelo vivieron y prosperaron al igual que muchos otros exiliados, cambiados en todo salvo en sus ritos y costumbres religiosas y en la fisonomía inconfundible de los Brahmin Kashmiri. Mi padre, con una profunda vena mística en su interior, regresó a la tierra de sus antepasados casi ya pasada la flor de su vida, para casarse y establecerse allí. Incluso durante el período más activo de su vida mundana, siempre estaba al acecho de yoguis y ascetas que supuestamente poseían poderes ocultos, y nunca se cansó de

servirles y de sentarse en su compañía para aprender el secreto de sus dones maravillosos.

Era un devoto creyente de las escuelas tradicionales de la disciplina religiosa y del Yoga, existentes en la India desde los tiempos más remotos, las cuales, en la elección entre todos los numerosos factores que contribuyen a su éxito, asignan lugar de honor a la renuncia, a la renuncia voluntaria a toda búsqueda y posesiones mundanas para permitir que la mente, liberada de las pesadas cadenas que la atan a la tierra, sondee sus propias profundidades etéreas sin las molestias del deseo y la pasión. La autoridad para la observación de esta conducta procede de los Vedas, mejor dicho, de los ejemplos mismos que dieron los autores inspirados de los himnos védicos y los célebres videntes de las Upanishads, los cuales, sometiendo a una práctica establecida que prevalecía en la sociedad antigua de los indio-arios, se retiraban de la vida atareada de los cabezas de familia a la madura edad de cincuenta años o más, a veces acompañados por sus consortes, para pasar el resto de su vida en ermitas del bosque en meditación y predicación ininterrumpida, como preludio de un grandioso y tranquilo final.

Esta forma poco común de pasar las vísperas de la vida ha ejercido en la India una profunda fascinación sobre un número incontable de hombres y mujeres con inclinaciones espirituales, e incluso hoy en día cientos de hombres de familia en edad avanzada, en la plenitud y, desde un punto de vista mundano, en posición favorable, se despiden de sus cómodos hogares y de su obediente prole, se retiran a refugios lejanos para pasar tranquilamente sus días restantes en la búsqueda espiritual, alejados de la preocupación y la fiebre del mundo. Mi padre, admirador ardiente de este antiguo ideal, que provee para muchos un contraste refrescante para la vejez de estar «muerto en el cielo y casado en la tierra» de hoy en día, eligió una vida de recluso para sí mismo, aproximadamente unos doce años después de casarse, y la decisión que tomó gradualmente se aceleró debido a la trágica muerte de su hijo mayor a la edad de cinco años. Retirándose voluntariamente de un lucrativo puesto administrativo, antes de cumplir los cincuenta, abandonó todos los placeres y preocupaciones del mundo y se aisló con sus libros, dejando toda la responsabilidad de dirigir la familia sobre los hombros de su joven esposa.

Ella había sufrido terriblemente. Mi padre renunció al mundo cuando ella tenía veintiocho años, era madre de tres hijos, dos niñas y un niño. El modo en que nos educó, la devoción con que se ocupaba de las simples necesidades de nuestro austero padre, que se aisló completamente del mundo, sin cruzar palabra con nosotros jamás, y los esfuerzos continuos y el tremendo sacrificio con que consiguió mantener el buen nombre y el honor de la familia, serían temas aptos para una gran historia de heroísmo incomparable, de un sentido del deber impávido, de castidad y abnegación suprema. Me sentía culpable y mortificado. ¿Cómo podía presentarme ante ella con un reconocimiento de mi debilidad? Al darme cuenta de que a través de la falta de dominio sobre mí mismo había defraudado la confianza depositada en mí, decidí compensar de otra manera la oportunidad perdida. En ningún otro momento de mi vida volvería a ser culpable de la misma falta. Pero para poder refrenar el elemento errabundo de mi naturaleza y regular mi conducta, debía llegar a la conquista de mi mente, que siguiendo libremente sus propias inclinaciones de negligencia en el deber me había llevado a tan triste situación, víctima de profundo dolor y remordimiento, cayendo tan bajo a mis propios ojos.

Después de tomar esta decisión, empecé a buscar la manera de llevarla a cabo. Para tener éxito era necesario poseer como mínimo algunos conocimientos de los métodos para llevar mi yo rebelde a la dominación. Por consiguiente, leí algunos libros sobre el desarrollo de la personalidad y el control de la mente. De la enorme cantidad de material contenido en estos escritos, dediqué mi atención solamente a dos cosas: la concentración de la mente y el cultivo de la voluntad. Me dediqué a la práctica de los dos extremos con un entusiasmo juvenil, subordinando todos mis deseos y enfocando todas mis energías hacia la adquisición de este único objetivo en el período de tiempo más corto posible. Enfermo y mortificado por la falta de dominio sobre mí mismo, que me provocó ceder pasivamente a los dictados del deseo de sustituir con libros de cuentos y otra literatura ligera los secos y difíciles textos universitarios, me creí en la obligación de mantener mi voluntad sobre todas las cosas, empezando por las más pequeñas y ampliando su aplicación a asuntos más grandes y difíciles, obligándome a mí mismo, como penitencia, a realizar tareas fastidiosas y rigurosas, contra lo cual mi naturaleza aficionada a la comodidad se echó atrás consternada, hasta que empecé a sentir una sensación de dominio sobre mí mismo y la convicción creciente de que nunca volvería a ser presa fácil de las tentaciones ordinarias.

Del control sobre la mente al Yoga y al ocultismo había sólo un paso. Pasé casi imperceptiblemente del estudio de libros sobre el Yoga a un examen profundo de la literatura y del espiritualismo, combinado con una lectura rápida de las Sagradas Escrituras. Sufriendo la desgracia de mi primer fracaso en la vida y afligido por una conciencia culpable, sentí una aversión creciente hacia el mundo y sus asuntos desesperadamente complicados que me habían expuesto a esta humillación; y poco a poco el fuego de la renuncia empezó a arder intensamente en mí, y busqué conocimientos de un modo honorable para escapar de la tensión y la

confusión de la vida a la paz y quietud de una existencia consagrada. En este momento de agudo conflicto mental, el mensaje sublime del Bhagavad Gita tuvo un efecto muy profundo y benéfico sobre mí, aliviando mi ardiente fiebre mental, manteniendo ante mí la promesa de una vida eternamente tranquila acorde con la Realidad Infinita detrás del mundo fenomenal, mezcla de alegría y dolor. De este modo, de la idea original de conseguir el éxito en la empresa mundana a través de la eliminación de la posibilidad del fracaso debido a mi falta de determinación, me dirigí hacia el otro extremo: pronto estaba ejerciendo mi voluntad y practicando la meditación, no con fines temporales, sino con el único objetivo de tener éxito en el Yoga, aunque esto requiriese el sacrificio de todas mis perspectivas terrenales.

Mi ambición mundana cedió. A esta joven edad, cuando uno está más influido por ideales y sueños que por consideraciones prácticas y es propenso a observar el mundo a través de lentes dorados, la tristeza y la miseria visibles por todas partes, con la acentuación del contraste entre lo que es y lo que debería ser, suelen modificar la dirección del pensamiento en las naturalezas particularmente susceptibles. El efecto sobre mí fue doble: me hizo más realista, despertándome bruscamente de un optimismo injustificable basado en el sueño de una existencia sin dolor y sin dificultad, y a la vez fortaleció mi determinación de encontrar la felicidad duradera, que no se debía comprar a costa de la felicidad de otros. En el aislamiento de un lugar solitario o a solas en mi habitación, a menudo enfrentaba en mi interior los méritos y deméritos de los diferentes caminos abiertos ante mí. Sólo unos pocos meses antes, mi ambición había sido prepararme para una carrera de éxito que me permitiese gozar de una vida de abundancia y comodidad, rodeado de todos los lujos disponibles para la clase opulenta de nuestra sociedad. Ahora quería llevar una vida de paz, inmune al afán mundano y libre de afanes encontrados. ¿Por qué poner todo mi empeño en cosas a las que tendré que renunciar finalmente, me pregunté a mí mismo, a menudo contra mi voluntad y ante la espada blandida por la muerte, con mucho dolor y tortura espiritual? ¿Por qué no vivía contento con lo justo para satisfacer razonablemente las pocas necesidades impuestas por la naturaleza, dedicando el tiempo que podía ahorrar de esta manera a la adquisición de bienes de una esencia permanente, que serían míos para siempre, ornamento duradero para el yo eterno e inalterable de mi interior, en vez de servir tan sólo para glorificar la carne?

Cuanto más pensaba en el asunto, más fuertemente me atraía una vida simple y sin ostentación, libre de la sed de grandezas mundanas que había imaginado para mí. El único obstáculo para la relativamente fácil consecución de mi objetivo, que yo consideraba que era algo difícil de superar, era ganar el consentimiento de mi madre, cuyas esperanzas, ya destruidas una vez por la resolución repentina de mi padre de renunciar al mundo, estaban ahora centradas en mí. Ella deseaba verme como un hombre de posición, elevado por encima del querer y capaz de rescatar a su familia económicamente arruinada de la pobreza y el trabajo pesado en que había caído a causa de la renuncia de mi padre, que había regalado liberalmente todo lo que mi madre había podido ahorrar de sus ingresos, sin dejar ninguna reserva a la que recurrir en un momento de necesidad. Sabía que el menor conocimiento de mis planes le causaría mucho dolor, y quería evitar esto a toda costa. Al mismo tiempo, el deseo de dedicarme a la búsqueda de la realidad fue demasiado fuerte para suprimirlo. Estaba entre la espada y la pared, atormentado por mi deber filial y mi propio deseo natural de recuperar la perdida fortuna de la familia por una parte y por mi aversión al mundo por otra.

Pero la idea de abandonar mi casa y a mi familia nunca se me ocurrió. Lo habría entregado todo, incluso el camino que había elegido, antes de separarme de mis padres o desviarme de alguna manera de la obligación que tenía con ellos. Además de esta consideración, mi ser entero se rebelaba contra la idea de convertirme en un asceta sin casa ni patria, dependiente de los esfuerzos de los demás para mi subsistencia. Si Dios es la personificación de todo lo que es bueno, noble y puro, razonaba en mi interior, ¿cómo podía ordenar que los que tienen un deseo ardiente de encontrarle a Él, de entregarse a Su voluntad, han de abandonar a sus familias, a quienes deben varias obligaciones en virtud de los lazos que Él mismo ha forjado en el corazón humano, y que deberían errar de un lugar a otro dependiendo de la caridad y la beneficencia de los que honran dichos lazos? La simple idea de esta forma de existencia me resultaba repugnante. Nunca podría resignarme a una vida que, de alguna manera, directa o indirectamente, pusiera en duda mi virilidad, mi capacidad de utilizar mis miembros y talentos para mantenerme a mí y a los que de mí dependían, reduciéndome prácticamente al estado deplorable de un paralítico, obligado a convertir sus necesidades básicas en preocupación para otras personas.

Estaba decidido a vivir una vida familiar, simple y limpia, desprovista de lujos, libre de la fiebre de la rivalidad y la exhibición social, que me permitiera cumplir con mis obligaciones y vivir tranquilamente de los frutos de mi trabajo, reprimiendo mis deseos y reduciendo mis necesidades, para tener el tiempo suficiente y la serenidad mental requerida para perseguir el camino que había elegido para mí. A esa joven edad no fue mi intelecto sino algo más profundo y más perspicaz lo que, basándose en el revés que había sufrido y en el triunfo final sobre el conflicto que ardía dentro de mí, trazó el curso de la vida que iba a seguir desde

entonces. En el momento de ese terrible torbellino, ignoraba las fuerzas suprafísicas en las cuales iba a sumergirme ciegamente muchos años después para pescar en sus temibles profundidades una respuesta al enigma al que se ha enfrentado la humanidad durante miles de años, tal vez esperando una oportunidad, dependiente de una combinación rara de circunstancias que armonizarían con la tendencia científica moderna del pensamiento humano, para llenar el vacío que existía entre la fe ingenua por un lado y la razón crítica por el otro. No puedo atribuir ninguna otra razón al aparente anacronismo que yo demostraba a una edad inmadura, cuando no era lo suficientemente sagaz como para considerar correctamente todas las implicaciones del paso que me proponía, adoptando una forma ascética de vida, en lucha por la autocomprensión, mientras mantenía una vida familiar, en vez de hacer pedazos los lazos del amor, como hacen cientos de jóvenes frustrados en mi país cada año emulando a un precedente sumamente honrado y en consonancia con la autoridad bíblica y tradicional.

Nosotros vivíamos en Lahore en aquel tiempo, ocupando la parte superior de una pequeña casa de tres pisos en una callejuela estrecha de la periferia de la ciudad. La zona estaba terriblemente superpoblada, pero por fortuna los edificios circundantes eran más bajos que el nuestro, concediéndonos suficiente sol y aire y una excelente vista sin obstrucciones de los campos lejanos. Elegí un rincón en una de las dos habitaciones pequeñas que estaban a nuestra disposición para mi práctica, y realizaba la meditación cada día con la primera luz del amanecer. Empezando con períodos de corta duración, ampliaba el período de tiempo gradualmente, hasta que después de varios años era capaz de sentarme en la misma posición, recto y firme, con la mente bajo control y concentrada atentamente en el objeto contemplado durante horas sin advertir la menor señal de fatiga o agitación. Con una intensa determinación, trataba de seguir las reglas de conducta prescritas por los alumnos del Yoga. No fue tarea fácil para un universitario de mi edad, sin la orientación personal de un maestro venerado, la de vivir de acuerdo con la norma de sobriedad, rectitud y dominio de uno mismo necesaria para lograr éxito en el Yoga, en medio de la alegría y el atractivo de una ciudad moderna, en la constante compañía de amigos despreocupados y bulliciosos. Pero yo persistía, aferrándome tenazmente a mi decisión, cada fracaso incitándome a hacer un esfuerzo aún más grande, resuelto a dominar la mente desenfrenada en vez de permitir que ella me dominase a mí. Hasta qué punto tuve éxito, considerando mi disposición natural y las circunstancias, no podría calcularlo, pero si no hubiese sido por el vigoroso dominio de mí mismo que ejercí durante tantos años, reprimiendo la impetuosidad y exuberancia de una juventud desenfrenada, creo que nunca hubiese sobrevivido la dura prueba que me esperaba a los treinta y cinco años.

Mi madre comprendió, debido a mi comportamiento repentinamente alterado y a mi aspecto, que se había producido un cambio trascendental en mí. Nunca sentí la necesidad de explicar mi punto de vista para prepararla para la decisión que había tomado. Ya que no estaba dispuesto a causarle el menor daño, guardaba mi secreto, evitando cualquier mención de mi elección cuando hablábamos de nuestros planes para el futuro, considerando que sería algo prematuro, cuando ni siquiera había terminado el curso universitario, anticipar una eventualidad que iba a surgir solamente en el momento de elegir una carrera. Pero las circunstancias sucedieron de tal manera que me libré de la desagradable tarea de hacerle saber mi determinación a mi madre. Quedé en segundo lugar en unas oposiciones para la elección de candidatos de un servicio gubernamental superior, pero, debido a un cambio de procedimiento, finalmente no fui aceptado. De modo similar, la desaprobación de mi cuñado tuvo el efecto de anular una propuesta de mi inclusión en la profesión médica.

Mientras tanto, un debilitamiento de mi salud provocado por el calor causó tanta ansiedad en el corazón de mi madre que insistió en mi partida inmediata hacia Kashmir, sin atribuir ninguna importancia a mis estudios al tratarse de una cuestión de salud. En esta coyuntura, al recibir una oferta de trabajo para un cargo de oficinista con un sueldo bajo en el departamento de obras públicas del estado, lo acepté de buena gana con el consentimiento de ella y partí hacia el hermoso valle, sin remordimientos, para tomar parte por primera vez en la tarea mecánica de una pequeña oficina. En menos de un año mis padres me siguieron a Srinagar y poco después mi madre se dedicaba a buscar una alianza matrimonial para mí. Al verano siguiente, durante el vigésimo tercer año de mi vida, fui unido en matrimonio a mi esposa, siete años más joven que yo, de una familia Pandit de Baramulla.

La asusté durante nuestra primera cita, dejando la habitación nupcial a las tres de la madrugada para ir a bañarme bajo la abundante agua fluyente del cercano templo de la ribera, regresando después de una hora para sentarme en meditación sin pronunciar ni una palabra hasta que fui hacia el trabajo. Ella se adaptó admirablemente a lo que a su sencilla mentalidad le debió parecer una vena excéntrica de su marido, y siempre tenía preparado un Kangri* caliente cuando yo regresaba del templo, entumecido por el frío invernal. Aproximadamente un año después, fui trasladado a Jammu para ejercer en esa provincia. Ella me siguió pocos meses después con mis padres, de los que se había ganado las simpatías con su sentido del deber y una atención incansable hacia su bienestar. Pasaron los años, y no sin lapsos por mi parte e interrupciones debidas

a circunstancias superiores a mis fuerzas, pero nunca perdí de vista la meta que había establecido para mí y nunca me desvié del camino que había elegido, decidido de este modo a prepararme hasta cierto punto, sin tener ni el más mínimo conocimiento de la crisis a la que me tendría que enfrentar en el futuro durante la gran prueba.

* Un kangri es un pequeño cuenco de barro envuelto en mimbre donde se guardan brasas para calentar el cuerpo. Normalmente se coloca cerca de la piel, debajo de la larga bata que utilizan los Kashmiris.

En la época del extraordinario episodio de 1937, yo estaba trabajando como funcionario bajo las órdenes del director de educación de nuestro estado. Anteriormente, había estado trabajando en el mismo desempeño en la oficina del ingeniero jefe, de la que había sido trasladado por haber tenido la temeridad de poner en duda una orden injusta del ministro encargado, que a menudo disfrutaba de una manera mórbida tiranizando a sus subordinados. Yo no era aficionado al trabajo de ninguna de las oficinas, aunque desde el punto de vista de mis demás colegas yo disfrutaba de puestos envidiables. Se me requería para mantener las listas clasificadas y las hojas de servicio de los altos funcionarios, formular propuestas para su ascenso y traslado, deshacerme de sus peticiones y solicitudes y ocuparme de sus demandas. De este modo, tenía que tratar con gran parte de las personas que trabajaban en los dos departamentos, muchas de las cuales, percibiendo posibilidades de favores inmerecidos a costa de compañeros confiados, frecuentaban la oficina con regularidad, buscando beneficios fáciles y obligando a sus colegas a hacer lo mismo para evitar una posible pérdida.

A causa de la misma naturaleza de mis obligaciones, me era totalmente imposible librarme de comentarios y críticas sobre mis actos, que ejercían una influencia sobre las vidas y carreras de otros. Pero algunos de estos actos también tuvieron el efecto contrario de enfrentarme con mi propia conciencia en nombre de algún candidato pobre y sin apoyo, aunque de mérito. Por culpa de un deseo de actuar con justicia en todos los casos, frecuentemente tuve conflictos subrepticios en el trabajo con influencias solapadas detrás de la aparentemente inmaculada fachada de las oficinas gubernamentales, que de vez en cuando me creaban problemas insolubles y situaciones odiosas. Ejercía una extraña parcialidad hacia el desvalido y este rasgo de mi carácter trabajaba en contra de mis propios intereses y, por lo menos en dos ocasiones, me incitó a rechazar oportunidades de ascenso, cuando no me tocaba, con preferencia sobre colegas más antiguos.

Temperamentalmente no era la persona adecuada para una profesión de esta clase, pero puesto que no tenía aptitudes para otra, ni forma ni inclinación para conseguir algo mejor, seguí moviéndome en la misma rutina en que me había colocado el primer día. Aunque era muy trabajador y lo hacía lo mejor posible, me interesaba más por el estudio y la práctica del yoga que por mi carrera burocrática. En ésta cumplía simplemente como manera de ganar lo suficiente para satisfacer nuestras más simples necesidades. Aparte de esto, no tenía ningún valor ni importancia para mí. Sentía auténtica aversión a verme involucrado en controversias con multitudes de candidatos que discutían en todas partes, cosa que sucedía casi a diario, a veces creando ondas inquietantes en mi normalmente plácido lago mental, que luchaba para mantenerse sereno y tranquilo, algo indispensable para mis prácticas de Yoga.

Pocos años después de entrar en el Departamento de Obras Públicas, nubes de intriga empezaron a acumularse alrededor del que era ingeniero jefe en aquel entonces, cuyos intentos de refrenar los actos turbios de los funcionarios corruptos le provocaron muchas dificultades y sus subordinados y otros funcionarios del Ministerio, todos los que habían sufrido la privación de muchas ventajas habituales por su culpa, tramaron un complot. La conspiración acabó con su dimisión obligatoria del servicio antes de tiempo, entre protestas por la injusticia entre los que estaban enterados del asunto. Con su dimisión, quedé sin defensas contra una hueste de poderosos y vindicativos enemigos que pusieron al ministro contra mí y que recurrieron a métodos poco limpios para hostigarme y causarme daño. La última gota la proporcionaría mi crítica, cuando trabajaba bajo el nuevo ingeniero jefe, de un pedido incompleto recibido del ministerio, que, para mi gran alivio, culminó en mi traslado de un lugar cuyo ambiente se había viciado en exceso para mi gusto.

En la Dirección de Educación, las condiciones fueron más consoladoras para mí. No había posibilidades de corrupción en la proporción en que habían existido en el Departamento de Obras Públicas. Por consiguiente, el juego confuso de conspiración y contra-conspiración, que había sido una característica normal de la oficina anterior, también estaba ausente. Aquí mi camino transcurrió tranquilamente más o menos hasta 1947. Se debió en gran parte a la sensación de seguridad y al ambiente agradable de la nueva oficina por lo que fui capaz de mantenerme en dicho camino a pesar de las duras pruebas a las que tuve que enfrentarme y a la ansiedad que tuve que soportar durante mucho tiempo, mientras me ocupaba de las tareas cotidianas en mi mesa.

Nací en 1903 en el pequeño pueblo de Gairoo, a veinte millas aproximadamente de Srinagar, la capital de Kashmir. Era el pueblo natal de los padres de mi madre, y ella fue allí cuando nací para contar con los cuidados y atención de su hermana y de su hermano mayor durante el parto. Mi padre había construido una pequeña cabaña de dos pisos en su gran recinto cercado. Era una estructura humilde, hecha de ladrillos secados al sol con un techo de paja y nos sirvió de residencia durante mucho tiempo; durante los años de mi infancia y después a intervalos, siempre que nos cansábamos de la ciudad y anhelábamos un soplo de aire fresco.

Mis primeros recuerdos borrosos de la infancia se centran en una casa de tamaño mediano en un sector tranquilo de la ciudad de Srinagar. Todavía me acuerdo de una escena en que yo estaba entre los brazos de mi tío materno que me consolaba con palabras suaves y simpáticas después de un ataque prolongado de llanto provocado por el enojo de mi madre por haberme quedado fuera jugando con los niños demasiado rato. Puesto que yo era el único hijo, ella nunca me vestía con ropas elegantes, para protegerme contra el mal de ojo, ni me perdía de vista mucho rato por miedo a cualquier contratiempo. Otro recuerdo indeleble de la infancia es el de una noche de luna con mi madre y uno de mis tíos maternos, durmiendo en la parte superior de una pequeña cabaña de madera sin paredes pero con techo, que se utilizaba como granero, una estructura común en las moradas rurales en Kashmir. Habíamos viajado todo el día a caballo, camino de la lejana residencia de un reputado ermitaño, pero al no llegar a nuestro destino al anochecer, buscamos refugio en la casa de un granjero, que nos hospedó durante la noche. No recuerdo el aspecto del santo, sólo su cabello largo y enredado que caía sobre sus hombros mientras permanecía sentado con las piernas cruzadas contra una de las paredes de su pequeña habitación, mirando directamente hacia la puerta. Recuerdo que me sentó sobre sus rodillas y me acarició el cabello, que mi madre había dejado crecer conforme a una promesa solemne que había hecho de no tocarlo con las tijeras o la navaja de afeitar salvo en el momento de la ceremonia sagrada del hilo.

Años después, cuando había adquirido la inteligencia suficiente para comprenderla, mi madre me reveló el motivo de nuestra visita al santo. Me explicó que años atrás él se le había aparecido en un sueño durante una época de extrema ansiedad. Ella había pasado el día anterior en un estado de ánimo extremadamente perturbado a causa de mi incapacidad de tragar nada, debido a que tenía muy inflamada la garganta. En el sueño, el personaje sagrado, sobre cuyas hazañas había oído historias excepcionales por boca de innumerables testigos oculares, abrió suavemente mi boca con la mano y tocó la parte interior de la garganta con el dedo; entonces, indicándole que me alimentara, desapareció. Despertándose sobresaltada, mi madre me abrazó fuertemente y, experimentando un gran alivio, sintió cómo yo chupaba y tragaba su leche sin dificultad. Llena de alegría por la repentina cura, que atribuyó al poder milagroso del santo, inmediatamente declaró que iría en peregrinación a su lugar de residencia para darle las gracias personalmente por el favor. Debido a preocupaciones domésticas y a otros compromisos, no pudo ir en la peregrinación durante varios años y lo hizo en un momento en que yo estaba lo suficientemente crecido como para retener una vaga impresión del viaje y de la visita. La parte más sorprendente de la historia, tal como afirmó después mi madre repetidas veces, es que el ermitaño, en el mismo momento de acercarnos a él al entrar en su habitación, preguntó casualmente si yo había podido chupar y tragar la leche después de su aparición en el sueño. Asombrada, mi madre cayó postrada a sus pies, suplicando humildemente su bendición sobre mí.

No puedo garantizar la parte milagrosa de este episodio. Lo único que puedo decir es que mi madre era veraz y críticamente observadora con respecto a otras cosas. He contado el episodio como un incidente vagamente recordado de mi primera infancia. Desde entonces me han llegado innumerables relatos de hazañas similares e incluso aún más increíbles, contados por testigos oculares dignos de confianza y sumamente inteligentes, pero al investigarlos más atentamente se encontró que la mayoría del material no tenía la solidez suficiente para soportar la fuerza de la rígida investigación científica. Durante mucho tiempo no di crédito a tales historias, e incluso hoy en día puedo afirmar enérgicamente que un verdadero yogui que esté en contacto con el otro mundo, capaz de producir fenómenos físicos genuinos a voluntad, es uno de los seres más raros de la tierra.

Otro suceso extraordinario de mi infancia, que recuerdo vivamente, ocurrió un día, teniendo yo ocho años, mientras paseaba por un camino en Srinagar a principios de primavera, cuando iba hacia la casa de nuestro preceptor religioso. El cielo estaba nublado y el camino fangoso, lo que dificultaba el andar. De repente, con la velocidad de un relámpago, una pregunta repentina, que nunca me había formulado antes, pasó por mi mente. Me quedé completamente inmóvil en medio del camino, enfrentado interiormente hasta las

profundidades de mi ser con la pregunta insistente, «¿Qué soy yo?» junto a la persistente interrogación que provenía de todo objeto exterior, «¿Qué significa todo esto?». Mi ser entero, al igual que el mundo que lo rodeaba, parecían haber adquirido el aspecto de una pregunta eterna, de una interrogación insistente y sin respuesta que me dejó mudo y en la impotencia, buscando a tientas una respuesta con todas mis energías hasta que la cabeza me dio vueltas y los objetos que me rodeaban empezaron a girar y bailar a mi alrededor. Me sentía mareado y confundido, apenas capaz de evitar el caer desmayado en el fangoso sendero. Recuperando el equilibrio, seguí camino, con mi mente infantil agitada por el incidente cuyo significado, a esa edad, no podía comprender en absoluto. Pocos días después tuve un sueño en el que concebí una visión momentánea de otra existencia, no como un niño o como un adulto, sino con una personalidad de ensueño completamente distinta de la mía normal. Vi un lugar divino, poblado por seres celestiales parecidos a dioses, y me vi a mí mismo incorpóreo, muy distinto, -difuso, etéreo-, un extraño que pertenecía a una clase diferente y a la vez claramente parecido y estrechamente cercano a mí, mi propio yo transfigurado, en un ambiente magníficamente resplandeciente y tranquilo, el opuesto al ambiente lamentable y ruidoso en que vivía. A causa de su naturaleza única y extraordinariamente vívida, el sueño se grabó en mi memoria de forma tan indeleble que lo recuerdo incluso hoy día. El recuerdo del sueño en los años posteriores iba acompañado invariablemente de una sensación de asombro y de un anhelo profundo por la felicidad exótica e inexpresable de la que había disfrutado durante un breve intervalo. Probablemente, el sueño fue la respuesta a la abrumadora e inevitable pregunta que había surgido en mis profundidades pocos días antes, la primera llamada irresistible del invisible otro mundo que, como llegué a comprender más tarde, espera muy cerca nuestra atención, siempre íntimamente cercano, pero, para los que le dan la espalda, más allá de la estrella más lejana del firmamento.

En el año 1914 viajamos hacia Labore, donde mi padre fue llamado a presentarse personalmente en la Tesorería para recibir su pensión. Desde aquel día hasta el momento de mi designación en 1923, vivimos allí durante todo el año. Fue allí donde recibí mi educación colegial y dos años de universidad, e incluso a esa edad me sentía oprimido por circunstancias desfavorables y molestas. Vivíamos pobremente y yo no tenía profesor o guía particular; fue con grandes dificultades como mi madre pudo encontrar dinero suficiente para comprar mis libros y ropas más esenciales. Privado de la posibilidad de comprar libros adicionales, mis estudios estaban limitados a los clásicos escolares, pero pronto tuve la oportunidad de leer una traducción ligeramente abreviada en Urdu de *Las Mil y Una Noches* a los doce años aproximadamente, que descubrí por casualidad en casa de mi tía. Ese libro me creó por primera vez una sed ardiente por los cuentos de hadas, las historias de aventuras y de viajes, y otra literatura romántica, que siguió sin disminuir durante varios años. A los catorce, empezando con unos cuentos fáciles, pasé del Urdu al inglés, devorando ávidamente cada libro de cuentos y de romances que llegaba a mis manos. De las novelas y otro material ligero pasé gradualmente a libros populares fundamentales de ciencia y filosofía disponibles en nuestra pequeña biblioteca escolar. Leía vorazmente, y mi mente, que estaba en pleno desarrollo, ansiaba respuestas satisfactorias para las preguntas que surgían como resultado de mi propia inspección del estrecho mundo en el que vivía, y de las visiones momentáneas del mundo más amplio que llegué a conocer más y más a través de las descripciones gráficas contenidas en los libros.

Fui criado en un ambiente estrictamente religioso por mi madre, cuya fe estaba en los dioses y diosas innumerables de su atestado panteón. Ella solía ir al templo mucho antes de que la primera luz trémula del alba rayara el horizonte, regresando al amanecer para atender las necesidades de la casa, principalmente para preparar nuestra frugal comida de la mañana. Durante la primera infancia, yo seguía absolutamente su simple fe, a veces hasta el extremo de renunciar a las últimas dulces horas de sueño antes del alba para ir con ella al templo. Con una atención profunda, escuchaba las proezas sobrehumanas de Krishna, que mi tío materno leía en voz alta cada atardecer hasta casi la medianoche en su traducción preferida del Bhagavad Purana, un famoso libro de mitología hindú que contiene la historia de las encarnaciones del dios Vishnú en forma humana. Según la creencia popular, Krishna concedió la enseñanza elevada de Bhagavad Gita al guerrero Arjuna en el campo de batalla, antes del comienzo de la acción en la guerra épica, Mahabharata. Asombrado por las portentosas y sobrenaturales hazañas de valor y de fuerza contadas en la narración con una gran riqueza de detalles, acepté incondicionalmente como la verdad cada incidente imposible e increíble de los que abundan en el relato, asaltado por el deseo de convertirme en un superhombre con idénticos poderes.

La información que ahora había acumulado por mis textos de colegio y, de forma más amplia, con el estudio de otra literatura, desempeñó el papel de catarsis y tuvo el efecto de purificar poco a poco mi mente de las ideas irracionales y fantásticas que había acumulado en la infancia, sustituyéndolas por una visión racional y realista del mundo. Ocasionalmente, advirtiendo una similitud exacta de pensamiento entre lo que yo sentía pero no podía expresar y la idea claramente expresada de algún escritor, me entusiasmaba tanto que, dejando

caer el libro, me levantaba e iba y venía por la habitación durante un rato para sosegar me antes de seguir leyendo. De esta manera, mi mente fue moldeada por grados, tanto por mis propias ideas innatas sobre la naturaleza de las cosas, desarrolladas mediante el uso del razonamiento en un saludable ambiente literario, como por la influencia de las obras de los grandes pensadores de cuyas ideas me impregnaba. Terminado mi primer año en la universidad, el impacto de los libros, sobre todo de los tratados fundamentales sobre la astronomía y las ciencias naturales a los cuales tenía acceso en la biblioteca universitaria, al igual que el impacto de mis ideas, formadas o confirmadas por el estudio continuo, habían llegado a ser lo suficientemente fuertes como para provocar que emprendiese un camino contrario al que había seguido en la infancia, y así no tardé mucho tiempo en convertirme en un agnóstico hecho y derecho, lleno de dudas y preguntas sobre las ideas extravagantes y las irracionales creencias de mi propia religión, a la que había dado crédito total sólo pocos años antes. Sacado del puerto seguro que la sencilla fe de mi madre me había proporcionado, mi mente todavía sin arraigo se vio sacudida de un lado para otro, aferrándose a una idea durante un tiempo y después sustituyéndola por otra, que resultaba igualmente insostenible después de un período. Yo también llegué a sentirme intranquilo y a manifestar imprudencia, siendo incapaz de calmar el fuego de la incertidumbre y de la duda, encendido por mis propios estudios inconexos. Sin haber leído ningún libro clásico sobre la religión ni literatura espiritual alguna para compensar el efecto de la tendencia materialista de las obras científicas, salí en defensa de éstas, blandiendo mis armas con tanta destreza que en los debates universitarios, al igual que en la discusión particular, pocos partidarios de los libros de religión podían defender sus puntos de vista. Aunque hasta ese momento no había estudiado religión ni puesto a prueba ningún método de experiencia espiritual directa, ni había adquirido conocimientos sistemáticos sobre ninguna ciencia o filosofía aparte de los que me habían proporcionado algunos textos elementales, nunca encontré una solución satisfactoria para las preguntas y problemas que agitaban mi mente a esa joven edad en ningún libro de ciencia, filosofía o religión. Más atento a la demolición que a la construcción, leía vorazmente hasta que, durante mi segundo año, empecé a descuidar mis estudios obligatorios hasta el punto de dar preferencia a la biblioteca sobre la clase. Me vi detenido bruscamente por el suspenso de un examen en la universidad a finales de 1920. De un golpe, el asombro derribó la supuestamente invencible ciudadela de escepticismo intelectual que mi apreciación inmadura había creado a mi alrededor.

En lugar de ceder o de desplomarme, busqué un camino, que en realidad fue trazado para mí por la naturaleza, igual que lo es para miles de otros hombres y mujeres de todas partes del mundo. No podría haber imaginado en aquel momento lo que sucedió después, igual que mediante ejercicio alguno de imaginación puede, incluso, un hombre inteligente tener la más mínima idea de lo que le espera a uno en el plano supraconsciente. Defraudado y desilusionado, acudí finalmente a la práctica del Yoga, no como recurso para salvarme de las consecuencias de mi propia negligencia, sino como método factible puesto a disposición de las mentes sedientas de verificar, individualmente, las verdades centrales e indemostrables de la religión. No ocurriendo nada tangible durante casi diecisiete años, de los diecisiete a los treinta y cuatro años, empecé a desesperarme, a veces dudando del método que había adoptado y otras veces sospechando de la ciencia en general.

Incluso después del cambio de la orientación desde mi mente caótica a otra más o menos espiritual, el elemento crítico de mi naturaleza nunca me abandonó por completo. No era persona que quedase satisfecha con las apariciones quiméricas y las manifestaciones nebulosas, con los símbolos crípticos y las señales místicas. Los destellos de luz ante los ojos seguidos de la oscuridad, el zumbido en los oídos debido a la presión en las membranas del tímpano, las sensaciones peculiares provocadas en el cuerpo por los nervios fatigados, los estados semi-hipnóticos como consecuencia de una concentración prolongada, las apariciones y fantasmas provocados por una imaginación engañosa durante un estado de tensa expectación, y otros fenómenos parecidos no tenían ningún efecto en absoluto sobre mí. A través de la práctica continua, había adquirido, sin duda, un alto nivel de destreza en el arte de mantener la mente en estado de concentración durante mucho tiempo y en mantener un estado de absorción durante largos períodos sin sentir ninguna molestia; pero este hecho en sí no fue una prueba de mi desarrollo sobrenormal o evidencia del éxito en la empresa que había emprendido.

El estudio de las Sagradas Escrituras y de la literatura de las otras religiones no fue suficiente para calmar el elemento intranquilo de mi naturaleza ni para aplacar mi espíritu hambriento de investigación crítica. Los pasajes dispersos de las enseñanzas de profetas y las expresiones de los sabios resonaban en las profundidades de mi ser sin convencer a mi intelecto inflexible. El mismo hecho de que las religiones mundiales existentes, descendidas de profetas o sabios inspirados, mientras hacen remontar su origen a la revelación del Creador, sean radicalmente distintas en su cosmogonía, modo de venerar, prácticas, rituales, e incluso en algunos principios básicos, fue suficiente para plantear serias dudas en mi mente sobre la autenticidad de la afirmación

de que el material revelado fuera una comunicación directa de Dios, la fuente infalible de toda sabiduría, y no simple creación de cerebros más avanzados en contacto ocasional con un plano de conciencia superior aunque a veces falible. La demolición total llevada a cabo por la ciencia en sus mismos inicios de algunas de las ciudadelas de las religiones anticuadas, sobre todo en lo que se refiere a la cosmogonía, era suficiente en mi opinión para revelar la vulnerabilidad de sus otros frentes así como la eficacia de los ataques de su ahora robusto adversario en cualquier momento. Pero la ciencia misma, aunque extremadamente útil de otros modos y útil como un ariete para aplastar a la religión, y si no para acabar con su existencia, o como mínimo para deformarla, en mi opinión no era capaz de gobernar el campo donde domina la fe. No ofrecía una explicación satisfactoria para mi existencia individual o para la creación infinitamente compleja que me rodeaba. Confrontada con un misterio, que se hace más y más profundo con el avance de los conocimientos, todavía no estaba en condiciones para servir como fuente de iluminación para uno mismo con respecto a asuntos que iban más allá de su esfera actual de investigación.

Yo estaba sediento de racionalidad en la religión, de adoración de la verdad, fuera lo que fuese y dondequiera que estuviese. No existía un espectáculo más doloroso para mí que la visión de un hombre concienzudo e inteligente defendiendo un absurdo que hasta incluso un niño podía percibir, simplemente porque era un artículo de fe al cual tenía que aferrarse a toda costa, aunque ello incluyese el sacrificio de la razón y de la verdad. Por otro lado, la irracionalidad de los que intentaban meter al universo dentro de los estrechos límites de la razón no era menos deplorable. Ellos ignoraban la naturaleza de su propia conciencia. La entidad desconocida que vive en los cuerpos humanos todavía está envuelta en el misterio, y la facultad racional, una de sus posesiones inseparables, no es menos enigmática que el propio dueño. Por lo tanto, el intento de explicar el cosmos solamente en términos de experiencia humana, tal como se interpreta con la razón, es una tentativa de solucionar el enigma del universo tan irracional como la apreciación de la apariencia de un objeto con la ayuda de un espejo que, como todos sabemos, puede enturbiar, multiplicar o distorsionar la imagen de manera que desfigura el original.

Los conflictos y controversias que existían entre una fe y otra por un lado, y entre la fe y la filosofía por otro, me suscitaron la pregunta de si algún día sería posible encontrar una religión que poseyese un interés para toda la humanidad, que fuese tan aceptable para el filósofo como para el campesino, y tan bien acogida por el racionalista como por el sacerdote. Pero, ¿se puede contestar a esta pregunta de un modo que no sea negativo mientras las verdades esenciales de tal religión mundial no se demuestren empíricamente al igual que otras leyes y fenómenos de la naturaleza aceptados universalmente? Obviamente, no. Para persuadir a la razón de que se sobreponga a sí misma, es necesario ordenar su ascenso de manera que no le resulte repugnante por la violación de alguno de sus propios principios celosamente conservados. Pero puesto que ninguna de las religiones existentes está dispuesta a permitir este tipo de planteamiento, ni siquiera en el terreno estrictamente temporal, y mucho menos en el espiritual, no parece que haya posibilidad de compromiso entre los dos, y por consiguiente, ninguna probabilidad de florecimiento de una fe universal.

A pesar del desarrollo fenomenal del conocimiento humano durante los últimos dos siglos en todos los demás campos, los hechos básicos de la religión todavía son tema de discusión y controversia. No podría ser de otra manera, teniendo en cuenta el hecho de que, en este caso en particular, el espíritu de la investigación abierta en general había sido reprimido en el pasado. Vistos en el contexto de un universo rígidamente vinculado a sus leyes, como revela la ciencia, los milagros y manifestaciones sobrenaturales relacionados con las distintas les me parecían simplemente fenómenos de una ley cósmica aislados y todavía no interpretados correctamente, todavía envueltos en el misterio, y que primero había que comprender para poder explicar satisfactoriamente las oscuridades y anomalías aparentes de las religiones y las experiencias religiosas.

Incluso los relatos de las aparentes manifestaciones sobrenaturales cuidadosamente observadas y de los fenómenos extraordinarios mostrados por mediums en todas partes de Europa, aunque asombrosos y fascinantes, a menudo me dejaban muy poco convencido, incapaz de conciliar la ordenada armonía de la naturaleza con las demostraciones erráticas advertidas a veces en las sesiones de los mediums. No podía resignarme a creer que la naturaleza de las leyes, en la cumbre de su gloria en la belleza y perfección del maravilloso organismo humano, podía ser tan contradictoria en el caso de algunos hombres y mujeres con constituciones especiales, desconociendo ellos mismos la naturaleza del poder que se manifestaba por su mediación como la ignoraban los espectadores de sus hazañas extraordinarias, como si se hubiesen lanzado de repente del orden perfecto del mundo material a la extraña diversión del terreno espiritual.

No cabe ninguna duda de que, como mínimo, algunas de las manifestaciones eran genuinas. Pero, ¿cómo se podían explicar? Fue después de muchos años cuando pude localizar la fuente de estos fenómenos desconcertantes y atribuirla a un maravilloso poder suprainteligente del hombre, un poder que es a la vez instructivo y está lleno de misterio -instructivo por los momentos reveladores de genio y lleno de misterio por

las mascaradas desconcertantes de los espíritus y demonios en los mediums y en los poseídos-; un poder que es a la vez maravilloso y espantoso-maravilloso por las visiones arrebatadoras de los extasiados y espantoso por las sombras horribles de la locura.

Mi interés por el estudio y la práctica del Yoga no fue el resultado de un deseo profundo de poseer dotes psíquicos. Los engaños y decepciones a veces provocados por hombres de esta clase, las exhortaciones contra la demostración y abuso de poderes espirituales contenidas en las Sagradas Escrituras, y sobre todo la futilidad absoluta de un esfuerzo que era inútil como procedimiento de asegurarse beneficios duraderos para uno mismo o para otros hombres eran, en mi opinión, razones suficientes para sobreponerme a la tentación de adquirir estos poderes para burlarme de las leyes de la Materia sin poseer a la vez la fuerza de la voluntad suficiente para obedecer a las leyes del espíritu. El hincapié que se hace en algunos libros sobre el Yoga, tanto en los de Oriente como en los de Occidente, sobre el desarrollo de poderes psíquicos solamente para poder triunfar en la empresa mundana, me hizo pensar en la incongruencia de la naturaleza humana, que, incluso en el caso de un sistema diseñado para desarrollar el aspecto espiritual del hombre, enfoca la atención más a la adquisición de propiedades visibles y excitantes del cuerpo o de la mente que a los dominios invisibles aunque tranquilos del alma.

El objetivo que yo había considerado era mucho más alto y noble de lo que cabía esperar, incluso en su forma más atractiva, de la adquisición de estos dotes sobrenaturales tan codiciados. Deseaba con ansiedad obtener el estado de conciencia, que se dice que es el objetivo esencial del Yoga, y que lleva al espíritu encarnado a regiones de gloria y beatitud inefable, más allá del terreno de los opuestos, libre del deseo de la vida y del temor a la muerte. Este extraordinario estado de conciencia, internamente seguro de su propia naturaleza incomparable, era el premio supremo por el cual los verdaderos aspirantes del Yoga tenían que luchar. La posesión de poderes supranormales del tipo común, sean del cuerpo o de la mente, que mantienen al hombre forcejeando en el mar tempestuoso de la existencia sin llevarle más cerca de la solución del gran misterio, no me parecía más consecuente que la posesión de otros tesoros terrenales, todos predestinados a desaparecer con la vida. Los logros de la ciencia habían traído consigo unas posibilidades excepcionales y al alcance del hombre, posibilidades no menos asombrosas de lo que se relata de las hazañas más maravillosas de tipo sobrenatural, pero con una excepción suprema -el milagro de la experiencia trascendental y la revelación-, concedida periódicamente a individuos de constitución especial, que a través de la aceleración del progreso ético necesario para un orden social tranquilo y productivo no sólo ha contribuido a la elevación de la humanidad a su alto pedestal actual sino que también ha hecho posibles y provechosos los milagros de la ciencia. Era hacia este estado incomparable de percepción pura, libre de las limitaciones del tiempo y del espacio y sobre el cual los sabios antiguos de la India habían cantado en términos entusiastas, tratándolo como al mayor objetivo de la vida y del esfuerzo humano, hacia lo que yo deseaba volar con todo mi corazón.

El despertar repentino de Kundalini en alguien cuyo sistema nervioso haya alcanzado la fase madura de desarrollo como resultado de una herencia favorable, un modo de vida correcto y una aplicación mental adecuada es capaz, a menudo, de crear un efecto muy desconcertante en la mente. Su causa, aunque extremadamente simple, puede que no sea fácilmente aceptable para el intelecto actual, que trata la mente humana como un producto en definitiva cerrado, que según algunos depende exclusivamente de la actividad de las células cerebrales, comenzando y terminando por el cuerpo; según otros, depende de la sensibilidad de la materia gris y blanca, protegida por el hueso, a la extremadamente sutil mente cósmica o espíritu universal que todo lo penetra; y según otros, todavía, depende de la existencia de un alma individual e inmortal en el cuerpo. Sin entrar en discusión sobre la exactitud de estas hipótesis planteadas para explicar la existencia de la mente, basta con decir que, según las autoridades del Yoga, la actividad del cerebro y del sistema nervioso, sin tomar en consideración si proviene de una fuente espiritual existente por sí misma y eterna o de un alma encarnada, depende de la existencia en el cuerpo de un elemento vital sutil llamado *prana*, que penetra en cada célula de cada tejido y líquido del organismo, del mismo modo que la electricidad penetra en cada átomo de una batería.

Este elemento vital tiene un complemento biológico al igual que el pensamiento lo tiene en el cerebro, en forma de una esencia bioquímica sumamente fina de naturaleza muy delicada y volátil, extraída por los nervios de la masa orgánica circundante. Después de su extracción, esta esencia vital reside en el cerebro y en el sistema nervioso, y es capaz de generar una radiación sutil que es imposible aislar en los análisis de laboratorio. Circula por el organismo como flujo motor y sensación, dirigiendo todas las funciones orgánicas del cuerpo, penetrada y accionada por la supra-inteligente energía vital cósmica, o *prana*, por la que se ve afectada continuamente, al igual que la capa química de una placa fotográfica se ve afectada por la luz. El término *prana*, tal como lo utilizan las autoridades del Yoga, significa tanto la energía vital cósmica como su conductor biológico sutil en el cuerpo, puesto que los dos son inseparables. En el momento en que muere el cuerpo, esa rara esencia orgánica experimenta inmediatamente unos cambios químicos, y deja de servir como conducto para el cuerpo en su capacidad anterior. Normalmente, el trabajo de extracción de *prana* para alimentar el cerebro lo realiza un conjunto limitado de nervios que actúan en un área delimitada del organismo, con el resultado de que la conciencia de un individuo no muestra ninguna variación en su naturaleza o extensión durante la duración de su vida, mostrando una constancia que contrasta claramente con la apariencia continuamente cambiante de su cuerpo. Con el despertar de Kundalini, esta estructura sufre una transformación radical que afecta a todo el sistema nervioso, y como consecuencia otros y más amplios grupos de nervios se ven incitados a la actividad, lo cual lleva a la transmisión de un suministro enormemente incrementado de una forma más concentrada de radiación *pránica* al cerebro extraída de una zona muy amplia del cuerpo. Los efectos trascendentales de este flujo enormemente incrementado de una nueva forma de corriente vital a la cavidad encefálica a través de la médula espinal, antes de que el sistema se acostumbre completamente a él, cabe imaginarlos considerando los efectos de un incremento repentino del flujo de sangre al cerebro, como son por ejemplo la debilidad, la insensibilidad total, la excitación, la irritabilidad o, en casos extremos, el delirio, la parálisis o la muerte.

El despertar puede ser gradual o repentino, variando en intensidad y efecto según el desarrollo, la constitución y el temperamento de cada individuo; pero en la mayoría de los casos provoca una mayor inestabilidad de tipo emocional y una mayor tendencia a las condiciones mentales anormales en el sujeto, debido principalmente a una herencia corrompida, a formas erróneas de conducta, o a una falta de moderación de cualquier tipo. Dejando aparte los casos extremos, que terminan en la locura, esta generalización se aplica a todas las categorías de hombres en que Kundalini está más o menos activo congénitamente, y que abarca a los místicos, los mediums, los genios, y los individuos de un desarrollo intelectual o artístico excepcionalmente alto que distan muy poco de ser genios. En el caso en que el despertar ocurra de repente como resultado del Yoga o de otras prácticas espirituales, el impacto repentino de fuertes corrientes vitales en el cerebro y otros órganos va a menudo acompañado de un grave riesgo y estados mentales extraños, y varían en cada momento, mostrando al principio las peculiaridades anormales de un médium, a la vez místico, genio y loco.

Yo no tenía ningún conocimiento en absoluto de las técnicas de la ciencia ni del modo de operar de esta gran energía, ni de los terrenos de su actividad, tan vastos y variados como la misma humanidad. No sabía que había cavado hasta las mismas raíces de mi ser y que mi vida entera estaba en juego. Igual que la gran mayoría de hombres interesados en el Yoga, no tenía ni idea de que un sistema diseñado para desarrollar las

posibilidades latentes y las cualidades más nobles del hombre pudiera estar a veces lleno de tantos peligros que pudiese llegar a destruir la cordura o aplastar la vida de alguien con el peso absoluto de estados de la mente completamente alienados e incontrolables.

Al tercer día del despertar no me sentía de humor para hacer meditación y me quedé en la cama, algo preocupado por el estado anormal de mi mente y por la condición de agotamiento de mi cuerpo. Al día siguiente, cuando me senté para meditar, después de una noche prácticamente en blanco, advertí con consternación que carecía por completo de fuerza para concentrar mi atención en cualquier punto, siquiera por un breve intervalo, y que una débil corriente de la esencia radiante, que había invadido mi cerebro con un efecto tan vivificante y elevador las primeras dos ocasiones, ahora estaba fluyendo automáticamente en él con una luz siniestra que, en vez de elevarme, tuvo sobre mí una influencia muy depresora.

Los días siguientes tuvieron toda la apariencia de una pesadilla prolongada. Parecía como si me hubiese precipitado bruscamente desde la firme roca de la normalidad a un remolino impetuoso de existencia anormal. El deseo agudo de sentarme a meditar, que siempre había estado presente los días anteriores, desapareció de repente y fue sustituido por una sensación de terror a lo sobrenatural. Hasta incluso quería huir de este pensamiento. Al mismo tiempo, sentía una aversión repentina al trabajo y a la conversación, con el resultado inevitable de que, al no tener nada para mantenerme ocupado, el tiempo transcurría lentamente, agudizando el ya turbado estado de mi mente. Las noches eran aún más terribles. No podía soportar ni una luz en mi habitación después de retirarme a la cama. En el instante en que mi cabeza tocaba la almohada, una enorme lengua de llamas corría a través de mi columna vertebral hasta el interior de mi cerebro. Parecía como si la corriente de luz viva que corría continuamente a través de la médula espinal hasta el cráneo aumentase su velocidad y volumen durante las horas de oscuridad.

Cuando cerraba los ojos, me encontraba mirando un extraño círculo de luz, en el que corrientes luminosas se arremolinaban, moviéndose rápidamente de un lado para otro. El espectáculo era fascinante aunque espantoso, envuelto en un temor sobrenatural que a veces helaba la misma médula de mis huesos.

Sólo pocos días antes mantenía el hábito, cuando estaba en la cama de noche, de inducir el sueño siguiendo una cadena de pensamientos agradables que a menudo me llevaba, sin revelar el instante preciso en que ello ocurría, del estado de vigilia al terreno fantástico de los sueños. Ahora todo estaba alterado. Daba vueltas de un lado para otro sin poder alcanzar el grado de serenidad que mi mente necesitaba para atraer el sueño. Después de apagar las luces, en vez de encontrarme en la oscuridad flotando gradualmente hacia un estado delicioso de descanso antes de dormir, me encontraba mirando con temor hacia un vasto resplandor infernal, inquietante y amenazador a ratos, siempre moviéndose rápidamente como si las partículas de una materia luminosa y etérea se cruzasen y volviesen a cruzarse, como el movimiento incesante de unas nubes brillantes de agua pulverizada elevándose de una cascada que, iluminada por el sol, desciende provocando espuma en un charco agitado.

A veces parecía como si un chorro de cobre fundido, subiendo a través de la espina dorsal, chocase contra mi coronilla y cayese a mi alrededor en una lluvia centelleante de vastas dimensiones. Lo contemplaba con fascinación, el temor aferrando mi corazón. De vez en cuando parecía un espectáculo de fuegos artificiales de gran magnitud. Por muy lejos que mirase hacia dentro con mi ojo mental, sólo veía una lluvia brillante o un charco incandescente de luz. Parecía como si menguase de tamaño al lado del halo gigantesco que me rodeaba, que se extendía por todas partes en ondulantes olas de color cobre, claramente perceptibles en la oscuridad circundante, como si el centro óptico del cerebro estuviese ahora en contacto directo con una sustancia extremadamente sutil y luminosa en movimiento perpetuo, inundando el cerebro y el sistema nervioso, sin la intervención de los conductos intermedios de la retina y el nervio óptico.

Parecía que había tocado accidentalmente la palanca de un mecanismo desconocido, escondido en la extremadamente compleja e inexplorada estructura nerviosa del cuerpo, liberando un torrente hasta ahora contenido que, invadiendo las regiones auditivas y ópticas, creaba la sensación de sonidos rugientes y luces que se movían de una manera extraña, introduciendo un aspecto totalmente nuevo e inesperado en el funcionamiento normal de la mente que daba a todos mis pensamientos y acciones una apariencia de irrealidad y anormalidad. Durante algunos días creí sufrir alucinaciones, esperando que mi estado volviese a la normalidad después de algún tiempo. Pero en vez de desaparecer o incluso disminuir, a medida que pasaban los días la anormalidad llegó a ser cada vez más pronunciada, adoptando gradualmente las características de una obsesión, que aumentó en intensidad a medida que las apariciones luminosas se hicieron más extrañas y fantásticas y los ruidos más fuertes y más misteriosos. La espantosa idea de que me dirigía hacia un desastre del que era incapaz de salvarme empezó a apoderarse de mi mente.

Para alguien no iniciado en la ciencia esotérica de Kundalini, como yo, que no lo estaba en aquel

momento, todo lo que sucedió posteriormente presentaba una apariencia tan anormal y antinatural que llegué a sentirme sumamente nervioso por las consecuencias. Pasaba cada minuto del día en un estado de ansiedad y tensión aguda, sin saber lo que me había pasado ni por qué mi sistema estaba funcionando de una manera tan completamente anormal. Me sentía exhausto y agotado. El día posterior a la experiencia sufrí una pérdida de apetito, y la comida me sabía a ceniza en la boca. Mi lengua estaba pastosa y blanca, y había un color rojo en mis ojos que nunca había visto antes. En mi cara había una expresión ojerosa y ansiosa y tenía molestias agudas en el aparato digestivo y excretor. Perdí mi equilibrio y me encontré a merced de una fuerza recién liberada de la cual no sabía absolutamente nada, que creaba un estado tumultuoso y agitado en mi mente, al igual que una tormenta crea una agitación en las aguas plácidas de un lago.

No hubo ninguna disminución en la corriente de Kundalini que me subía desde el trasero. La podía sentir saltando a través de los nervios de la espalda e incluso a través de los de la parte delantera de mi cuerpo, desde la pelvis hacia arriba. Pero lo más alarmante fue la manera en que actuaba y se comportaba mi mente después del incidente. Sentí como si estuviese observando el mundo desde una altura más elevada que antes. Es muy difícil expresar mi estado mental con exactitud. Lo único que puedo decir es que parecía como si mi facultad de percepción hubiese sufrido una transformación y que yo me hubiese, por así decirlo, ampliado mentalmente. Lo más asombroso y espantoso aún fue el hecho de que mi nivel de conciencia no era tan invariable ni su estado tan estable como lo habían sido antes. Se ampliaba y contraía, regulado de un modo misterioso por la corriente resplandeciente que fluía hacia arriba desde el plexo inferior. Esta ampliación y estrechamiento iban acompañados de una hueste de terrores. A ratos me sentía ligeramente regocijado con una pasajera sensación mórbida de bienestar y logro, olvidando por el momento el estado anormal en que me encontraba, pero poco después me volvía agudamente consciente de mi condición crítica y me sentía oprimido de nuevo por una nube atormentadora de miedo. Los pocos y breves instantes de regocijo mental iban seguidos de ataques de depresión mucho más prolongados y tan agudos que tenía que recurrir a toda mi energía y fuerza de voluntad para evitar el sucumbir a su influjo. A veces me tapaba la boca para no llorar y huía de la soledad de mi habitación a la atestada calle para impedirme llevar a cabo algún acto desesperado.

Durante semanas no tuve ni un respiro. Cada mañana se anunciaba una nueva clase de horror para mí, una complicación nueva en mi sistema ya trastornado, un ataque más profundo de melancolía o un estado más irritable de mi mente, que tenía que contener para evitar que me abrumara por completo, manteniéndome despierto, normalmente después de una noche en blanco; y tras soportar pacientemente las torturas del día, tenía que prepararme para el tormento aún peor de la noche. Un hombre supera alegremente las dificultades insuperables y hace frente a una enorme desigualdad cuando está seguro de su estado mental y físico. Yo perdí por completo la confianza en mi propia mente y en mi cuerpo y vivía como un extraño atormentado y aterrorizado en mi propia carne, recordando constantemente mi estado de precariedad. Mi conciencia se encontraba en tal estado de cambio continuo que nunca estaba seguro de cómo iba a comportarse de un momento a otro. Subía y bajaba como una ola, elevándome de las garras del temor sólo un momento para arrojarme de nuevo a las profundidades de la desesperación. Parecía como si la corriente de vitalidad que subía hasta mi cerebro a través de la columna vertebral, conectada misteriosamente a la zona cercana a la base de la espina dorsal, estuviese haciendo extraños trucos con mi imaginación. También me sentía incapaz de detenerla o de resistir su efecto sobre mis pensamientos. ¿Estaba perdiendo el juicio? ¿Eran éstos los primeros indicios de un trastorno mental? Este pensamiento me empujaba constantemente a la desesperación. No era tanto la naturaleza sumamente extraña de mi estado mental como el temor a la locura incipiente o a algún trastorno grave del sistema nervioso lo que me llenaba de un espanto creciente.

Perdí todo sentimiento de amor hacia mi esposa e hijos. Les había querido cariñosamente desde las profundidades de mi ser. La fuente de amor parecía haberse secado en mí por completo. Era como si una ráfaga abrasadora corriese a través de cada poro de mi cuerpo, eliminando todo rastro de afecto. Miraba a mis hijos una y otra vez, intentando evocar en vano el profundo sentimiento con que les había considerado antes. Mi amor hacia ellos parecía estar muerto irrevocablemente. No eran nada más que desconocidos para mí. Para volver a despertar la emoción del amor en mi corazón, les mimaba y acariciaba, hablaba con ellos con palabras encantadoras, pero nunca logré experimentar esa espontaneidad y calor que son característicos del afecto verdadero. Sabía que eran de mi carne y sangre y era consciente de la obligación que tenía con ellos. Mi juicio crítico estaba intacto, pero el amor muerto. El recuerdo de mi difunta madre, de quien siempre me acordaba con un gran afecto, no traía con él ninguna ola de la emoción profunda que invariablemente había sentido al pensar en ella. Consideraba esta desaparición antinatural de los sentimientos profundamente arraigados con desánimo, encontrándome como un hombre totalmente distinto, y mi infelicidad aumentaba al verme desposeído de lo que le da a la vida su mayor encanto.

Estudí constantemente mi estado mental con miedo en el corazón. Cuando comparaba mi nueva

personalidad consciente con lo que había sido antes, podía ver claramente un cambio radical. Se había producido un crecimiento inconfundible. La energía vital que encendía la llama de la existencia fluía visiblemente dentro de mi cerebro; éste no había sido el caso anterior. La luz también era impura y variable. La llama no quemaba con brillo puro, imperceptible y constante como en la conciencia normal. Se hacía más brillante y más tenue alternativamente. Sin duda la iluminación se extendía en un círculo más amplio, pero no era tan clara y transparente como antes. Parecía como si estuviese viendo el mundo a través de una neblina. Cuando contemplaba el cielo, no veía el hermoso azul celeste que antes solía ver. Mi vista había sido siempre buena e incluso ahora no le pasaba nada evidente. Era capaz de leer con facilidad hasta la letra más pequeña y distinguir claramente objetos a gran distancia. Obviamente mi vista no estaba alterada pero algo funcionaba mal en mi facultad cognitiva. El instrumento registrador aún funcionaba bien pero algo iba mal en el observador.

En el hombre normal, el flujo de la corriente de conciencia está tan bien regulado que él mismo no percibe ninguna variación en ella de la infancia hasta la muerte. El hombre se conoce como una entidad consciente, con un punto no dimensional de conciencia situado sobre todo en la cabeza, con una pequeña extensión que cubre el tronco y los miembros. Cuando cierra los ojos para estudiarlo con atención, acaba observando una presencia consciente, él mismo de hecho, alrededor de la zona de la cabeza. Tal como yo mismo podía fácilmente percibir, incluso en aquel estado de inquietud mental, este campo de conciencia había aumentado extensamente en mí. Era algo parecido a lo que experimenté en la visión, pero desposeído de todo rastro de la felicidad que caracterizó mi primera experiencia. Al contrario, era tenebroso y estaba lleno de miedo, depresor en vez de alegre, oscuro en vez de claro y transparente. Parecía como si la concentración prolongada hubiese abierto un centro aún parcialmente desarrollado en el cerebro que dependía, para su combustible, de la corriente de energía que fluía constantemente hacia arriba desde la zona reproductora. El campo ampliado de conciencia era la creación de esta cámara cerrada hasta el momento, y ahora estaba funcionando con imperfección, primero porque había sido abierta precozmente, y segundo porque yo ignoraba por completo cómo adaptarme al nuevo acontecimiento.

Durante semanas luché contra la melancolía mental provocada por mi estado, desanimándome más cada día. Mi cara se volvió muy pálida y mi cuerpo delgado y débil. Sentía aversión hacia la comida y encontraba que el miedo me apretaba el corazón en el instante en que tragaba cualquier cosa.

A menudo dejaba mi plato sin haberlo tocado. Muy pronto el consumo de comida se redujo a una taza o dos de leche y unas pocas naranjas. Aparte de esto no podía comer nada. Sabía que no podría sobrevivir mucho tiempo con una alimentación tan insuficiente, pero no podía remediarlo. Ardía por dentro, pero no había manera de calmar el fuego. Mientras el consumo de comida disminuía de manera drástica, el gasto diario de energía aumentó tremendamente. Mi inquietud había llegado a tal punto que no era capaz de sentarme tranquilamente ni durante media hora. Cuando lo hacía, mi atención se veía atraída irresistiblemente hacia el comportamiento extraño de mi mente. A continuación, la sensación omnipresente de miedo se intensificaba, y mi corazón latía con violencia. Tenía que distraer mi atención de alguna manera para liberarme del miedo de mi propio estado.

Para evitar que mi mente se detuviese una y otra vez en sí misma, recurrí al ejercicio de caminar. Al levantarme por la mañana, mientras tenía aún la fuerza suficiente para hacerlo, salía a caminar lentamente para contrarrestar el efecto de una noche en blanco agobiante, cuando, obligado a quedarme callado en la oscuridad, mi única alternativa era ser espectador atemorizado de la demostración extraña y espantosa que veía interiormente. Por el camino, me cruzaba con montones de conocidos dando su paseo higiénico de la mañana, riendo y hablando mientras se alejaban. Yo no podía compartir su placer, y me cruzaba con ellos en silencio, con una simple inclinación de cabeza o un gesto de saludo. No me interesaba por ninguna persona o tema en el mundo. Mi propia anormalidad borraba todo lo demás de mi mente. Durante el día, caminaba por mi habitación, distrayendo mi atención con una cosa u otra sin permitir que se fijase en ninguna en particular durante todo el tiempo. Contaba mis pasos o miraba al techo o a la pared, al suelo o a los objetos circundantes, uno por uno, fijándome en cada uno de ellos sólo un breve instante, y así, con toda la fuerza de voluntad que dominaba, evitaba que mi cerebro alcanzara un estado de fijeza en ningún momento. Estaba luchando desesperadamente contra mi propia mente desenfrenada.

Pero, ¿cuánto podía durar mi resistencia? ¿Durante cuánto tiempo podía salvarme de la locura que se estaba acercando sigilosamente hacia mí? Mi cuerpo hambriento se volvía más y más débil; mis piernas se tambaleaban bajo mi persona mientras caminaba, pero tenía que caminar si tenía que liberarme del terror espantoso que oprimía mi corazón en cuanto permitía que mi mente rumiase sobre sí misma. Mi memoria se volvía más débil y titubeaba al hablar, mientras la expresión ansiosa de mi cara se intensificaba. En los momentos más oscuros, mis cejas se juntaban en un ceño ansioso y, junto con mi frente densamente arrugada

y una mirada extraviada en mis brillantes ojos, daban a mi semblante una expresión maniaca. Varias veces al día me miraba en el espejo o me tomaba el pulso, y en mi horror encontraba que me estaba deteriorando cada vez más. No sé qué era lo que sostenía mi voluntad para que incluso en un estado de terror extremo pudiese mantener el control sobre mis acciones y gestos. Nadie podía sospechar lo que me estaba ocurriendo interiormente. Sabía que tan sólo una delgada línea me separaba ahora de la locura, y aun así no daba ninguna señal de mi estado a nadie. Sufría una tortura inaguantable en silencio, llorando internamente a causa del triste estado de las cosas, culpándome amargamente a mí mismo una y otra vez por haber explorado lo sobrenatural sin adquirir primero un conocimiento más completo del tema y sin prever los peligros y riesgos del camino.

Incluso en momentos de gran desaliento y cuando estaba casi al borde de la ruptura, algo dentro de mí impedía que consultase a un médico. No había ningún psiquiatra en Jammu en aquellos días, y aunque hubiese habido uno estoy seguro de que no hubiera ido a verle. Hice bien. Los pocos conocimientos que yo poseía sobre las enfermedades eran suficientes para saber que mi anormalidad era única, que no era ni puramente psíquica ni puramente física, sino el resultado de una alteración de la actividad nerviosa de mi cuerpo, algo que ningún terapeuta del mundo podía diagnosticar o curar correctamente. Por otro lado, un solo error en el tratamiento en aquel estado sumamente peligroso, cuando el sistema entero estaba por completo trastornado y no era sensible al control, podría haber resultado mortal. Los errores eran inevitables en vista de la naturaleza completamente oscura y no identificable de la enfermedad.

Un médico cualificado basa sus observaciones en los síntomas presentes en un malestar, confiando en la uniformidad de las condiciones patológicas en el cuerpo humano normal para el éxito de su tratamiento. Los procesos fisiológicos se adhieren a un cierto ritmo específico que el cuerpo intenta mantener bajo todas las circunstancias ordinarias. En mi caso, puesto que el elemento básico responsable del ritmo y del equilibrio en aquel momento estaba trastornado, la anarquía predominante que existía no sólo en el sistema sino también en el terreno del pensamiento, más aún, en las partes recónditas y más profundas de mi ser, se puede imaginar mejor que describir. No sabía entonces lo que llegué a comprender más adelante: que un mecanismo automático, activado por la práctica de la meditación, había empezado a funcionar repentinamente con el objetivo de reformar mi mente para prepararla para la expresión de una conciencia más elevada y amplia, a través de procesos biológicos tan naturales y tan guiados por leyes inviolables como la evolución de la especie o el desarrollo y nacimiento de un niño. Pero por desgracia yo no lo sabía en aquel momento. Que yo sepa, este secreto extraordinario de la naturaleza no se conoce actualmente, aunque existen pruebas suficientes para demostrar que ciertos métodos para tratar este estado, cuando es provocado repentinamente por la práctica del Yoga Hatha, eran totalmente conocidos por los antiguos adeptos.

Estudiaba a fondo mi estado día a día para asegurarme de que lo que había experimentado era real y no imaginado. Al igual que un hombre que se encuentra en una situación increíble se pellizca para estar seguro de que no está durmiendo sino despierto, estudiaba invariablemente mis síntomas corporales para encontrar corroboración a mi estado mental. Sería una falacia suponer que fuese víctima de una alucinación. Los sucesos posteriores y mi estado actual excluyen esta posibilidad. No, la crisis que estaba sufriendo no la había creado mi propia imaginación. Tenía una verdadera base psicológica y estaba entretejida con la estructura orgánica entera de mi cuerpo. Todo el mecanismo, desde el cerebro hasta el órgano más pequeño, estaba implicado, y no tenía ninguna escapatoria de la tormenta de fuerzas nerviosas que soplaba a través de mi sistema día y noche, liberada inesperadamente por mi propio esfuerzo.

Durante los últimos tiempos ha habido pocos casos de individuos en los que el fuego de la serpiente quemase incesantemente desde el día del despertar de Kundalini hasta el último, provocando transformaciones mentales conocidas e insinuadas por los antiguos sabios de la India. Pero ha habido muchos casos de tipo esporádico en los que la *shakti* estaba activa sin lugar a dudas. Los místicos y santos de todos los países, que desde temprana edad son propensos a las visiones trascendentales y pasan ocasionalmente por trances de éxtasis, volviendo más tarde a su conciencia normal, pertenecen a la segunda categoría. Los mediums y todos aquellos que poseen el poder de la clarividencia, el adivinar de los pensamientos, la predicción, y otras facultades sobrenaturales similares, deben sus dones asombrosos a la acción de un Kundalini despierto, que funciona de un modo limitado en la cabeza sin llegar al centro más elevado, cuando sólo eclipsa a la conciencia entera. Lo mismo ocurre en los genios, en los que la energía alimenta ciertas zonas específicas del cerebro, estimulándolas a fases extraordinarias de actividad intelectual, literaria o artística.

En todos los casos mencionados más arriba, o el flujo de la más potente corriente vital está tan regulado y delimitado que no crea ningún trastorno en el sistema o, como en el caso de los místicos en que el impacto de la corriente en el cerebro es muy fuerte a ratos, el estado empieza al nacer y el sistema nervioso se acostumbra a ella desde la infancia, cuando uno no es consciente de las variaciones de la conciencia ni es capaz de atribuir un significado a los sucesos anormales que se dan en el cuerpo y sentir la sensación del miedo. Pero incluso así, estos últimos deben afrontar a menudo más de una crisis y soportar sufrimientos y tormentos inusuales antes de adquirir un estado permanente y tranquilo de la mente y estar en condición de estudiar y expresar de forma comprensible la experiencia que les señala como una clase aparte del tipo normal de ser mortal. Los individuos que pertenecen a estas categorías, con excepción de los místicos, no perciben la luminosidad y el movimiento de las corrientes nerviosas, salvo en casos excepcionales, puesto que el flujo de la energía vital es demasiado restringido para crear efectos extraños. Además, ya que ha sido parte integrante del organismo desde el nacimiento, se convierte en un rasgo inherente de su personalidad.

Los libros populares sobre el Yoga que yo había leído años atrás no contenían ninguna indicación sobre tal desarrollo anormal y esa experiencia horripilante. Sus sabios autores se limitaban a la descripción de varias posturas y métodos, todos tomados de los escritos antiguos sobre el tema. Pocos de ellos afirmaban haber tenido la experiencia pero ansiaban enseñar a otros lo que ellos mismos nunca habían aprendido. En los libros había alguna referencia hecha de paso sobre el Yoga Kundalini. Los autores consideraban que un par de páginas o un corto capítulo eran suficientes para describir esta difícil y poco conocida forma de Yoga. Se declaró que Kundalini representa la energía vital cósmica que se encuentra inactiva en el cuerpo humano y que está enroscada alrededor de la base de la columna vertebral, un poco más abajo del órgano sexual, como una serpiente, profundamente dormida y cerrando con su boca la abertura de *Shushumma*, el conducto delgado como un pelo que sube a través de la médula espinal hasta el centro consciente en la coronilla. Cuando despierta Kundalini, según ellos, sube por *Shushumma* como un relámpago, llevándose con ella la energía vital del cuerpo, que por el momento se vuelve fría y muerta, con una interrupción completa o parcial de las funciones vitales, para unirse con su cónyuge divino, Shiva, en el último o séptimo centro, en el cerebro. En el transcurso de este proceso, el yo encarnado, liberado de la esclavitud de la carne, pasa a un estado de éxtasis conocido como *Samadhi*, dándose cuenta de que es inmortal, de que está lleno de beatitud, y de que forma un conjunto con la conciencia suprema que todo lo penetra. Sólo en uno o dos de los escritos hay indicaciones vagas sobre los peligros que se encuentran en el camino. La naturaleza del peligro y los métodos para evitarlo o vencerlo no los explican los autores.

Basándome en las vagas ideas que había recogido de estas obras o reunido durante discusiones o conversaciones sobre el Yoga, fue natural que dedujera que el estado anormal que había provocado en mí mismo era el resultado directo de mi meditación. La experiencia que estaba sufriendo correspondía en todos sus aspectos a las descripciones del estado de éxtasis dadas por los que también habían alcanzado este estado; por lo tanto, no había ninguna razón para dudar de la validez de mi visión. No podía haber equivocación alguna con respecto a los ruidos que había oído y la expansión que había percibido. Sobre todo, no podía existir ninguna equivocación en cuanto a la transformación de mi propia conciencia, la parte más cercana e íntima de mí, que había experimentado más de una vez, y el recuerdo de que era tan viva que nunca se podría borrar o confundir con ningún otro estado. No podía ser un simple producto de mi imaginación porque durante la visión aún poseía la capacidad de formular una comparación entre el estado de conciencia ampliada y el estado normal, y cuando empezaba a desvanecerse podía percibir la contracción que se producía. Era sin

duda una experiencia real, una que los santos y místicos de todo el mundo han descrito con el máximo poder de expresión que tenían a su alcance. Pero en mi caso hubo una desviación particular e inconfundible del tipo normal de visión: la extraordinaria sensación en la base de la espina dorsal seguida del flujo de corriente radiante a través de la columna vertebral hasta la cabeza. Esta parte de tan extraña experiencia concordaba con los fenómenos asociados con el despertar de Kundalini, y por lo tanto no podía estar equivocado al suponer que había despertado inconscientemente a la serpiente enroscada y que el grave trastorno de mi sistema nervioso, al igual que el estado extraordinario aunque espantoso en que me encontraba, fueron provocados de algún modo por ella.

No le mencioné a nadie mi estado, salvo a mi cuñado, que acudió a Jammu durante aquellos días en un corto viaje de negocios. Él era mucho mayor que yo y me quería como a un hijo. Le hablaba sin reserva, consciente de su profundo afecto hacia mí. Él mismo había practicado la meditación durante muchos años, bajo la orientación de un preceptor que afirmaba tener conocimientos del Yoga Kundalini. Sincero y noble por naturaleza, a menudo me narraba sus propias experiencias con la simplicidad de un niño, buscando mi corroboración a los resultados que él había logrado a través de sus esfuerzos. Sin la menor pretensión de vanagloriarse de sus conocimientos, me dio toda la información que poseía, y de este modo contribuyó a la salvación de mi vida. Mi esposa no sabía nada de la lucha a vida o muerte en que estaba metido, pero alarmada por mi extraño comportamiento, falta de apetito, trastornos corporales, paseos constantes, y sobre todo por la siempre presente nube de ansiedad y melancolía en mi cara, me aconsejaba una y otra vez que consultase a un médico y me vigilaba constantemente, día y noche, frenética por la ansiedad.

Mi cuñado no pudo captar el significado de lo que le había contado, pero dijo que su *guru* había comentado una vez que si Kundalini fuese despertada por error a través de cualquier otro *nadi* (nervio) que no fuera *Shushumma*, existía un gran peligro de graves trastornos psíquicos y físicos, terminando en la incapacidad física y mental permanentes, la locura o la muerte. Éste era el caso en particular. el maestro había dicho, si el despertar ocurría a través de *pingala*, en el lado derecho de la espina dorsal, cuando el hombre desafortunado se siente literalmente quemado hasta morir a causa del excesivo calor interno, que no se puede controlar por ningún medio externo. Me horrorizaba esta declaración y, desesperado, fui a consultar a un sabio asceta de Kashmir que había llegado a Jammu a pasar el invierno. Él me escuchó con paciencia y dijo que la experiencia que había sufrido no podía ser debida al despertar del poder de la serpiente, puesto que éste era siempre dichoso y no podía estar asociado con ninguna acción capaz de provocar enfermedad ni trastorno. Hizo otra insinuación espantosa, que había aprendido de su maestro o tomado de alguna antigua obra, sobre que mi enfermedad probablemente fuese debida al veneno de espíritus malignos que obstruían el camino de los yoguis, y me recetó una decocción, que nunca llegué a tomar.

Por sugerencia de alguien, hojeé algunos libros sobre el Yoga Kundalini, traducciones al inglés de antiguos textos sánscritos. No fui capaz de leer con atención ni una sola página, puesto que el intento suponía una concentración que me era imposible mantener. El menor esfuerzo agravaba instantáneamente mi estado, incrementando el flujo de la recién nacida energía en el cerebro, lo que aumentaba mi terror y tristeza. Solamente hojeaba los libros, leyendo una frase aquí y un párrafo allá. La descripción de los síntomas que seguían al despertar corroboró mi propia experiencia y afirmó mi convicción de que había despertado la fuerza vital inactiva en mí; pero no podía estar seguro de si la agonía de la mente y el cuerpo que estaba sufriendo era un resultado inevitable del despertar o si había hecho surgir la energía a través de un nervio equivocado. No obstante, hubo un breve concepto -llámenlo accidente u orientación divina- que aprendí de esa enorme cantidad de material en aquella superficial ojeada y fue que en el curso de la práctica no se le permitía al alumno tener vacío el estómago, sino que debía tomar una comida ligera cada tres horas. Este breve consejo, que pasó por mi cerebro como un rayo en un momento muy crítico, cuando flotaba entre la vida y la muerte y había perdido toda esperanza de sobrevivir, me salvó la vida y la cordura y aún continúa salvándola hoy en día.

En aquel entonces no presté atención a esta significativa indicación que, basada en la experiencia de innumerables hombres, muchos de los cuales probablemente perdieron la vida intentando despertar la serpiente, había servido durante siglos como orientación para los iniciados. Aunque me hubiese esforzado al máximo para hacerlo, no podría haberme guiado por ese consejo en aquel momento, puesto que la comida me resultaba tan aborrecible que mi estómago se rebelaba con sólo pensar en ella. Ardía en cada parte de mi cuerpo mientras mi mente, como un globo flotante, se balanceaba arriba y abajo y se tambaleaba de manera irregular de un lado para otro, incapaz de mantenerse firme ni un instante.

Cada vez que mi mente se centraba en sí misma, me encontraba observando con un pánico creciente el resplandor sobrenatural que llenaba mi cabeza, arremolinándose como un torbellino espantoso; incluso encontraba su reflejo en la oscuridad total de las horas nocturnas que se arrastraban lentamente. Con

frecuencia adquiría formas y actitudes horripilantes, como si rostros satánicos me sonriesen y formas inhumanas gesticulasen en la oscuridad. Esto ocurrió noche tras noche durante meses, menguando mi voluntad y agotando mi resistencia, hasta que me sentí incapaz de aguantar esa dura prueba por más tiempo, seguro de que en cualquier momento podía sucumbir al horror que me perseguía implacablemente y, despidiéndome de mi vida y de mi cordura, salir precipitadamente de mi habitación como un maníaco delirante. Pero persistía, decidido a aguantar mientras conservase algún vestigio de fuerza de voluntad, resuelto a rendir mi vida al menor signo de rotura en lugar de perderme en la infinitud espantosa de la demencia.

Cuando era de día ansiaba la noche y durante la noche rogaba fervientemente que fuese de día. A medida que el tiempo pasaba lentamente, mi esperanza disminuía y la desesperación se apoderó de mí. No hubo ninguna relajación de la tensión ni ninguna disminución del temor que me atormentaba continuamente, ni ningún alivio de la corriente ardiente que se lanzaba a través de mis nervios y llenaba mi cerebro dolorido. Por otro lado, puesto que mi vitalidad disminuyó como resultado de los ayunos, y mi resistencia decayó, la enfermedad se agravó hasta tal extremo que en cada momento esperaba el fin.

Me encontraba en este estado de ánimo durante el festival sagrado de Shivratri, o la noche de Shiva, que fue a finales de febrero. Como era costumbre cada año en aquella fecha, mi esposa había preparado cuidadosamente algunos platos exquisitos e insistió en que yo también compartiese la comida. Para no decepcionarla y provocar una nube de melancolía en su mente ya llena de ansiedad, acepté y tragué a la fuerza algunos bocados, y entonces lo dejé y me lavé las manos. Seguidamente sentí una sensación de hundimiento en la boca del estómago, una corriente ardiente de energía inundó mi cabeza, y sentí cómo me elevaba más y más arriba, expandiéndome terriblemente con un miedo inaguantable que me presionaba por todas partes. Sentí una sensación tambaleante mientras mis manos y pies se volvían tan fríos como el hielo, como si todo el calor hubiese escapado de ellos para alimentar el vapor ardiente de mi cabeza, que había subido a través de la médula espinal como el soplo rojizo de un horno y ahora, actuando como un veneno en el cerebro, me dejaba entumecido. Me sentí abrumado por la debilidad y el mareo.

Me puse en pie tambaleándome y me arrastré hacia la cama de la habitación de al lado. Con manos temblorosas, aparté la colcha y me metí entre las sábanas, intentando colocarme en una posición cómoda. Pero mi estado era horrible; ardía internamente de la cabeza a los pies, exteriormente estaba tan frío como el hielo, y temblaba como si tuviese fiebre. Me tomé el pulso; palpitaba locamente y mi corazón latía frenéticamente bajo mis costillas. Su palpitación era claramente audible. Pero lo que me horrorizaba era la intensidad de las corrientes ardientes que ahora fluían a través de mi cuerpo, penetrando en cada parte y órgano. Mi cerebro trabajaba desesperadamente, incapaz de dar coherencia a mis frenéticos pensamientos. Llamar a un médico para consultarle sobre tal desconocida enfermedad sería una simple pérdida de energía. Su primer pensamiento al conocer mis síntomas sería llamar a un manicomio. Sería inútil por mi parte buscar ayuda en otros lugares para tal aflicción. ¿Qué podía hacer entonces para salvarme de esta tortura? ¿Podía ser que en mi estado anterior de semi-inanición, subsistiendo sólo con unas cuantas naranjas y un poco de leche, la corriente ardiente no pudiera alcanzar una intensidad tan terrible como la que había alcanzado ahora con la entrada de comida sólida en mi estómago? ¿Cómo podía salvarme? ¿Adónde podía ir para escapar del horno que hacía estragos en mi interior?

El calor aumentaba por momentos, provocando un dolor tan inaguantable que me retorció y me contorsionaba de un lado para otro mientras ríos de sudor frío corrían por mi cara y cuerpo. Pero el calor seguía aumentando y al poco tiempo parecía como si innumerables alfileres candentes corrieran por mi cuerpo, quemando y produciendo ampollas en mis órganos y tejidos como chispas voladoras. Sufriendo una tortura tan insoportable, me apretaba las manos y me mordía los labios para evitar tirarme de la cama y romper a gritar. El latido de mi corazón se hizo más y más tremendo, adquiriendo una violencia tan espasmódica que creí que iba a dejar de latir o explotar. La carne y la sangre no podían aguantar tanta tensión sin ceder en algún momento. Era fácil ver que el cuerpo estaba intentando valientemente luchar contra el veneno virulento que corría veloz a través de los nervios y que fluía en el cerebro. Pero la lucha era tan desigual y la furia que se había desencadenado en mi sistema tan mortífera que no existía ni la menor duda sobre el resultado. Había trastornos tan espantosos en todos los órganos, cada uno tan alarmante y doloroso, que me pregunto cómo conseguí conservar el dominio sobre mí mismo bajo aquel violento ataque. Todo mi delicado organismo estaba ardiendo, consumiéndose completamente bajo la ráfaga ardiente que corría en su interior.

Sabía que me estaba muriendo y que mi corazón no podría soportar el tremendo esfuerzo durante mucho tiempo más. Mi garganta estaba quemada y cada parte de mi cuerpo llameante y ardiente, pero no podía hacer nada para aliviar el terrible sufrimiento. Si hubiese habido un pozo o río cerca, habría saltado a sus frías

profundidades, prefiriendo antes la muerte a lo que estaba sufriendo. Pero no había ningún pozo y el río estaba a más de media milla. Con un gran esfuerzo, me levanté temblando, con la idea de verter algunos cubos de agua fría sobre mi cabeza para calmar el espantoso calor. Pero en aquel instante mis ojos cayeron sobre mi hijita Ragina, que estaba despierta, tendida en la cama de al lado, observando mis movimientos febriles con los ansiosos ojos abiertos de par en par. Con el poco vestigio de juicio que me quedaba, pude comprender que el menor movimiento extraño por mi parte en aquel momento provocaría que ella llorase y que si empezaba a derramar agua sobre mi cuerpo a esa extraña hora, ella y su madre, que estaba ocupada en la cocina, casi morirían de miedo. Este pensamiento me reprimió y decidí aguantar el dolor interno hasta el final, que no podía estar lejos.

¿Qué me había ocurrido de repente? ¿Qué poder diabólico del infierno me retenía en sus garras despiadadas? ¿Estaba condenado a morir de esta manera tan espantosa, dejando un cadáver con la cara y los miembros ennegrecidos para que la gente se preguntase qué horror desconocido se había apoderado de mí como castigo por los crímenes cometidos en un nacimiento anterior? Me devané los sesos para encontrar una manera de escapar, sólo para encontrar desesperación absoluta por todos lados. El esfuerzo me agotó y sentí cómo me hundía, vagamente consciente del mar de dolor hirviente en que me estaba ahogando. Intenté desesperadamente levantarme, sólo para volver a hundirme, embotado por un tormento que no fui capaz de soportar. Al cabo de un rato, con un repentino e inexplicable restablecimiento de mis fuerzas, indicando el principio del delirio, volví en mí con la poca cordura que me quedaba, sólo el Todopoderoso sabe cómo, y que fue la suficiente para impedir que cediera por completo a actos de locura y autoviolencia.

Tapándome la cara con la colcha, me tendí totalmente en la cama, ardiendo en cada fibra, sacudido, por así decirlo, por una lluvia abrasadora de alfileres candentes que penetraban mi piel. En ese instante se me ocurrió una idea terrible. ¿Podría ser que hubiese despertado a Kundalini a través de *pingala*, o el nervio solar que regula el flujo de calor en el cuerpo y que está situado en el lado derecho de Shushumma? Si esto era verdad, estaba perdido, pensé desesperadamente, y, como por designio divino, se me ocurrió la idea de hacer el último intento por despertar a Ida, o el nervio lunar del lado izquierdo, y así neutralizar el efecto ardiente y espantoso del fuego devorador interior. Con mi mente dando vueltas y los sentidos embotados del dolor, pero con toda la fuerza de voluntad de que disponía, dirigí mi atención hacia el lado izquierdo de la base de Kundalini e intenté provocar que una fría corriente imaginaria subiese a través del centro (le la médula espinal. En aquel estado de conciencia extraordinariamente ampliado, atormentado y fatigado, sentí con claridad la situación del nervio y me esforcé mentalmente por desviar su flujo al conducto central. Entonces, como si hubiese estado esperando el momento definitivo, ocurrió un milagro.

Hubo un ruido parecido al de un nervio cuando se rompe e instantáneamente un rayo plateado pasó zigzagueando por la médula espinal, parecido al movimiento sinuoso de una serpiente blanca en su fuga, derramando una lluvia refulgente de energía vital que caía en forma de cascada en mi cerebro, llenando mi cabeza con un resplandor maravilloso en lugar de la llama que había estado atormentándome durante las últimas tres horas. Tomado completamente por sorpresa por esta transformación repentina de la corriente abrasadora que había estado fluyendo a través de la red de mis nervios momentos antes, y lleno de alegría por el cese del dolor, me quedé totalmente callado e inmóvil durante un tiempo, saboreando la felicidad del alivio con la mente inundada de emoción, incapaz de creer que realmente me había liberado de aquel horror. Me sentía torturado y agotado casi hasta el punto del colapso por la agonía que había sufrido durante el terrible intervalo. Me quedé dormido de inmediato, bañado en luz y, por primera vez después de semanas de angustia, sentí el dulce abrazo del sueño.

Como si me hubiesen sacudido repentinamente de mi sueño, desperté después de una hora aproximadamente. La corriente brillante aún fluía por mi cabeza, mi cerebro estaba despejado, mi corazón y mi pulso habían dejado de latir con aquel ritmo tan acelerado, las sensaciones ardientes y el miedo casi habían desaparecido; pero mi garganta todavía estaba seca y mi boca abrasada. Me encontré en un estado de agotamiento extremo, como si me hubiesen vaciado hasta la última gota de mi energía. Precisamente en aquel instante se me ocurrió otra idea; como si lo hubiese sugerido una inteligencia invisible, y con una fuerza irresistible, me llegaron instrucciones de que debía comer algo inmediatamente. Hice señas a mi esposa, que como de costumbre estaba despierta, tendida en su cama, observando ansiosamente cada movimiento mío, de que me sirviese una taza de leche y un poco de pan. Sorprendida por esta petición inusual e inesperada, vaciló un momento, y después obedeció sin decir palabra. Comí el pan, tragándolo con dificultad con la ayuda de la leche, y seguidamente volví a quedarme dormido.

Desperté de nuevo después de unas dos horas aproximadamente, bastante refrescado después de haber dormido. Mi cabeza estaba llena del resplandor incandescente, y con gran asombro, en este estado de conciencia elevado y brillante, pude percibir claramente cómo una lengua de la llama dorada buscaba comida

en mi estómago y cómo se movía a lo largo de los nervios de éste. Comí algunos bocados de pan y tomé otra taza de leche, y en cuanto lo hice descubrí que el halo de mi cabeza se contraía y que había una llama más grande lamiendo mi estómago, como si una parte de la energía que corría por mi cerebro fuese desviada a la región gástrica para acelerar el proceso de la digestión. Me quedé tendido y despierto, mudo de asombro, observando ese resplandor vivo que se movía de un lugar a otro a través del aparato digestivo, acariciando los intestinos y el hígado, mientras otra corriente fluía hacia los riñones y el corazón. Me pellizqué para asegurarme de que no estaba soñando o durmiendo, y me quedé sin habla por lo que estaba observando en mi propio cuerpo, totalmente incapaz de regular o guiar la corriente. A diferencia del horror que había experimentado antes, ahora no sentía ningún malestar; lo único que podía sentir era un calor suave y tranquilizador que se movía a través de mi cuerpo mientras la corriente viajaba de un extremo a otro. Observando en silencio ese juego maravilloso, mi ser entero se llenó de una gratitud ilimitada a lo Invisible por esta liberación tan oportuna de un destino espantoso; y una seguridad nueva empezó a tomar forma en mi mente porque el fuego de la serpiente ahora estaba, en realidad, funcionando en mi cuerpo agotado y atormentado; y porque estaba a salvo.

En este punto, mientras ruego se me excuse por una pequeña digresión del tema principal de mi narrativa, deseo aclarar que no tengo la intención de infligir la historia abigarrada de mi vida a la ya agotada paciencia del lector. Pero me veo obligado a emprender este rumbo, puesto que de otra manera el acontecimiento extraordinario que ocurrió en mí cuando tenía cuarenta y seis años no se vería en su perspectiva apropiada y perdería el inmenso valor científico que, a mi juicio, posee; y el objetivo de este libro es demostrar esto precisamente. Es con el propósito de ayudar a la investigación científica en el muy discutido terreno de lo sobrenatural por lo que a tales incidentes de mi vida se les ha concedido un lugar en esta obra introductoria, puesto que éstos tuvieron una relación directa con el clímax y, sin ellos, la investigación científica de esta culminación única no sería posible.

Tardé casi veinte años en hacer pública la experiencia porque, en primer lugar, quería estar completamente seguro de mi propio estado y, en segundo lugar, era enemigo de exponerme a la crítica de amigos bienintencionados y a la burla de los adversarios. La historia que yo tenía que contar era tan extraordinaria y estaba tan llena de episodios extraños que dudaba de su aceptación como relato verídico de una experiencia extremadamente rara que ha quedado siempre envuelta en el misterio desde tiempos inmemoriales. Pensé que sólo habría unas pocas personas que creerían enseguida lo que yo tenía que contar sobre el extraño fenómeno. Pero el deseo de dar a conocer la verdad oculta venció al final. Reconozco que con la publicación de esta obra me estoy exponiendo a la crítica desde varios ángulos, sobre todo de los que deberían interesarse más por el tema. Hombres de ciencia por un lado y los de fe por el otro, algunos de los cuales, en lugar de agarrar al vuelo la oportunidad de conciliación que ahora se les ofrece, probablemente la tratarán como una intrusión en el territorio de sus opiniones y puntos de vista idolatrados, olvidando por el momento el hecho de que la verdad es una entidad que se enriquece con la adversidad y se fortalece con la oposición.

Todo esto lo reconozco, pero cediendo a un deseo incontenible, que tomó forma en mi mente poco después de la aparición del estado anormal y que desde entonces nunca ha estado totalmente ausente, y exigiendo en este momento tan oportuno una amplia publicidad para la experiencia como el primer paso hacia la investigación organizada sobre toda manifestación de la supraconciencia, me he dedicado a la tarea de recapitular los incidentes de mi vida relacionados con el tema con la idea de dar coherencia al sorprendente acontecimiento posterior, que aunque se da en cierta clase de hombres como un don natural, hasta el momento ha eludido todos los esfuerzos dirigidos hacia su investigación. Al mismo tiempo, he procurado llamar la atención sobre los estados mentales y fisiológicos que preceden a la manifestación de tales cambios anormales en el hombre, que se parecen esencialmente, aunque son distintos en sus detalles, a otros fenómenos de este tipo del pasado. Aparte del hecho de que las manifestaciones que acompañan al despertar de Kundalini son actualmente un libro cerrado para el mundo, salvo quizá algunas excepciones, de hecho no hay nada fuera de lo común con respecto a mi experiencia, como se puede demostrar a través de otras experiencias futuras para las que puede que esta obra cree las condiciones necesarias.

Aparte de las reacciones fisiológicas anormales y la existencia y comportamiento extraordinario de las corrientes vitales luminosas en el cuerpo, que seguramente traerán tras ellas una hueste de terrores para las personas no iniciadas y desprevenidas como yo, no hay nada en mi experiencia que sea ni remotamente semejante a los fenómenos extraños y completamente anormales que presencian los mediums profesionales y otros sujetos psíquicos. Lo que me hizo vacilar en hacerlo público es la naturaleza única del fenómeno; ni está de acuerdo con las manifestaciones conocidas observadas en los mediums, ni parece semejante en su tipo a la experiencia relatada por ningún místico o santo conocido, sea oriental u occidental. Su peculiaridad está en el hecho de que en su naturaleza entera el fenómeno representa el intento de una fuerza vital hasta ahora desconocida en el cuerpo humano, liberable mediante la fuerza de la voluntad, de moldear el aparato psico-fisiológico de un hombre hasta tal extremo que se vuelva sensible a estados de conciencia que normalmente no eran percibidos antes por ese individuo. Es este extraño aspecto de mi sorprendente experiencia lo que hace que ésta sea singular y que exija la atención de las personas interesadas en lo sobrenatural o en averiguar la base fisiológica de los fenómenos psíquicos supraorgánicos.

Es un hecho innegable que la búsqueda de lo desconocido era una característica de las civilizaciones antiguas tan inconfundible entonces como lo es actualmente. Había una búsqueda igualmente persistente de lo espiritual y lo sobrenatural y una sed tan insaciable en incontables personas por la adquisición de poderes sobrenaturales y arrancar el velo que esconde el más allá. Pero debido a que el momento no era el apropiado para desenmarañar por completo el misterio o ya que la mente humana goza manteniendo envuelto en la incertidumbre, el miedo y la superstición este tema que trata exclusivamente de su propia naturaleza, los

descubrimientos realizados en este terreno se preservaban como el secreto de unas pocas personas selectas. No cabe la menor duda de que el culto de Kundalini era más conocido por los adeptos antiguos de China, la India o Egipto que por los primeros pensadores de hoy en día. Basándome en mi propia experiencia, puedo afirmar sin vacilar que el fenómeno de la corriente resplandeciente, su circulación a través de los nervios, los métodos para despertar el poder, el régimen que se debe seguir, las precauciones que se deben tomar, y el papel desempeñado por los órganos reproductores fueron, como es evidente en los escritos antiguos o, a falta de éstos, en la naturaleza del ceremonial realizado por el iniciado, conocidos hasta cierto punto por los expertos que, debido a la naturaleza arriesgada del experimento, a los factores hereditarios implicados y a las capacidades mentales y físicas requeridas, deben de ser muy pocos.

Se debe afirmar en este punto, para evitar malentendidos, que el culto de Kundalini no era el único camino a través del cual los antiguos se acercaban al difícil terreno de alcanzar lo sobrenatural; existían a la vez otros credos, escuelas y sistemas que trataban lo misterioso y lo sobrenatural. Como ocurre incluso hoy en día, los seguidores de las varias sectas deben de haber intentado difamarse mutuamente, minimizando los métodos de sus rivales y alabando los suyos. La existencia de esta guerra incesante, como es evidente, sólo podía ser perjudicial para la aceptación del sistema relacionado con Kundalini, que por consiguiente fue relegado a un segundo plano, sobre todo a causa del rígido régimen físico, la magnitud del riesgo y, último en orden aunque no en importancia, la rareza de una consumación lograda, y, con el transcurso del tiempo, fue relegado al desván de los credos obsoletos. También se puede afirmar sin miedo a contradicción que el desarrollo de todas las grandes religiones del mundo, a pesar del hecho de que cada una esté arraigada inextricablemente en la tierra preparada y regada por este culto prehistórico, contribuyó enormemente al eclipse del credo de Kundalini como un sistema establecido de disciplina mental y física para conseguir un acercamiento a lo trascendental. No obstante, sigue existiendo en la India, aunque sólo en su forma, despojado de su antigua importancia e influencia, aunque todavía conserva gran parte de la fascinación que antes ejercía sobre los investigadores que intentan alcanzar lo oculto.

Es evidente que toda religión, todo credo y toda secta, incluso los cultos sangrientos de los salvajes y los credos de auto-tortura o auto-mutilación que se han descubierto hasta el momento, deben su origen a la existencia de un deseo, arraigado profundamente en la naturaleza humana, que se expresa de maneras innumerables, saludables y malsanas, y que siempre ha sido un compañero fiel del hombre durante su ascenso del estado más primitivo al estado actual. El deseo de resolver el enigma de la existencia, de una experiencia suprasensible, de establecer contacto con las fuerzas ocultas de la naturaleza o de adquirir poderes supranormales, presentes en muchas mentes con un efecto abrumador e irresistible, es simplemente un modo de expresión de este impulso todavía incomprendido aunque poderoso que, elevándose de las profundidades de la existencia, emerge como una parte de la personalidad, a menudo perceptible en los pensamientos y acciones desde una temprana edad.

Toda práctica religiosa, todo acto de culto, todo método de desarrollo espiritual y todo sistema esotérico, que de algún modo u otro pretenda proveer una vía de comunicación con lo suprasensible, lo divino o lo oculto, u ofrecer un camino para explorar el misterio de la existencia, son todas maneras, efectivas y defectuosas, de obtener satisfacción para este deseo profundamente arraigado y universalmente presente. La forma que adquiere puede ser la de un atroz sacrificio sangriento, una herida abierta voluntariamente, la ceguera autoprovocada por contemplar el sol o la tortura constante del cuerpo sobre una cama de clavos, el canto melodioso de himnos, la recitación de oraciones, la postración durante el culto devoto, la disciplina del yoga o cualquier otro ejercicio espiritual; el objetivo, invariablemente, es lo oculto, lo misterioso o lo suprasensible en forma divina, demoníaca, espiritual o en cualquier otra forma.

Desde el principio el deseo se ha manifestado en una variedad infinita de creencias y credos religiosos, supersticiones y tabúes que se remontan a las épocas más remotas de la existencia del hombre. El impulso de abarcar las fuerzas inanimadas de la naturaleza con la inteligencia y de atribuir a los espíritus de los muertos la existencia prolongada más allá de la tumba, característico de la mente primitiva y del intento del hombre civilizado de considerar como postulado a un Creador todopoderoso y de rendirle culto, se originó de la misma fuente y debe su existencia a la presencia en el organismo humano de un mecanismo extremadamente complicado y de difícil localización, que los antiguos *savants* indios llamaban Kundalini.

Independientemente de que el objetivo sea una experiencia religiosa, la comunicación con espíritus desencarnados, la visión de la realidad, la liberación del alma o el don de la clarividencia y la predicción, el poder de influir en la gente o en el éxito en las empresas materiales a través de medios sobrenaturales, o cualquier otro objetivo mundano o supra-mundano relacionado con lo oculto o lo divino, el deseo surge de la misma fuente psicosomática y es una ramita o rama del mismo árbol profundamente arraigado. Kundalini es un mecanismo tan natural y eficaz para la obtención de un estado más elevado de conciencia y para la

experiencia trascendental así como el sistema reproductor es una invención natural y eficaz para la perpetuación de la especie. La contigüidad de los dos es un orden diseñado a propósito, puesto que la tendencia evolutiva y la fase de progreso alcanzada por el organismo original sólo pueden ser transmitidas y perpetuadas a través de la semilla (semen).

Los hombres nunca han podido comprender la acción incomparable que un genio llega a ejercer sobre sus creaciones intelectuales o manuales, y son todavía menos capaces de comprender el estado mental de un extasiado. El primero, completamente absorto en su problema y el segundo perdido en la profunda contemplación de una hermosa exhibición interna o de algún objeto externo de adoración, transportado momentáneamente del mundo a un estado de existencia más atractivo, presentan un enigma para cuya solución es necesario volver a mirar cuidadosamente dentro del cuerpo humano para localizar la fuente escondida de la cual el cerebro, en dichos estados de absorción extrema, extrae el alimento requerido para mantener esa actividad sumamente desarrollada durante largos períodos de tiempo. La naturaleza completamente aislada de la conciencia individual, provocada por el efecto segregador del ego, hace que sea imposible que ningún hombre mire dentro del comportamiento cerrado de otra mente, incluso las de parientes o amigos íntimos. Esta falta de acceso de una mente a otra ha provocado ciertos conceptos comunes erróneos y se tardará mucho tiempo en borrarlos del pensamiento humano.

El hombre normal, cuando estudia a un genio, a un místico o a un médium, es propenso a suponer, a causa de su incapacidad de mirar en sus mentes de la misma manera que éste lo hace con la suya, que sean entidades conscientes como él, con la diferencia de que uno posee más inteligencia y más destreza para manejar la pluma o el pincel o el cincel, y un mayor poder de concentración y aplicación prolongada y un ojo más observador. Supone que el otro tiene más amor y devoción hacia la deidad y un dominio más fuerte sobre las pasiones y apetitos y un mayor poder de sacrificio o un vínculo incomprensible con otras mentes o con fuerzas ocultas de la naturaleza que tienen el poder de crear un estado mental que permite que inteligencias desencarnadas actúen a veces a través de él. Sin entrar en una discusión detallada de las varias hipótesis ofrecidas para explicar la existencia del genio o de facultades sobrenormales en los sensitivos y en los médiums, para nuestras necesidades basta decir que, sea cual sea la explicación que se ofrezca, se basa invariablemente en la suposición, sea tácita o expresa, de que los individuos que poseen estos dones extraordinarios, a pesar de su intelecto sorprendente o de sus poderes extraños y de la enorme distancia entre ellos y la mente normal, tienen la misma conciencia que el hombre y la mujer normales. Esta es una idea muy equivocada que siempre ha impedido un entendimiento y una investigación correcta del fenómeno.

Por otra parte, las personas dotadas por la naturaleza desde su nacimiento, incapaces de mirar en las mentes de otros, y a menudo completamente ignorantes de la fuente verdadera del cambio extraordinario operado en ellas mismas, tienen las mismas opiniones del hombre normal con respecto a ellas, y a menudo atribuyen sus propios talentos excepcionales a las mismas causas que el hombre común, ignorantes del siempre olvidado hecho de que exista una diferencia básica y fundamental en la naturaleza de la conciencia, en las mismas profundidades de la personalidad consciente y en la misma naturaleza de la esencia vital que les anima. Existe actualmente una ignorancia generalizada con respecto al hecho demostrable de que el cuerpo humano evolutivo tiende a desarrollar una personalidad superior dotada de los atributos que caracterizan a los genios y a los videntes a través del refinamiento y desarrollo del principio vital con modificaciones correspondientes en el cerebro y el sistema nervioso, algo parecido a la forma en que una corriente eléctrica más potente, al pasar a través de un filamento mejor acondicionado en una bombilla, provoca invariablemente una iluminación más brillante.

Esta cuestión ha sido tratada sólo superficialmente y de paso, para aclarar lo que vendrá en los siguientes capítulos. Se hablará de ella con más detalle en otra obra. El deseo de conocer lo desconocido, de alcanzar conocimientos suprasensibles y experiencia religiosa, que existe en la profundidad de la mente humana, es la expresión de la encarnada y encarcelada consciencia humana al acercarse más a su forma majestuosa innata, superando en este proceso las trabas impuestas en ella por el cuerpo carnal. La evolución del hombre, de hecho, significa la evolución de su conciencia, del principio vital que reside en su cuerpo, sólo a través de la cual el Yo encarnado puede llegar a conocer su estado inmortal verdadero. No significa simplemente el desarrollo del intelecto o de la razón, que sólo son instrumentos del espíritu que vive dentro, sino el de la personalidad entera, de sus partes conscientes y subconscientes, lo que supone una revisión y reorganización de la máquina orgánica para convertirla en una residencia adecuada para una inteligencia mayor, esencialmente superior en su naturaleza a la que reside en el cuerpo humano normal. Por esta razón el modo de conducta o la actividad intelectual normal de un profeta parece estar fuera del alcance de la capacidad del hombre normal, cuya mente, inundada de pasión por el contacto de su amado o asaltada por el deseo al ver algún objeto codiciado, raramente ha podido vivir de acuerdo con el nivel de moralidad prescrito por el

primero, cuyo cerebro, alimentado por una forma superior de energía vital que penetra en la personalidad entera, pertenece más al cielo que a la tierra.

Antes de aquella mañana profética de diciembre, cuando tuve mi primera visión momentánea del estado supraconsciente y vi el fabuloso Kundalini en acción, si incluso el hombre más veraz de la tierra me hubiese narrado un episodio similar le hubiera clasificado sin vacilar entre la clase de hombres inteligentes aunque crédulos que, mientras suelen ser muy precisos y concienzudos en todos los demás aspectos, muestran una cierta puerilidad con respecto a lo sobrenatural. Como se demostrará a continuación, permanecí en la incertidumbre con referencia a mi extraño estado durante mucho tiempo, sin saber en absoluto cómo dar significado al suceso. Fue sólo después de años de incertidumbre, cuando la aventura ya había culminado con el desarrollo de atributos psíquicos claramente definidos, que no se habían manifestado anteriormente, cuando decidí plasmar el extraordinario episodio en el papel. Esta resolución se vio fortalecida aún más por la consideración de que Kundalini está activo en millones de hombres inteligentes de todas las naciones civilizadas, aunque no en tal grado, imperceptiblemente, creando en la mayoría de personas trastornos psíquicos y físicos que la terapia moderna es incapaz de impedir o curar a causa de la ignorancia absoluta que existe con respecto a su causa.

Considerando la naturaleza colosal de la metamorfosis física y mental que se debe llevar a cabo como preludio al desarrollo espiritual, no me asombran las dificultades y tribulaciones que lo acompañan, dado que el estado místico representa la fase última y más ardua del viaje que se inició con el ascenso del hombre del polvo; termina con el saboreo, después de sufrimientos y duro trabajo, de la beatitud incomparable de la existencia incorpórea, no después de la muerte, sino durante el curso de la vida en la tierra. El camino que ahora tiene por delante es tan difícil y de unas características tan desconcertantes que necesitará toda su fuerza de voluntad y todos los recursos de su intelecto para franquearlo sin peligro, paso a paso, hasta que aparezca claramente el objetivo.

Cuando me desperté al día siguiente, me encontraba demasiado débil para levantarme de la cama sin ayuda, y me quedé tendido, dando vueltas en mi mente a los incidentes horribles de la noche, mientras abundantes lágrimas de gratitud bañaban mi cara por lo que yo consideraba una intervención divina en un momento muy crítico que me había salvado de una muerte espantosa. Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que una mediación sobrehumana actuando a través de mi mente había transmitido el consejo, que nunca se me hubiese ocurrido en aquel estado tan terriblemente agitado, gracias al cual fui capaz de salir de una situación completamente desesperada y fuera del alcance de la ayuda mortal. Ningún poder en la tierra hubiera podido salvarme de la muerte o de la locura, ni ninguna medicina hubiera podido aliviar mi sufrimiento. Como si hubiese sido inculcada en mi mente desde un principio para salvarme de someter mi cuerpo a la investigación de curanderos incapaces de tratar mi estado o para protegerme de los efectos deletéreos de los medicamentos convencionales que hubieran actuado como verdaderos venenos en aquel estado de nerviosismo extremadamente agudo y delicado, sentí desde el primer día de mi aflicción una aversión profunda a fiarme de los médicos en lo que se refería a este malestar extraordinario; no porque no sintiese respeto por la profesión, sino porque tenía la sensación de que mi enfermedad iba más allá de la comprensión y la fuerza de la autoridad médica más preparada.

Con una sensación de alivio, me levanté por fin de la cama como un hombre en el que un invisible aunque intenso fuego eterno ha estado ardiendo durante horas y que descubre que no sólo se ha apagado el fuego sino que incluso el dolor insoportable de las quemaduras ha desaparecido milagrosamente durante la noche. Me miré en un espejo y descubrí que tenía la cara pálida y ojerosa, pero la expresión maníaca casi había desaparecido y la chispa de locura casi se había desvanecido de mis ojos. Me quedé observando un semblante cuerdo aunque terriblemente débil y angustiado que había aguantado, por así decirlo, la tortura del infierno durante días y días. Mi lengua aún estaba espesa y mi pulso débil e irregular, pero todos los demás síntomas relativos al estado de mis órganos eran tan tranquilizadores que mi corazón latía con alegría y esperanza. No hubo ninguna disminución de la radiación vital que, emanando del centro de Kundalini, corría a través de mis nervios hasta cada parte de mi cuerpo, llenando mis oídos de extraños ruidos y mi cabeza de extrañas luces; pero la corriente era ahora cálida y agradable en vez de ardiente, y calmaba y refrescaba las células y tejidos torturados, de una manera verdaderamente milagrosa.

Durante el día siguiente y los posteriores, presté una atención escrupulosa a mi alimentación, tomando sólo unas pocas rebanadas de pan o un poco de arroz hervido con una taza de leche cada tres horas desde la mañana hasta las diez de la noche aproximadamente. La cantidad de comida que consumía cada vez era sumamente pequeña, unos pocos bocados y nada más. Después de la última comida, cuando me tendía para

dormir, con gran alegría descubría que me entraba una suave somnolencia a pesar del halo brillante que rodeaba mi cabeza, y me dormía envuelto en un manto de luz radiante y tranquilizador. Me despertaba al día siguiente con la mente refrescada, pero con el cuerpo todavía muy débil. No tenía fuerza para andar y me tambaleaba al ponerme en pie. Pero mi cabeza estaba despejada y el temor que me había perseguido disminuía considerablemente. Era capaz, por primera vez después de semanas de angustia, de poner en orden mis pensamientos y de pensar con claridad. Tardé aproximadamente una semana en recuperar la fuerza suficiente para andar de una habitación a otra y para quedarme en pie durante algún rato. No sé cuál fue la reserva de energía que me mantuvo durante la terrible ordeal de antes del último episodio milagroso, ya que prácticamente no había tomado nada de comida durante más de dos meses. No me encontraba tan débil entonces como ahora, probablemente porque en el estado de envenenamiento de mis nervios era totalmente incapaz de evaluar correctamente el estado de mi cuerpo.

Pasaron días y semanas, incrementando mi fuerza y mi seguridad de que no estaba ya en un inminente peligro mental o físico. Pero mi estado era anormal, y cuanto más lo estudiaba con una claridad mental creciente, más me preguntaba y más dubitativo me volvía en cuanto al resultado. Me encontraba en un estado extraordinario: un brillante instrumento intensamente vivo y agudamente sensible, que brillaba día y noche, penetraba todo mi sistema, corriendo a través de cada parte de mi cuerpo, como si estuviese en su propio terreno y totalmente seguro de su camino. A menudo observaba el juego maravilloso de la fuerza radiante con un desconcierto absoluto. No tenía la menor duda de que Kundalini estaba ahora completamente despierto en mí, pero no había ningún indicio de los milagrosos poderes psíquicos y mentales que los antiguos relacionaban con él. No podía percibir ninguna mejora en mí; al contrario, mi estado físico se había deteriorado notablemente y mi cabeza todavía estaba lejos de encontrarse en equilibrio. No podía leer atentamente ni dedicarme con mente clara a ninguna tarea. Cualquier esfuerzo de concentración prolongado se convertía invariablemente en una intensificación del estado anormal. El halo de mi cabeza aumentaba enormemente en tamaño después de cada período de concentración prolongada, creando otro aumento de mi conciencia con un incremento correspondiente de la sensación de miedo que ya sólo aparecía ocasionalmente, y ese incremento también se produjo de una forma muy suave.

Al no percibir ningún indicio de florescencia espiritual y continuamente enfrentado por el comportamiento errático de una mente alterada, sólo podía sentirme asaltado por graves dudas sobre mí mismo después de observar mi estado durante varias semanas. ¿Era esto todo lo que uno podía lograr después de despertar el fuego de la serpiente? Me hacía esta pregunta una y otra vez. ¿Era esto todo, por lo que innumerables hombres habían arriesgado sus vidas, abandonado sus hogares y a sus familias, hecho frente a los horrores de selvas sin caminos, sufriendo hambre y privaciones, y se habían sentado a los pies de maestros durante años para conocerlo? ¿Era esto todo lo que los yoguis, santos y místicos experimentaban en sus trances extasiados, esta ampliación de la conciencia acompañada de luces y ruidos sobrenaturales, que conducía momentáneamente a un hombre hasta un estado mental anormal y después lo estrellaba de nuevo contra la tierra, sin crear ningún talento o cualidad extraordinaria para distinguirlo del común de los mortales? ¿Era este flujo de radiante esencia sutil, la expansión y estrechamiento de conciencia resultantes que yo observaba día y noche, el objetivo final hacia el que las doctrinas ocultas del mundo señalaban con confianza? Si esto era lo único que uno podía conseguir, entonces seguramente sería mucho mejor no explorar lo sobrenatural, sino dedicarse con una atención completa a las ocupaciones mundanas y seguir el camino común, pasar una existencia serena y feliz, libre de la incertidumbre y el miedo que ahora se habían convertido en una parte inseparable de mi vida.

Seguí prestando mucha atención a mi alimentación, ya que la experiencia me había hecho consciente de que mi vida y mi cordura dependían de ella. No comía más que la cantidad que consideraba adecuada para mí, determinándola según la reacción de mis órganos digestivos, ni permitía que ningún manjar exquisito me tentase a dejar el régimen que me había impuesto. Había razón suficiente para ser muy prudente por lo que a eso se refería, dado que la más mínima irregularidad con respecto a la cantidad o la calidad de la comida y cualquier descuido en el horario producía resultados y reacciones tan desagradables y angustiosos que me veía forzado a reprenderme severamente por haber cometido la equivocación. Esto me ocurría una vez tras otra como si sirviese para imprimir en mi mente el hecho de que a partir de entonces no debía comer por placer o por la satisfacción mecánica del hambre, sino que debía regular el consumo de comida con mucha precisión para no provocar ni el más mínimo esfuerzo en mi sistema nervioso suprasensible y sobreestimulado. No había ninguna escapatoria de esta reglamentación forzada, y durante las primeras semanas, incluso la más mínima equivocación se castigaba instantáneamente con una intensificación del miedo y una molestia en el corazón y en los centros digestivos. Normalmente, en estas ocasiones mi mente perdía su flexibilidad y me sentía sin fuerzas para liberarme de la melancolía que caía inexplicablemente sobre mí después de comer el

bocado ofensivo. En mi ansiedad por evitar estos castigos desagradables, era meticoloso en no cometer el menor error; pero por mucho que lo intentaba los errores se producían de vez en cuando, casi siempre seguidos de sufrimiento y arrepentimiento por mi parte.

Para comprender correctamente mi estado después de la noche memorable de mi liberación, es necesario hablar brevemente de mi estado mental al igual que de la corriente vital resplandeciente que corría arriba y abajo por mi espina dorsal, y que ahora formaba parte de mi ser. Mi mente no funcionaba como antes. Había acaecido un cambio definido inconfundible. En aquella época, las imágenes de mis pensamientos iban y venían contra un fondo sombrío que poseía vagamente la misma combinación de luz, sombra y color que la que caracterizaba los objetos originales que dichas imágenes representaban; pero ahora las imágenes eran intensas y brillantes como si hubiesen sido esculpidas en llama viva, y flotaban contra un fondo luminoso como si el proceso del pensamiento estuviese hecho de otro tipo de materia mental brillante, no sólo brillante en sí sino también capaz de percibir su propia brillantez. Siempre que enfocaba mi ojo mental sobre mí mismo, percibía invariablemente un resplandor luminoso interior y exterior en mi cabeza en un estado de vibración continua, como si un chorro de una sustancia extremadamente sutil y brillante que subía por la espina dorsal se extendiera al cráneo, llenándolo y rodeándolo con un resplandor indescriptible. Este halo brillante nunca permanecía constante en su dimensión o en la intensidad de su brillantez. Crecía y menguaba, se iluminaba y se oscurecía, o cambiaba su color de plateado a dorado y viceversa. Cuando aumentaba su tamaño o su brillo, el extraño ruido en mis oídos, que ya siempre estaba presente, se hacía más fuerte e insistente, como si llamara mi atención hacia algo que yo no podía comprender. El halo nunca estaba inmóvil, sino en perpetuo movimiento, bailando y saltando, arremolinándose, como si estuviera compuesto por innumerables y extremadamente sutiles partículas brillantes de alguna sustancia inmaterial, que se movían arriba y abajo, en todas direcciones, uniéndose para presentar la apariencia de un charco de luz giratorio y reluciente.

La presencia constante del resplandor luminoso en mi cabeza y su estrecha relación con los procesos de mis pensamientos no era un tema que causase tanto desconcierto como su intromisión incesante en el funcionamiento normal de mis órganos vitales. Podía sentir y percibir distintamente su paso a través de la espina dorsal y otros nervios hasta el corazón o el hígado o el estómago u otros órganos del cuerpo, cuya actividad parecía regular de una manera misteriosa. Cuando penetraba en mi corazón, mi pulso latía con más y más fuerza, demostrando sin duda que algún tipo de radiación tónica se estaba derramando en él a través de los nervios conectores. De esto deduje que su penetración en los demás órganos tenía el mismo efecto vivificador y estimulante y que el objetivo de correr a través de los nervios para llegar hasta ellos era verter su sustancia tónica en los tejidos y células a través de los estrechos filamentos de los nervios, estimulando o modificando su acción. La penetración iba ocasionalmente seguida de dolor, en el mismo órgano o en el punto donde el nervio de enlace entraba en él, o en ambos, e iba acompañada a menudo de sensaciones de miedo. En tales ocasiones parecía como si la corriente de energía radiante que subía al cerebro enviase ramificaciones a los demás órganos vitales para regular y mejorar sus funciones en armonía con el nuevo acontecimiento producido en mi cabeza. Buscaba en mi cerebro una explicación y daba vueltas en mi mente a todas las posibilidades para explicar el sorprendente acontecimiento, mientras observaba con atención el increíble movimiento de esta radiación inteligente hora por hora y día por día. A veces me quedaba asombrado por los extraños conocimientos que mostraba del complicado mecanismo nervioso y la manera magistral en que corría por todas partes como si fuese consciente de cada vuelta y curva del cuerpo. Probablemente fue a causa de su casi ilimitado dominio sobre el mecanismo vital entero por lo que los escritores antiguos nombraron Kundalini a la reina del sistema nervioso, puesto que controla todos los miles de «*Nadis*» o nervios del cuerpo, y por la misma razón han designado como «*Adhar Shakti*» (Shakti básico), del que depende la existencia del cuerpo y del universo, del microcosmos y el macrocosmos.

Pero yo no podía percibir ningún cambio en mi capacidad mental; tenía los mismos pensamientos y tanto interna como externamente era el mismo tipo mediocre de hombre, igual que millones de otros que nacen y mueren cada año sin crear ni el menor movimiento en la siempre fluyente corriente de la humanidad. No cabía la menor duda de que existía un cambio extraordinario en mi sistema nervioso, y un nuevo tipo de fuerza corría ahora a través de mi sistema, conectada inconfundiblemente con mis partes sexuales, que también parecían haber desarrollado un nuevo tipo de actividad que antes no era perceptible. Los nervios que cubrían las partes sexuales y la zona circundante estaban en un estado de agitación intensa, como si los estuviese forzando un mecanismo invisible a producir la semilla vital en una abundancia anormal para que la absorbiera la red de nervios de la base de la espina dorsal para transmitirla al cerebro a través de la médula espinal. La semilla sublimada formaba parte integral de la energía radiante que me estaba causando tanto desconcierto y sobre la cual todavía era incapaz de especular con seguridad ninguna.

Podía percibir fácilmente la transmutación de la semilla vital en radiación y la actividad inusual de los órganos reproductores que suministraban la materia prima para su transformación en el laboratorio misterioso del plexo inferior, o *muladhara chakra*, como lo denominaban los yoguis, en esa materia extremadamente sutil y normalmente imperceptible que llamamos energía nerviosa, de que depende el mecanismo entero del cuerpo, con la diferencia de que ahora la energía generada poseía luminosidad y una cualidad que permitía la detección de su rápido paso a través de los nervios y tejidos, no sólo por su resplandor sino también por las sensaciones que provocaba con su movimiento.

Durante mucho tiempo no pude comprender cuál era el propósito oculto del flujo incesante de la recién nacida radiación nerviosa, ni cuáles eran los cambios que estaba provocando en los órganos y nervios y en la estructura del cerebro esta lluvia continua de la poderosa esencia vital extraída de la más preciosa y más potente secreción del cuerpo. No obstante, inmediatamente después de la crisis, noté un cambio pronunciado en mis funciones digestivas y evacuatorias, un cambio tan increíble que no podía ser atribuido a la casualidad o a cualquier factor distinto del fuego de la serpiente y su efecto sobre el organismo. Parecía como si estuviese experimentando un proceso de purga, de purificación interna de los órganos y nervios, y mi aparato digestivo estuviese siendo elevado a un nivel superior de eficacia para asegurar un estado más limpio y saludable de los nervios y de los demás tejidos. No sentí ningún estreñimiento o indigestión, siempre que me abstuviese de sobrecargar el estómago y siguiese estrictamente el régimen de comida que la experiencia me estaba imponiendo. Ahora mi deber más importante y esencial era el de alimentar la llama sagrada con comida saludable, a intervalos precisos, prestando la atención debida al hecho de que mi alimentación fuese nutritiva, con todos los ingredientes y vitaminas necesarios para el mantenimiento de un cuerpo robusto y sano.

Ahora yo era espectador de un extraño drama representado en mi propio cuerpo en el que una fuerza vital enormemente activa y poderosa, liberada repentinamente mediante el poder de la meditación, estaba funcionando continuamente, y después de haber conseguido dominar todos los órganos y el cerebro, estaba martilleándolos y machacándolos en una forma determinada. Simplemente observaba la extraña representación, y los movimientos relámpago del inteligente poder resplandeciente exigían un conocimiento y un dominio absoluto del cuerpo. No sabía en aquel entonces que estaba presenciando en mi propio cuerpo la actividad enormemente acelerada de una energía todavía desconocida por la ciencia, que lleva a toda la humanidad hacia las alturas de la supraconciencia, siempre que, a través de sus pensamientos y actos, conceda a esta fuerza evolutiva la plena oportunidad de realizar sin estorbos el trabajo de la transformación. Yo no sabía que el casto fuego sacrificial, al que tanta santidad e importancia le han sido atribuidos por todas las escrituras antiguas de la India, alimentado después de haber sido encendido con la oblación de mantequilla clarificada, frutos secos del tipo más selecto, sustancias azucaradas y cereales, todos alimentos nutritivos y purificadores, era sólo una representación simbólica del fuego transformador encendido en el cuerpo por Kundalini, que requería al encenderlo la ofrenda de comida fácilmente digerible y nutritiva y una castidad completa de pensamiento y acto para permitirle realizar su santa tarea, lo que normalmente lleva tiempo, dentro de la duración de la vida de un hombre.

Después de pocos días descubrí que la corriente luminosa estaba actuando con un conocimiento completo de la tarea que debía realizar y funcionaba en armonía total con los órganos corporales, conociendo sus fuerzas y debilidades, obedeciendo sus propias leyes y actuando como una inteligencia superior fuera de los límites de mi comprensión. El fuego vivo, invisible para los demás, corría por todas partes como si lo guiase sin error alguno un cerebro que conocía la posición de cada vena y arteria y de cada neurona, y decidía instantáneamente lo que debía hacer ante el menor signo de problema o trastorno en cualquier órgano. Con una agilidad maravillosa, corría de un lado para otro, provocando una mayor actividad en un órgano, disminuyendo la de otro, causando un flujo mayor o menor de una secreción u otra, estimulando el corazón y el hígado, provocando incontables cambios funcionales y orgánicos en las innumerables células, vasos sanguíneos, neuronas y demás tejidos. Observaba el fenómeno con asombro. Con la ayuda de la materia luminosa que ahora llenaba mis nervios, al distraer mi atención hacia mi interior podía distinguir claramente los contornos de los órganos vitales y de la red de nervios extendida por todo mi cuerpo, como si el centro de conciencia del cerebro, ahora siempre iluminado, hubiese adquirido una visión interna más penetrante, mediante la cual podía mirar hacia adentro y percibir vagamente el interior del cuerpo al igual que podía ver su exterior con una luz nebulosa y variante. A veces, distrayendo mi atención hacia mí mismo, veía distintamente mi cuerpo como una columna de fuego vivo, desde las puntas de los dedos de los pies hasta la cabeza, que en innumerables corrientes daban vueltas y se arremolinaban, provocando en algunos lugares torbellinos y vórtices, formando todos ellos parte de un vasto mar palpitante de luz que se movía perpetuamente. No era una alucinación, dado que la experiencia se repitió innumerables veces. La única

explicación que se me ocurrió para justificarla fue que en tales ocasiones mi conciencia, indudablemente ampliada, estaba en contacto con el mundo de «prana», o la energía vital cósmica, que no es perceptible normalmente para el hombre medio, sino que es la primera sustancia sutil e inmaterial que llega a estar al alcance de la visión supraconsciente.

Como un hombre transportado repentinamente a un planeta lejano, donde se siente totalmente confundido por la naturaleza extraña y fantástica del medio ambiente que nunca podría imaginar en la tierra, llenándole de terror y asombro, yo me sentía completamente desconcertado y turbado por este paso repentino hacia lo oculto. Desde el primer día sentí como si estuviese caminando sobre una tierra que era no sólo desconocida sino que presentaba un aspecto tan extraño que, desorientándome y perdiendo la confianza en mí mismo, me hacía andar con indecisión y con una prudencia suprema, temiendo el peligro a cada paso. Buscaba desesperadamente orientación, para encontrar sólo desilusión por todas partes.

Sin hacer mención de mi estado, hablé con varios sabios y Sadhus familiarizados con la tradición tántrica, con el propósito de recoger algunos consejos útiles, pero descubrí con gran pesar que, aparte de una repetición como la de un loro de la información extraída de libros, no pudieron darme ningún consejo u orientación autorizada y basada en la experiencia. Por otro lado, frecuentemente admitían con franqueza que no era fácil comprender el significado de los tratados sobre el yoga Kundalini, y que ellos mismos habían encontrado dificultades a muchos niveles. ¿Qué debía hacer entonces para salir de dudas y para encontrar alguna explicación y, si fuese posible, algún método eficaz para tratar mi estado anormal?

Hice un estudio mental de todas las fuentes posibles en la India de las que tenía algún conocimiento para decidir a cuál de ellas me podía dirigir. Existían los jefes solemnes de varias órdenes con cientos de fieles seguidores. Existían los teólogos eclesiásticos que vivían en las ciudades, contando con aristócratas con título nobiliario, rajahs y magnates entre sus discípulos, y existían los ascetas silenciosos que vivían en solitario en lugares aislados y cuya fama atraía a grandes multitudes desde rincones lejanos para rendirles homenaje. Después estaban los Sadhus corrientes reunidos en colonias o que vivían, solos o errando de un lugar a otro, vestidos diversamente o semidesnudos, que pertenecían a varias sectas con peculiaridades notables y características singulares y que llevaban con ellos un aire extraño y misterioso dondequiera que fuesen. Les había visto y había hablado con muchos de ellos desde mi infancia, tanto con los más competentes como con los menos sofisticados, y las impresiones que había sacado no me proporcionaron ninguna esperanza de encontrar a alguno entre ellos capaz de aconsejarme correctamente con respecto a mi estado. Al menos no conocía a ninguno, y por lo tanto la única alternativa que me quedaba era dedicarme a la búsqueda de alguno. Pero no tenía ni los medios ni la capacidad física para viajar de un lugar a otro en busca de un yogui en el enorme subcontinente de la India, con toda su variedad interminable de órdenes monacales y cultos espirituales, sus mendicantes religiosos, sadhus y santos, que pudiese diagnosticar correctamente mi problema y curarlo con sus propios poderes espirituales.

Armándome de valor, escribí por fin a uno de los más conocidos santos modernos de la India, autor de muchos y muy leídos libros en inglés sobre el yoga, dándole una descripción con todo detalle de mi estado extraordinario y buscando consejo. Esperé su respuesta con inquietud, y cuando después de algunos días todavía no había llegado, también envié un telegrama. Pasé momentos de gran ansiedad hasta que llegó la respuesta. Ésta decía que no cabía duda de que había despertado a Kundalini en la manera tántrica y que el único modo de buscar orientación era encontrar a un yogui que hubiera logrado él mismo conducir con éxito la shakti hasta el Séptimo Centro de la cabeza. Le estaba agradecido por la respuesta que confirmaba por completo mi primera opinión, y de esta manera mis esperanzas y la confianza en mí mismo aumentaron. Era evidente que los síntomas que yo había mencionado habían sido reconocidos como los que caracterizan el despertar, y por lo tanto mi extraña experiencia adquirió un cierto aspecto de normalidad. Si yo estaba experimentando un estado anormal, no era un caso aislado ni la anormalidad era propia de mí, sino que sería una consecuencia necesaria del despertar de Kundalini, y debería de haber ocurrido en casi todos aquellos en que el despertar se había producido con modificaciones adaptadas a los distintos temperamentos. Pero ¿dónde iba a encontrar a un yogui que hubiese conducido la shakti al Séptimo Centro?

Después de algún tiempo, conocí a otro Sadhu, un nativo de Bengal, en Jammu, y le hice una descripción de mi estado. Estudió mis síntomas durante un rato y me dio la dirección de un Ashram al este de Bengal, el jefe del cual se suponía que era un yogui de primer grado que había practicado yoga Kundalini. Fui a la dirección que me dio, recibiendo la respuesta de que sin duda había despertado la shakti, pero que el hombre que podía guiarme había partido en peregrinación. Consulté a otros hombres sagrados y busqué orientación en muchos lugares de fama sin encontrar a un solo individuo que pudiera confirmar sin duda alguna que realmente poseía conocimientos personales e íntimos de este estado y que pudiera contestar con convencimiento a mis preguntas. Los que hablaban con reserva solemne, con aspecto de ser muy sabios y

profundos, al final resultaban tener una falta tan grande de información precisa sobre el poder misterioso que estaba difundido en mí, como los de una naturaleza más modesta que se desahogaban completamente a la primera oportunidad sin pretender en absoluto saber más de lo que realmente sabían. Y por lo tanto, en el gran país que había dado origen a la elevada ciencia de Kundalini hace miles de años y cuyo mismo suelo estaba impregnado de su fragancia y cuya rica tradición religiosa está llena de referencias a ésta, no encontré a nadie capaz de ayudarme.

Lo único de lo que estaba seguro era de que un nuevo tipo de actividad se había desarrollado en mi sistema nervioso, pero no podía determinar qué nervio o nervios en particular estaban afectados, aunque podía señalar claramente la posición en el extremo de la médula espinal y alrededor del orificio inferior. Allí estaba sin duda la residencia de Kundalini, tal como la describían los yoguis, el lugar donde duerme normalmente en el hombre común, enroscada tres veces y media alrededor del extremo triangular más inferior de la espina dorsal, despertada a la actividad con los ejercicios adecuados, de los que la concentración es el complemento principal.

Si hubiese estado bajo la dirección de un maestro, mis dudas podrían haber quedado disipadas al primer día o como mínimo el día en que sufrí la crisis, pero al no poder recurrir a la experiencia práctica de un profesor ni poseer suficientes conocimientos teóricos sobre el tema como para permitirme formar independientemente una opinión concluyente, permanecí vacilando en mis ideas sobre ese estado. Esta condición mental vacilante se vio agravada aún más por las variaciones y el crecimiento y disminución de mi conciencia. Tal vez se debió al destino que todo saliese de esta manera y que yo estuviese desorientado y no tuviese conocimientos suficientes para permitirme formular una opinión independiente sobre el fenómeno, sin prejuicios o predisposiciones. Tal vez también fue cosa del destino que sufriese agudamente durante años a causa de mi falta de orientación y de mi propia ignorancia, para permitirme, a través del sufrimiento, allanar el camino de aquellos en que el fuego sagrado arderá en tiempos futuros.

Antes de empezar a narrar los incidentes posteriores, es preciso decir algunas palabras sobre la muy conocida, aunque raramente hallada, fuente de energía vital que se encuentra y que en el hombre se llama Kundalini. Muchos discípulos informados de yoga oyen o leen algo sobre ella en un momento u otro, pero los relatos de los escritos modernos son demasiado escasos y vagos para utilizarlos como fuentes provechosas de información fidedigna. Los antiguos textos que tratan exclusivamente del tema del yoga Kundalini abundan en pasajes crípticos y contienen detalles de fantásticas e incluso a veces obscenas alusiones ritualistas a innumerables deidades, ejercicios mentales y físicos extremadamente difíciles y a menudo peligrosos, conjuros y fórmulas conocidas técnicamente como mantras; posturas corporales llamadas asanas, e instrucciones detalladas para el control y regulación de la respiración, todo ello expresado en un lenguaje difícil de entender, con gran cantidad de palabrería mítica que en lugar de atraer es probable que repela al alumno moderno. Hablando sinceramente, no hay ningún material ilustrativo disponible, ni comentarios modernos ni antiguos, que expresen lúcidamente cuál es la realidad objetiva de los métodos recomendados y cuáles son los cambios mentales y orgánicos que uno puede esperar al final.

El resultado es que, en lugar de volverse instructiva y pragmática, esta ciencia estrictamente empírica está cayendo en el abuso y en el desprestigio. Algunas de sus prácticas, que forman parte de un conjunto integrado y sirven como medio para conseguir un propósito definido, como por ejemplo los asanas y ejercicios de respiración, ahora se consideran en sí mismas resultados ulteriores y loables del abandono del objetivo fundamental para el cual se concibieron los ejercicios. El objetivo real de este sistema de yoga es desarrollar un tipo de conciencia que cruza los límites que confinan la mente vinculándola a los sentidos, llevando la conciencia encarnada a regiones suprasensibles. Distráidos por las exigencias tiránicas de la civilización moderna y desalentados por la actitud generalmente incrédula hacia la posibilidad de tal desarrollo en el hombre, los aspirantes actuales a menudo se contentan con algunas pocas posturas y ejercicios de respiración, convencidos de que están practicando el yoga para su mejoramiento espiritual.

Las descripciones de *Chakras* y lotos, de señales y presagios sobrenaturales que acompañan al éxito en la práctica, de los milagrosos poderes posibles, de la génesis del sistema y del origen de los diversos métodos, son tan exageradas que para el no iniciado la idea que encarna en la literatura antigua sobre el tema parece increíble e incluso absurda. Es muy difícil para el investigador moderno adquirir a partir de tal material un conocimiento claro y despojado de la tradición sobrenatural y mitológica de este tema o encontrar aclaración para sus dudas y dificultades. Considerado desde el punto de vista de los relatos fantásticos encontrados en los escritos, no sólo en los tratados antiguos originales sino también en algunos de los libros modernos, Kundalini no puede ser más que un mito para un hombre inteligente y realista, una quimera nacida del deseo innato en los hombres de encontrar una manera fácil de escapar a los rigores impuestos por un mundo de causa y efecto rígidamente establecido, como la piedra filosofal, inventada para satisfacer el mismo deseo de una manera distinta, proporcionando un atajo para la adquisición de una riqueza necesaria para conseguir el mismo objetivo. En la India, ningún otro tema está tan envuelto en esa cantidad de literatura como el Yoga y lo sobrenatural, y aun así, en ningún libro sobre el tema se proyecta una luz penetrante sobre Kundalini, ni ningún experto ha proporcionado más información que la que se facilita en las obras antiguas. El resultado es que, salvo algunos maestros casi inaccesibles, que ahora son tan escasos como los alquimistas de antaño, no hay nadie en toda la India, la cuna de esta ciencia, a quien uno pueda dirigirse para lograr un conocimiento autorizado del tema.

El sistema de complicados ejercicios mentales y físicos relacionados particularmente con Kundalini se conoce técnicamente como Yoga Hatha, en contraste con otras formas del Yoga de moda en la India desde tiempos muy remotos. Hatha, en sánscrito, es una palabra compuesta de dos, *ha* y *tha*, que significan sol y luna, y por consiguiente, el término Yoga Hatha indica esa forma del Yoga que es resultado de la confluencia de estos dos orbes. Como explicación breve, la luna y el sol, tal como se utilizan aquí, denominan las dos corrientes nerviosas que fluyen en el lado izquierdo y derecho de la médula espinal a través de dos *Nadis*, o nervios, llamados *Ida* y *Pingala*. Del primero, puesto que es frío, se dice que se parece al brillo pálido de la luna; el segundo, que es caliente, se compara con el resplandor del sol. Todos los sistemas del Yoga están basados en la suposición de que todo organismo vivo debe su existencia a la mediación de una sustancia inmaterial extremadamente sutil, que se extiende por el universo y que se denomina Prana, que es la causante de todo fenómeno orgánico, y que controla los organismos por medio del sistema nervioso del cerebro, manifestándose como energía vital. Prana, llamada «energía vital» en la terminología moderna, adopta varios aspectos para desempeñar distintas funciones en el cuerpo y circula por el sistema en dos corrientes distintas,

una con un efecto hirviente y la otra con un efecto frío, claramente perceptibles para los yoguis en estado de vigilia. De mi propia experiencia también puedo afirmar sin vacilar que realmente existen dos tipos principales de corrientes vitales en el cuerpo, que producen un efecto refrescante o calorífico en el sistema. Prana y Apana existen a un lado y otro en el sistema, en cada tejido y en cada célula, fluyendo los dos a través de los nervios superiores; y las pequeñas ramificaciones de las dos corrientes distintas durante su paso nunca se sienten en el estado normal de conciencia, puesto que los nervios están acostumbrados a su flujo desde el comienzo de la vida.

Debido a su naturaleza sumamente sutil, la energía vital la han comparado con el aliento las antiguas autoridades del Yoga, y se mantiene que el aire que respiramos está impregnado de Prana y Apana y que las corrientes vitales fluyen alternativamente a través de las dos fosas nasales junto con el aire en el momento de la inhalación y la exhalación. Como bien se sabe, el aire que respiramos está compuesto principalmente por dos gases, oxígeno y nitrógeno. El oxígeno es el agente principal de la combustión, que quema las impurezas en la sangre en su movimiento a través de los pulmones, mientras que el nitrógeno ejerce un efecto moderador sobre su calor. En vista del hecho de que los antiguos escritores que se referían al Yoga Kundalini utilizan a veces el mismo término para Prana o Apana, viz. Vayu, que se utiliza para el aire que respiramos, existe la posibilidad de crear la idea equivocada de que la respiración y Prana sean idénticos. Este no es el caso en absoluto. La vida en la tierra tal como la conocemos no es posible sin oxígeno, y se debe subrayar que este elemento es un ingrediente del aire y del agua, los dos requisitos esenciales de la vida terrenal. Ésta es una clara indicación del hecho de que en la esfera terrestre la energía vital cósmica, o Prana Shakti, utiliza el oxígeno como vehículo principal para su actividad. Es posible que la bioquímica, en el curso de sus investigaciones, se vea obligada en un tiempo futuro a aceptar la mediación del oxígeno en todo fenómeno orgánico como la vía principal para dar rienda suelta a la fuerza vital inteligente, Prana.

La tierra tiene su propia provisión de Prana, que impregna cada átomo y cada molécula de todos los elementos y Compuestos que constituyen su núcleo llameante, las ardientes regiones fundidas debajo de la corteza, el duro estrato superficial con sus mares y montañas, y la atmósfera hasta su franja más extrema. El sol, una vasta fuente de energía vital, vierte constantemente un enorme suministro de radiación pránica sobre la tierra como parte de su expansión. Por lo tanto, las supersticiones relacionadas con los eclipses pueden tener algún viso de verdad dado que, en tales ocasiones, las emanaciones pránicas del sol o de la luna se ven detenidas parcial o totalmente durante un tiempo. Los cambios de tiempo y del volumen de vapor y polvo de la atmósfera, que provocan resultados notables en ciertos temperamentos sensibles, pueden que también causen alteraciones en el flujo de las corrientes pránicas. La luna es otro gran centro de suministro de Prana para la tierra. Los planetas y estrellas cercanos y lejanos son todos ellos reservas inagotables de Prana, vitalizando la tierra con corrientes de energía transmitidas por su brillo. Las emanaciones pránicas del sol y de la luna, de los planetas y estrellas, no son todas parecidas, sino que cada una tiene una característica peculiar propia, de la misma manera que la luz de los cuerpos celestes, cuando se analiza en la tierra después de viajar largas distancias, muestra variaciones en el espectro peculiar de cada uno. Es imposible para la mente del hombre imaginar siquiera vagamente las interacciones de innumerables corrientes de luz emitidas por billones y billones de estrellas que se cruzan y vuelven a cruzarse en incontables puntos, llenando la enorme extensión del espacio en cada lugar, de extremo a extremo. Del mismo modo, es completamente imposible imaginar o describir el mundo colosal de Prana, o energía vital, tal como lo describieron los videntes, con su extensión ilimitada atravesada por corrientes y contracorrientes, torrentes y contra-torrentes, transmitidos por innumerables estrellas y planetas, vórtices y torbellinos, todos palpitantes de actividad en todas partes, los mundos animados elevándose de este maravillosamente inteligente aunque sutil océano de actividad vital al igual que la espuma aparece en la superficie de las corrientes oceánicas que se mueven perennemente.

Para explicar los fenómenos de la vida terrestre, la única alternativa es aceptar la existencia de un medio vital inteligente que, utilizando los elementos y compuestos del mundo material como ladrillos y mortero, actúa como el arquitecto de las estructuras orgánicas. Todas muestran indicios de una inteligencia y un propósito extraordinarios, construidas con tan increíble destreza y producidas con tanta profusión y en tantas formas diversas que refutan cualquier idea de la generación espontánea o la casualidad. La existencia de este medio no se puede comprobar empíricamente; el ingenio y la destreza humana todavía no ha logrado la perfección suficiente para poder experimentar con medios tan sutiles.

Parte de la importancia en este contexto se ha atribuido a las radiaciones pránicas, que llegan a la tierra desde el sol y la luna. De hecho, algunas antiguas autoridades determinan el origen de la mente humana en la luna. La estructura completa del Yoga se basa en la validez de Prana como materia suprafísica cognoscible. Durante miles de años, generaciones consecutivas de yoguis han verificado las afirmaciones de sus precursores. La realidad de Prana como el agente principal que lleva al estado supraconsciente conocido como

Samadhi nunca ha sido puesta en duda por ninguna escuela de Yoga. Los que creen en el Yoga, primero deben creer en Prana. Considerando el hecho de que para conseguir el éxito en el Yoga uno debe poseer no sólo dotes mentales y físicas inusuales, sino que también debe tener todos los atributos de un carácter santo, la honradez, la castidad y la rectitud, no sería más que un acto de obstinación no dar crédito al testimonio de numerosos videntes célebres, que en términos inequívocos han atestiguado su propia experiencia de los estados supraconscientes que resultan de la manipulación sistemática de Prana tal como ellos lo aprendieron de sus propios preceptores.

Según las creencias religiosas de la India, que se remontan a tiempos prehistóricos, la existencia de Prana como un medio para la actividad del pensamiento y la transmisión de sensaciones e impulsos en los organismos vivos y como una sustancia cósmica por lo normal imperceptible presente en cada formación de materia en la tierra, el agua, el aire, el fuego y el éter, por lo que se refiere a las clasificaciones hechas por cosmógrafos hindúes, es un hecho conocido, verificable por la práctica del Yoga cuando la realiza de la manera correcta el tipo de hombre adecuado. Según las creencias, Prana no es la materia, ni es la mente, ni inteligencia ni conciencia, sino más bien una parte inseparable de la energía cósmica o Shakti que reside en todas éstas y es la fuerza conductora que hay detrás de todo fenómeno cósmico, la fuerza de la materia de todo organismo vivo; en resumen, es el medio a través del cual la inteligencia cósmica conduce la inimaginablemente vasta actividad de este inmenso mundo, a través del cual crea, mantiene y destruye las gigantescas formaciones globulares que arden continuamente en el espacio al igual que los pequeños microbios, tanto los malignos como los benignos, que llenan cada parte de la tierra. En otras palabras, Shakti, cuando se aplica a la materia inorgánica, es fuerza, y cuando se aplica al terreno orgánico, es vida, siendo los dos aspectos distintos de la energía cósmica creadora que opera en los planos orgánicos e inorgánicos. Para ser práctico y para evitar la confusión, el término Prana o Prana-Shakti se aplica normalmente a aquel aspecto de la energía cósmica que actúa en el campo orgánico, como impulso nervioso y vitalizador, mientras el nombre genérico Shakti se aplica a toda forma de energía, animada o inanimada; en pocas palabras, se aplica al aspecto creador y activo de la Realidad.

Al tratar con Kundalini sólo nos interesa Prana o Prana-Shakti, a veces llamado Shakti para ser exactos, aunque hablando estrictamente la denominación Shakti se aplica a la energía cósmica, creadora del universo. La ciencia actual está llegando irresistiblemente a la conclusión de que la energía es la sustancia fundamental del mundo físico. La duda sobre la existencia de vida, como un medio vital inmortal aparte de los apéndices corporales, es tan antigua como la civilización, y es provocada principalmente por la naturaleza inexorable de las leyes físicas que actúan sobre el cuerpo, la inevitabilidad del debilitamiento y la muerte, la naturaleza sumamente evasiva del principio vital, la imposibilidad absoluta de percibirla fuera del cuerpo orgánico, la finalidad de la muerte como el fin del organismo, y sobre todo la completa ausencia de alguna prueba demostrable o incontrovertible de supervivencia después de la muerte corporal. Según los yoguis, sin embargo, la existencia de la energía vital como entidad inmortal se hace subjetivamente aparente en el estado supraconsciente de Samadhi, y su flujo a través de los nervios se puede experimentar incluso antes de llegar a este estado, en cuanto se consiguen ciertos niveles de éxito en la meditación. Cuando ello ocurre, se siente una mayor necesidad de ella en el estado concentrado del cerebro, y para satisfacer esta necesidad, energía vital o Prana, que reside en otras partes del cuerpo, fluye al cerebro, a veces hasta tal punto que órganos vitales como el corazón, los pulmones y el sistema digestivo dejan de funcionar, el pulso y la respiración se vuelven imperceptibles, y el cuerpo entero parece frío y sin vida. Con el combustible adicional proporcionado por el flujo incrementado de energía vital, el cerebro se vuelve más intensamente vivo; la conciencia superficial se eleva por encima de las sensaciones corporales y su facultad perceptible se incrementa enormemente, haciéndole conocer las existencias suprafísicas. En este estado, el primer objeto de percepción es Prana, experimentado como una sustancia brillante e inmaterial, sensible y en un estado de rápida vibración, tanto dentro como fuera del cuerpo, extendiéndose sin límites por todas partes.

En el lenguaje del yoga, Prana es vida, y vida es Prana. Vida y vitalidad, en el sentido utilizado aquí, no significan alma o la chispa de lo divino en el hombre. Prana es simplemente la energía vital a través de la cual la divinidad trae a la existencia los reinos orgánicos y actúa en las estructuras orgánicas, al igual que crea y actúa en el universo a través de la energía física. No es la realidad, como la luz del sol no es el sol, pero aun así es esencialmente una parte de ella, tomando distintas formas y apariencias, entrando en incontables tipos de formaciones, construyendo persistentemente las unidades o ladrillos para crear las complicadas estructuras orgánicas de la misma manera que la energía física empieza con electrones, protones y átomos para construir el enorme edificio del universo, toda su actividad gobernada por leyes eternas tan rígidas y universales como las leyes que gobiernan el mundo físico. Después de crear los átomos, la energía física se transforma en incontables tipos de moléculas, provocando la existencia de innumerables compuestos de variada forma, color

y sabor, que otra vez por la combinación y la mezcla, diferencias de temperatura y presión, crean la increíblemente diversificada apariencia del mundo físico. Prana, empezando con los protoplasmas y organismos unicelulares, lleva a la existencia el maravilloso campo de la vida, infinito en su variedad, sumamente rico en forma y color, creando clases, géneros, especies, subespecies y grupos, utilizando los materiales provistos por el mundo físico y por el medio ambiente para crear diversidad, actuando inteligente y decididamente con pleno conocimiento de las leyes y propiedades de la materia y de las multitudinarias creaciones orgánicas que debe traer al mundo. Mientras sigue constante y fundamentalmente inalterado, entra en incontables combinaciones actuando tanto como el arquitecto como el objeto producido. Existe como un enorme universo más vasto y más maravilloso que el cosmos percibido por nuestros sentidos, con sus propias esferas y planos que corresponden a los soles y tierras del cosmos, con sus propios materiales y ladrillos, su propio movimiento e inercia, su propia luz y sombra, leyes y propiedades, que coexisten el uno al lado del otro, con el universo que vemos, entretejido en nuestros pensamientos y acciones, penetrando los átomos y moléculas de la materia, emitiendo luz, moviéndose con el viento y la marea, maravillosamente ágil y sutil, la materia de nuestras fantasías y sueños, el principio vital de la creación, que está mezclado inextricablemente con la misma textura de nuestro ser.

No nos damos cuenta de cuál es la materia misteriosa que anima a las células y órganos de los cuerpos vivos, causando maravillosas reacciones físicas y químicas mientras los dueños de estos cuerpos, incluso los más inteligentes y concienzudos, no saben nada de lo que está ocurriendo dentro de ellos, no saben nada sobre la inteligencia que regula la máquina corporal, que los desarrolla en el útero, los protege en la enfermedad, los sostiene en el peligro, los cura cuando se lastiman, los cuida cuando duermen o están delirantes o inconscientes, crea deseos y tendencias que los mueven y los agitan como el viento lo hace con una caña. Después de realizar cada una de estas cosas, incluso hasta el extremo de tomar el aliento e inducir los pensamientos, lo que es todavía más asombroso es que a causa de su propia maravillosa y, para la inteligencia humana, completamente incomprensible naturaleza, se mantiene siempre entre bastidores, permitiendo que la conciencia superficial, la que ella sostiene como el aceite sostiene una llama, piense y actúe como el maestro, completamente inconsciente de la invisible aunque increíble actividad de la dueña real de la residencia, el medio suprafísico, Prana Shakti, el aspecto vital de la energía cósmica.

Los fundadores del Yoga Kundalini, aceptando la existencia de *prana* como una realidad concreta tanto en sus aspectos individuales como en los cósmicos, después de los experimentos que han llevado a cabo muchas generaciones de sabios, sin duda fueron llevados al descubrimiento trascendental de que es posible lograr el control voluntario del sistema nervioso hasta el punto de desviar un flujo incrementado de Prana al cerebro, dando naturalmente como resultado una intensificación de su actividad, y por lo tanto concibieron todos sus métodos de control corporal y disciplina mental para lograr este objetivo. Tuvieron un éxito admirable puesto que el ejercicio principal, la concentración, que es el fundamento de todo sistema de Yoga, encaja con los métodos prescritos por la naturaleza también para facilitar la evolución humana. Descubrieron que al adquirir un cierto nivel de dominio de la mente y de concentración podían, en los casos favorables, hacer ascender, a través de la hueca columna vertebral, un resplandor vivamente brillante, rápido y potente hasta el cerebro, durante cortos intervalos de tiempo al principio, ampliando la duración con la práctica, lo cual tenía un efecto asombroso en la mente, habilitándola para volar a regiones de incomparable gloria, más allá de cualquier otra cosa experimentada en el crudo mundo material.

Llamaron a este conducto Sushumna, y puesto que el resplandor fluyente se sentía claramente subir desde su base, se referían a este punto como el asiento de la diosa, y la representaban tendida y durmiendo allí con la apariencia de una serpiente, cerrando con su boca la abertura que lleva al conducto espinal. Los sistemas de nervios a la izquierda y a la derecha de Sushumna, que contribuían a la formación del resplandor llameante produciendo una parte de la energía vital que corría a través de ellos, fueron llamados Ida y Pingala. Aunque carecían de los conocimientos hechos asequibles por la ciencia moderna, en su estado de conciencia ampliada no tardaron mucho en postular la existencia del mundo sutil de la vida, que penetra en y existe lado a lado con el cosmos material. Consecuentemente, en los escritos antiguos sobre el Yoga Hatha abundan referencias crípticas a Prana Shakti o energía vital y a sus sistemas de redes conductoras en el cuerpo, que frecuentemente son fuente de confusión para los principiantes.

Reconozco que me es imposible expresar con precisión (o para el lector medio comprender claramente) lo que quiero decir con la expresión expansión y contracción de conciencia, que utilizo con frecuencia para indicar las fluctuaciones de mi estado mental. Sin embargo, sólo a través del uso de esta expresión puedo describir, aunque sea vagamente, una experiencia puramente subjetiva, que raramente le ocurre al hombre medio. Que yo sepa, los extraños fenómenos que siguen al despertar de Kundalini hasta el momento nunca han sido revelados con detalle ni han sido tema de estudio analítico. Este tema ha permanecido envuelto en el misterio no sólo a causa de la extrema rareza y asombrosa naturaleza de la manifestación, sino también porque ciertas características esenciales del desarrollo están estrechamente vinculadas a la vida íntima y a las partes privadas del individuo que pasa por dichas experiencias. Las revelaciones hechas en esta obra parecerán probablemente algo sorprendentes, hasta incluso increíbles, porque este tema ha sido discutido abiertamente por primera vez después de siglos de llevar una existencia velada.

Podemos más o menos comprender el significado de palabras, por muy difíciles que sean, que describen estados mentales comunes a todos nosotros o podemos discutir problemas intelectuales y proposiciones abstractas basadas en experiencias y conocimientos comunes. Pero el fenómeno que he intentado explicar en estas páginas es algo tan fuera de lo común y está tan apartado de los asuntos ordinarios que probablemente muy pocos de los que lean este relato habrán oído hablar de algo tan extraordinario. Maestros consumados del Yoga Kundalini, que han sido siempre muy escasos, ahora son casi inexistentes, y los casos de tipo espontáneo, donde el despertar ocurre repentinamente en algún momento de la vida, la mayoría de las veces terminan con trastornos mentales, lo que hace imposible una narración coherente de la experiencia. En tales circunstancias, no es de extrañar que un relato detallado de esta experiencia no sea accesible en ninguna parte.

Puedo añadir, no obstante, que a pesar de todo esto la experiencia no es tan singular o tan anónima como pueda parecer al principio. Hay suficientes pruebas disponibles para poder sugerir que desde tiempos inmemoriales, probablemente desde el mismo nacimiento de la civilización e incluso antes, ha habido casos, muy escasos por cierto, del despertar de Kundalini, espontáneamente o por medio de ejercicios adecuados. En los pocos casos del primer tipo donde el despertar lleva a una culminación saludable, con síntomas normalmente benignos y desarrollo gradual, como ocurre en los místicos natos, las características esenciales del renacimiento, que fueron asombrosamente espectaculares en mi caso, pueden quedar ignoradas o, cuando se observan, pueden ser atribuidas a otras causas debido a ignorancia acerca de la verdadera. En la gran mayoría de los casos de la misma clase donde el despertar es mórbido, las explicaciones del afectado, aunque correctas, serían totalmente desatendidas por considerárselas disparates insensatos de un cerebro delirante. En el caso del despertar provocado por un esfuerzo voluntario, puesto que las manifestaciones deben de haber ocurrido generalmente tras los muros de monasterios inaccesibles o en ermitas solitarias o en centros de Yoga aislados en las profundidades de los bosques, los extraordinarios fenómenos que lo acompañan no eran susceptibles de observación crítica o, cuando sí lo eran, se trataban como un acompañamiento preternatural necesario de la aventura y por lo tanto no se consideraban seriamente como algo importante que registrar o comunicar o, cuando se consideraban demasiado sagrados como para divulgarlos, se mantenían como un secreto celosamente guardado, inaccesible salvo para los iniciados.

Trabajando como corresponde con la dificultad de describir en esta era crítica y científica un extraño fenómeno mental nunca descrito con detalle anteriormente, me veo obligado por razones de prudencia a ocultar muchas cosas que debería haber incluido en esta obra y que, estoy seguro, cuadrarán con la experiencia de muchos de los que, igual que yo, enciendan el fuego de la serpiente accidentalmente sin pasar por un período preparatorio de instrucción en días futuros. Partiendo de este planteamiento, basta con decir, sin narrar muchos de los casi misteriosos sucesos que experimenté dentro de mí, que durante los siguientes meses mi estado mental seguía siendo el mismo ya descrito anteriormente, pero hubo una mejora perceptible en mi salud corporal, y descubrí que mi fuerza y vigor anteriores reaparecían gradualmente.

Las oficinas gubernamentales se trasladaban de Jammu a Srinagar, la capital estival del Estado, normalmente a partir del mes de mayo, pero dado que estaba de permiso y me sentía incapaz de soportar los efectos deletéreos del calor en mi débil sistema nervioso, partí hacia Kashmir a principios de abril. El cambio me fue bien. El valle estaba lleno de flores y el vivificante aire primaveral impregnado de fragancias tuvo un efecto estimulante sobre mí. No hubo ningún cambio en absoluto en los movimientos constantes de la corriente radiante ni en el comportamiento intensificado del resplandor en mi cabeza. Por otro lado, su actividad había aumentado. Pero mi fuerza mental, equilibrio y resistencia, que parecían haberse agotado por completo, volvieron parcialmente, y encontré que era capaz de tomarme un interés activo por las

conversaciones. Lo que era más precioso para mí, los profundos sentimientos de amor por mi familia, que parecían estar muertos, despertaron de nuevo en mi corazón. Pocas semanas después de llegar, descubrí que podía dar largos paseos y ocuparme de los asuntos ordinarios que no requerían demasiado esfuerzo; pero todavía no podía leer atentamente durante largo rato y seguía temiendo a lo sobrenatural. Evitaba persistentemente el pensar o hablar del tema.

Recuperé mi apetito de siempre y podía tomar todo lo que comía anteriormente sin miedo a que unos bocados de más o de menos creasen una tormenta en mi interior. Incluso prolongaba el intervalo entre comidas, aunque no durante mucho tiempo sin sentir alguna molestia. Pero cuando mi oficina en Srinagar se abrió, yo había recobrado suficiente fuerza y resistencia como para estar seguro de poder volver a dedicarme a mis tareas laborales sin el riesgo de agravar mi estado mental o de exponerme al ridículo demostrando falta de eficacia en mi trabajo o algún signo de anormalidad en mi comportamiento. Cuando examiné los papeles de mi mesa descubrí que mi memoria seguía intacta y que la terrible experiencia que había sufrido no había afectado desfavorablemente mis capacidades.

Me cansaba fácilmente, no obstante, y me sentía intranquilo después de unas pocas horas de dedicación atenta. Después de un rato prolongado de trabajo mental, sentía invariablemente después de cerrar los ojos y escuchar en mi interior que el círculo luminoso estaba más extendido y el zumbido en mis oídos era más fuerte de lo normal. Esto me sirvió de indicación de que todavía no era capaz de mantener una prolongada atención durante largos ratos y que debía seguir con cuidado para evitar un recrudecimiento de los síntomas previos. Por consiguiente, decidí alternar ratos de trabajo con intervalos de relajación, charlando con mis colegas, mirando por la ventana o pasando de la oficina a la bulliciosa calle que ofrecía una gran variedad de objetos para distraer mi atención.

No sé cómo sucedió que incluso en aquel anormal estado de mi mente, que requería una constante aplicación de nuevas medidas para adaptarla a las circunstancias cambiantes, a menudo daba con el procedimiento correcto para tratar las situaciones inesperadas y difíciles que surgían en mis contactos diarios. Si hubiese mencionado una sola palabra a los demás sobre mi anormalidad y las extrañas manifestaciones que ahora eran una característica normal de mi vida, es posible que hubiera sido calificado de loco y tratado como tal, encontrándome con la irrisión en lugar de la compasión. Si hubiera intentado sacar provecho de la ocurrencia misteriosa y fingir un conocimiento de lo oculto, que no poseía en realidad, podría haber sido aclamado santo y molestado día y noche por personas en busca de una forma milagrosa de escapar a sus dificultades. Aparte de algunas indicaciones que comuniqué a algunos de mis parientes, al principio, cuando estaba completamente estupefacto por la extraña enfermedad, y de revelar mi estado de la mejor manera que podía a algunos expertos del Yoga para conseguir orientación, mantenía una estricta reserva con respecto a mi estado anormal y nunca me refería a él en mis conversaciones con amigos íntimos, aunque incluso en mis momentos más optimistas el miedo a la locura inminente nunca me abandonó por completo.

La magnitud del riesgo que uno debe correr en el caso de un fuerte despertar repentino se puede calcular por el hecho de que, con la descarga de la nueva energía, empiezan a producirse simultáneamente profundos cambios funcionales y estructurales en la delicada estructura del sistema nervioso, con tanta rapidez y violencia que son suficientes para provocar el desquiciamiento instantáneo del cerebro si el organismo en conjunto no posee el poder de adaptación suficiente para soportar el tremendo esfuerzo, como ocurre en la mayoría de los casos. Entre los pacientes internos de los manicomios, a menudo hay algunos que deben su enfermedad a un Kundalini que se activa prematuramente o que funciona mórbidamente.

Con la recuperación de mis facultades y la claridad creciente de mi mente, empecé a especular sobre mi estado. Leí todo lo que caía en mis manos relacionado con Kundalini y el Yoga, pero no encontré ningún informe sobre un fenómeno parecido. Las corrientes calientes y frías, la efusión en la cabeza, los ruidos misteriosos en mis oídos, y el miedo agobiante fueron todos mencionados, pero no noté ninguna señal de clarividencia o de éxtasis o de comunicación con espíritus incorpóreos o de cualquier otro don psíquico extraordinario, todos considerados, desde los tiempos más remotos, como las características distintivas de un despertado Kundalini.

De noche, en el silencio y la oscuridad de mi habitación, a menudo me encontraba mirando con pavor caras terriblemente desfiguradas y figuras distorsionadas que se doblaban y retorcían adoptando otras formas, apareciendo y desapareciendo rápidamente en el medio ambiente reluciente, arremolinándose dentro y alrededor de mí. Me dejaban temblando de miedo, incapaz de explicar su presencia. A veces, aunque tales sucesos eran escasos, podía percibir dentro de la neblina luminosa un resplandor más brillante que procedía de una forma luciferina y etérea, con una cara y un cuerpo apenas distinguibles, pero que no obstante era una presencia, que emitía un brillo tan suave, encantador y tranquilizante, que en tales ocasiones mi mente rebosaba de alegría y una indescriptible paz divina llenaba cada fibra de mi ser. Aunque pareciera extraño, en

estas ocasiones la memoria de la primera visión que ocurrió el día del despertar se me aparecía intensamente como para animarme en medio del desaliento con una vislumbre fugaz de un superestado hacia el que estaba siendo transportado dolorosa e inexorablemente.

En aquel momento no estaba seguro de si las visiones proporcionaban vislumbres reales de una existencia supramundana o si eran meros productos de mi ahora sumamente excitada y virtualmente resplandeciente imaginación. No sabía qué era lo que me hacía ser siempre consciente de la luminosidad, como si mi propia materia mental intangible se hubiese metamorfoseado en una sustancia resplandeciente y esta metamorfosis de la sustancia mental fuese la responsable del resplandor en las imágenes del pensamiento.

Seguí ocupándome de mis deberes domésticos y oficiales, recuperando más y más fuerza cada día. Después de algunas semanas, era capaz de trabajar atentamente durante horas con mi transformado equipo mental sin sentir ningún síntoma alarmante. Pero no hubo ningún cambio perceptible en mi punto de vista o eficacia general, y aparte de la introducción de este factor misterioso e incomprensible en mi vida continuaba igual que antes. Gradualmente, mientras mi capacidad de resistencia aumentaba y los momentos de temor disminuían, me conformaba con mi aparente anormalidad, que dejó de ocupar mi atención a lo largo del día, y quedé libre para actuar de la manera que más me apeteciese. Ya no era tan agudamente consciente de los movimientos de la corriente vital recientemente generada en mi médula espinal y otras vías nerviosas como lo había sido antes. Con el transcurso del tiempo, el paso de la corriente a través de los dispersos hilos nerviosos se hizo menos perceptible y a menudo no lo notaba en absoluto. Ahora podía dedicarme atentamente a cualquier tarea durante horas. Comparando mi estado mental en aquel momento con lo que había sido en las fases iniciales después de la crisis, me di cuenta de que había escapado de las garras de la locura por los pelos y de que debía mi liberación no a algún esfuerzo mío sino a la benigna disposición de la misma energía. En las fases primarias, sobre todo antes de la crisis, por ciertas razones muy convincentes, la corriente vital parecía comportarse de manera irregular y ciegamente, como el agua creciente de un arroyo desbordado que, derramándose por la brecha de un dique, corre locamente aquí y allá intentando encontrar una nueva vía para su camino. Años después tuve una idea sobre lo que realmente había pasado y pude hacerme planteamientos sobre la maravilla inesperada que se esconde en el cuerpo humano, esperando la invocación necesaria del dueño y una oportunidad favorable para lanzarse a la acción, cuando, abriéndose camino por la carne como el arroyo desbordado y desviado, crea nuevas vías en el sistema nervioso y en el cerebro para dotar al individuo afortunado de increíbles poderes mentales y espirituales.

Los seis meses de verano pasados en Kashmir transcurrieron sin ningún acontecimiento extraordinario o cambio notable en mí. La agitación provocada por mi extraña indisposición disminuyó gradualmente. La mayoría de los hombres que tenían algún conocimiento de ella atribuyó mi colapso a causas mentales. Pero debido a que se rumoreaba que mi extraño malestar era el resultado de las prácticas del Yoga, relacionadas estrechamente con Kundalini, los curiosos acudieron a verme con un pretexto u otro, intentado obtener más información para asegurarse, a través de la demostración de alguna hazaña sobrenatural por mi parte, de que realmente había cruzado la frontera que separa lo humano de lo divino. Para muchos de ellos, el mero despertar del poder de la serpiente significaba un salto precipitado a lo sobrenatural. Ellos no tenían la culpa de eso. Parece que la mayoría de los hombres tienen la idea de que hay sólo un paso de la conciencia humana a la cósmica, un paso que uno puede dar de golpe con la asistencia de un maestro o con la ayuda de ejercicios espirituales tan fácilmente y con tanta seguridad como uno cruza el umbral que lleva de una habitación más pequeña a una más grande.

Esta idea errónea se ve apoyada a menudo por guías incompetentes. Aprovechándose de la credulidad de los humanos, que pretenden poseer conocimientos del Yoga y la capacidad de provocar resultados positivos en sus discípulos, siendo ellos mismos completamente inconscientes del hecho de que el Yoga, como una ciencia progresiva, ha estado muerto durante los últimos cientos de años y de que, aparte de algunas pocas recitaciones aprendidas de memoria de las obras de antiguos maestros, no saben más que los mal informados a quienes intentan enseñar. En tiempos antiguos la naturaleza seria y difícil de esa empresa se reconocía cumplidamente y los aspirantes que la acometían se ocupaban de renunciar a todas sus responsabilidades mundanas y de desarrollar una actividad mental estoica, preparados para enfrentarse con todas las eventualidades sin echarse atrás o ceder al estrés.

Normalmente no prestaba oídos a las preguntas enfocadas hacia la adquisición de más información sobre mi experiencia por razones fútiles, manteniéndome reservado incluso hasta hoy en día. Al no conseguir satisfacer su curiosidad y al no encontrar ningún cambio notable en mí, la historia de mi aventura espiritual fue tratada como un mito, y para algunos me convertí en objeto de burla por haber confundido una enfermedad física con un designio divino.

Al final del verano casi estaba tan fuerte como antes. Salvo las corrientes luminosas y el resplandor de mi

cabeza, no notaba ningún otro cambio en mí y después de mi terrible aventura no me encontraba peor, excepto que a veces, normalmente por la tarde, el flujo de la corriente se volvía perceptible de un modo preocupante, acompañado de una ligera molestia en la cabeza. En estos momentos normalmente experimentaba dificultad al aplicar mi atención a cualquier tarea y a menudo pasaba este intervalo hablando o caminando al aire libre. A veces, en dichas ocasiones, sentía una mayor presión en los centros nerviosos y en las zonas cardíaca y hepática, sobre todo en esta segunda, como si a un mayor flujo de radiación se le estuviese forzando a entrar en el órgano para incrementar su actividad. No hubo ningún otro indicio de algo extraordinario o inusual en mí. Dormía bien, comía de buena gana, y para superar los efectos en mi cuerpo, después de varios meses de inactividad forzada, hacía un poco de ejercicio, como me había acostumbrado a hacerlo desde la infancia, evitando hacer esfuerzos excesivos y agotarme. Pero después de las horas que pasaba en la oficina no sentía ninguna inclinación por la lectura durante la noche, lo que había sido mi costumbre en el pasado, o por hacer trabajo mental alguno. Considerándolo una indicación interior de no seguir poniendo a prueba mi cerebro, normalmente me retiraba a mi habitación para relajarme y descansar poco después de cenar.

A finales de octubre de 1939 hice los preparativos para mi partida a Jammu con la oficina. Me sentía tan preparado para el viaje y para mi estancia posterior allí durante seis meses, en solitario, que debido a la salud de mi esposa, mi único compañero constante en todas mis vicisitudes, la dejé en Kashmir, seguro de mi propia capacidad de cuidar de mí mismo. No me di cuenta en aquel momento de que estaba corriendo un grave riesgo al no tenerla a mi lado cuando estaba lejos de mi casa, ya que, sin saberlo, la fuerza tempestuosa liberada en mi cuerpo todavía estaba funcionando activamente, y aunque no tenía consciencia aguda de sus movimientos, la presión en mis órganos vitales era tan fuerte como antes. El hecho de encontrarme en un estado anormal interior, no obstante, siempre estaba presente en mi mente, ya que me lo recordaba constantemente la luminosidad interna. Pero a medida que avanzaba el tiempo y el estado seguía siendo constante, dejó de ser en gran parte raro y anormal para mí, convirtiéndose, por así decirlo, en una parte de mi ser, mi estado usual y normal.

En vista de la enorme importancia de los procesos regeneradores y transformadores que actuaban en mi cuerpo, especialmente mientras dormía, y que finalmente dieron como resultado el desarrollo de dones psíquicos que no llegué a poseer hasta pasados los 46 años, es imprescindible hacer hincapié en esta importante fase de mi singular experiencia. No sólo los antiguos tratados sobre el Yoga sino también otros numerosos textos espirituales de la India hacen referencia al poder milagroso de Shakti, o energía cósmica femenina, que provoca transformaciones en sus devotos. El famoso mantra Gayatri, que cada Brahmin debe recitar diariamente después de sus abluciones matinales, es una invocación a Kundalini para que conceda la trascendencia. El hilo sagrado que llevan los hindúes, compuesto generalmente de tres o seis hilos unidos por un nudo, es un símbolo de las tres vías conocidas de energía vital, Ida, Pingala y Sushumna, que pasan por el centro y por los dos lados de la médula espinal. El mechón de pelo en la parte superior de la cabeza que llevan normalmente indica la posición del centro consciente inoperante en el cerebro, que se abre como un loto en flor cuando lo riega la corriente de ambrosía que sube a través de Sushumna y actúa como el centro de la percepción suprasensible, el sexto sentido o el tercer ojo en los que están divinamente dotados por Kundalini.

Las claras referencias sobre su habilidad creadora y transformadora, contenidas en los himnos compuestos para alabar a la diosa por célebres sabios y grandes maestros espirituales, venerados casi como dioses y en la mayoría de los casos, si creemos sus propias confesiones, ellos mismos beneficiados por su gracia, no pueden ser desestimados ligeramente como meras efusiones poéticas desprovistas de fundamento material. Considerando también el hecho de que los resultados obtenidos por los maestros se convirtieron en temas para la experimentación y verificación por sus discípulos que, por lo tanto, necesariamente debían determinar su exactitud, las afirmaciones no pueden ser tratadas ni como meras metáforas, que pretenden expresar algún otro significado, ni como exageraciones de logros triviales. Todos los sistemas de Yoga y la estructura masiva de la religión védica, en cualquier caso, se han construido sobre la aceptación universal de la veracidad de estas antiguas creencias de la India, con un fundamento tan profundamente arraigado que han llegado a formar parte integral de cada acto y ceremonial religioso de los hindúes. Consecuentemente, así es cuando el adorador normal de Kali, Durga, Shiva, o Vishnu, postrado ante la imagen de su deidad con ojos llorosos y labios temblorosos de emoción, suplica la bendición no sólo de dones mundanos sino también de atributos suprafísicos para capacitarle a mirar detrás del velo de las apariencias ilusorias.

Si podemos creer el relato histórico que se remonta a más de treinta siglos encarnado en los Veda y en otros textos espirituales y si damos crédito al testimonio indiscutible de multitud de investigadores inteligentes y observadores sagaces, en la antigua sociedad de Indio-arios abundan numerosos ejemplos genuinos de transfiguración por medio de esfuerzos espirituales y del Yoga, que tenía como resultado la metamorfosis completa de la personalidad, lo cual hacía que individuos de un nivel común fueran transformados en visionarios con conocimientos extraordinarios mediante el contacto con un poder invisible que ellos reconocían y veneraban con adecuada ceremonia. De hecho, uno de los dogmas básicos de la religión hindú y fundamento de la ciencia del Yoga es la creencia, apoyada enfáticamente por casi cada texto sagrado, de que a través de un esfuerzo correctamente dirigido es posible para un hombre completar el ciclo evolutivo de la existencia humana en una vida y convertirse en un adepto transfigurado acorde con la Realidad infinita más allá del mundo fenomenal, liberado para siempre de la cadena interminable de nacimientos y muertes.

Además de los casos de transformación espontánea provocada repentinamente o gradualmente en místicos y santos, sean antiguos o modernos, tanto en Oriente como en Occidente, y apoyados por pruebas irrefutables que enfrentan a la ciencia moderna con un enigma tan insoluble ahora como lo era en tiempos medievales, también existen auténticos ejemplos de que se ha producido una alteración decidida de la personalidad como resultado del Yoga o de otra forma de esfuerzo espiritual, emprendido deliberadamente y continuado durante algún tiempo, dando finalmente como resultado el desarrollo repentino o lento de facultades psíquicas anormales y atributos mentales extraordinarios no visibles anteriormente. ¿Cuál es el misterio que hay tras este fenómeno a menudo repetido y generalmente aceptado? ¿Qué fuerza, espiritual, psíquica o física, se pone en marcha automáticamente o a través de esfuerzos voluntarios que, trabajando misteriosamente según sus propias leyes inescrutables, provoca un cambio radical en el organismo, moldeándolo en una forma distinta con ciertas características comunes que han distinguido a místicos y videntes en todas partes y edades?

No sólo en la India sino en casi todos los países que profesan una fe reveladora, la creencia en la eficacia del culto, la oración y otras prácticas religiosas para provocar un estado mental favorable para el designio de la gracia divina, ha sido corriente desde tiempos inmemoriales, y la transformación que ocurre como

consecuencia de tales prácticas, por lo tanto, se atribuye naturalmente a la gracia divina. Hay que recordar, no obstante, que el recurrir sin reflexionar a organismos sobrenaturales para justificar cualquier fenómeno misterioso que no se pueda explicar con el intelecto ha sido una característica de la existencia del hombre desde las primeras etapas de su desarrollo como ser racional, y es casi tan común ahora, en los estratos inferiores de cualquier sociedad, como lo fue en tiempos prehistóricos. Esta costumbre existe todavía para la mayoría de la humanidad, aunque su aplicación se ha visto algo limitada debido a las explicaciones proporcionadas por la ciencia de muchos fenómenos naturales anteriores y desconocidos.

Recurrir a lo divino para la explicación de fenómenos aislados, cuando se reconoce su soberanía perpetua en todo el universo y su posición como la causa primordial de toda existencia, es una contradicción de la que los intelectos maduros no deben ser culpados. Teniendo en cuenta este hecho reconocido, ni puede una hoja ser agitada, ni un átomo moverse, ni una gota de lluvia caer, ni ninguna criatura respirar sin la Divina Providencia; la contradicción está en proporcionar explicaciones racionales para algunos de los problemas y recurrir a un organismo supramundano para los demás. Con gran pesar de la humanidad, esto siempre se ha hecho así con respecto a asuntos temporales por un lado y espirituales por el otro. Hay que admitir que materia y espíritu son radicalmente distintos, tal vez proposiciones diametralmente opuestas, y que por lo tanto lo que es verdad de uno puede que no sea verdad del otro; pero esto sólo puede servir como una razón válida para utilizar distintos métodos en el planteamiento de los problemas presentados por ambos, y no para negarle a uno lo que concedemos al otro cuando los dos deben su origen a la misma causa eterna. La existencia de un talento intelectual extraordinario en algunos y la falta de él en otros o de dones espirituales y psíquicos en algunos pocos y de ninguno en los demás no debería, por lo tanto, atribuir a la intervención divina; no puede haber favoritos consentidos en la justa jerarquía del cielo. Pero, como en el caso de los fenómenos materiales, las variaciones sobre la regla, observadas repetidas veces, deberían actuar como un estímulo para incitar al intelecto a investigar los problemas planteados por los extraordinarios logros de genios por un lado y por las increíbles hazañas de visionarios por el otro.

Partiendo de este punto de vista, el primer esfuerzo de cualquier investigador debería dirigirse hacia la averiguación del grado de relación entre el cuerpo y la mente para determinar si los estados y acciones del primero afectan invariablemente al segundo y viceversa, o si cada uno funciona completa o parcialmente como una unidad independiente. Una sola reflexión momentánea es suficiente para convencer incluso a los menos inteligentes de que el cuerpo y la mente están indisolublemente vinculados el uno con el otro desde el nacimiento hasta la muerte, cada uno ejerciendo una poderosa influencia sobre el otro en cada momento de su existencia, unida hasta tal punto que muchos observadores concienzudos están claramente divididos con respecto a la cuestión de si la mente es el producto de las reacciones bioquímicas del cuerpo o si éste es el resultado de los procesos ideados en la mente. Uno se asombra ante la profundidad de conocimientos y la agudeza de intelecto demostradas por los dos lados, pero ningún grupo ha podido convencer completamente al otro de su punto de vista. Para nuestros propósitos basta decir que el cuerpo y la mente son mutuamente dependientes y sensibles hasta el extremo de que ni parpadea un párpado ni se mueve un músculo ni palpita una arteria sin el conocimiento de la mente, y del mismo modo ni se evoca un recuerdo, ni surge un pensamiento, ni se formula una idea sin causar una reacción en el cuerpo. El efecto de la enfermedad, de cambios orgánicos en los tejidos, del agotamiento, de la alimentación, de los medicamentos, de las bebidas alcohólicas y de los narcóticos en la mente, y del placer y el dolor, la tristeza y el sufrimiento, la emoción y la pasión, el miedo y la ansiedad sobre el cuerpo, es demasiado conocido como para mencionarlo. La estrecha conexión entre los dos puede ser justamente comparada con la que existe entre un espejo y el objeto que se refleja en él. El menor cambio en el objeto se refleja instantáneamente en el espejo y, a la inversa, cualquier cambio del reflejo indica un cambio correspondiente en el objeto.

En todos los asuntos temporales que afectan a un individuo en cada momento de su existencia la correlación y la interdependencia entre el denso cuerpo y la mente etérea son reconocidas y aceptadas sin preguntas; pero, aunque parezca extraño, cuando se trata de asuntos espirituales se pierde de vista esta regla obviamente inalterable que determina la relación de los dos en el mundo físico. Incluso eruditos eminentes cuando hablan de los fenómenos psíquicos más extraordinarios discuten como si la estructura corpórea que se adhiere fielmente a dicha regla durante su peregrinación colectiva en el plano físico no entrase en escena desde el momento en que pasa al terreno espiritual. Incluso teniendo en cuenta los milagros que realizaron, las historias de las vidas de conocidos santos, místicos y profetas dejan muy claro que las inviolables leyes biológicas eran casi tan eficaces en su caso como lo son en el caso de otros seres humanos, y que ellos eran tan propensos al hambre, la sed y la fatiga, y víctimas tan fáciles de la enfermedad, la senectud y la muerte como otros hombres ordinarios de su tiempo. Ninguno de ellos sobrevivió un período de tiempo notablemente más largo que lo que se les concede a los mortales, digamos varias docenas de años, para demostrar

concluyentemente la victoria del espíritu sobre la carne, ni ninguno de ellos conquistó por completo el hambre, la sed ni el sueño, ni alteró radicalmente la propensión del cuerpo a acusar la edad, la enfermedad y el debilitamiento. La mayoría de ellos, indudablemente, proporcionan ejemplos únicos de coraje incomparable y de fortaleza en la adversidad, de nobleza extraordinaria de carácter, de adhesión impávida a la verdad, y de otras virtudes laudables; pero en cuanto se refiere a este aspecto de su existencia, los relatos de todas las naciones contienen numerosos paralelos en otros terrenos del esfuerzo humano, en la política y la guerra, el arte y la literatura, la filosofía y la ciencia, los descubrimientos y la invención, los viajes y las aventuras, incluso en el robo y la piratería, de hombres y mujeres normales que demostraban de una manera casi tan excepcional alguno o muchos de los rasgos nobles que caracterizan a los visionarios sin intentar nunca remitir sus excelentes cualidades a ningún organismo sobrenatural o a favor divino excepcional alguno.

Uno puede citar fácilmente incontables ejemplos del predominio del espíritu sobre las flaquezas de la carne, verdades de cualquier nación y relacionadas con cualquier período de la historia. Se encuentran diariamente, en particular en los sectores más humildes de las sociedades. Por lo tanto, sería una falacia afirmar que son característica exclusiva de la espiritualidad en el sentido ordinario del término, o que su existencia altera de algún modo o anula la aplicación de las leyes biológicas inviolables que regulan la relación entre el cuerpo y la mente. Cuando el parpadeo de un pensamiento o el dominio momentáneo de la pasión produce una reacción perceptible en el cuerpo o un efecto claramente verificable en cualquier órgano particular, es inconcebible que tales estados anormales y extraordinarios de la mente relacionados con fenómenos espirituales como los que están implicados en la percepción de presencias, la audición de voces sobrenaturales, la contemplación de visiones embelesadoras o atemorizantes, el arrebato y el éxtasis, o cualquier otra forma de actividad psíquica, no muestren una reacción fisiológica correspondiente en el cuerpo. Se ha observado que en el momento en que se producen manifestaciones psíquicas o fenómenos físicos en los místicos o médiums, frecuentemente están presentes señales de debilidad, inconsciencia completa o parcial ante el medio ambiente, movimientos convulsivos y otros síntomas de trastorno orgánico. Este hecho en sí debería proporcionar suficientes motivos para poner en duda la actitud de los que aceptan naturalmente la existencia de los fenómenos, como una actividad perfectamente legítima de la mente, al margen de las leyes orgánicas, y también la de los que tan fácilmente y con tanta autocomplacencia niegan su existencia. Se ha convertido en una costumbre común, cuando se trata de manifestaciones anormales de la mente, el pasar por alto el cuerpo y tratar tales fenómenos como sucesos más o menos extraños, no sujetos a las leyes biológicas ordinarias.

Según toda probabilidad, existe una idea errónea básica debida a una interpretación equivocada de la doctrina religiosa o procedente de las supersticiones, que asigna a la facultad cognitiva del hombre una categoría completamente independiente, totalmente separada del cuerpo con respecto a su actividad suprasensible y suprafísica. Bajo la influencia de tales premisas erróneas a veces incluso hombres de formación erudita dan su apoyo a dogmas que atribuyen poderes ilimitados a la mente humana, incluso hasta el punto de comprender la realidad esencial que hay detrás del universo invisible, en su totalidad o proporcionando un vehículo adecuado para su encarnación en forma humana. Teniendo en cuenta la formidable amplitud del universo, el concepto de Creador se hace tan asombroso que queda totalmente fuera del alcance de la capacidad del cerebro humano. Incluso la conciencia ampliada del individuo extasiado, aunque sea una sustancia universal indestructible superior al intelecto humano vinculado a los sentidos, es completamente incapaz de comprender la naturaleza verdadera de su origen inmensurable. Por lo tanto, incluso en el estado más alto de vuelo supraconsciente, lo único que los místicos renombrados han podido afirmar es demasiado fragmentario e impreciso para justificar la conclusión de que lo que ellos percibieron a través de vías suprasensibles era la realidad en sí, y no una radiación un poco más brillante de un sol extremadamente lejano, inimaginable y consciente, una aproximación mayor al cual significaría la destrucción instantánea de un instrumento receptor tan delicado como es el cuerpo humano, incapaz de mantener nada en su fase actual de evolución, salvo la medida más pequeña de energía vital que discurre por todo el universo en abundancia incalculable desde esa fuente inagotable.

Hablando con más claridad, el estado trascendental puede que no sea más que una vislumbre fugaz de un pequeño fragmento del mundo supraconsciente iluminado por los rayos de un formidable sol inimaginable, del mismo modo que con nuestra visión normal sólo vemos una porción reducida del gigantesco universo físico que nos rodea. Puesto que el cuerpo es el vehículo y la mente el producto de la radiación que se filtra por él, animando a sus incontables células como una viva corriente eléctrica, vivificando la materia cerebral sensible hasta un grado mucho mayor de actividad vital que en cualquier otra zona, la máquina entera sólo puede mostrar un campo limitado de conciencia, dependiendo de la capacidad del cerebro y de la eficacia de los diversos órganos y partes que la componen.

A causa de las drásticas restricciones impuestas en su equipo sensible y de los límites extremadamente restringidos de su órbita mental, el hombre medio, nunca puesto en contacto durante su vida con un estado de conciencia claramente superior al suyo propio, es completamente incapaz de formarse siquiera vagamente una idea de una Energía consciente incorpórea e inmortal de un volumen, un poder penetrante y una movilidad infinita, capaz de actuar en millones y millones de objetos vivos de toda la tierra, por no hablar de la vasta creación inimaginable en otras partes del universo, a cuya actividad invisible debe él su propia existencia. El escollo principal incluso de la visualización de un plano de conciencia ligeramente superior es la capacidad normalmente inalterable y limitada del cerebro humano, que en cada individuo es capaz de utilizar sólo una cantidad específica de energía vital para la actividad del cuerpo y de la mente. No existe ningún método conocido mediante el cual el cerebro de un hombre normal pueda llegar a sobrepasar las fronteras fijadas por la naturaleza, aunque se puede mejorar y aguzar con la aplicación y el estudio, y puede llegar a acumular más información y asimilar más hechos; pero con la excepción de algunos individuos formados de un modo un poco distinto, ello no puede llegar a trascender los límites del estado originario de conciencia ya expuesto y pasar al siguiente estrato superior capaz de percibir lo que era imperceptible y saber lo que era irreconocible antes de la transición.

La pregunta que se debe contestar es si esta transición de una esfera de conciencia a otra puede producirse y si existen ejemplos verdaderos de ello en los últimos años. La respuesta a la primera parte de la pregunta es un «sí» enfático. El arsenal completo de cada sistema de Yoga, de cada credo o culto, y de cada doctrina religiosa esotérica se enfoca hacia este propósito. El único punto débil, que hace que esta declaración parezca absurda y fantástica para una mente estrictamente científica, es que el proceso biológico a través del cual el cambio puede ser provocado no se ha explicado o probablemente ni siquiera se ha imaginado según la falsa concepción, ya mencionada, de que la mente humana puede ganar terreno a las esferas suprasensibles sin afectar de ninguna manera al cuerpo. Casi todos los métodos utilizados desde tiempos inmemoriales para alcanzar una experiencia visionaria o la percepción suprasensible -concentración, ejercicios de respiración, posiciones, oración, ayuno, ascetismo, y cosas por el estilo- afectan al cuerpo orgánico y a la mente. Por lo tanto, es razonable suponer que cualquier cambio en la esfera del pensamiento provocado por estos medios también debe verse precedido por alteraciones en la química del cuerpo.

Las antiguas autoridades del Yoga, aunque conscientes del importante papel desempeñado por el organismo físico en el desarrollo de vías suprasensibles de percepción, y completamente familiarizadas con los métodos para desviar sus energías en esta dirección, estaban mucho más interesadas por el aspecto espiritual que por el aspecto físico de la ciencia, y daban poca importancia a los cambios biológicos que ocurren en la carne comparados con los desarrollos trascendentales en el terreno de la mente. El nivel general de conocimientos en aquellos tiempos y las tendencias de la época también impedían la posibilidad de tal investigación. Incluso los defensores del Yoga Kundalini, que empiezan por la disciplina y purificación de los órganos internos, no han conseguido dar la categoría que se merece a la estructura corpórea como la única vía para el éxito en el Yoga, que lleva a la trascendencia.

Dada la misma naturaleza de los ejercicios y la disciplina impuesta, debería haber sido evidente, incluso para los menos informados, que el eje alrededor del cual giraba el sistema entero era el organismo vivo; y que fue para llevarlo al nivel requerido de preparación por lo que los iniciados dedicaban tantos años de su vida a la adquisición de la habilidad necesaria para mantener posturas difíciles, para el arte de limpieza del colon, del estómago, de las vías nasales y de la garganta, en la contención de la respiración casi hasta el punto de la asfixia, y en otras prácticas extremadamente difíciles e incluso peligrosas. Dados los hechos mencionados en esta obra, no resulta difícil observar que todos indican no sólo un empeño continuo por purificar y regular el sistema y adaptarlo al estado ampliado de percepción, sino también una preliminar y ardua preparación del cuerpo para poder soportar sin peligro un posible susto o un esfuerzo excesivo causado por el estallido de la tormenta vital en él, liberada para efectuar cambios orgánicos drásticos, extendiéndose durante años, y terminando en la muerte o en la inmortalidad o simplemente en la amarga decepción al final de una vida transcurrida en la lucha incesante y en la abnegación. No obstante, está muy claro que todos los ejercicios iban dirigidos hacia la manipulación de un control-sistema orgánico definido en el cuerpo, capaz de provocar la consumación sinceramente deseada a través de medios misteriosos incluso menos comprendidos ahora de lo que lo eran en tiempos antiguos.

Regresé a Jammu con un estado de ánimo alegre, con la salud mental y física casi recuperada. El temor a lo sobrenatural y la antipatía hacia la religión que habían estado presentes en forma constante durante los primeros meses, habían desaparecido parcialmente. Durante mucho tiempo no pude explicar esta repulsión repentina hacia lo que había sido un sentimiento profundamente arraigado en mí, e incluso durante los días del agudo trastorno me sentía sorprendido por este cambio. No era sólo porque mi deseo incontenible de una experiencia religiosa me hubiese llevado a una situación terrible por la que sentía miedo y aversión, sino que parecía que realmente se había producido una transformación inexplicable en las mismas profundidades de mi personalidad, a la que me sentía incapaz de atribuir una razón.

Devoto y temeroso de Dios hasta el momento de producirse este estado anormal, había perdido todo sentimiento de amor y veneración hacia lo divino, todo respeto por lo sagrado y lo santo, y todo interés en lo bíblico y lo sacramental. La simple idea de lo sobrenatural se me hacía odiosa y no permitía que mis pensamientos se detuviesen en ello ni por un momento. De devoto pasé a ser un enemigo empedernido de la fe y sentía un rencor hirviente hacia los que veía yendo o viniendo de lugares de culto. Había cambiado por completo, totalmente desprovisto de todo sentimiento religioso, convertido en un auténtico ateo, un hereje violento, la antítesis misma de lo religioso y lo espiritual.

Durante la primera fase, encontrándome desesperado en una carrera contra reloj, con la muerte a un lado y la locura en el otro, no tenía ni el tiempo ni la disposición mental para pensar seriamente en esta desaparición repentina de un fuerte impulso que había dominado mis pensamientos desde temprana edad. A medida que mi mente se aclaraba, me asombraba más y más por esta inesperada alteración. Cuando al recobrar mi salud general, en particular los sentimientos de amor, la aversión a lo sobrenatural todavía persistía y me encontraba vacío de deseo religioso, como si hubiese sido apartado de él, y empecé a sentirme preocupado por el pensamiento de que posiblemente no era Kundalini, que se considera la fuente inagotable del amor divino y el origen perenne de la espiritualidad, lo que se activó en mí, sino alguna fuerza maligna de la oscuridad que me arrastraba hacia las profundidades de la irreligiosidad y la impiedad. En estos momentos las palabras del Sadhu Brahmin, al que había consultado el invierno anterior en un estado de desesperación, siempre me venían a la memoria con un significado siniestro. Él había dicho lentamente, enfatizando cada palabra para que se grabasen en mi mente, que los síntomas que yo había mencionado no se podían atribuir de ninguna manera a Kundalini, el océano de la beatitud, al igual que ella nunca podría estar relacionada con ninguna especie de dolor o trastorno, y que mi enfermedad probablemente se debía a la mala influencia de algún espíritu elemental con intenciones malignas. Me habían horrorizado sus palabras que, pronunciadas con seguridad ante un hombre en lucha desesperada contra la locura, significaban la muerte de cualquier chispa de esperanza que le quedase; y a menudo me volvían a la memoria en los momentos más oscuros para eliminar el último resquicio de razón que luchaba por sobrevivir. Con la cordura recobrada, pero todavía alterado extrañamente por una característica muy marcada, esta idea volvía a mí con una fuerza abrumadora para atormentarme cuando no podía encontrar una explicación satisfactoria para dicho cambio.

Poco antes de ir a Jammu había empezado a sentir vagamente las sensaciones borrosas del impulso muerto en apariencia. Esto ocurría normalmente en las primeras horas de la mañana, justo después de despertarme, como si el estado de frescor del cerebro proporcionase una oportunidad al deseo desaparecido de dejarse ver oscuramente durante un breve instante. Normalmente, en estos momentos mis pensamientos se detenían en las historias de la vida de ciertos místicos cuyas palabras me habían interesado alguna vez. Las había olvidado durante los meses anteriores y cuando me acordaba de ellas por casualidad, el recuerdo no evocaba ningún entusiasmo. Normalmente enfocaba mis pensamientos en otras cosas para no pensar en ellas. Ahora su recuerdo volvía de nuevo por un momento, la dulzura teñida por una cierta amargura, porque ellos no habían mencionado con claridad nada sobre la dura prueba que también debieron de haber sufrido de una manera u otra, ni nada sobre los peligros y escollos del camino que también ellos debieron de haber recorrido y que deben ser comunes para alcanzar un objetivo abierto a todos. Pero si ellos habían sufrido como yo o incluso una fracción de aquel sufrimiento, y habían salido de la tribulación para componer versos inspiradores que cautivaron mi corazón desde su primera lectura, entonces merecían realmente el mayor homenaje, estaban muy por encima de un hombre como yo, conmocionado y destrozado por la misma dura prueba.

Pocas semanas después de mi llegada a Jammu, noté que el hueco se estaba llenando y que mis ideas, sentimientos y memoria religiosa estaban despertando rápidamente. Volví a sentir aquel profundo deseo de experiencia religiosa y el mismo interés absorbente por lo sobrenatural y lo místico. Podía sentarme de nuevo a solas, dándole vueltas al problema aún por solucionar del ser y al enigma de mi propia existencia, o

escuchar canciones piadosas y poesía mística con gran arrobamiento desde el principio hasta el final, sin advertir el menor indicio de malestar ni ningún otro síntoma de terror obsesivo. Cuando esto ocurría, la nube amenazadora de un espíritu malévolo que me llevaba hacia la degradación desaparecía y mi corazón se expandía con gratitud al misterioso poder que estaba actuando dentro de mí. Fue sólo en este momento cuando realmente empecé a reconocerme a mí mismo, el ser que hacía casi un año se había sentado con las piernas cruzadas en meditación, decidido a invocar lo suprasensible, sin saber en su ignorancia que el cuerpo humano medio actual, castrado por una civilización imperfecta y debilitado por ambiciones y deseos desenfrenados, no tiene la suficiente fuerza para soportar el esplendor de la extraordinaria visión sin una larga enseñanza preparatoria, sin austeridad ni disciplina.

Poco a poco empecé a caer en la cuenta de que la tortura que había sufrido al principio fue causa de la liberación inesperada de la fuerte energía vital a través de un nervio equivocado, *Pingala*, y que la ráfaga caliente que corría por las células nerviosas y cerebrales sin duda me hubiera llevado a la muerte si no hubiese sido por aquella intervención milagrosa en el último momento. Más tarde, mi sufrimiento probablemente fue debido en primer lugar al daño ya soportado por mi sistema nervioso; en segundo lugar, al hecho de que yo no estaba iniciado en absoluto en el misterio; y tercero y principal, a la circunstancia de que mi cuerpo, aunque por encima del promedio con respecto a fuerza muscular, no estaba lo suficientemente desarrollado como para soportar con impunidad la oleada repentina de energía vital mucho más dinámica y potente que aquella a la que el cuerpo humano normal está acostumbrado. Yo había experimentado lo suficiente como para darme cuenta de que esta poderosa fuerza vital, una vez liberada, aunque sea por casualidad, no puede detenerse cuando le lleva a uno hacia adelante y hacia arriba, hacia una conciencia superior y más penetrante, para lo cual ella es el único instrumento. Yo creía que el despertar de Kundalini suponía la introducción en el cuerpo humano de una forma superior de fuerza nerviosa a través de la sublimación constante de la semilla humana, llevando finalmente a la conciencia trascendental resplandeciente que brilla desale entonces en el cerebro transformado de los afortunados iniciados.

Especulaba sobre este asunto sin estar seguro de la exactitud de mis conjeturas. Había sufrido una experiencia singular pero, ¿cómo podía estar seguro de que no era la víctima de un estado patológico anormal exclusivamente mío? ¿Cómo podía estar seguro de que no estaba sufriendo una continua aflicción alucinógena en este particular aspecto mientras era normal en los demás aspectos, con el resultado inesperado, en mi caso, de la concentración prolongada y de mi exceso de absorción en lo oculto? Si hubiese tenido a mi alcance una experiencia similar a la mía o a un maestro realmente competente para orientarme, mis dudas hubieran quedado resueltas inmediatamente, y el curso entero de mi vida podría haber sido diferente y podría haberme ahorrado otro período de agonía igualmente terrible, como el que acababa de sufrir.

Puesto que no notaba el desarrollo de ninguna aptitud extraordinaria o facultad supranormal, seguí atormentado por serias dudas sobre la verdadera naturaleza de la anormalidad de que era víctima. La radiación siempre presente, que bañaba mi cabeza con su brillo y resplandecía a lo largo del camino de los incontables nervios en mi cuerpo, corriendo de un lado para otro de una manera maravillosa y a veces impresionante, tenía poco en común con las visiones efusivas descritas por los yoguis y místicos. Aparte del espectáculo de un círculo luminoso que rodeaba mi cabeza, que ahora era constante en mí, y una conciencia ampliada, no sentía ni veía liada extraordinario que se pareciese mínimamente a lo sobrenatural, sino que era prácticamente el mismo hombre que siempre había sido. La única diferencia era que ahora veía el mundo reflejado en un espejo mental más grande. Me resulta sumamente difícil expresar con exactitud este cambio en mi aparato perceptivo. Lo único que puedo decir es que parecía como si se formara una imagen ampliada del mundo en mi mente, no ampliada en el sentido del aumento de la visión microscópica, sino como si la imagen del mundo se presentase ahora en una superficie de conciencia más amplia que antes. En otras palabras, el Yo conocedor parecía haber adquirido proporciones más amplias.

Fue en las primeras etapas cuando llegué a ser consciente de este cambio inexplicable. En aquel tiempo yo no me encontraba en situación de pensar seriamente en ello y di por sentado que el cambio lo había provocado el vapor luminoso que discurría por mi cerebro. Como ya he mencionado, las dimensiones de la neblina reluciente en mi cabeza variaban constantemente, provocando una amplificación y disminución de la conciencia. Esta rápida alteración en el espejo perceptivo, acompañada de una sensación siempre presente de temor abrumador, había sido la primera característica angustiosa y por completo desconcertante de mi extraña experiencia. A medida que avanzaba el tiempo, la ampliación se hizo más y más aparente, con contracciones menos frecuentes, pero incluso en el estado más reducido de la percepción mi conciencia era más amplia que antes. No podía dejar de constatar este cambio asombroso en mí, puesto que ocurría bruscamente, llevándome de un estado de conciencia a otro, como de la noche a la mañana. Si esta transición se hubiese producido gradualmente, sin los demás factores concomitantes, como las corrientes espinales radiantes y las sensaciones

extraordinarias que hacían que el fenómeno fuese tan impresionante y extraño, es posible que no hubiese advertido la ampliación en absoluto, de la misma manera que uno no advierte los sumamente leves cambios diarios en su propio rostro que inmediatamente llaman la atención en un amigo después de una larga separación.

Puesto que el cambio en mi estado de conciencia es la característica más importante de mi experiencia en la que quiero hacer hincapié, y tuvo unos resultados trascendentales, es necesario decir más sobre este acontecimiento extraordinario, que durante mucho tiempo consideré una anomalía o una ilusión. El estado de conciencia exaltada y ampliada, impregnado de una felicidad inexpressable y supramundana, y ue experimenté en la primera aparición del fuego de la serpiente en mí, fue un fenómeno interno, de carácter subjetivo, que indicaba un incremento en el campo de la conciencia, o en el yo perceptivo, amorfo, invisible, e infinitamente sutil, del observador corporal siempre inescrutable y que era imposible definir o describir. De una unidad de conciencia dominada por el ego, a la que yo estaba acostumbrado desde la infancia, me amplíé de repente a un brillante círculo consciente, que se ampliaba más y más, hasta alcanzar un máximo, permaneciendo «Yo» tal como era, pero en vez de ser una unidad limitadora, ahora estaba rodeado por un resplandeciente globo consciente de enormes dimensiones. A falta de un símil mejor, diría que de ser un pequeño resplandor mi conciencia se convirtió en un gran lago de luz radiante con el «Yo» sumergido en él aunque completamente consciente de un volumen de conciencia radiantemente dichoso por todos lados, tanto cercano como lejano. Hablando con más exactitud, había una conciencia de ego similar a un campo enormemente ampliado de conocimiento, al lado el uno y el otro, distintos aunque el mismo.

Este increíble fenómeno, grabado indeleblemente en mi memoria, tan vívido cuando lo recuerdo hoy que cuando ocurrió, nunca se repitió con todo su esplendor original hasta después de mucho tiempo. Durante las siguientes semanas y meses de tormento no hubo ninguna semejanza en absoluto entre mi experiencia inicial y el subsiguiente estado mental inquietante, aparte el hecho de que yo era angustiosamente consciente de que se había producido de algún modo una expansión frecuentemente propensa a contracciones parciales en la zona original de mi conciencia.

En el momento de mi llegada a Jammu había recobrado mi equilibrio mental y poco después estaba completamente recuperado, con todos mis rasgos y peculiaridades individuales. Pero el cambio inconfundible en mi facultad perceptiva, que había advertido durante mucho tiempo y que recordaba constantemente cuando contemplaba algún objeto externo o alguna imagen mental interna, no sufrió ninguna modificación salvo que, con el transcurso del tiempo, el círculo luminoso de mi cabeza se hizo más y más grande en gradación imperceptible, con una ampliación correlativa de la zona de conciencia. Era cierto que ahora estaba viendo el universo a partir de una superficie mental perceptiblemente aumentada y que, como consecuencia, la imagen del mundo que percibía era reflejada por una superficie más grande que la que había proporcionado mi mente durante todos los años que iban desde mi infancia hasta el momento de la visión extática. La zona de mi conciencia periférica había sin duda aumentado, porque no podía estar equivocado con respecto a un hecho que tenía delante continuamente durante las horas en que estaba en vigilia.

El fenómeno era tan extraño y tan fuera de lo común que estaba convencido de que sería inútil por mi parte buscar un caso similar, incluso si la extraña transformación había sido causada por la acción de un Kundalini despertado y no era una anomalía singular que me afectaba sólo a mí. Dándome cuenta también de la inutilidad de revelar este acontecimiento totalmente fuera de lo común e inaudito para otras personas, guardé estricto secreto, sin decir nada de él ni siquiera a las personas relacionadas íntimamente conmigo. Puesto que mi estado físico y mental no me causaba ninguna inquietud, salvo esta peculiaridad inexplicable, dejé gradualmente de preocuparme por ello.

Tal como mencioné en un capítulo anterior, en las fases iniciales de mi experiencia, parecía como si estuviese viendo el mundo a través de una neblina mental o, hablando con más exactitud, como si hubiera una capa delgada de polvo muy fino entre yo y los objetos que percibía. No era un defecto óptico, puesto que mi vista era tan aguda como siempre y la neblina parecía envolver no al órgano sensible sino al perceptivo. El polvo estaba en el espejo consciente que reflejaba la imagen de los objetos. Parecía como si los objetos que veía se observasen a través de un medio blanquecino, que hacía que pareciesen cubiertos por una capa extremadamente fina y uniforme de polvo de tiza, sin difuminar en absoluto el contorno ni el color normal de cada uno. Esta capa flotaba entre el cielo y yo, las ramas y las hojas de los árboles, la hierba verde, las casas, las calles pavimentadas, las vestimentas y los rostros de la gente, dándole a todo una apariencia cretácea, como si el centro consciente en mí, que interpretaba las impresiones de la percepción, ahora funcionase a través de un medio blanco, que necesitaba más refinamiento y limpieza para ser completamente transparente.

Al igual que en el caso de la ampliación de la imagen visual, no sabía cómo atribuir una razón satisfactoria a esta apariencia blanquecina de los objetos que percibía. Cualquier cambio de hora, lugar o tiempo no

producía ningún efecto en absoluto sobre la transformación. Era tan aparente a la luz de la lámpara como a la luz del sol, tan evidente en la clara luz de la mañana como al atardecer. Evidentemente, el cambio fue interno y no sujeto a modificación por el cambio de las influencias externas. Asombrado, aunque mudo, seguí pasando mis días y noches en Jammu ocupándome de mis deberes y tareas como lo hacían los demás. La única razón plausible que se me ocurrió para este cambio en mi facultad perceptiva fue que el principio animador que habita en el cuerpo estaba ahora haciendo funcionar el mecanismo a través de un medio vital alterado. Esto provocó un cambio en la calidad y comportamiento de las corrientes nerviosas que regulaban las funciones de los órganos y una alteración en la calidad de las impresiones de la percepción y sus interpretaciones en la mente observadora. Pero todo lo que había ocurrido, y seguía ocurriendo, era tan inusual y tan increíble que me sentía más tranquilo mentalmente tratándolo todo como una anomalía en lugar de pensar que era un desarrollo natural gobernado por auténticas leyes biológicas, lo que finalmente resultó ser.

De esta manera, víctima de las dudas y la inquietud, pasó el tiempo hasta que un día soleado, de camino hacia la oficina, miré por casualidad hacia la fachada del Palacio Rajgarh, donde estaban situadas las oficinas del Gobierno, observando el cielo al igual que el tejado y la parte superior del edificio. Miré sin darle importancia al principio, y después, impresionado por algo extraño en su apariencia, más atentamente, sin poder desviar la mirada, y, finalmente inmóvil, observé con asombro el espectáculo, incapaz de creer lo que veían mis ojos. Estaba presenciando una escena que conocía de una manera antes de la experiencia y de otra durante los últimos meses, pero lo que veía ahora era tan extraordinario que me dejó paralizado de asombro. Estaba viendo una escena que no pertenecía a la tierra sino a algún lugar de ensueño, porque la antigua fachada del edificio, deteriorada por la intemperie, sencilla y común, y el arco del cielo encima de ella, bañado por la clara luz del sol, estaban los dos iluminados con un lustre plateado brillante que les prestaba a ambos hermosura y gloria, y que creaba un maravilloso efecto de luz y sombra imposible de describir. Asombrado, desvié mis ojos en otra dirección, fascinado por el brillo plateado que lo glorificaba todo. Estaba observando claramente una nueva fase de mi desarrollo; el brillo que percibía en todas partes y en todos los objetos no emanaba de ellos sino que era sin duda una proyección de mi propio resplandor interno.

Totalmente absorto en la contemplación de esta visión encantadora, perdí el contacto con mi entorno, olvidando por completo que estaba quieto como una estatua en medio de una calle atestada a aquella hora del día por multitud de empleados de camino a la Secretaría. Poniendo en orden mis pensamientos, como una persona que despierta repentinamente de un hermoso sueño, miré a mi alrededor, desviando con dificultad la mirada de la deliciosa escena. Los ojos de la multitud que se movía rápidamente por todos lados me miraban con asombro, sin llegar a comprender mi brusca detención y subsiguiente inmovilidad. Tranquilizándome, caminé sin prisa en dirección a la oficina, manteniendo los ojos fijos en el edificio y la porción de cielo que sobresalía delante de mí. Puesto que no estaba preparado en absoluto para tal acontecimiento, no podía aceptar que lo que estaba viendo era real y no una visión evocada por mi imaginación estimulada a una mayor actividad por la aureola misteriosa, perceptible siempre alrededor de mi cabeza. Miré atentamente Hacia adelante y a mi alrededor una y otra vez, frotándome los ojos para asegurarme de que no estaba soñando. No, estaba claramente en el centro del patio de la Secretaría, moviéndome lentamente en medio de una multitud bulliciosa que corría en todas direcciones, y era igual que ellos en todos los aspectos, salvo que yo estaba viendo el mundo con una visión distinta.

Al entrar en mi oficina, en vez de sentarme ante mi mesa salí a la galería trasera, donde era mi costumbre pasar algún rato diariamente para tomar el aire mientras observaba la espléndida vista que tenía delante. Había una hilera de casas bordeada por una abrupta cuesta arbolada que llevaba a la orilla del río Tawí, cuyo amplio cauce abierto de cantos rodados relucía bajo el sol con una fina corriente de agua en medio, bordeado en el otro lado por otro altozano con una pequeña fortaleza medieval en la cumbre. Durante varios años había observado esta misma vista, en invierno, casi diariamente, y esta imagen estaba vivamente presente en mi memoria. Durante los últimos meses, cuando la miraba fijamente, descubrí que había adquirido proporciones mayores y que tenía la misma apariencia cretácea que había advertido en todos los demás objetos. En aquel día memorable, cuando mis ojos recorrían el cauce del río hasta el altozano y de allí al cielo, intentando abarcar todo el panorama con una mirada para establecer una comparación entre lo que estaba acostumbrado a ver anteriormente y lo que ahora percibía, me sentía totalmente asombrado por la extraordinaria transformación. Las dimensiones ampliadas de la imagen y la apariencia ligeramente cretácea de los objetos estaban presentes, pero la neblina cenicienta que había tenido ante mis ojos había desaparecido, y en su lugar estaba observando con fascinación una mezcla extraordinariamente rica de color y sombra, que brillaba con un resplandor plateado que le daba una hermosura indescriptible a la escena.

Sin aliento por la emoción, desviaba mis ojos en todas direcciones, mirando cada objeto atentamente, deseoso de descubrir si la transformación era perceptible en todo o si era una ilusión causada por el tiempo particularmente despejado y soleado de aquel día. Miraba y miraba, dejando que mi vista se posase un rato en cada lugar, convencíendome más y más firmemente después de cada vistazo de que, muy lejos de ser víctima de una ilusión óptica, estaba viendo una escena real vivamente coloreada, brillando con un resplandor lechoso nunca percibido anteriormente. Una profunda oleada de emoción llenó por entero mi ser, y las lágrimas se formaron en mis ojos a mi pesar por la importancia del nuevo acontecimiento. Pero incluso en aquel estado, mirando a través de las lágrimas, podía percibir rayos temblorosos de luz plateada bailando ante mis ojos, realzando la hermosura radiante de la escena. No me fue difícil comprender que, sin darme cuenta, había ocurrido un cambio extraordinario en el ahora luminoso centro perceptivo de mi cerebro y que el brillo fascinante que percibía alrededor de cada objeto no era un producto de mi imaginación ni era propio de los objetos, sino que era una proyección de mi propio resplandor interno.

Pasaron días y semanas sin ningún cambio en la forma brillante de mi visión. Un brillo plateado resplandeciente alrededor de cada objeto, en todo mi campo visual, se convirtió en una característica permanente de mi ser. La bóveda azul celeste del cielo, en cualquier momento que lo observase, poseía una pureza de color y un brillo imposibles de describir. Si hubiera poseído el mismo tipo de visión desde mi primera infancia no hubiese encontrado nada impresionante en ella, y lo hubiese atribuido a un don usual de cada hombre normal, pero el cambio del estado anterior al actual era tan evidente, tan increíble y tan fascinante que no podía menos que sentirme enormemente emocionado y asombrado. Examinándome atentamente para descubrir algún otro cambio en mis percepciones sensitivas, me di cuenta de que también se había producido una ampliación y afinamiento de las sensaciones auditivas, y como resultado los sonidos que oía ahora poseían una cualidad exótica y una claridad que daban a la música y a la melodía una mayor dulzura y al ruido y al clamor una discordancia más desagradable. Esta transformación no llegó a ser, no obstante, tan pronunciada e impresionante como la alteración en mis impresiones visuales hasta algunos años después. Los

centros olfativos, gustativos y táctiles también mostraban una sensibilidad y agudeza peculiares, claramente perceptibles, pero por lo que se refiere a la magnitud, no hubo punto de comparación con lo que le había sucedido a mi vista. El fenómeno también era observable en la oscuridad. De noche, las lámparas brillaban con un resplandor nuevo mientras los objetos iluminados relucían con un brillo peculiar que no provenía totalmente de las lámparas. Después de unas pocas semanas, la transformación dejó de causarme asombro o excitación, gradualmente llegué a tratarla como una parte inseparable de mí, una característica normal de mi existencia. Dondequiera que fuera y cualquier cosa que hiciera, era consciente de mi persona en la nueva forma, consciente del resplandor interior y del exterior. Estaba cambiando. El antiguo yo estaba cediendo paso a una personalidad nueva dotada de un equipo más brillante, más refinado y más artístico, desarrollada a partir de la original por un extraño proceso de transformación celular y orgánica.

Hacia mediados de abril de aquel año, antes de partir hacia Srinagar, fui a Hardwar con los sagrados restos mortales de mi difunta madre a quien, a mi pesar, había perdido durante el año anterior a la experiencia. Anteriormente había estado en Hardwar una vez para llevar a cabo una tarea similar después de la muerte de mi padre. En esta ocasión, a lo largo de todo el viaje en tren y durante los pocos días de mi estancia en Hardwar, recordé constantemente el maravilloso cambio producido en mí. Viajé por la misma ruta, vi las mismas estaciones, pueblos y paisajes hasta llegar a mi destino, y allí también vi las mismas calles y edificios pintorescos, el mismo Ganges con su agua de color zafiro corriendo velozmente, los mismos lugares de baño y ghats atestados de peregrinos. Estaban todos tal como los había visto la última vez, pero cuán distinta era la imagen que percibía en esta ocasión; cada objeto formaba ahora parte de un campo de visión enormemente ampliado en comparación con el anterior, y la visión entera estaba iluminada por un brillo parecido al de la nieve recién caída cuando el sol brilla sobre ella. Después de realizar los ritos sagrados, regresé a Jammu, refrescado por el cambio, y más firmemente convencido del nuevo acontecimiento producido en mí. Poco después, partí hacia Srinagar y regresé a mi oficina como de costumbre.

Pasaron los años. Había recobrado completamente la salud y la vitalidad. Podía leer con continuidad durante largos períodos sin cansarme e incluso entregarme a mi pasatiempo preferido, el ajedrez, que requiere una profunda atención durante horas. Mi alimentación era normal y lo único que me recordaba mi experiencia era una taza de leche por la mañana y otra por la tarde con una rebanada de pan. No podía, sin embargo, aguantar con impunidad un ayuno, pero si me veía obligado a hacerlo tampoco me afectaba seriamente. A pesar de todos estos signos de normalidad, me era fácil percibir que mentalmente no era el mismo yo antiguo. El brillo interior y exterior se hizo cada vez más perceptible con el transcurso del tiempo. Con mi visión interna podía percibir distintamente el flujo de corrientes luminosas de energía vital a través de la red de nervios de mi cuerpo. Una llama plateada viva con un delicado matiz dorado era claramente perceptible en el interior de mi cerebro a lo largo de la frente. Las imágenes de mis pensamientos eran vívidamente brillantes y cada objeto atraído ala memoria poseía un resplandor igual al que poseía en su forma real.

Mi reacción a la infección y a la enfermedad no era, sin embargo, normal. En cada enfermedad los síntomas característicos del malestar, aunque presentes, eran distintamente más suaves y normalmente no había fiebre. La rapidez del pulso era el indicio principal de la indisposición pero raramente, si alguna vez lo fue, iba acompañada de un aumento del calor del cuerpo, como ocurre normalmente en la enfermedad. Esta peculiaridad es tan clara ahora como lo era en aquellos días. La única explicación que se me ocurre es que mi organismo sumamente nervioso no permite el flujo de sangre caliente al cerebro como medida de seguridad para evitar el daño a la excepcionalmente sensible materia cerebral, y adopta otras estrategias para librar al cuerpo de la infección. No podía soportar la medicación durante la enfermedad o el ayuno, e invariablemente recurría a remedios dietéticos para curarme.

He hablado mucho sobre el funcionamiento de mi equipo mental durante las horas en que estaba despierto sin mencionar su estado mientras dormía. La primera vez que me di cuenta de una alteración en mi conciencia del sueño fue durante la noche de febrero de 1938 en que sufrí la crisis, saboreando el sueño después de semanas de insomnio acompañado de un estado mental enloquecedor. Aquella noche me quedé dormido, envuelto en un manto de luz también perceptible en mis sueños. Desde aquel día los sueños extraordinariamente vívidos se hicieron habituales en mí. El lustre brillante en mi cabeza, siempre presente cuando estaba despierto, no disminuía mientras dormía; de hecho, era más claramente aparente y más activo durante la noche que durante el día. En el momento en que apoyaba mi cabeza en la almohada y cerraba los ojos para conciliar el sueño, lo primero que llamaba mi atención era el resplandor craneal, claramente distinguible en la oscuridad, y no estacionario y estable sino que se extendía y se reducía como un torbellino o como el agua que se arremolina bajo el sol. Al principio y durante muchos meses parecía como si un émbolo, funcionando en el fondo del tubo espinal, lanzase hacia arriba corriente tras corriente de un líquido muy brillante, impalpable aunque claramente visible, con tanta fuerza que realmente sentía cómo mi cuerpo entero

temblaba por el impacto de la corriente hasta el punto de que hacía que la cama a veces crujiera.

Los sueños eran maravillosos y siempre ocurrían con un fondo brillante formado por el amplio resplandor luminoso interior, que también daba una extraña fosforescencia a las imágenes de los sueños. Cada noche, mientras dormía, me veía transportado a un lugar de ensueño reluciente, donde revestido de brillo me deslizaba de un lado para otro, tan ligero como una pluma. Escena tras escena de gloria inexpresable se desarrollaba ante mis ojos. Los incidentes eran del tipo común a los sueños. A menudo les faltaba coherencia y continuidad, pero aunque extraños, imaginarios y fantásticos, poseían un carácter visionario, rodeados de paisajes de una inmensidad y magnificencia raramente vistos en la vida real. En mis sueños experimentaba normalmente una sensación de seguridad y contento con la ausencia de cualquier cosa mínimamente preocupante o disonante, todo ello mezclado con una sensación de paz y felicidad que daba a mi personalidad de ensueño un carácter tan singular y atractivo que nunca dejaba de dedicar diez horas al descanso, y cuando estaba muy turbado o desanimado durante el día, invariablemente buscaba el asilo del sueño para librarme de la preocupación y el temor. Nunca había tenido sueños tan vívidos anteriormente. Seguían la misma pauta de mi nueva personalidad, y estaban tejidos de la misma materia luminosa que formaba la textura de mis pensamientos y fantasías diurnos. Era obvio que la luz no sólo impregnaba mi conciencia periférica, sino que también había penetrado profundamente en la parte recóndita de mi ser subconsciente.

Con el transcurso del tiempo, empezó a formarse en mi mente la idea de que la actividad de la corriente radiante incrementada durante el sueño era una indicación del hecho que, de un modo incomprensible, la oportunidad proporcionada por el estado pasivo del cerebro estaba siendo utilizada para inmunizar al cerebro y a las complicadas estructuras nerviosas de la acción de la fuerza dinámica recién liberada en lugar de la anterior energía vital menos potente. Pero durante años fui incapaz de adivinar lo que estaba sucediendo dentro de mí. Había encontrado vagas declaraciones en algunos de los escritos antiguos sobre el Yoga Kundalini que hacían alusión al poder transformador de la energía divina. Las alusiones eran tan oscuras y faltaban tantos detalles que no podía comprender cómo el organismo humano, con un legado inalterable de innumerables factores hereditarios que se remonta a millones de años y por el que es moldeado de una forma determinada, con un cierto poder cerebral y una inteligencia estrictamente delimitados, podía ser reconstruido desde dentro hasta llegar a un tipo distinto o superior de actividad cerebral, capacitándolo para trascender los límites prescritos para él por la naturaleza desde el nacimiento. Teniendo en cuenta los cambios orgánicos involucrados en un proceso de esta clase, que afecta simultáneamente a todos los componentes del cuerpo y también a tejidos tan delicados como los del cerebro y los del sistema nervioso, la tarea de la transformación, concebida en su verdadero significado, adquiere unas proporciones tan colosales que parece estar fuera de los límites de lo posible.

Pero algo completamente inexplicable estaba ocurriendo dentro de mi estructura corporal, particularmente durante el largo período dedicado al sueño, cuando mi voluntad inactiva no podía hacer nada para crear interferencia alguna en los nuevos procesos anabólicos y catabólicos enormemente acelerados en mi cuerpo. Inmediatamente después de la crisis, me di cuenta de que mi sistema entero estaba funcionando de una manera alterada, forzado a un grado de actividad metabólica mucho mayor bajo el impulso de la brillante energía vital que discurría a través de mis nervios. Era imposible confundirse con respecto a la aceleración del pulso y a la mayor actividad del corazón durante la primera parte de la noche, así como al cambio indudable en mis funciones digestivas y excretoras. No podía mostrarme incrédulo en cuanto se refería al testimonio de mis propios sentidos durante meses y años y a las pruebas de los que me rodeaban y cuidaban, ni puedo desconfiar de la prueba proporcionada por mis sentidos hoy en día, dado que la actividad metabólica aparentemente anormal que se inició hace más de 25 años sigue sin disminuir hasta ahora y, dados los indicios, seguirá hasta el final. No es necesario que busque pruebas en apoyo de la revelación asombrosa que estoy haciendo. Ello haría a esta obra demasiado larga y especializada. Pero cualquier observador cualificado que posea el menor conocimiento de fisiología puede convencerse por sí mismo del hecho después de encender el fuego sagrado dentro de él.

El objetivo de este libro no permite que describa con detalle las reacciones y cambios fisiológicos que ocurrían constantemente y de los que yo era testigo diario, convenciéndome sin lugar a dudas de que mi cuerpo estaba experimentando un proceso de purga y rejuvenecimiento con algún propósito definido fuera del alcance de mi comprensión. De lo contrario, no podría haber ninguna otra explicación razonable para la actividad febril y a veces frenética que se producía continuamente en mi interior día y noche, excepto que el organismo en sí estaba reaccionando a una nueva situación creada en mi interior por la actividad alterada de los órganos vitales, como ocurre en todos los estados patológicos para adaptarse al entorno interior modificado. Es indudable que el trastorno en mi cuerpo lo había causado el rápido paso de la energía vital luminosa de célula a célula.

Bajo la actuación de una corriente más fuerte que aquélla para la que fue diseñado, cualquier mecanismo producido por la mano del hombre, incluso si es una centésima parte tan sensible y complejo de lo que lo es el cuerpo humano, quedaría destrozado o dañado inmediatamente, pero debido a ciertas cualidades inherentes, desarrolladas por el organismo humano como un medio para su evolución, la liberación repentina del poder de la serpiente, siempre que la sangre y los órganos estén sanos, no provoca resultados fatales en los casos favorables debido a los mecanismos de seguridad proporcionados por la naturaleza para enfrentarse con una contingencia de este tipo en los individuos preparados para tal experiencia. Incluso en estos casos, es imprescindible que la energía esté favorablemente dispuesta y que el sujeto adopte las precauciones necesarias para mantener la fuerza del cuerpo y el equilibrio de la mente durante el período subsiguiente a la prueba. Hasta qué punto estaba yo dotado de una constitución adecuada para esa dura prueba no lo podría decir, pero al ser profano en la ciencia, al no estar advertido y al no haber seguido el necesario curso preliminar de disciplina física y mental, me sentí abofeteado incesantemente durante muchos años, debido por una parte a mi ignorancia y falta de fuerza suficiente y, por otra, a la extrema brusquedad y rapidez del extraordinario acontecimiento.

Después del primer período, y el más angustioso de la prueba, descubrí en el sueño el sanador supremo para el sufrimiento físico y mental que soportaba durante el día. Había indicios inconfundibles de actividad anormal en la zona de Kundalini desde el momento de irme a dormir hasta la mañana siguiente. Era evidente que, a través de algún proceso misterioso, la secreción preciosa de las glándulas seminales subía por el tubo espinal y a través de los nervios conectores y se transformaba en una esencia sutil, y después se repartía por el cerebro y los órganos vitales, discurriendo por los filamentos de los nervios y la médula espinal para alcanzarlos. La succión se aplicaba con tanto vigor que era claramente aparente, y a veces, en las primeras fases, era tan violenta que causaba auténtico dolor en las partes delicadas. En estos momentos la agitación producida en el cuerpo parecía en realidad el esfuerzo frenético de búsqueda de auxilio que se da en el último momento, cuando una vida está en peligro inminente, y yo, testigo mudo e impotente del espectáculo, no podía hacer más que pasar horas de agonía pensando en este acontecimiento anormal. Era muy fácil comprender que el propósito de esta actividad completamente nueva e inesperada era desviar la esencia seminal al cerebro y a los demás órganos vitales, después de la sublimación, para enfrentarse aparentemente con cualquier contingencia causada por un trastorno repentino en algún órgano o con cualquier discordancia general contraria al nuevo acontecimiento.

Con el poder de observación que me quedaba en aquel estado de perturbación inicial de la mente, me era imposible no fijarme en un acontecimiento tan asombroso en la zona reproductora, que había estado funcionando de una manera normal hasta entonces. Me era imposible no darme cuenta del estado de agitación de la zona hasta entonces inactiva que ahora estaba en un estado de actividad febril y en un movimiento incesante como si se viese forzada por un mecanismo invisible aunque eficaz, que no había funcionado antes, a producir sin descanso el líquido vital en superabundancia, para satisfacer la exigencia interminable de los lóbulos cerebrales y del sistema nervioso. Después de algunos días de observación de dicho fenómeno orgánico inconfundible, se me ocurrió la idea de que había abierto inconscientemente y a la fuerza un centro todavía no desarrollado a la perfección en el cerebro mediante la práctica prolongada de la concentración, y que el juego anormal y aparentemente caótico de corrientes vitales que sentía con toda claridad era un esfuerzo natural del organismo para controlar la grave situación que se había creado de esta manera. También era evidente que, en esta urgencia, el cuerpo estaba haciendo abundante uso de la fuente más rica y más poderosa de energía vital que tenía, la esencia vital, siempre disponible en la región dominada por Kundalini.

Hago sólo una simple exposición de los hechos cuando digo que durante años me sentí como si estuviera atado de pies y manos a un tronco que corría enloquecido por un torrente, salvado milagrosamente una y otra vez, por un escaso margen y justo a tiempo, de morir estrellado contra las muchas rocas que sobresalían del agua que se arremolinaba por todas partes, dando vueltas y serpenteando en todas direcciones, como si fuese guiado por una mano maravillosamente rápida y diestra, infaliblemente precisa en sus movimientos. Durante años, cuando de noche estaba tendido y despierto en la cama esperando que llegase el sueño, a menudo sentía cómo la nueva y poderosa energía vital se extendía como una tempestad por las zonas abdominales y torácicas al igual que por el cerebro con un bramido en los oídos, una lluvia centelleante en el cerebro y un movimiento febril en la zona sexual y alrededor de ella, en la base de la espina dorsal, tanto delante como detrás, como si estuviese haciendo un esfuerzo supremo para combatir una emergencia causada por algún veneno u obstrucción en el organismo que amenazaba el estado suprasensible y extremadamente delicado del sistema cerebro-espinal.

En esos momentos sentía instintivamente que se estaba produciendo una lucha a vida o muerte dentro de mí, en la que yo, el dueño del cuerpo, no podía tomar parte, y me veía obligado a quedarme quieto y observar

como espectador el extraño drama que se desarrollaba en mi propia carne. Nada podría expresar mi estado tan gráficamente como la representación de Shiva y Shakti, pintada por un antiguo maestro, en que el primero se representa tumbado impotente y supino mientras la segunda, en un estado de ánimo de total imprudencia, baila alegremente sobre su cuerpo abatido. El observador agazapado en mí, el supuesto poseedor del cuerpo carnal, ahora completamente sojuzgado y apartado a un segundo plano, se encontraba a merced, literalmente bajo los pies, de un poder atemorizador indiferente a lo que pensaba y sentía, y que procedía, impasible, a tratar el cuerpo como quería sin concederle el derecho de saber lo que había hecho para merecer ese ultraje. Tenía motivos para creer que dicha representación fue diseñada para ilustrar un estado exactamente como el mío por un iniciado que también había pasado por la misma dura prueba.

La impotencia completa del devoto y su dependencia de la merced y gracia de la energía vital cósmica, Shakti, cuando se despierta Kundalini, es el tema constante de himnos dirigidos a la diosa por yoguis eminentes de antaño. Como la dueña suprema del cuerpo, a ella y sólo a ella se la considera capaz de conceder a los aspirantes sinceros (que la veneran con una devoción verdadera, enfocando sus pensamientos y acciones hacia ella, inclinándose completamente ante su voluntad) el favor codiciado y difícil de conseguir de los conocimientos trascendentales y los poderes psíquicos supranormales. Todos estos escritos asignan a Kundalini la posición suprema de ser reina y arquitecto del organismo vivo, de poseer el poder de moldearlo, transformarlo, o incluso destruirlo a voluntad. Pero su manera de conseguirlo, de acuerdo con las leyes biológicas que gobiernan el mundo orgánico, no la ha explicado en términos explícitos nadie. Naturalmente, no se podía hacer instantáneamente, como por arte de magia, haciendo caso omiso de la ley de la causalidad en este particular respecto. En mi opinión, es más razonable suponer que incluso en aquellos casos en que aparentemente se produce un desarrollo espiritual repentino, deben producirse cambios graduales en las células y en el tejido del cuerpo durante un período de tiempo suficientemente largo, tal vez incluso desde la fase embrionaria o desde la primera infancia, sin que los individuos lleguen a saber lo que estaba ocurriendo en su propio interior.

Visto este acontecimiento desde el punto de vista de las reacciones fisiológicas de las que mi cuerpo me proporcionaba pruebas inconfundibles cada día, tenía motivos suficientes para suponer que algún tipo de proceso transformador se estaba produciendo en mí, pero no sabía decir con qué objetivo. Lo único que podía imaginar era que estaba siendo llevado hacia un estado del cerebro y del sistema nervioso que me haría posible alcanzar ocasionalmente el estado de conciencia ampliada propio de los yoguis y místicos en estado de trance. Esto no significa que no tuviese una conciencia ampliada desde el momento de mi primera experiencia de Kundalini, que me había causado tanto asombro y tortura, y que recordaba constantemente cuando mis pensamientos se detenían en mí mismo; pero la ampliación en la que yo pensaba era de una clase superior, lo que significaba una negación total de los lazos que vinculan el espíritu al cuerpo, dejándolo libre para volar hasta alturas suprafísicas y volver al estado normal refrescado y vigorizado.

Esta era mi idea de la experiencia suprasensible, extraída de las Sagradas Escrituras, de las historias de hombres espirituales y de sus propios relatos sobre el estado de éxtasis. Salvo la visión maravillosa de la personalidad ampliada que percibí dos veces seguidas al principio, no había punto de comparación entre mi yo indudablemente ampliado y luminoso de ahora, seguramente tan vinculado al cuerpo y a la tierra, tan fácilmente afectado por necesidades físicas y tan fuertemente influido por el deseo y la pasión, el calor y el frío, el placer y el dolor, como el yo común, y la supraconciencia exaltada, llena de alegría, libre de temor, inmune al dolor e indiferente a la muerte del extático. Mentalmente era el mismo ser de antes: un hombre corriente, muy inferior intelectual y moralmente a los gigantes espirituales sobre los que había estado leyendo.

No perdí oportunidad ninguna para estudiar mis síntomas críticamente y a fondo. No hubo ningún otro cambio salvo la transformación inexplicable en las corrientes nerviosas y el siempre presente resplandor interno y externo. La visibilidad brillante, característica de la última fase de mi extraño desarrollo, ejerció un efecto estimulante e inspirador en mí. Esto fue algo que dio un toque sublime a mi extraña aventura. No cabía la menor duda de que estaba experimentando una transformación, y aunque no había destacado entre los hombres medios, como mínimo me consolaba saber que a este respecto estaba más próximo a la jerarquía santa que a los hombres comunes a quienes me parecía en todos los demás aspectos. Pero al mismo tiempo no podía cerrar los ojos al hecho evidente de que el sufrimiento que había soportado no guardaba proporción con los resultados logrados, para lo que no había explicación alguna, salvo la de que había contraído alguna especie de anormalidad o que el intento interno de purificación y transformación que empezó con el despertar había resultado un fracaso y que, en consecuencia, quizá como resultado de una debilidad física o mental inherente, me correspondía el puesto poco envidiable del candidato rechazado -un «Yoga Brista»-, de alguien puesto a prueba y al que después se había abandonado por ser completamente inadecuado para el estado supremo del Yoga.

A medida que pasaban los años y no percibía ningún otro indicio de desarrollo espiritual, o de desarrollo de una personalidad superior dotada de atributos intelectuales y morales superiores, que caracterizan a los dotados en los que Kundalini enciende el fuego sagrado, llegué a la conclusión desalentadora de que estaba desprovisto del equipo mental y físico esencial. Pero ya que no hubo ninguna disminución en la actividad de la fuerza resplandeciente, no perdí por completo la esperanza de que tal vez el intento no hubiera sido en vano, y que algún día posiblemente me encontraría inesperadamente dotado, aunque no al máximo, como mínimo hasta un punto apreciable.

Físicamente volví a ser el mismo de siempre, robusto y fuerte, capaz de resistir el hambre, los rigores del calor y del frío, la fatiga corporal y mental, la perturbación y el malestar. Lo único que no soportaba bien era el insomnio. Siembre me producía nebulosidad en la mente y depresión, que duraban varios días y no desaparecían hasta que se compensaba la deficiencia con un período de descanso más largo el día o la noche después de pasar esta última en blanco. En tales ocasiones sentía como si mi cerebro se hubiese visto privado de su dosis normal de energía que lo capacitaba para mantener la amplia dimensión en que había crecido gradualmente a lo largo de los años.

Pero no hubo ninguna disminución en absoluto de la actividad de las corrientes vitales resplandecientes mientras dormía. Mis sueños, que poseían una calidad sumamente exótica y evasiva, eran tan extraordinariamente vívidos y brillantes que en el estado de sueño vivía literalmente en un mundo resplandeciente en que cada escena y cada objeto brillaba contra un fondo maravillosamente luminoso, y el conjunto presentaba una imagen de tanto esplendor y sublime belleza que, sin exagerar en lo más mínimo, realmente sentía como si cada noche mientras dormía rondase por las encantadoras regiones empíricas de la vida celestial. La última cosa de la que me acordaba al despertarme de repente del sueño era, normalmente, un

paisaje o una figura envuelta en un resplandor de luz brillante que contrastaba tanto con la penumbra envolvente que encontraba al despertar que parecía como si un orbe celestial que relucía brillantemente en mi interior se eclipsara de súbito, dejándome a mi suerte en completa oscuridad. Las vivas impresiones dejadas por un sueño alegre bien recordadas durante una noche, permanecían durante el día siguiente entero, un dulce recuerdo de lo que parecía ser una existencia supramundana de pocas horas, seguido de otra visión a la noche siguiente, tan dulce y vívida como la de la noche anterior.

El efecto magníficamente brillante presente en los sueños era evidente, aunque de un modo considerablemente disminuido, también en el estado de vigilia, pero la sensación de exaltación que sentía en el sueño estaba ausente por completo. Experimenté distintamente un eclipse parcial de la personalidad, un descenso de un plano de existencia superior a uno inferior durante el intervalo que separa el sueño de la vigilia, y pude notar claramente una reducción del Yo, como si se viera forzado a contraerse de un estado de expansión a otro de estrecho confinamiento. Había pruebas indudables para demostrar que la transformación temporal de la personalidad aparente en los sueños era provocada por procesos fisiológicos que afectaban al organismo entero, causando una fuerte presión en cada parte. Mientras dormía, a menudo el ritmo de mi pulso era mayor que durante el día. Comprobaba este hecho con regularidad, tomándome el pulso inmediatamente después de despertar en cualquier momento de la noche. En numerosas ocasiones descubrí que latía tan rápidamente que me causaba ansiedad. Los latidos fuertes y rápidos señalaban claramente un proceso metabólico indudablemente acelerado, que la sangre corría con rapidez, incontables formaciones y transformaciones en los tejidos celulares, todo ello afectado por la corriente vital que se extendía como una tormenta a través del organismo entero con el propósito evidente de rehacerlo hasta alcanzar un grado superior de eficacia.

La falta de conocimientos suficientes de fisiología hizo difícil para los adeptos antiguos poner en correlación las reacciones psíquicas y fisiológicas causadas por la actividad de Kundalini. Yo trabajaba con la misma desventaja, pero debido al hecho de que un conocimiento superficial de cada reina de la ciencia es una propiedad fácilmente adquirida en estos tiempos de investigación y publicidad, y teniendo suficientes oportunidades para estudiar mi estado día tras día durante muchos años, me fue posible observar críticamente los efectos del repentino acontecimiento en mi sistema y llegar a deducciones provisionales a su respecto.

He llegado a la conclusión de que esta actividad extraordinaria del sistema nervioso y del cerebro está presente en grados variables en todos los casos de desarrollo espiritual y psíquico supranormal, de un modo menor en todos los casos de genio, de una forma aún menor en todos los hombres de calibre intelectual excepcionalmente superior, y de una manera mórbida cuando es demasiado violenta y brusca o funciona a través de un nervio equivocado, en muchas clases de locura, neurosis y otras aflicciones nerviosas y mentales, oscuras y de difícil curación.

Kundalini, tal como es conocido y descrito por las autoridades antiguas, significa el desarrollo, a veces espontáneo y menos frecuentemente mediante ejercicios psico-fisiológicos especiales, de poderes espirituales y mentales extraordinarios relacionados con la religión y lo sobrenatural. No cabe la menor duda de que el movimiento incesante, fácilmente perceptible y rápido, en la base de mi espina dorsal, que afectaba a todos los nervios que cubren esta zona, era una indicación del hecho de que, controlado por un mecanismo invisible, un órgano oculto había empezado a funcionar repentinamente en la zona hasta entonces inocente, convirtiendo el flujo reproductor en una esencia vital brillante de alta potencia que, corriendo a lo largo de las fibras nerviosas al igual que el conducto espinal, alimentaba al cerebro y a los demás órganos con una sustancia rejuvenecedora, inalcanzable de cualquier otro modo. Durante mucho tiempo creí que el resplandor de mi cabeza y las fuertes corrientes nerviosas que fluían a través de mi cuerpo eran ocasionadas por el semen sublimado, pero a medida que transcurría el tiempo me vi obligado a cambiar de opinión. La actividad en la región reproductora no era el único acontecimiento nuevo que se había producido. También había habido un cambio en el cerebro y otros centros nerviosos que regulaban el consumo y producción del nuevo mecanismo. Después de la crisis, las corrientes luminosas no se movían caóticamente sino con un objetivo y propósito definido que se hizo claramente evidente, ya que el organismo entero superó la resistencia inicial de las partes reacias e inferiores y empezó a adaptarse gradualmente a la nueva situación.

Basándome en estos y otros hechos llegué a la conclusión, que dependerá de investigadores futuros el confirmarla o refutarla, de que debido a los procesos evolutivos que todavía se dan en el cuerpo humano, la naturaleza está desarrollando un centro de conciencia de alta potencia en el cerebro humano, en un lugar de la cabeza próximo a la coronilla, compuesto por un tejido cerebral excepcionalmente sensible. La posición del centro permite que controle todas las partes del cerebro y del sistema nervioso con una conexión indirecta con los órganos reproductores a través del conducto espinal. En el hombre común, dicho centro en desarrollo extrae su sustento del alimento nervioso concentrado presente en el semen en una medida tan limitada que no

dificulta la función reproductora normal. Cuando el centro está completamente desarrollado en individuos evolucionados, actúa en lugar del centro de conciencia existente, utilizando para su actividad un combustible vital más potente, extraído por las fibras nerviosas de los tejidos del cuerpo en diminutas cantidades, que es recogido y enviado a través de la columna vertebral hasta el cerebro. Cuando en forma accidental el centro empieza a funcionar prematuramente, antes de que las conexiones y enlaces nerviosos se establezcan por completo y las delicadas células cerebrales se acostumbren al flujo de la poderosa corriente, es probable que el resultado sea desastroso. En este caso es probable que los tejidos delicados del cuerpo se vean dañados irremediablemente causando extrañas enfermedades, la locura o la muerte. En una emergencia grave de este tipo, el único camino abierto a la naturaleza para evitar una catástrofe es utilizar libremente la esencia contenida en el semen humano y enviarla en forma, sublimada al cerebro, a la red nerviosa y a los órganos principales para proporcionar a las células dañadas y moribundas el aliento más potente y reconstituyente disponible en el cuerpo humano para salvarla vida.

Ahora el organismo entero empieza a funcionar de una manera tan asombrosa que sólo podría infundir terror en el corazón más valiente. Sacudido entre el antiguo y el nuevo centro de conciencia todavía incompleto, el sujeto, incapacitado para tan asombroso desarrollo, pierde el control sobre sus pensamientos y acciones. Se encuentra enfrentado a una mente rebelde y a sentidos desenfrenados y órganos que funcionan de una manera inexplicable, totalmente ajenos a él, como si el mundo, de repente vuelto del revés, le hubiese arrastrado hasta una existencia en desorden tan extraña y misteriosa como el sueño más fantástico. Por esta razón los antiguos maestros de Yoga Kundalini, aleccionados por una experiencia que se extiende a lo largo de miles de años, insistían en una constitución excepcionalmente robusta y resistente, el dominio sobre los apetitos y deseos, el control adquirido voluntariamente sobre funciones y órganos vitales y, sobre todo, la posesión de una voluntad inflexible, como los requisitos esencialmente necesarios para la empresa suprema de despertar a la Shakti. Una disposición excelente del cuerpo y de la mente, que es difícil conseguir en el ambiente desfavorable de la civilización moderna, es absolutamente necesaria para una empresa de esta naturaleza y así evitar que el cerebro ceda completamente bajo la inaguantable presión. No resulta sorprendente, por lo tanto, que cualquiera que emprendiese decididamente la arriesgada tarea de despertar a Kundalini antes de su hora, fuese declarado un Vira, que significa héroe, y que la práctica en sí fuese denominada Vira Sadhana, o empresa heroica, incluso por los ascetas más audaces, indiferentes a la tortura física y a la muerte.

No se debe pensar ni por un instante que la transformación alarmante de procesos mentales, y en el estado del sistema nervioso que tiende a producir un efecto pasmoso y extraño incluso en el más atrevido, persista por una duración corta, y que a continuación se dé un regreso a la normalidad con un dominio sobre los poderes recién desarrollados. Después del despertar, el devoto vive siempre a merced de Kundalini, llevado a un nuevo estado de existencia e introducido en un nuevo mundo tan distinto de éste de cambios rápidos y decadencia, como la realidad lo es de un sueño. El estado hipersensible y crítico de los nervios y del cerebro causado por el esfuerzo incesante del invisible poder maravilloso de moldearlos hasta alcanzar un estado más y más elevado de percepción, la posibilidad de lesionar los tejidos hipersensibles, el proceso de reparación y rejuvenecimiento con la administración de tónicos y reconstituyentes nerviosos presentes en el sistema, y el tremendo esfuerzo sobre los órganos reproductores excesivamente presionados pueden continuar sin disminución durante años. El único cambio es que, con el transcurso del tiempo, el individuo que se acostumbra cada vez más al juego de la fuerza nuevamente desarrollada en él es capaz de regular sus costumbres y apetitos según los requisitos modificados de su sistema con la fuerza ganada por la experiencia.

Las horas de sueño, cuando el cuerpo está descansando y la mente comparativamente inactiva, proporcionan la mejor ocasión para que el proceso de transformación adquiera velocidad utilizando para propósitos reconstructivos la energía excedente, disipada durante el día en la actividad física y mental voluntaria. Esto da como resultado un mayor flujo de energía vital resplandeciente al cerebro con una ampliación correspondiente a la personalidad en el sueño y de otros contenidos de éste. La materia del cerebro se vigoriza con un flujo copioso de la esencia sutil, proporcionado en abundancia por los órganos de reproducción, que hace posible que los tejidos delicados mantengan su actividad en el nivel al que se ven elevados por la corriente vital que fluye a través de la cavidad encefálica, conforme a las necesidades del centro de conciencia superior recién abierto. El mecanismo autorregulador del cuerpo, que intenta desesperadamente adaptarse al desarrollo repentino, no pierde ninguna oportunidad para provocar los cambios necesarios en el organismo en cada ocasión favorable, a pesar de la resistencia que opone, particularmente cuando uno está despierto, la conciencia del ego que, actuando de día y soñando de noche, sacudida arriba y abajo como un corcho que flota en la superficie de un mar encrespado, se queda a oscuras con respecto a las maravillas realizadas en su templo mortal.

Mis sueños tenían, por lo tanto, un significado peculiar, y desde el momento del despertar hasta hoy en día han sido una característica tan activa y extraordinaria de mi existencia como lo han sido las atareadas horas durante el estado de vigilia.

Salvo el hecho de que va acompañado de manifestaciones psíquicas de una naturaleza extraordinaria que presentan una apariencia de anormalidad, el despertar de Kundalini es un fenómeno biológico completamente natural de una clase poco común, visible en cualquier cuerpo humano saludable al lograr un estado determinado de perfección evolutiva. La única peculiaridad que le da la apariencia de algo extraño y misterioso es el proceso biológico que, una vez puesto en marcha, conlleva la aparición de una personalidad consciente tan superior y que posee atributos tan asombrosos, casi sobrehumanos, que hace que el fenómeno en sí parezca abra de una acción sobrenatural en lugar del resultado de la aplicación de leyes biológicas naturales aunque todavía desconocidas. Los que poseen un amplio conocimiento del reino animal saben de numerosos ejemplos sorprendentes de comportamiento instintivo tan extraordinario en ciertas formas inferiores de vida que se podría calificar apropiadamente de maravilloso e incluso misterioso, pero cuando dones correspondientes de una naturaleza asombrosa, desarrollados mediante la aplicación de leyes biológicas todavía oscuras, los ejerce conscientemente un ser humano con un cerebro y un sistema nervioso más complicados, a menudo el fenómeno lo consideran con vacilación e incredulidad los mismos observadores que lo aceptan incondicionalmente en formas inferiores de vida.

Negar que el cuerpo humano sea capaz de mostrar una actividad orgánica que pueda sostener o llevar una conciencia de tipo sobrenatural también implica la negación de algunos de los conceptos fundamentales de la religión, de la profecía inspirada y de todo tipo de fenómeno espiritual. Si el sistema humano es incapaz de desarrollar una actividad cerebral y nerviosa que exprese una forma de conciencia superior a la que es común a todos los hombres, en este caso es igualmente incapaz de mostrar facultades mentales supraordinarias y atributos espirituales supranormales, por la simple razón de que en toda forma de vida existente en la tierra hay una relación inalterable entre el organismo y el nivel de conciencia; y puesto que sería poco científico suponer sin pruebas demostrables que, de todas las criaturas vivas, sólo el hombre es una excepción a la regla, se ha de admitir que un desarrollo extraordinario de la mente humana, radicalmente distinto o notablemente superior a su amplitud normal, debe ir también acompañado necesariamente por un cambio correspondiente o por un desarrollo de su equipo biológico.

La primera pregunta pertinente es, probablemente, cómo se produce esta transformación y desarrollo frente al hecho de que para que este tipo de actividad sea eficaz debe haber existido como proceso evolutivo continuo durante años, del que el cuerpo humano, en particular el cráneo, no proporciona pruebas contundentes, dado que no ha mostrado ninguna variación perceptible durante los últimos miles de años lo suficientemente manifiesta como para proporcionar pruebas concluyentes de un cambio radical en el cerebro, el centro de su expresión mental. Si la respuesta es que la transformación no ocurre en el tamaño o forma del cerebro o en cualquier otro órgano vital o en el cuerpo como conjunto, sino en la combinación, calidad y composición de los elementos del cuerpo respecto al elemento vital extremadamente sutil presente en cada célula y parte del organismo, la cuestión formulada en esta pregunta dejaría de tener importancia. La renuencia evidente de muchas mentes de gran capacidad a reconocer la validez de la experiencia religiosa y la realidad de los fenómenos psíquicos se debe principalmente a la incapacidad de la ciencia empírica de comprender o analizar la naturaleza verdadera del principio vital que anima a la célula, la unidad fundamental de toda estructura orgánica. En la fase actual de nuestros conocimientos, el despertar de Kundalini proporciona el único medio posible de estudiar el comportamiento y las posibilidades increíbles del elemento vital y del medio bioquímico sutil a través del cual manipula al organismo y es capaz de ampliar o reducir su eficacia y su fuerza, llevando a la diversidad desconcertante de la perspicacia intelectual y la penetración espiritual en personas que poseen las mismas dimensiones craneales y el mismo tamaño y peso del cerebro.

Es una grave equivocación tratar al hombre como un producto totalmente acabado y cerrado herméticamente, totalmente privado de ir más allá de los límites impuestos por su constitución mental. Existe un gran vacío entre él y los más inteligentes monos antropoides, cuyas costumbres, se dice, él compartía hace sólo unos pocos miles de siglos, avanzando de una manera inexplicable más allá de los límites mentales alcanzados por los demás miembros de esa familia. La causa de su desviación debe haber tenido su origen en su fuero interno, ya que las influencias externas no tienen ningún efecto radicalmente modificador sobre un compartimento mental cerrado por la naturaleza.

Según las creencias populares de la India, Kundalini posee atributos maravillosos. Es Para Shakti, la energía suprema que, como la Maya ilusoria, embauca al Jeeva encarnado en las redes de las apariencias transitorias, impotente y atado a la rueda rotatoria de la vida y la muerte. Es la hembra seductora que le atrae al lecho del placer seguido de la procreación y el dolor, y también es la madre compasiva que crea en él la sed

de conocimientos y el deseo de la experiencia suprasensible, y que le dota finalmente de penetración espiritual para llevarle hacia la comprensión de su propia naturaleza celestial. Existen asombrosos cuentos populares sobre la manera en que algunos literatos de gran renombre en la India llegaron a ser los receptores afortunados de su gracia y pasaron de ser hombres comunes a ser genios poéticos y literarios casi de la noche a la mañana. Surgieron poetas, retóricos, dramaturgos y filósofos consumados sin la ayuda de maestros, sin instrucción, y a veces incluso sin los rudimentos de la educación. También existen anécdotas increíblemente extrañas sobre los maravillosos dones psíquicos infundidos por ella en muchos devotos excepcionalmente dotados casi en su primera aparición ante ellos durante una visión, confiriendo a los hasta el momento desconocidos aspirantes poderes tan milagrosos que les capacitaban aparentemente para desafiar a voluntad algunas de las leyes de la naturaleza, por lo demás inviolables.

Por mucho que lo intentase, no podía observar ni el más mínimo indicio de un desarrollo tan increíble en mí, y a medida que pasaban los años sin la menor alteración de mi dotación mental o espiritual, salvo la luminosidad y la ampliación de la conciencia, empecé a creer que el episodio había terminado y que la peculiaridad en mi estructura mental probablemente era lo único que estaba destinado a ver de lo suprasensible en mi vida. No me sentía feliz ni descorazonado por esta idea. La horrible experiencia que había sufrido y el terror que me había atormentado despiadadamente durante meses había tenido un efecto punitivo y represor sobre mi anterior deseo de una aventura sobrenatural. La frontera que separaba lo natural de lo sobrenatural no era, a mi parecer, franqueable por todos sin excepción; y, tal como los acontecimientos subsiguientes me revelaron claramente, esta estrecha franja está tan bien protegida que el hombre más listo seguramente tropezará con algún escollo u otro si no le guía a cada paso una inteligencia autorreveladora superior, que deja de brillar al más mínimo signo de impureza en el corazón. La existencia de un monitor interno suprainteligente ha sido reconocida por algunos muy conocidos hombres del mundo, tanto del pasado como en la actualidad; el monitor no es ningún otro que la personalidad mística desarrollada por Kundalini, imperceptiblemente activa en ellos desde el nacimiento.

Después de los incidentes mencionados en los capítulos anteriores, viví una vida casi normal durante años, parecida a la de otros hombres en todos los aspectos salvo en la agitación notable durante las horas de sueño. La gran aceleración de la actividad metabólica del cuerpo, que daba como resultado un movimiento del corazón más rápido, seguido de lasitud por las mañanas, y la naturaleza dinámica de mis sueños, señalaba inconfundiblemente la posibilidad de que mi sistema estuviese viéndose sometido a algún tipo de presión interna que tendía a acelerar las funciones orgánicas más allá del límite normal. En numerosas ocasiones me sentí presionado por el parecido que tenía durante aquellos días con un bebé en crecimiento, por completo inconsciente de los grandes cambios que ocurren en cada parte del pequeño cuerpo que tienden a llevarlo por grados imperceptibles más y más cerca de las proporciones masivas de los hombres. Me parecía a un bebé en la frecuencia de consumo y digestión más rápida de la comida, la eliminación más rápida y completa, los períodos más largos de descanso y sueño, y en la rapidez anormal del pulso, no acompañada de fiebre o de cualquier otro síntoma de enfermedad. Era evidente que bajo la acción de la energía nerviosa transformada, mi cuerpo funcionaba de una manera distintamente alterada en ciertos aspectos, forzado a una mayor actividad probablemente con algún objetivo esencial que yo no podía adivinar de ninguna manera en aquel entonces.

Aparentemente mi cuerpo se había convertido en el blanco de fuerzas vivas invisibles aunque suprainteligentes que, utilizando la energía excedente proporcionada por mi consumo considerablemente incrementado y mi mejor asimilación de los alimentos, mis costumbres moderadas, y por períodos frecuentemente largos de estricta continencia, estaban trabajando con ahínco en mi interior, forzando a células y órganos en la forma requerida hasta alcanzar el nivel requerido de actividad funcional para preparar el sistema entero para el funcionamiento de una energía vital más potente. La conformidad de los síntomas y la regularidad mecánica con que funcionaba mi cuerpo bajo la acción de la nueva corriente vital hacían evidente que, incluso en su comportamiento alterado, el organismo estaba siguiendo un cierto ritmo claramente marcado, una característica esencial de vida en cualquier forma. Esto fue de gran consuelo para un hombre como yo, cuyas noches eran testigos de actividades extrañas e incomprensibles que ocurrían en su interior, pues tendía a proporcionar una prueba de que cualquier cosa que ocurriese sucedía de acuerdo con ciertas leyes biológicas a las que el cuerpo estaba reaccionando de una manera sistemática y ordenada. Éste no sería el caso si un estado antinatural y caótico hubiese vencido al organismo.

Al principio confundí el normal funcionamiento de la nueva energía vital con un trastorno repentino del sistema nervioso acompañado de la malformación y el comportamiento errático de las corrientes nerviosas. Las descripciones que contienen los antiguos tratados esotéricos sobre Kundalini describen a la diosa como una corriente de energía brillante, con sabor de ambrosía que, cuando se la despierta con el poder de la

concentración y pranayama, puede ser llevada gradualmente a su residencia suprema en la coronilla, para saborear allí la beatitud inefable de un abrazo de su cónyuge divino, el dios Shiva, que reside en la conciencia del yogui. En el curso de su ascensión desde su asiento en la base de la espina dorsal hasta la coronilla ella se afirma, riega con néctar los seis lotos que crecen en las seis importantes coyunturas nerviosas en el axis cerebroespinal, gobernando los órganos vitales y los sentidos, que florecen a su proximidad, hasta que llega al loto de mil pétalos en la coronilla y se disuelve en unión extasiada con su consorte celestial; cuando se ve liberada de las cadenas que la vinculan a la tierra, la conciencia encarnada vuela hasta las alturas sublimes de la autocomprensión, consciente por primera vez, después de siglos de esclavitud, de su propia naturaleza inefable e inmortal.

En el momento de su descenso, vuelve a pasar por los lotos, que se marchitan y cierran sus pétalos por su partida, hasta que adopta su estado inactivo original en la base de la espina dorsal, bajando con ella la conciencia temporalmente liberada, añadiendo eslabón tras eslabón a la cadena que vincula inexorablemente la sustancia sin atributos y eterna a la carne, hasta que la cadena queda completa en la última fase, cuando el yogui, descendiendo gradualmente de un estado de beatitud inexplicable, despierta de nuevo al mundo como un espíritu encarnado, dominado por los sentidos, conservando solamente un breve aunque impresionante recuerdo de su vuelo a lo Infinito. Los escritos sobre el Yoga Hatha contienen descripciones gráficas de estos lotos, de su situación exacta, del número de pétalos de cada uno, el nombre y forma de la deidad que preside, las letras del alfabeto sánscrito asociados con ellos y cosas por el estilo. A los alumnos se les ordena meditar sobre ellos mientras practican pranayama, empezando por el chakra inferior, o chakra muladhara, cerca de la residencia de la diosa. Los centros que poseen lotos se llaman chakras. Cinco de ellos son considerados los centros de energía vital, distinguidos por grupos densos de nervios situados en distintos puntos a lo largo de la médula espinal, que algunos escritores modernos identifican con los distintos plexos. Se dice que el sexto está situado en el lugar correspondiente al punto de unión entre las dos cejas y el comienzo de la nariz, y el séptimo está en el cerebro.

Biológicamente, un organismo humano sano con un cerebro inteligente debería proporcionar, en su fase actual de evolución, una residencia apropiada para la manifestación de una forma de conciencia superior a la que es el don normal de la humanidad en la era actual. Su cerebro, sistema nervioso y los órganos vitales deberían haber alcanzado el estado de perfección, según la norma evolutiva, donde una personalidad superior puede intervenir sin mucha perturbación y hacerse con el control del cuerpo. Pero siglos de vivir incorrectamente, conforme a los dictados de la civilización, han hecho estragos en esta compleja máquina, estropeando el crecimiento de los órganos y la eficacia de los nervios y cargando el sistema de venenos nerviosos demasiado sutiles para ser eliminados por la administración de medicamentos u otros agentes terapéuticos. Ésta es la razón principal por la que el organismo humano de hoy en día, en lugar de acelerar el proceso, ofrece una fuerte resistencia a su investidura con una forma más potente de vitalidad, un preliminar esencial para la instalación de una personalidad superior. Esta limpieza y transformación del cuerpo para adaptarlo a la transmisión del poder no se puede realizar por ningún medio conocido por la ciencia. Todos los sistemas del Yoga aspiran a conseguirlo superando estas deficiencias. Kundalini es el mecanismo, al igual que la fuerza motriz, a través del cual se alcanza este arreglo y transformación biológicos de la manera más eficaz, siempre que el sistema no esté demasiado deteriorado a causa de un estilo defectuoso de vida o de una herencia retrógrada.

Puesto que el despertar es un fenómeno biológico raro aunque natural, es inútil entrar en discusión sobre la realidad de los lotos, en los que las antiguas autoridades han hecho hincapié. Yo no descubrí ninguno en el curso de mi propia y larga aventura, ni siquiera el rastro de alguno en ninguna parte del sistema cerebroespinal. Suponer que existe, incluso por un instante, en estos tiempos de conocimiento e investigación fisiológicos, significaría nada menos que un insulto a la inteligencia. Según toda probabilidad, su existencia fue insinuada gráficamente a los discípulos con detalles pintorescos para ayudarles en la concentración y para indicar la posición de los centros cerebrales y nerviosos más sensibles y más fáciles de aceptar, así como para simbolizar la castidad; la flor de loto, no afectada por el estado del agua en que crece, siempre ha servido como emblema de la pureza. Al negar la existencia de los lotos y de otros accesorios relacionados con ellos, de ninguna manera quiero subestimar o ridiculizar el trabajo colosal realizado por los antiguos maestros, cuyos logros en este terreno inseguro e inaccesible han sido nada menos que milagrosos.

El concepto de los chakras y los lotos debe de haber sido insinuado a las mentes de los antiguos maestros por la semejanza singular que, en el estado de vigilia, existe entre los centros nerviosos brillantes y un disco giratorio luminoso, cubierto de luces, o un loto en plena flor, reluciente bajo los rayos del sol. El círculo de resplandor brillante alrededor de mi cabeza, teñido a veces por los colores del arco iris y sostenido por el fino rayo de luz que sube a través del conducto espinal, se parece inconfundiblemente al loto floreciente con su

fino tallo que cae hacia abajo en el agua, llevándole los alimentos nutritivos extraídos por medio de innumerables raíces, exactamente de la misma manera que el tallo vivo de Shushumna proporciona la esencia orgánica sutil extraída de cada parte del cuerpo a través de incontables filamentos nerviosos para alimentar la llama encendida por Kundalini. En efecto, se parece a un loto magnífico de una brillantez extraordinaria, con mil pétalos que denotan sus grandes dimensiones. Por falta de información fisiológica adecuada, los antiguos sabios probablemente no pudieron encontrar un método mejor, no sólo para indicar la situación de los grupos de nervios que debían convertirse en los centros de actividad intensa simultáneamente con el despertar, sino también para preparar a los discípulos no iniciados para su posterior semejanza a un loto brillantemente iluminado.

Dado que los lectores poco familiarizados con los escritos sobre Kundalini probablemente estarán sorprendidos por la singular ausencia de referencias en esta obra a los chakras y a los lotos, tan abundantemente tratados en otros libros, he intentado llamar la atención sobre el hecho de que una literatura entera ha crecido alrededor de ellos, suprimiendo el valor científico del fenómeno en sí. Nunca practiqué el Yoga con métodos tántricos en los que Pranayama, la meditación en los centros nerviosos, y la posición son características esenciales. Si lo hubiese hecho con una firme creencia en la existencia de los lotos es posible que hubiese confundido las formaciones luminosas y los discos brillantes de luz en las distintas junturas nerviosas a lo largo de la médula espinal con lotos, y en el estado de excitación de mi imaginación es posible que hubiese percibido las letras y las deidades presentes de un modo vívido, sugerido por las imágenes ya existentes en mi mente. A través de la gracia de la energía divina, estaba destinado a presenciar un fenómeno de otra clase, un fenómeno singular indudablemente repetido muchas veces en el pasado pero probablemente rara vez estudiado en detalle y desde luego nunca relatado con un lenguaje simple, libre de palabras y metáforas ininteligibles. Aunque parezca asombroso, estoy convencido de que estaba predestinado a mi gran sufrimiento, en particular con respecto a los detalles de la experiencia que me capacitaron, aunque muy imperfectamente, a descubrir los procesos biológicos responsables del fenómeno. Principalmente debido a ello estoy en disposición de citar ciertos hechos hasta ahora inexplicables, totalmente convencido de que el sendero indistinto, que pasa zigzagueando a través de la densa maleza de la superstición y el ceremonial y que ahora manifiesto, con el esfuerzo de investigadores competentes pronto llevará a acontecimientos asombrosos y resultados trascendentales.

Estaba destinado a presenciar mi propia transformación, no comparable en ningún modo a las grandes transfiguraciones del pasado, ni parecida en cuanto a los resultados o los logros maravillosos del genio; pero aunque simple en su naturaleza y ordinaria en su efecto, no obstante fue una transformación, acompañada desde el principio de un enorme sufrimiento físico y mental. Pero lo que yo presencié y sigo presenciando dentro de mí es tan contrario a muchos conceptos reconocidos de la ciencia, está en desacuerdo con tantos dogmas de fe consagrados, y es tan antagónico a muchos de los dichos universalmente seguidos, que cuando lo que he experimentado se compruebe empíricamente, deberá producirse un cambio trascendental y revolucionario en cada terreno de actividad y conducta humana.

De lo que me di cuenta fue del hecho, corroborado en parte por los videntes antiguos de muchos países, y más concretamente por los de la India, de que en el cuerpo humano existe sin duda un mecanismo extremadamente sutil e intrincado situado en la zona sexual que, mientras se encuentra activo en el hombre normal en su forma naturalmente restringida, tiende a desarrollar el cuerpo generación tras generación, sujeto por supuesto a las vicisitudes de la vida, para la expresión de una personalidad superior al final; pero cuando se le despierta a una rápida actividad, reacciona fuertemente sobre el organismo original, efectuando con el transcurso del tiempo, sujeto de nuevo a numerosos factores, una transformación maravillosa del sistema nervioso y del cerebro, dando como resultado la manifestación de un tipo superior de conciencia, que será la herencia común del hombre en un futuro lejano. Este mecanismo, conocido como Kundalini, es la causa real de todo fenómeno espiritual y psíquico genuino, la base biológica de la evolución y el desarrollo de la personalidad, el origen secreto de todas las doctrinas esotéricas y ocultas, la llave maestra del misterio aún sin resolver de la creación, la fuente inagotable de la filosofía, el arte y la ciencia, y de toda fe religiosa, pasada, presente y futura.

Tuve la buena suerte de tener unos padres y amigos cuyo afecto, lealtad y ayuda contribuyeron a hacer seguro y llano el arriesgado sendero que estaba recorriendo. Mis dos hermanas, sus maridos, el padre y los hermanos de mi esposa, y también mis amigos, pocos pero sinceros, me rodeaban de cariño y lealtad. Mi madre había muerto más de un año y medio antes del acontecimiento y aun así debía mi supervivencia a su excelente educación tanto como a la gran devoción de mi esposa. Entre todos mis bienhechores, ellas destacaban como dos ángeles de la guarda, y nunca podré pagar en este mundo la deuda de gratitud por el amor ilimitado que me profesaron y el servicio inestimable que me prestaron. Fue una gran suerte tener una madre cuya bondad de corazón, nobleza de carácter, sentido del deber y pureza eran ejemplares, y cuyo amor ilimitado moldeó mi infancia y juventud, ejerciendo la máxima influencia para siempre en mi vida entera.

Mirando hacia atrás, a los años posteriores al despertar, puedo afirmar sin vacilar que si no hubiese sido por la constitución robusta que me legaron mis padres y ciertos buenos rasgos de carácter heredados o aprendidos de ellos, nunca habría sobrevivido a la dura prueba y vivido para contarla. Aunque durante muchos años de mi vida alterada nunca respiré libremente como un hombre seguro de sí mismo y de lo que debía hacer, y en ningún momento dejé de dudar por completo acerca de mi estado, al adoptar una actitud de resignación sosegada a lo inevitable y de indiferencia ante la muerte, en parte por el efecto de la influencia de mis padres y en parte por el efecto de la cultura, conseguí mantener serena mi mente incluso en situaciones graves. A menudo éstas fueron causadas por mi propia negligencia en cuanto a las condiciones que regulaban mi existencia particular, inevitables debido a la tensión de la vida, y a veces por ataques de enfermedades comunes para cada una de las cuales tuve que describir y aplicar el tratamiento por un método de tanteo adaptado a las reacciones cambiantes de mi cuerpo.

Siendo un hombre normal y de condición humilde, cargado de responsabilidades, como siempre lo he sido y considero que soy, nunca dejé que ninguna idea errónea sobre mí arraigara en mi mente después del nuevo acontecimiento. Por otro lado, la impotencia absoluta frente al poder recientemente manifiesto en mí tuvo el efecto de humillar el pequeño vestigio de orgullo que todavía poseía. Me ocupaba de mis asuntos de la misma manera en que lo había hecho antes del cambio. La única cosa que me recordaba el trastorno interno era la regularidad rígida de la alimentación y una adhesión a ciertas otras pautas austeras de conducta que la experiencia me enseñó a adoptar para minimizar la resistencia a la actividad de la extraordinaria energía que actuaba dentro de mí.

Exteriormente llevaba una vida estrictamente normal, sin dejar que nadie, salvo mi fiel esposa, echara ni una ojeada en los sucesos misteriosos de mi interior. Cada año me trasladaba a Jammu, en invierno, con mi oficina y a Kashmir en verano, y de este modo me escapaba del rigor del calor y del frío que podría haber resultado perjudicial para el crecimiento de los tejidos suprasensibles que se encontraban en un estado de desarrollo interno en aquel entonces. Gradualmente, en el transcurso de varios años, mi cuerpo alcanzó un nivel de resistencia y fuerza suficientes como para soportar el efecto de los ayunos, las molestias de viajar, los rigores del clima, las irregularidades de la alimentación, el cansancio excesivo, las preocupaciones, y las circunstancias adversas que son consecuencia inevitable de la lucha por la existencia.

Casi volví a ser el mismo de siempre, humillado y castigado por la experiencia, con mucho menos ego y mucha más fe en el Árbitro Oculto del destino humano. La única cosa de la que era consciente era un campo de conciencia que se extendía progresivamente y una brillantez que aumentaba lentamente en los objetos externos e internos que percibía, que con el transcurso del tiempo hizo que fuese consciente de que, aunque exteriormente formaba parte de la masa agitada y activa de la humanidad, era un ser distinto en el interior, que vivía en un mundo resplandeciente de brillante colorido del que los demás no sabían nada en absoluto.

Al mencionar detalles aparentemente sin importancia, lo hago bajo la influencia de la consideración de que no debería omitir ningún suceso. La transformación de la personalidad está llena de riesgos, y requiere prestar atención a cada fase de la conducta y a la regulación cuidadosa de la actividad. Si todo lo que tengo que contar hubiese sido conocido hace sólo unos siglos, tales conocimientos, correctamente sistematizados y aplicados, podrían haber ayudado a los médicos a salvar a muchas personas de las garras de la locura.

Fue mala suerte no haber comprendido durante muchos años lo que ahora he aprendido después de repetidas luchas encarnizadas. Junto al sufrimiento, no obstante, también he saboreado momentos de felicidad incomparable, momentos supremos que me compensaron generosamente los largos períodos de dolor y angustia, al igual que el mero hecho de despertarse a la realidad compensa a la persona que duerme la agonía horrible que sufre durante una pesadilla prolongada.

Aproximadamente tres años después de los incidentes narrados en los capítulos anteriores, empecé a sentir

un deseo irresistible de una alimentación más nutritiva y sustanciosa que aquella a la que me había acostumbrado desde el momento del despertar. El deseo fue más evidente en invierno, cuando estaba en Jammu, que en los meses de verano pasados en Kashmir. Aquellos eran los últimos años de la segunda guerra mundial y los precios de los productos habían aumentado enormemente. Incapaz de atribuir alguna razón por el exceso repentino que suponía un apetito ahora normal, reprimí este deseo porque consideraba impropio ceder a una inclinación que tenía algo de goloso y también porque nuestros medios extremadamente limitados no me permitían el gasto adicional. A pesar de los escasos recursos, nuestra alimentación era suficientemente nutritiva y equilibrada, incluyendo ciertas variedades de carne animal, ante la que los brahmanes de Kashmir, como comunidad, no tenían ningún escrúpulo. Pero mi deseo tenía un buen motivo, y tuve que pagar implacablemente por mi equivocada resistencia a un impulso que pretendía acelerar el proceso que proseguía en mi interior con tanta fuerza como siempre.

Poco después de nuestro traslado anual a Jammu, en noviembre de 1943, recibí una invitación de mis parientes de Multan para pasar unos días con ellos durante el invierno siguiente. Dado que esto me daría una oportunidad para reunirme con mis primos, a los que no había visto hacía muchos años, decidí aceptar la invitación e ir allí durante las fiestas de Navidad, y alargar la visita algunos días si era necesario. Aquel año, encontrándome particularmente sano y fuerte, dejé a mi esposa en Srinagar y me fui solo a Jammu para quedarme con su hermano, el ingeniero municipal del pueblo. Él alquilaba una casa en una espaciosa localidad en las afueras del pueblo donde, al tener mi propia habitación y descubrir que se satisfacían todas mis simples necesidades, me sentí completamente como en mi casa, feliz por el cambio y sin tener ni la más mínima sospecha de que mi regocijo desaparecería con el horror de otra terrible ordeal.

Me sentía feliz al encontrarme en plena posesión de una salud normal, con una cantidad de energía excedente que necesitaba una salida. A principios de noviembre, empecé a hacer ejercicios físicos simples, empezando con los primeros rayos grises del alba y terminando cuando el sol estaba cerca del horizonte, y después tomaba un baño frío y me retiraba a mi habitación para descansar y estudiar hasta la hora de ir a la oficina. No sé cómo ocurrió, pero después de pocas semanas de este programa, el deseo de hacer ejercicio desapareció parcialmente, cediendo lugar a un fuerte deseo, casi irresistible, de meditación. El ardor de una salud enérgica, que era el resultado de un esfuerzo sistemático, me hizo imprudente, y buscando una vía para sacar el mejor provecho de mi excelente estado físico, casi me inclinaba a ceder al impulso y a probar mi suerte de nuevo, convencido de que con la experiencia que había ganado y la inmunidad adquirida por el organismo, podría tener éxito sin tropezar con el contratiempo que había sufrido la última vez. Había escapado de milagro para pasar años de incertidumbre y ansiedad antes de encontrarme de nuevo en tierra firme. Qué imbécil era, me dije severamente, por no sacar provecho de mi amarga experiencia previa y volver a exponerme a la misma espantosa batalla, cuyas heridas todavía estaban frescas en mi corazón.

A pesar de mis sensatas reflexiones, a pesar de mí mismo, a pesar del sufrimiento que había soportado como consecuencia de ella, empecé a meditar de nuevo, desde las primeras horas del alba, perdiéndome en la contemplación del maravilloso resplandor brillante de mi interior, hasta que el sol, elevado por encima del horizonte, brillaba plenamente en mi habitación, indicando la proximidad de la hora de ir a la oficina. Empecé a practicar la primera semana de diciembre; durante varios días, además de la maravillosa ampliación de la personalidad y la absorción del brillo consciente y arrebatador que había experimentado el primer día del despertar, que variaba sólo en el color del resplandor, sentí una sensación de regocijo y poder imposible de describir. Persistía a lo largo del día y en mis sueños, hasta la hora de mi práctica, y reaparecía de nuevo a la mañana siguiente para durar otro día más.

Asombrado por el resultado de mis esfuerzos, amplí el intervalo, empezando más temprano, completamente abrumado por la maravilla y la gloria de la visión que, apartando mis sentidos del severo mundo de alegría y dolor mezclados, me transportaba a un plano suprasensible donde, acariciado por olas relucientes de un éxtasis indescriptible, me encontraba sumergido en el océano ilimitado de la existencia incondicional. Realmente era una experiencia maravillosa, y sentía cómo el pelo se me ponía literalmente de punta cuando la magnífica visión mostraba su aspecto más majestuoso. Parecía en estas ocasiones como si yo, o el yo perceptivo invisible que había dentro de mí, dejando su anclaje seguro en la carne, fuese llevado por la fuerte marea de una conciencia brillante hacia una existencia de tanta inmensidad y poder que hacía que todo lo que podía imaginar en la tierra pareciese insípido y trivial por comparación: una existencia donde, no molestado por la idea de la esclavitud o la limitación, me encontraba perdido en un increíble universo inmaterial tan espléndido en su extensión, tan sublime y maravilloso en su naturaleza, que el elemento humano que todavía quedaba en mí, incluso cuando estaba en el punto más alto de la experiencia, miraba con asombro y temblaba con temor por el extraordinario espectáculo que había ante mi ojo interno. Me sentía lleno de alegría por la posibilidad gloriosa que ahora estaba a mi alcance. No cabía la menor duda de que era

el poseedor sumamente afortunado de un Kundalini despierto. Fue sólo en este momento cuando pude comprender la razón por la que, en los tiempos antiguos, el éxito en esta empresa se consideraba el logro más importante posible en un hombre y por qué los seguidores de este camino creían que ningún sacrificio y ningún esfuerzo era demasiado para conseguir el premio supremo alcanzable al final. Ahora entendía por qué los yoguis consumados siempre eran tratados con el máximo respeto en la India y cómo los adeptos, que habían vivido hace mucho tiempo, incluso ahora merecían el homenaje y la reverencia que no se concede a ninguna otra clase de hombre, incluyendo a poderosos soberanos y potentados. Desde luego no existía honor más notable o fortuna más preciosa que la que, sin haberlo pedido, se me había concedido.

Pero a mi pesar, mi buena suerte fue totalmente efímera. Después tan sólo de un par de semanas, descubrí que la agitación causada en mi mente por la impresionante experiencia eran tan enorme que apenas podía dormir por la emoción, impaciente por inducir de nuevo el estado dichoso en cuanto podía. Las impresiones de los últimos tres días de este extraordinario período de viajes por el terreno normalmente prohibido de lo suprasensible han quedado impresas indeleblemente en mi memoria. Antes de perderme por completo en la contemplación de un vacío consciente, ilimitado y reluciente, advertía una sensación incomparablemente maravillosa en todos mis nervios, que se movía desde las puntas de los dedos de mis manos y pies y otras partes del tronco y miembros hacia la espina dorsal donde, concentrada e intensificada, subía proporcionando una sensación todavía más exquisitamente agradable, y derramaba en la zona superior de mi cerebro una corriente embelesadora y estimulante de una rara secreción nerviosa radiante. A falta de una denominación más adecuada, yo la llamo néctar, nombre que le han atribuido los antiguos sabios. Todas las autoridades del Yoga Kundalini reconocen la realidad de la corriente de ambrosía, que irriga el séptimo centro del cerebro en el momento de la unión de Shakti con Shiva, el principio supraconsciente que hay detrás del Yo encarnado, y se dice que el flujo del néctar en él o en uno de los centros inferiores en el axis espinal va siempre acompañado de un éxtasis maravilloso que es imposible describir, que excede muchas veces en intensidad a esa sensación corporal tan agradable, el orgasmo, que indica el punto culminante de la unión sexual.

El último día de esta experiencia singular no había dormido durante la noche. Mi mente se encontraba en un estado de excitación y agitación mezclada con alegría y regocijo por este golpe de suerte tan inesperado como increíble. Me levanté con diligencia a la hora habitual y, después de alegrar el ojo mental con la belleza y grandiosidad elevadora que ahora era una realidad para mí, fui al mercado para hacer algunas compras. Volví casi a la una de la tarde en un estado inusual de agotamiento que me sorprendió. No había desayunado aquel día y, por consiguiente, atribuí mi debilidad al estómago vacío. Al día siguiente, el veinticinco de diciembre, tenía que partir para Multan en el tren de la mañana para ir a ver a mis primos. Estuve ocupado hasta la noche, haciendo los preparativos para el viaje y, después de cenar a la hora de siempre, me retiré a la cama. Pocos minutos después de tenderme, me di cuenta de que lamentablemente había cometido de nuevo un error. Mi cabeza daba vueltas, mis oídos zumbaban con un ruido discordante y, en lugar del habitual brillo resplandeciente de mi cabeza, una amplia columna de fuego estaba subiendo, lanzando lenguas ahorquilladas de llamas en todas direcciones. Temblando de miedo, observaba el terrible espectáculo. Comprendí demasiado tarde lo que había pasado. Me había excedido en la práctica de la meditación y había forzado mi sistema nervioso ya hiperestimulado hasta un límite peligroso.

Es innecesario que recapitule todos los incidentes y detalles de la tortura que volví a sufrir en esta ocasión durante más de tres meses. Basta con decir que después de pasar una noche terriblemente agitada no me sentía en forma para emprender el largo viaje hasta Multan por la mañana y me vi obligado a abandonar la idea. Renunciando a la meditación, volví a intentar regular mi alimentación tal como lo había hecho la última vez. Después de algunos días, advertí un ligero alivio de la tensión en mi cabeza, pero el insomnio crecía y me encontraba cada día más débil.

Alarmado por mi estado, mi cuñado expresó su intención de escribir a mi esposa para que acudiera a Jammu. Estaba mediado enero y las tortuosas carreteras de montaña que partían desde Srinagar estaban cubiertas de nieve, haciendo el viaje extremadamente incómodo e incluso arriesgado. Ansioso de evitar molestarla o darle un susto, le disuadí de escribirla, esperando que el trastorno cesase después de un tiempo.

Un día, al descubrir que era incapaz de levantarme de la cama sin ayuda, y perdiendo toda esperanza de sobrevivir, cedí a las exhortaciones de mi cuñado de enviar un telegrama a mi esposa. Ella llegó apresuradamente, medio muerta de ansiedad, acompañada de su padre y mi hijo menor. Día y noche, sin una hora de descanso, mi esposa me atendía, ocupándose de todas mis necesidades, intentando aliviar con su presencia la agonía interna que yo estaba sufriendo, que ella no podía ni imaginar en todo su horror, pero cuyos indicios externos podía ver en cada momento sin ninguna dificultad. Mi suegro, cuyo amor y preocupación paternal le habían incitado a emprender el arduo viaje hasta Jammu a pesar de su edad, estaba medio muerto de pena y ansiedad por lo precario de mi estado, pero, reprimido por una sensación de temor,

que todos los que me rodeaban en aquel momento sentían, a pesar de ello, no hizo ningún intento de ofrecer sus sugerencias o consejos.

Alarmados por la gravedad de mi estado e incapaces de encontrar otra solución, como último recurso y sin mi conocimiento decidieron confiarse a sadhus y fakires experimentados. Pero todos los que acudieron a tratarme expresaron su incapacidad para hacer algo. Uno de ellos, un santo venerable, canoso por la edad, que entonces estaba de visita en Jammu, y a quien miles de personas acudían en tropel cada día, después de escucharme atentamente meneó la cabeza, diciendo que nunca había oído hablar de algo parecido en su vida y sugirió que buscara las instrucciones del mismo maestro que había prescrito la práctica responsable del trastorno.

Encontrándose cada vez más desesperados con mi estado, que empeoraba progresivamente, fueron por fin a buscar a un Kashmiri Sadhu que residía en Lahore aquellos días, y le convencieron de que se desplazase a Jammu a verme. Se quedó con nosotros varios días estudiando mi estado atentamente. Me había quedado muy débil, casi agotado, con las piernas larguiruchas y los brazos demacrados, como un esqueleto de ojos brillantes, lo que provocaba a mi esposa una mueca de dolor cada vez que me miraba. Durante más de un mes me había privado de alimentos, subsistiendo con media taza llena de arroz hervido y una taza de leche dos o tres veces al día. El estado de envenenamiento de mis nervios, provocado por trastornos digestivos agudos, se había traducido en un temor irreprimible a comer debido a la amenaza constante de que se derivasen consecuencias espantosas. Hubiese preferido no comer nada en absoluto, pero sabiendo de sobras que un estómago completamente vacío significaba una muerte horrible, a pesar de las náuseas y el estómago revuelto, empleé toda mi fuerza de voluntad para ejecutar la tarea sumamente desagradable.

Incapaz de descubrir la causa de mi malestar, el sadhu erudito, atribuyendo mi aversión a la comida a un capricho, me pidió que comiese en su presencia, ordenando que me sirviesen la cantidad exacta que estaba acostumbrado a tomar. Por su insistencia, tragué con gran dificultad algunos pocos bocados más de los que solía comer, tragándolos con agua para vencer la resistencia que oponía mi garganta. En el instante en que lo hice, una punzada repentina de dolor inaguantable se extendió por mi abdomen y la zona del plexo sacro, alcanzando tanta intensidad que caí boca abajo, retorciéndome y contorsionándome, mirando con reproche al sadhu por haberme sometido a esa tortura con su inoportuno consejo. Pálido y mortificado, se levantó apresuradamente y salió de la habitación. Aquella noche fue atacado por una enfermedad repentina que le dejó de pie durante toda la noche sin dormir, y salió de la casa a primera hora de la mañana, atribuyendo su propio malestar al terrible poder que me poseía.

Me recuperé del dolor al cabo de pocas horas sin ningún efecto secundario serio, pero el incidente puso de manifiesto nuestra impotencia frente a mi estado, que estaba fuera del alcance de la ayuda humana, e hizo mayor la enorme preocupación de mi esposa. Algunos días después de este episodio, mi hijo entró en mi habitación por casualidad con un pequeño plato de comida en sus diminutas manos rechonchas. Era aproximadamente el mediodía, y como de costumbre había tomado algunas cucharadas de arroz, mi comida principal del día, una hora antes. El niño se puso en cuclillas delante de mí y empezó a comer, relamiéndose y disfrutando de cada bocado, como hacen los niños. A diferencia de otras veces, la visión de la comida no me causó repugnancia, y mientras observaba al niño que comía con deleite, sentí una débil sensación de hambre por primera vez desde hacía semanas. En lugar de la amargura habitual, sentí en la boca una sensación del gusto de nuevo despierta. Podría haber comido algunos bocados con apetito en aquel momento, pero el temor a las terribles consecuencias que seguían al menor error en mi alimentación durante aquel estado hipertenso me reprimió y no pude reunir las fuerzas suficientes como para correr el riesgo y pedir algo de comer. Sólo pocos minutos después la sensación desapareció y el antiguo estado caótico me venció de nuevo.

Desconcertado por lo ocurrido, que no dejó de sorprenderme fuertemente incluso en aquel estado de turbación, me devané los sesos por encontrar una explicación satisfactoria por el incidente, en apariencia insignificante, pero lleno de importancia para mí. ¿Podría ser, me preguntaba, que el intervalo entre comidas que yo había fijado fuese demasiado largo para mi debilidad actual? Al día siguiente presté una atención escrupulosa a la hora, comiendo algunos bocados con una taza de leche cada tres horas, cada vez con disgusto y con el temor atenazando mi corazón. Pero conseguí llevar a cabo mi objetivo sin ninguna consecuencia adversa, aunque tampoco hubo ninguna mejoría perceptible. Continué de esta manera durante varios días, pero el estado de mi cerebro se estaba deteriorando y los movimientos convulsivos de mis miembros, acompañados de sensaciones intensamente dolorosas a lo largo de la red de nervios, especialmente en la espalda y el abdomen, significaban un grave trastorno del sistema nervioso. Sentí cómo me hundía, e incluso el deseo de vivir que me había sostenido hasta ese momento parecía estar a punto de dar la lucha por imposible y abandonar el cuerpo para que fuese a su perdición.

Después de varios días, noté con asombro que a ratos estaba ligeramente delirante. Todavía me quedaba el

juicio suficiente para darme cuenta de que, si mi estado empeoraba, estaba perdido. Había intentado todos los recursos, utilizado toda mi inteligencia y agotado todas las posibilidades, pero había fallado miserablemente en descubrir la solución. Finalmente, perdiendo toda esperanza de recuperarme y temiendo lo peor, en un estado de depresión absoluto, me preparé para la muerte, decidido a terminar con mi vida antes de que el delirio de la locura me hiciese imposible esta tarea. Abrumado por el horror que me rodeaba, casi había perdido la fuerza de pensar racionalmente o de ejercer mi deseo de resistir al espantoso impulso. Antes de acostarme aquella noche, abracé a mi esposa con brazos débiles y paralizados durante un largo rato, notando con angustia su rostro cansado, y con lágrimas ardientes en mis ojos la puse en manos de Dios, sufriendo por la idea de la futura separación inevitable, sin la oportunidad de recompensarla, con un amor redoblado por su lealtad y su sacrificio incomparables. Llamando a mis dos hijos por sus nombres, les abracé con cariño, estrechando a cada uno contra mi pecho, confiándoles también a Su cuidado para siempre jamás. Con una punzada en el corazón, me acordé de que no podría ver por última vez a mi hija, que estaba en Srinagar cuidando de la casa. Entregándola a ella también a Dios y observando por última vez su imagen en mi mente, recobré la respiración y, tendiendo mi cuerpo dolorido en la cama, cerré los ojos, incapaz de contener los sollozos que sacudían mi pecho.

Tardé algún tiempo en sosegar, un poco después de lo que había pensado que era mi último adiós a mi esposa e hijos, creyendo que la muerte era inevitable. Entonces empecé a pensar seriamente en mi decisión. Era ridículo esperar, me dije, que si dejaba que la enfermedad siguiera su curso fuera a tener una muerte tranquila. La muerte, sin duda, se vería precedida por una locura incontenible que tenía que evitar a toda costa. Razonando de este modo, daba vueltas en la cabeza a los distintos métodos que tenía a mi alcance para terminar con mi vida, intentando escoger el que fuera más fácil y menos doloroso, posible para alguien sumamente débil. Pesé las posibilidades, pasando de vez en cuando por un estado delirante, revolviéndome de un lado para otro, siempre en las garras implacables de un insomnio insuperable. Pasaron las horas y mi cerebro agitado se negaba a tomar una decisión, pasando de una sucesión nebulosa de pensamientos a otra, sin fuerza para concluir ninguno. No podría decir cómo ocurrió, pero hacia las primeras horas del alba pasé a un estado de sueño, el primero desde hacía semanas, y por un breve intervalo tuve un vívido sueño en el que pude verme sentado con un plato medio lleno delante, que contenía arroz hervido y un pastel de carne, habitual en Kashmir, que comí con placer.

Desperté seguidamente, y el brillo que noté en el sueño persistió durante un rato. Una idea repentina entró en mi mente ya casi delirante, y llamando a mi esposa con una débil voz le pedí que me sirviese comida cada dos horas aquel día, empezando temprano, incluyendo cada vez, además de leche, unas pocas onzas de carne bien cocida y fácil de digerir. Siguiendo mis instrucciones al pie de la letra, mi esposa cocinó y me sirvió con sus propias manos la comida en los intervalos especificados, puntual al minuto. Yo comía mecánicamente, mis brazos y manos temblando al llevar la comida a la boca, señal clara de mi estado delirante. Aquel día encontré todavía más difícil masticar y tragar la comida, pero conseguí hacerlo con la ayuda de la leche. Después de terminar la última comida, a las nueve, sentí un alivio ligero. La tensión disminuyó, cediendo a una sensación de agotamiento extremo seguida de una ola tranquilizadora de somnolencia hasta que, con un arrebató inexpressable de alegría, que hizo que las lágrimas corriesen por mis ojos, sentí cómo el sueño me inundaba. Dormí profundamente hasta la mañana, envuelto en una sábana de luz, como de costumbre.

Al día siguiente, reduje el intervalo a una hora, aumentándolo a una hora y media al cabo de una semana y añadiendo a mi régimen en el curso de este período frutas y un poco de cuajada. Gradualmente, los signos del delirio desaparecieron y el insomnio cedió a un deseo excesivo de sueño. Me sometí de buena gana a la beneficiosa influencia soporífera día y noche, despertándome sólo a la hora de comer con la caricia suave y cautelosa de mi esposa, que se quedaba en la cocina todo el día preparando comida tras comida y sirviéndome platos calientes y apetitosos con el amor y cuidado que sólo puede mostrar una leal esposa. Gracias a sus servicios, su atención a mi horario y la excelencia de la comida, empecé a ponerme fuerte y al cabo de casi dos semanas fui capaz de moverme de una habitación a otra. Después de este período, alargué el intervalo hasta dos horas, y de esta manera reduje hasta cierto punto el consumo diario de comida.

Refrescada por el sueño, mi mente se volvió más clara, escapando poco a poco del horror; a pesar del hecho de que la radiación vital había adquirido una apariencia colosal, empecé a advertir una sensación creciente de confianza en uní mismo y a esperar que, si no pasaba nada adverso, después de todo podría salir de la crisis sin peligro.

Como guiado por un sentido gustativo recién desarrollado, seleccionaba los componentes de cada comida, rechazando una cosa y comiendo más de otra, escogiendo una combinación de ácidos y álcalis, azúcares y sales, frutas y verduras, de modo que ayudaba a mi estómago a digerir la masa enormemente incrementada por el estímulo de la nueva y más poderosa corriente brillante sin ninguna reacción indeseable. Ahora estaba pasando por una experiencia tan asombrosa y extraña como cualquiera de las que había experimentado hasta el momento, totalmente desconcertado por la nueva dirección que había adoptado mi organismo. Ningún hombre en su sano juicio creería posible tal comportamiento anormal y repentino en sus órganos digestivos, pasando de la moderación en la comida a la voracidad; mi estómago, que funcionaba bajo el estímulo de un vapor ardiente, consumía increíbles cantidades de alimento sin que se produjese el menor efecto adverso, como si el fuego las consumiera. Había oído hablar y había leído cosas sobre yoguis de los que se decía que disponían de increíbles poderes de digestión, que podían consumir sin efectos adversos cantidades enormes de comida con la ayuda de la energía luminosa, pero yo nunca había dado crédito a estas historias. Pero lo que no había creído lo presenciaba ahora en mí mismo, siempre abrumado por el asombro ante los poderes y posibilidades que se escondían en el cuerpo.

No estaba tan alarmado por la voracidad de mi apetito como asombrado por la capacidad de mi estómago. Como cálculo mínimo aproximado estaba consumiendo cuatro veces la cantidad de comida que solía consumir antes del acontecimiento. Durante la primera semana la cantidad devorada debía de haber sido seis veces mayor que la habitual. Fue atroz. La comida desaparecía en mi estómago como si se hubiese evaporado, sin duda chupada con gula por las células hambrientas del cuerpo. Un descuido en la hora de comer siempre iba acompañado de un cese repentino del deseo de comida y de ausencia del gusto, agravados a veces hasta llegar a una sensación de náusea y una aversión total hacia cualquier tipo de alimento. La experiencia me había enseñado que tales síntomas indican un envenenamiento de los nervios, un resultado inevitable del despertar en las primeras fases, para el que no existe ningún antídoto conocido salvo una alimentación adecuada en cuanto a las necesidades, realizada del modo indicado por las costumbres y el estado del sistema. Uno debiera ocuparse de hacer uso de los mejores alimentos, los de más fácil digestión, completamente naturales, en cantidad que se pueda tolerar a intervalos regulares, normalmente de no más de tres horas. La disponibilidad de una alimentación nutritiva en el estómago es esencial en todos los casos normales y, por lo tanto, hay que atender a ello con el cuidado debido a fin de capacitar al sistema nervioso para liberarse de impurezas.

En la actualidad estamos a oscuras con respecto a la naturaleza de la sutil esencia orgánica que sirve de alimento para los nervios siempre activos y la energía nerviosa y mental efímera. En las primeras fases del despertar y hasta que el sistema se acostumbre al flujo de la corriente brillante, el único elemento preservador de la vida y la cordura es una alimentación en la medida adecuada, en una combinación ajustada, y según intervalos correctos. La ciencia entera de Kundalini está basada fundamentalmente en la suposición de que es posible despertar a la actividad un extraordinario poder, inactivo en el cuerpo humano, para que el espíritu encarnado tenga libertad de dominio sobre los sentidos, capacitándolo para volar libremente hasta su estancia celestial. La idea de provocar la actividad de una fuerza vital inactiva en el cuerpo, examinada a la luz del conocimiento moderno, sólo puede significar el desarrollo o generación de un nuevo tipo de vitalidad o energía vital que implica claramente una refundición del sistema nervioso, imposible sin una evolución biológica.

En las etapas iniciales, y también después, el alimento adaptado al apetito y a la constitución lo consumen los iniciados en cantidades asombrosas como una ofrenda al poder interior. La aversión a la comida es una característica común en los casos de un despertar repentino de Kundalini; la liberación brusca de la nueva fuerza y su recorrido agitado a través de los nervios causan trastornos agudos en los sistemas digestivos y excretores. Por esta razón, la presencia constante de un maestro que oriente en esta coyuntura crítica siempre se ha considerado esencial, y frecuentemente se recurre a la alimentación forzada para preservar la vida cuando el discípulo, completamente desconcertado por los acontecimientos extraños que se producen en su interior, pierde el dominio sobre sí mismo y es incapaz de lograr la fuerza de voluntad suficiente para realizar el acto de comer a pesar de las náuseas y el caos que predominan en su interior. Para alejar el desastre en los estados más agudos y para protegerse contra el comportamiento totalmente imprevisible de los órganos digestivos y excretores después del despertar, los alumnos de Yoga Hatha deben dedicar muchos años de su vida a la adquisición de la capacidad de vaciar el estómago y el colon a voluntad para prepararse para las emergencias que casi seguramente surgirán tarde o temprano. Salvo esto, no puede haber otro propósito o utilidad, excepto un vil valor de persuasión o gimnástico, en el tan difícil y elaborado sistema de disciplina física y de dominio sobre el cuerpo impuesto por todos los que practican esta forma de Yoga como requisito previo para los iniciados en las prácticas esotéricas finales del culto. Los aspirantes deben necesariamente alcanzar destreza en todos los ejercicios y métodos preliminares de dominio sobre el cuerpo antes de despertar a la serpiente.

Viajamos a Srinagar a principios de abril de 1944. Debido a los esfuerzos colectivos de mi esposa y su padre, y el trabajo que les costó preparar el viaje de dos días por la montaña, llegué a Srinagar, en mi estado de debilidad, sin contratiempos. Allí, rodeado de parientes y amigos y atendido con cuidado asiduo por mi esposa y mi hija, mejoré rápidamente, recobrando en pocos meses las suficientes fuerzas como para reasumir mis deberes en la oficina. En el transcurso de un año me puse robusto y fuerte, capaz de aguantar la tensión y la fatiga, el esfuerzo y la presión, pero no pude superar la propensión de mi sistema a los trastornos digestivos como consecuencia de un retraso inusual o de la irregularidad en mi alimentación. Volví a mi antigua costumbre de dos comidas al día, con una taza de leche y una rebanada de pan por la mañana y por la tarde. Antes de finalizar el año, mi apetito era normal y la cantidad de comida moderada, con una pequeña medida de carne como ingrediente necesario. La apariencia brillante de los objetos externos, al igual que la de las formas del pensamiento y la brillantez de las imágenes de los sueños, se intensificaron durante el peor período del último trastorno y aumentaron en luminosidad hasta tal punto que cuando observaba un hermoso paisaje iluminado por el sol, siempre me sentía como si estuviese viendo una escena celestial transportada desde un lugar lejano, iluminada por rayos de plata fundida que bailaban. Esta característica asombrosa de mi conciencia, por supuesto puramente subjetiva, nunca experimentó cambio alguno, salvo que ganó en transparencia, brillantez y poder de penetración con el paso del tiempo y aún sigue revistiéndome a mí y todo lo que percibo con un resplandor indescriptible.

Pasaron los años sin que se manifestase ningún acontecimiento nuevo en mí. Fuera lo que fuese lo que ocurría, estaba sucediendo interiormente, fuera del alcance de mis conocimientos y apartado del alcance de mis ojos. Sin advertir ningún otro cambio salvo el mar de brillo en que vivía, y advertido severamente por el último episodio terrible de que debía desistir de invocar de nuevo a lo sobrenatural, me ocupaba del mundo y sus asuntos en un intento de llevar una vida normal. En 1946, en colaboración con varios amigos y Colegas, fundé un movimiento para la reforma económica en (odas las funciones sociales obligatorias en nuestra comunidad. Había adquirido profunda consciencia de la carga aplastante de miseria e incluso de infamia que una familia de bajos ingresos tenía que soportar durante toda su vida, casi hasta la hoguera, por el placer transitorio de superar a sus allegados en pompa y gala, en la grandiosidad de un banquete, en la abundancia de una dote, o en otros detalles parecidos del ceremonial social, y quería crear condiciones que harían posible que un hombre de medios modestos escapase de la picota que normalmente le espera, sin herir su dignidad o sin detrimento de su posición en la sociedad. Hicimos este intento, creándonos más enemigos que amigos, ganando más censura que alabanzas, y encontrando más oposición que apoyo, hasta que finalmente tuvimos que desistir.

En el verano de 1947, mi hija se casó sin ostentación y conforme a nuestro esquema de reforma, cuyo mérito no se atribuía a nosotros, sino a su marido, un joven abogado luchador, huérfano desde temprana edad y sin recursos, que rechazó ofertas tentadoras de dotes abundantes, para casarse con la hija sin dote de un hombre pobre. La alianza fue propuesta a su hermano mayor por un amigo mientras yo estaba en Jammu, y lo único que tuve que hacer fue dar mi consentimiento. De esta manera, en mi estado mental particular, la naturaleza me ahorró el sufrimiento de tener que buscar indefinidamente una pareja para una persona que, por su lealtad filial, estaba tan deseosa como yo de asegurarse de que mis principios con respecto a la dote no se

violaran de ningún modo.

En otoño del mismo año, el tranquilo valle de Kashmir se vio sometido a conmociones debido a una incursión repentina de multitudes merodeadoras procedentes de una tribu fronteriza, que, con la organización y la guía de un experto talento marcial, se arrojaron sobre los Kashmiris indefensos, saqueando, violando y matando indistintamente, hasta que casi todo el lado norte del valle temblaba con los lamentos de las familias desconsoladas y los llantos de los saqueados y violados. Cuando terminó la carnicería y los invasores se habían retirado después de varias peleas con las fuerzas indias, los miembros de nuestra pequeña banda de entusiastas, preparados para dedicar sus energías a una causa noble, se lanzaron a la ardua tarea de proporcionar alivio a gran parte de las víctimas.

Aquel invierno, debido a la agitación producida en muchos de los distritos fronterizos del estado, acompañada de masacres totales y violaciones, las oficinas no se trasladaron a Jammu, y por lo tanto seguí ocupándome de mis deberes en Srinagar, inconsciente del horror de la situación por la absorbente misión de servicio a que nos habíamos dedicado. Completamente absorto en la tarea, no pude dejar Kashmir durante el invierno de 1948 tampoco y tuve que solicitar un permiso para terminar la empresa emprendida en un momento en que nuestro propio destino estaba en juego. Durante este intervalo ocurrieron cambios de gran importancia en el marco político del Estado. El gobernante hereditario tuvo que abdicar para dejar lugar a un gobierno del pueblo. Esta gran agitación provocó incontables agitaciones más pequeñas, trayendo valores nuevos en lugar de los antiguos y nuevos modos de pensar y actuar. El antiguo orden cambió, tal como ha ocurrido siempre, a menudo sin que se produjese el cambio necesario para una mejora de la naturaleza humana que, olvidando pronto la lección que enseña una revolución, vuelve a actuar de una manera que hace que otra agitación sea inevitable al cabo de algún tiempo.

En noviembre de 1949 me fui de nuevo a Jammu con la oficina. Mi esposa decidió quedarse en Srinagar para cuidar de la casa y de los niños. Estaba segura de mi salud y de mi capacidad de cuidar de mí mismo en vista de la resistencia que había mostrado durante los últimos dos años. Mi sistema había funcionado de una manera tan regular que no hubo ni el más mínimo motivo de perturbación. Por otro lado, había descubierto que estaba a la altura y de hecho disfrutaba con la dura tarea de aliviar la aflicción de cientos de familias que habíamos emprendido un puñado de hombres sin recursos ni influencias, en un momento de tensión extrema y bajo condiciones rigurosas. Me quedé en Jammu con un viejo amigo que era lo suficientemente bueno para poner a mi disposición una habitación. Estaba contento de aceptar su hospitalidad, ofrecida con gran cordialidad y amor, pues me proporcionaba varias ventajas, especialmente la oportunidad de estar a solas, absorto en la contemplación del brillo luminoso interno que hasta cierto punto había empezado a adquirir el carácter arrebatador de la visión que percibí el primer día del despertar. Sacando provecho de la terrible experiencia que había sufrido anteriormente, no hice ningún intento en absoluto de meditar como antes. Lo que hacía era muy distinto. Sin ningún esfuerzo y a veces incluso sin saberlo, me hundía más y más profundamente en mí mismo, devorado cada vez más por las olas conscientes y brillantes, que parecían crecer en tamaño y extensión cuanto más me dejaba ir sin oponer resistencia en el mar de conciencia en que a menudo me encontraba sumergido. Al cabo de unos doce años aproximadamente, una transformación curiosa se había producido en el círculo brillante de conciencia que rodeaba mi cabeza y que me hizo en todo momento consciente de un sutil mundo de vida que se extendía en todas direcciones, en el que respiraba, caminaba y actuaba sin afectar de ningún modo su carácter homogéneo y que todo lo penetraba ni verme afectado por él en mis acciones diarias en el mundo. Hablando más claramente, parecía como si estuviese respirando, moviéndome y actuando rodeado por un vacío sumamente sutil, invisible, y consciente, al igual que estamos rodeados de ondas de radio, con la diferencia de que no percibo ni siento la existencia de las ondas y, por lo tanto, me siento obligado a reconocer su presencia por la lógica de ciertos hechos. En este caso, fui consciente del medio invisible por condiciones internas, como si mi propia conciencia limitada, trascendiendo sus limitaciones, estuviese ahora en contacto directo con su propia sustancia en toda su extensión, como una gota de rocío sensible flotando en un océano de existencia pura sin mezclarse con la masa circundante de agua.

Durante los últimos meses había notado en varias ocasiones esta tendencia de mi mente de empezar a ampliarse dentro de sí misma sin encontrar ningún obstáculo, extendiéndose como una gota de aceite se extiende en la superficie del agua, hasta que, recobrando el dominio de mí mismo con gran esfuerzo, volvía a mi estado normal, también mucho más extenso que el campo de conciencia original que poseía antes del despertar. No había dado mucha importancia a esta fase, creyendo que era un intento de la mente de caer en ensueños que, debido a su espaciosa luminosidad, daba la impresión de una mayor expansión interna sin que ello supusiese ningún cambio adicional en mi ya peculiar estado mental. Aproximadamente un mes después de mi llegada a Jammu, noté que esta tendencia no sólo se había vuelto más marcada y frecuente, sino que la

inmersión diaria en las profundidades de mi ser luminoso se estaba convirtiendo en una gran fuente de felicidad y fuerza para mí. El desarrollo fue, no obstante, tan gradual y el cambio tan imperceptible que llegué a creer que el suceso era el resultado de la mejora general de mi salud debido a la salubridad del clima en lugar de un factor nuevo que actuaba en mí.

Hacia la tercera semana de diciembre, noté que al regresar de estos prolongados períodos de absorción, que ahora se habían convertido en una característica normal de mis horas solitarias, mi mente se detenía normalmente en la poesía de mis místicos preferidos. Sin la menor intención de probar mi habilidad en la composición poética, cuando no estaba en un estado de absorción, hice varios intentos, manteniendo ante mí como modelos los versos que más me gustaban. Aparte del hecho de que había memorizado varias docenas de versos en sánscrito entresacados de las Sagradas Escrituras y varias docenas de pareados extraídos de las obras de los místicos, no sabía nada sobre poesía. Después de algunos días de interesarme superficialmente me sentía intranquilo, y por primera vez en mi vida sentí el deseo de escribir versos. Sin dejarme impresionar en absoluto por lo que creía que era un impulso pasajero, empecé a escribir algunas pocas estrofas, dedicando varias horas diarias a esta tarea.

Escribí en Kashmiri, pero después de quince días de empeño diario, descubrí que no mejoraba. La esterilidad de mis esfuerzos por escribir en verso, en vez de desanimarme me incitó a esforzarme aún más; así, dedicaba cada vez más tiempo a lo que se convirtió para mí en una afición regular y fascinante. El nivel de las composiciones no mejoró en absoluto, y tenía que trabajar durante horas para terminar una línea y después todavía más tiempo para encontrar otra que correspondiera a aquella. Nunca relacioné la nueva tendencia con el organismo misterioso que actuaba en mi cuerpo. Pero estos intentos fallidos de construcción poética eran el preludio deliberado de un acontecimiento asombroso que ocurrió poco después. Se me enseñaba internamente a ejercer un talento recién desarrollado en mí que, de otro modo, no podría haber tenido ni idea de que existiese; mis intentos eran el primer signo de la enseñanza.

Durante aquellos días, un miembro de nuestra pequeña banda de trabajadores entusiastas de Kashmir estaba de visita en Jammu. Ella acudía a menudo a mi residencia, normalmente para recibir noticias sobre nuestro trabajo en Srinagar, sobre el que yo recibía informes regulares enviados por nuestro tesorero o nuestra secretaria. Un día le ofrecí acompañarla a su casa cuando se decidía a partir, con la intención de librarme con un largo paseo de una ligera depresión que sentía en aquel momento. Caminamos sin prisa, hablando de nuestro trabajo, cuando de repente, mientras cruzábamos el puente Tawi, sentí que un ensimismamiento profundo caía sobre mí, hasta que casi perdí el contacto con mi entorno. Ya no oía la voz de mi compañera; ella parecía haber retrocedido en la distancia aunque caminaba a mi lado. Cerca de mí, en un resplandor de luz brillante, sentí de repente lo que parecía ser una fuerte presencia consciente, surgida de la nada, que me envolvía y eclipsaba todos los objetos a mi alrededor, y de la que dos líneas de hermosa poesía en Kashmiri se derramaron y flotaron ante mi vista, como una escritura luminosa en el aire, desapareciendo tan repentinamente como habían aparecido.

Cuando volví en mí, vi que la chica me estaba mirando con un asombro absoluto, desconcertada por mi brusco silencio y la expresión de enajenación de mi rostro. Sin revelar todo lo que había sucedido, repetí el verso, diciéndole que se había formado repentinamente en mi mente sin que pudiera controlarlo, y esto explicaba la interrupción de nuestra conversación. Me escuchaba con asombro, impresionada por la belleza de la poesía, pesando cada palabra, y entonces dijo que era realmente milagroso que alguien que nunca había sido dotado antes por la musa de la inspiración compusiera un verso tan exquisito en su primer intento y con tanta rapidez. La escuché en silencio, exaltado por la profundidad de la experiencia que acababa de vivir. Hasta aquel momento, lo único que había experimentado de lo supraconsciente era puramente subjetivo, ni demostrable ni comprobable para los demás. Pero ahora, por primera vez, tenía delante de mí la prueba tangible del cambio.

Después de ir con mi compañera hasta su destino, regresé a mi residencia a tiempo para cenar. Durante el camino de vuelta, en la tranquilidad de una noche agradable y la soledad grata de una carretera poco frecuentada, permanecí profundamente absorto en el enigma presentado por la visión y el salto repentino hacia una nueva dirección que había dado mi mente. Cuanto más atentamente examinaba el problema, más sorprendido quedaba por el profundo significado de la obra, la forma exquisita y el lenguaje sumamente atrayente de las frases. De ningún modo podía afirmar que la composición artística fuese mía, la creación voluntaria de mi propio pensamiento deliberado.

Llegué a mi domicilio todavía absorto en el mismo pensamiento y, aún atónito, me senté a cenar. Comí los primeros bocados mecánicamente, en silencio, inconsciente de mi entorno y sin apreciar la comida que tenía delante, incapaz de salir del estado de ensimismamiento intenso en que había caído, conservando sólo un ligero vínculo con mi contorno, como un sonámbulo que instintivamente no choca contra los objetos en su camino sin ser consciente de ellos. En medio de la cena, mientras todavía estaba en el mismo estado de semi-trance, me inmovilicé bruscamente, contemplando con temor y asombro algo que hizo que la piel se me pusiera de gallina, un fenómeno maravilloso en las profundidades de mi ser. Sin ningún esfuerzo por mi parte y mientras estaba sentado confortablemente en una silla, había pasado de forma gradual, sin darme cuenta, a un estado de exaltación y auto-expansión parecido al que había experimentado la primera vez, en diciembre de 1937, con la diferencia de que en lugar de un ruido bramante en mis oídos, ahora había una cadencia parecida al zumbido de un enjambre de abejas, encantadora y melodiosa, y el brillo envolvente fue sustituido por un resplandor plateado y penetrante, que ya era una característica de mi ser interno y externo.

Lo maravilloso de tal estado se debía a la comprensión repentina de que, aunque estaba vinculado al cuerpo y a mi entorno, me había ampliado de manera inexplicable a una personalidad titánica, y era conocedor internamente de un contacto inmediato y directo con un universo intensamente consciente, con una inmanencia inexpressable y maravillosa que me rodeaba. Mi cuerpo, la silla en que estaba sentado, la mesa de delante, la habitación encerrada por las paredes, el césped de fuera y el espacio más allá de él, incluyendo la tierra y el cielo, parecían ser simples fantasmas en aquel océano de existencia real e interpenetrante que, para explicar la parte más increíble de la mejor manera posible, parecía ser simultáneamente ilimitado, extendiéndose inmensurablemente en todas direcciones, y aun así no más grande que un punto infinitamente pequeño. Desde este punto maravilloso, la existencia entera, de la que mi cuerpo y su entorno formaban parte, se derramaba como una radiación, como si un reflejo tan vasto como mi concepto del cosmos se estuviese proyectando hacia la infinitud mediante un proyector que no era más grande que la punta de un alfiler, y la intensamente activa y gigantesca imagen del mundo dependiera de los rayos emitidos por él. El océano de conciencia sin orillas en que ahora estaba sumergido me parecía infinitamente grande e infinitamente pequeño a la vez, grande considerándolo en relación con la imagen del mundo que flotaba en él y pequeño considerándolo en sí, inconmensurable, sin forma ni tamaño, nada y a la vez todo.

Fue una experiencia asombrosa de la que no puedo citar ningún paralelo ni símil, una experiencia más allá de todos y todo lo que pertenece a este mundo, concebible por la mente o perceptible para los sentidos. Era intensamente consciente en mi interior de un ser maravilloso tan concentrado y masivamente consciente que tenía más brillo y más entidad que la imagen cósmica presente ante mí, no sólo por su extensión y brillantez sino también por su realidad y sustancia. El mundo fenomenal, moviéndose incesantemente, caracterizado por la creación, el cambio continuo y la disolución, se echó atrás y tomó la apariencia de una muy fina capa de espuma que se derretía rápidamente sobre un encrespado océano sustancial de vida, un velo de vapor sumamente fino ante un grandioso sol consciente, constituyendo un cambio completo en la relación entre el mundo y la limitada conciencia humana. Se mostró el cosmos, previamente todopoderoso, reducido a una apariencia transitoria, y el anterior punto de conciencia infestado de preocupación, circunscrito por el cuerpo, crecido en las mismas dimensiones espaciales de un poderoso universo y en la talla exaltada de una inmanencia majestuosa ante la cual el cosmos material disminuyó hasta la posición subordinada de un apéndice evanescente e ilusorio.

Me desperté del estado de semi-trance aproximadamente media hora después, afectado hasta las raíces de mi ser por la majestad y maravilla de la visión, completamente inconsciente del paso del tiempo, después de haber vivido en la intensidad de la experiencia toda una vida ordinaria. Durante este período, probablemente debido a las fluctuaciones en el estado de mi cuerpo y mi mente causadas por estímulos internos y externos, hubo intervalos de más profunda y menos profunda penetración, no distinguibles por el paso del tiempo sino por el estado de la inmanencia, que en el momento de más profunda penetración adoptaba un carácter tan

impresionante, omnipotente, omnisciente, dichoso, y a la vez absolutamente inmóvil, intangible e informe, que la línea invisible que separa el mundo material y la Realidad ilimitada y omnisciente dejó de existir, fundiéndose los dos en uno; el poderoso océano fue absorbido por una gota, el enorme universo tridimensional tragado por un grano de arena, la creación entera, el conocedor y lo conocido, el que ve y lo que es visto, reducidos a un vacío inexpresable sin tamaño que ninguna mente puede concebir ni ningún lenguaje puede describir.

Antes de salir completamente de este estado, y antes de que la gloria en la que me encontraba hubiese desaparecido, en el brillo luminoso de mi mente descubrí flotando las rimas del pareado que había tomado forma repentinamente en mí, cerca del puente Tawi, aquel día. Las líneas aparecieron una tras otra, como dejadas caer en el campo tridimensional de mi conciencia por otra fuente de conocimiento condensado dentro de mí. Procedían de las brillantes partes recónditas de mi ser, desarrollándose repentinamente en pareados completamente formados como copos de nieve que caían y que, de pequeñas partículas lejanas, se convierten en cristales bien definidos con formas normales cuando se acercan al ojo, y desaparecieron tan repentinamente que apenas tuve tiempo para retenerlas en mi memoria. Acudieron a mí totalmente formadas, completas en el lenguaje, la rima y el metro, productos acabados que parecían surgir de la inteligencia circundante para pasar ante mi ojo interno para expresarse. Todavía estaba en un estado de exaltación cuando me levanté de la mesa y fui a mi habitación. Lo primero que hice fue apuntar lo que recordaba de las líneas. No fue una tarea fácil. Descubrí que durante el breve intervalo que había transcurrido había olvidado no sólo el orden en que las rimas aparecieron sino también partes enteras del contenido, que me fue muy difícil recordar. Tardé más de dos horas en completar las omisiones.

Me acosté aquella noche en un estado mental de excitación y felicidad. Después de años de sufrimiento, por fin se me había permitido una ojeada a lo suprasensible y a la vez había sido el receptor afortunado de la gracia divina, que correspondía a los conceptos tradicionales de Kundalini. No podía creer en mi buena suerte; sentía que era todo demasiado asombroso para ser verdad. Pero cuando miré dentro de mí para ver lo que había hecho para merecerlo, me sentí sumamente humillado. No tenía en mi haber ningún logro lo suficientemente notable como para tener derecho al honor que se me había concedido. Había llevado una vida corriente, nunca había hecho nada excepcionalmente meritorio y nunca había conseguido reprimir por completo mis deseos y apetitos.

Examiné en mi mente todos los incidentes notables de los últimos doce años, estudiándolos desde el punto de vista del acontecimiento más reciente, y descubrí que gran parte de lo que había sido oscuro y misterioso hasta entonces estaba adquiriendo una importancia profunda y asombrosa. En la intensidad de la alegría que sentía por la revelación, olvidé la terrible prueba por la que había pasado y también la incertidumbre y la ansiedad agotadoras que habían sido mis compañeras durante todo este período. Había apurado la última gota de sufrimiento hasta las heces para descubrir una fuente resplandeciente e interminable de alegría y paz inexpresables escondida en mi interior, que había esperado una oportunidad favorable para revelarse, proporcionándome una penetración más profunda en la esencia de las cosas que la que podría dar una vida entera dedicada al estudio.

Reflexionando sobre estos pensamientos me dormí por fin, despertándome de nuevo en el terreno luminoso de los sueños en que residía cada noche. Cuando desperté por la mañana, el primer recuerdo que me vino a la mente fue el de la experiencia trascendental de la noche anterior. Incluso el recuerdo fugaz de un viaje supraconsciente al mundo maravilloso de la Infinitud es transportador, y sobrepasa cualquier cosa que podamos imaginar o encontrar en el mundo físico. Considerando la naturaleza espléndida de la visión, no es de extrañar que los videntes antiguos de la India, en comunión constante con la irrealidad trascendental, considerasen que el mundo no era más que una sombra inexplicable, una apariencia inestable e ilusoria ante un sol eterno y resplandeciente de una grandiosidad y sublimidad indescriptibles.

Cada día, durante las siguientes dos semanas, escribí unas cuantas estrofas en Kashmiri que sin excepción trataban sobre algún aspecto de lo desconocido; algunas de ellas eran definitivamente de naturaleza apocalíptica. Los versos surgían repentinamente a extrañas horas del día o de la noche, precedidos por una pausa voluntaria en el proceso normal del pensamiento. Este cese preliminar de la actividad mental iba seguido de un estado de absorción profunda, como si me lanzase de cabeza dentro de mí mismo para alcanzar una cierta profundidad donde podía captar las vibraciones del mensaje, siempre expresado en forma de poesía. Las frases se desarrollaban de una forma muy sutil, una semilla invisible, y pasaban instantáneamente ante mi mente como versos completamente formados, uno tras otro, seguidamente, hasta que el pasaje entero quedaba acabado, cuando de repente experimentaba un deseo de salir del estado de semi-trance y volver a la normalidad.

En otra ocasión más, durante aquellos quince días, tuve la misma experiencia trascendental que el primer

día, que concordó en casi todos los aspectos con la original. Estaba sentado en una silla leyendo una pieza escrita el día anterior cuando, sintiendo la orden, me apoyé en la silla y cerré los ojos en un estado de relajación, esperando los resultados. En el momento en que lo hice, sentí que me extendía en todas direcciones, inconsciente de mi entorno y envuelto en un inmenso mar de resplandor brillante, entretenido por una dulce cadencia interna distinta de cualquier sinfonía audible en la tierra, acercándome al estado supremo, hasta que, con una zambullida, me encontré separado totalmente del mundo causal, perdido en un vacío inexpresable, un estado maravilloso de existencia, absolutamente desprovisto de distinciones espaciales y temporales. Volví a mi estado normal al cabo de más de media hora, y durante los pocos minutos de transición descubrí una hermosa composición que esperaba ser percibida por mi mente, que estaba asombrada por la extraordinaria experiencia por la que había pasado.

Después de dos semanas, el idioma cambió y, en lugar de versos en Kashmiri, surgían en inglés. Los pocos conocimientos del verso inglés que poseía se limitaban al estudio de varias poesías seleccionadas, que formaban parte de mis textos escolares. Aparte de esto, puesto que no tenía un gusto innato por la poesía, nunca me había interesado por leerla. Pero podía percibir que el pasaje que tenía delante era parecido a las poesías que había leído, pero como no tenía conocimientos de la rima y el metro de la poesía inglesa no podía apreciar su excelencia.

Pocos días después, las poesías aparecieron en Urdu en vez de en inglés. Al tener un conocimiento básico del Urdu, no tuve ninguna dificultad en apuntar las líneas, pero aun así dejé muchos espacios en blanco que se llenaron meses después. El Urdu fue seguido por el Punjabi al cabo de pocos días. No había leído ningún libro en Punjabi, pero había aprendido el idioma a través del contacto constante con amigos y conocidos de habla punjabi durante mi estancia de varios años como alumno en Lahore. No obstante, tuve la gran sorpresa cuando días después me llegó la orden de que debería prepararme para recibir varios versos en persa. Nunca había leído nada en este idioma ni podía comprenderlo ni hablarlo. Esperé con una intensa expectación e, inmediatamente después de la señal, varios versos persas aparecieron ante mi mente, de la misma manera que las composiciones en otros idiomas. No tuve ninguna dificultad en reconocer muchas palabras persas e incluso la forma poética de las frases. Puesto que en el Kashmiri abundan palabras persas, me fue muy fácil comprender las palabras ya utilizadas en mi lengua materna. Después de muchos esfuerzos, por fin conseguí apuntar las palabras, pero quedaron muchos espacios en blanco y errores que no se podrían llenar ni corregir hasta mucho tiempo después.

Las pocas poesías cortas en persa que fui capaz de escribir suponían un esfuerzo tan grande que después de varios días me vi obligado a desistir de tarea tan onerosa. Me sentía totalmente agotado y, lo que era aún más grave, el efecto malsano del esfuerzo y la excitación estaba haciéndose evidente en los ratos prolongados de agitación que precedían a mi sueño. Por consiguiente, decidí descansar completamente durante más de una semana.

Después de dicho descanso, encontrando que había recobrado algo de mi salud, ya no pensé que fuese necesario resistir al impulso y me sometía a los estados de exaltación en los momentos más oportunos. Un día, cuando había obedecido la instrucción tácita de relajar mi mente para prepararme para la recepción y me había sumergido lo suficiente como para captar las emanaciones sutiles de la increíble fuente de consciencia interior, que todavía estaba fuera de mi alcance, sentí un escalofrío de profunda emoción mezclado con temor pasar a través de cada fibra de mi ser cuando la señal cruzó por mi mente entonces quieta, advirtiéndome que me preparase para escribir una pieza en alemán. Volví del estado de semi-trance con la mente agitada, incapaz de resignarme a la idea de que tan extraña realización fuese posible. Nunca había aprendido el alemán, ni visto un libro escrito en ese idioma, ni que yo sepa lo había oído hablar en mi presencia, y sin embargo se suponía que yo iba a escribir una poesía en ese idioma, lo que significaba, en pocas palabras, una negación completa de la verdad tradicional de que el idioma es una posesión adquirida y no heredada.

El alemán fue seguido por el francés y el italiano. Después vinieron unos pocos versos en sánscrito seguidos por el árabe. Realmente no podía existir nada más convincente que los fenómenos que había presenciado durante las varias semanas anteriores para conseguir que me diera perfecta cuenta de que estaba en contacto ocasional con una fuente inexpresable de todo conocimiento y que, a no ser por mi incapacidad para comprender y transcribir, podría escribir piezas poéticas en la mayoría de las lenguas conocidas de la tierra. Sentí pasar a través de mí ola tras ola de electricidad consciente, repletas de conocimiento, a las que a causa de la pobre capacidad de mi cerebro no podía tener pleno acceso.

Me faltan las palabras cuando intento describir la experiencia que de vez en cuando, desde entonces, ha sido la característica más sublime y más exaltante de mi existencia. En estas ocasiones siento como si el observador que hay en mí, o, hablando con más precisión, mi yo consciente y brillante, estuviese flotando, pero sólo con una idea sumamente lejana de la estructura corpórea, en un plano consciente vivamente

brillante, cada fragmento del cual representa un mundo ilimitado de conocimiento, que abarca el presente, el pasado y el futuro, domina todas las ciencias, filosofías y artes conocidas o que se conocerán en tiempos futuros, todo concentrado y contenido en un punto que existe aquí y en todas partes, ahora y siempre, un océano sin forma e incommensurable de sabiduría del que, gota a gota, el conocimiento se ha filtrado y seguirá filtrándose en el cerebro humano. En cada viaje al terreno suprasensible quedo abrumado ante el misterio y su maravilla y todas las demás cosas de este mundo, todo lo concebido por nosotros, nada hecho e incidente de mi vida salvo éste, cada suceso trascendental de la historia, cada ambición y deseo, y sobre todo, incluso, mi propia existencia, la vida y la muerte, parecen ser triviales ante la gloria indescriptible, el misterio inescrutable y la amplitud inimaginable del maravilloso océano de la vida, del que a veces se me permite acercarme a la orilla.

El salto diario al océano consciente al que había encontrado acceso tuvo un efecto muy estimulante sobre mi mente. Estaba inundado de maravilla por la riqueza incalculable que había descubierto dentro de mí. La ansiedad que había sentido y las graves dudas que había albergado sobre mi estado desaparecieron por completo, dando lugar a una sensación de gratitud inexpressable al poder divino, que a pesar de mi ignorancia, resistencia constante, muchos defectos, debilidades y equivocaciones, había construido con una destreza incomparable una nueva vía de percepción en mí, una visión nueva y más penetrante para introducirme en una existencia maravillosa.

A pesar de todos mis esfuerzos, trascendieron las noticias de mis extrañas manifestaciones psíquicas. Mi anfitrión, los amigos y colegas de la oficina estaban impresionados por mi comportamiento alterado y mi estado constante de ensimismamiento profundo. Aunque lo hubiese intentado, no podría haberme liberado de él, pues estaba completamente exaltado por la maravilla de un acontecimiento que estaba más allá de cualquier cosa que hubiese podido imaginar. Naturalmente, no podía ocultar a mis compañeros íntimos un hecho que tenía el efecto de arrancarme de mi equilibrio. Mi anfitrión, preocupado por mis constantes viajes en un estado de distracción profunda, casi hasta el punto de estar a veces totalmente inconsciente, estaba realmente alarmado al ver mis luces encendidas a extrañas horas de la noche y al encontrarme despierto, escribiendo con inequívoca preocupación. Conociendo mis tendencias místicas, me amonestaba amablemente, diciéndome equivocadamente que mi absorción constante y mis esfuerzos nocturnos eran el preludio de una renuncia completa al mundo para dedicarme a una vida monacal.

En el transcurso de varias semanas, incapaz de resistirme a la fascinación de la existencia subconsciente recién descubierta, me encontré impotente para salir de mis estados contemplativos. Salvo unas pocas horas de sueño irregular por la noche, me encontraba en tales estados de forma continua durante todo el día, lo que me hacía imposible fijar la mente en nada. Comía mecánicamente, casi igual que un niño ensimismado, y cuando me veía obligado a hablar, hablaba y escuchaba como un hombre absorto, que observa un drama fascinante que se representa delante de él y que da respuestas lacónicas a los comentarios de los que están sentados a su lado, a menudo sin comprender o acordarse en absoluto de lo que se dice. Iba a la oficina más por la fuerza de la costumbre que por elección o propensión. Mi ser entero se sublevaba cuando intentaba descender de las alturas etéreas de la trascendencia a los secos archivos desatendidos que había en mi mesa. Después de algunos días, el simple acto de sentarme en el ambiente atestado de la oficina durante horas se me hizo tan desagradable y opresivo que pedí un largo permiso, para nunca volver a entrar en ese edificio. Me di cuenta de que la ruptura de mi conexión con la oficina disminuiría en gran parte mis ingresos, pero mi deseo de liberarme de las cadenas de la servidumbre era demasiado fuerte para reprimirlo por consideraciones monetarias o mundanas.

Mientras tanto, la extraña noticia se difundía por el pueblo, y una multitud de gente visitó mi residencia, atraída por los rumores del acontecimiento milagroso. La mayoría acudían sólo para satisfacer su curiosidad y para comprobar lo que habían oído, como hubieran ido a ver a un ejemplar monstruoso o a observar el asombroso espectáculo de un prestidigitador. Pero muy pocos de ellos mostraron interés por la génesis del cambio o la razón de la manifestación repentina. Al cabo de pocos días, la avalancha de gente fue tan grande y continua que desde las primeras horas de la mañana hasta el atardecer no tenía ni un momento para mí. Creyendo que sería descortés no aceptar las entrevistas, y con la impresión de que tal actitud por mi parte sería interpretada equivocadamente como orgullo, soportaba la avalancha diaria a costa de mi paz mental, que debería haber sido mi preocupación principal en las etapas iniciales del nuevo acontecimiento. Normalmente me encontraba en un estado de exaltación mental; en dicho estado hablaba con la gente reunida a mi alrededor, frecuentemente pasando, ante sus miradas, a estados más profundos, y con la entrada de otros grupos volvía a mi estado normal. Recibía a las multitudes anhelantes mecánicamente, apenas atento a lo que decían o a los que llegaban y se iban a lo largo del día.

Pocos días después, la tensión se hizo inaguantable y empecé a sentir sus efectos adversos en mi salud. El primer indicio del trastorno fue una inquietud creciente durante las noches, que pronto pasó a un estado de insomnio parcial. En lugar de sentirme alarmado por la reaparición del enemigo que me había causado tanta agonía en el pasado, lo interpreté como la primera señal de una existencia liberada, de libertad en el dominio de la carne, considerada una característica esencial del auténtico crecimiento espiritual. Faltándome los cuidados de mi esposa, que con el fiel instinto de una mujer había siempre ejercido una supervisión estricta de mi alimentación, también me volví indiferente a la comida, gozando con la idea de que por fin había superado una debilidad que me había obligado a estar demasiado atento a mi alimentación y a ser un esclavo de la

regularidad. Gradualmente, una sensación de separación del mundo empezó a apoderarse de mí, acompañada de un deseo creciente de romper las cadenas que me vinculaban a mi familia y llevar la vida de un sanyasi, imperturbado por el deseo y liberado de las costumbres y el convencionalismo.

Había pasado por una experiencia muy extraña que había culminado en un acontecimiento que superaba totalmente mis esperanzas, y que era necesario dar a conocer a los demás. Por lo tanto era mi deber, razonaba conmigo mismo, llevar una vida completamente libre de la preocupación y agitación de una existencia mundana, dedicada exclusivamente al servicio de la humanidad, con el objetivo de dar a conocer la gran verdad que había descubierto. El único obstáculo para la realización de esta decisión, me parecía a mí, se presentaría por los fuertes lazos de afecto que me vinculaban a mi familia y amigos y que, a juzgar por mi propia experiencia pasada y mis tendencias, me sería muy difícil romper. Pero cuando meditaba más profundamente sobre este asunto y buscaba la respuesta en mi corazón, descubrí con gran asombro que la increíble experiencia que había experimentado me había purgado también del amor mundano, y era capaz de separarme de mi familia y amigos para siempre sin mirar siquiera atrás, para llevar a cabo la empresa sagrada a la que deseaba ansiosamente dedicarme, libre de cualquier obligación familiar.

Pero aunque se me proporcionó una visión del estado mental y la fuerza motriz que había detrás de él que empujaba a los antiguos profetas y videntes a proezas incomparables de renuncia y ascetismo, que parecen estar fuera del alcance de la capacidad humana ordinaria, yo no estaba llamado a seguir sus pasos debido a la extrema sensibilidad de mi sistema a los trastornos producidos por la tensión de estados desfavorables y duros. Existía un punto débil en alguna parte de mí que a menudo cedía ante el rigor impuesto por una forma ascética de vida o por la irregularidad prolongada con respecto a la alimentación y al sueño. Creo que debido a esta vulnerabilidad fui capaz de descubrir la estrecha conexión que existe entre el cuerpo y la mente, incluso en los estados trascendentales del cerebro, que de lo contrario posiblemente no hubiera visto con claridad.

Durante más de un mes viví en un estado de júbilo y exaltación espiritual que me es imposible describir. Durante todo este período mi ser entero estaba siempre impregnado de una marcada sensación de que, mientras me movía, estaba sentado o actuando, estaba constantemente rodeado por una esplendorosa presencia silenciosa de la que derivaba mi existencia individual. Frecuentemente pasaba por estados de más profundo ensimismamiento en que, mudo de asombro, me perdía completamente en lo indescriptible. Estos estados iban acompañados ocasionalmente hacia el final de destellos inspiradores. Después de este período, debido a la falta de sueño y a la irregularidad de la alimentación, la sensación de exaltación y felicidad, que había estado presente continuamente, disminuyó de forma perceptible, y de nuevo empecé a sentir síntomas de agotamiento y a veces incluso de intranquilidad mental. Me vi sacado bruscamente de este estado efímero de alegría celestial cuando una mañana, al levantarme de la cama después de una noche intranquila, me encontré en las garras de una aguda depresión que duró todo el día, provocando un efecto parecido al que produce un baño de agua helada tomado por quien se encuentra en estado de embriaguez. Asustado hasta olvidar mi optimismo equivocado y reprendiéndome con severidad por mi negligencia, meforcé a prestar atención inmediata a mi alimentación, y al cabo de algunos días advertí signos de mejoría.

Pero mi entrega inmoderada al placer psíquico, el esfuerzo mental excesivo y el descuido de las necesidades orgánicas habían, sin que yo lo percibiera, reducido mi vitalidad hasta un punto alarmante, creando un estado de envenenamiento de mi sistema nervioso, que me impidió advertir el extremadamente lento deterioro a tiempo para tomar las medidas preventivas adecuadas. Había oído relatos de hombres que, intoxicados de alegría hasta el punto de la locura en su primera visión del estado suprasensible después del despertar, se habían visto transportados tan lejos de la vida terrenal que les era imposible descender al nivel normal de conciencia para atender a las necesidades del cuerpo; sus espíritus, en contemplación extática ininterrumpida del fascinante terreno suprasensible desde el principio hasta el final, habían salido del cuerpo, privado de alimentos, sin volver a descender ni una sola vez a la tierra.

Inmediatamente dejé de mostrarme ante las multitudes curiosas que iban y venían en una corriente interminable. En lugar de incitar estados de absorción intensa, siempre a la espera de caer sobre mí en el momento en que mi mente miraba hacia adentro, evitaba deliberadamente la introversión, dedicándome en forma exclusiva a fruslerías mundanas para dar un período de descanso al ya demasiado estimulado cerebro. Era a mediados de marzo aproximadamente, con los primeros indicios del despertar de la primavera en Kashmir, y sentía que no debería tardar en regresar a mi hogar, mi único asilo en momento de aflicción, para someterme al cuidado afectuoso de mi esposa, mi único guardián durante la enfermedad. Sin perder ni un solo día, viajé a Srinagar en avión, renunciando para siempre al pensamiento de recorrer la tierra de la manera tradicional para emprender la regeneración de la humanidad, una fantasía nacida, en mi caso, del deseo de poder, del ansia de conquista mental, que a menudo acompaña a la actividad de Kundalini en el centro intelectual, provocando un estado ligeramente intoxicado del cerebro, demasiado sutil para que lo perciban el

sujeto mismo o sus compañeros mal informados, por muy eruditos e inteligentes que sean.

En casa me entregué por completo al cuidado de mi esposa, quien, debido a la ausencia de color en mi rostro y a la mirada de mis ojos, en seguida llegó a la conclusión de que estaba agotado y necesitaba urgentemente descansar y recuperarme. Las noticias de mis extrañas proezas habían llegado a Srinagar antes que yo, y fue un difícil problema evitar que las multitudes que se reunían en mi casa tuviesen acceso a mí. Pocos días después, era capaz de dedicar varias horas diarias a recibir visitas sin cansarme, y de mantenerme ligeramente ocupado el resto del tiempo para poder evitar la influencia de los estados contemplativos, que incluso entonces me provocaban tanta fascinación que tenía que poner a prueba mi voluntad al máximo para poder resistir la tentación durante un día. En el curso de varias semanas, las multitudes empezaron a disminuir y finalmente dejaron de aparecer, permitiéndome descansar más; y ello, junto con las preocupaciones que tomaba en mi alimentación, me ayudó a superar la deficiencia causada por mi propia falta de dominio de mí mismo. Pero tardé más de seis meses en volver a ser normal y ocuparme de mis deberes sin perderme de repente en la contemplación absorta de una existencia incondicional.

Cuando mi permiso ya había terminado, decidí no volver a trabajar. El camino de escapatoria de la sordidez y miseria del mundo material a la paz y tranquilidad indecibles del universo interno era demasiado estrecho y arriesgado para que pudiese aprovecharlo con una pesada carga de responsabilidades mundanas sobre mis hombros. Para saborear la fruta de la liberación espiritual verdadera me era necesario apartarme lo más lejos posible de las cadenas que me vinculaban al mundo material. El rincón aislado de una oficina atareada, latiendo con la actividad silenciosa y tensa de la emoción reprimida, no era un lugar donde un hombre, ahora constantemente absorto en lo oculto, podía pasar varias horas seguidas, siempre atento a las órdenes de otros, sin correr el riesgo de dañar gravemente su salud mental. También existían otras razones que precipitaron mi decisión de romper mis conexiones con la oficina. El cambio de gobierno había traído tras él un montón de problemas candentes que requerían solución inmediata. Había que tratarlos, y tratarlos cuidadosamente, en un momento en que el país entero se encontraba en un estado de agitación, causado por una lucha salvaje por el poder y las posesiones por un lado y por los esfuerzos que se hicieron para alejar la privación y desposeimiento por otro. Nuestra oficina no pudo escapar a la agitación generalizada que era visible por todas partes, y pronto su ambiente estuvo tan cargado de sospechas recíprocas que para un hombre en mi estado eso resultaba verdaderamente peligroso. Por consiguiente, solicité la jubilación prematura que, después de las formalidades normales, me fue concedida finalmente.

Ahora era libre para disponer de mi tiempo de la manera que me apeteciera, sin verme molestado por pensamientos relativos a cómo conseguir salir de dilemas oficiales siempre presentes y de los conflictos constantes entre mi conciencia y los deseos de mis superiores. Después de una ausencia de muchos meses, durante la cual se había producido en mí literalmente un cambio de universo, me uní de nuevo al fiel grupo de amigos que había mantenido vivo nuestro movimiento durante el intervalo. Participé de nuevo en sus actividades, que ahora iban dirigidas a la provisión de comodidades para viudas completamente indigentes en nuestra sociedad o a la eliminación de las barreras creadas por la opinión pública en contra de sus nuevos matrimonios, aliviando de esta manera, hasta cierto punto, el sufrimiento de muchas personas sometidas a un trato inhumano en nombre de la religión y castigadas por sus propias familias.

A pesar del profundo deseo de cada miembro del pequeño grupo de limitar sus actividades a la misión del servicio, se vieron atraídos a disgusto hacia las aguas turbulentas de la rivalidad y la ambición política por la oposición constante, que forzaba su lealtad. En el transcurso de pocos años, se les hizo difícil seguir con la obra humanitaria en la que estaban ocupados. Pero, decididos a persistir, consiguieron continuar sus actividades de una forma limitada, siempre ansiosos de evitar los grupos políticos rivales que iban a la caza de su apoyo.

Durante los años críticos que siguieron a mi primera experiencia de lo oculto, el centro de trabajo de nuestro grupo sirvió para el doble propósito de proporcionarme una ocupación agradable sin reducir mi libertad, y también una afición fructífera y sana para mi ocio. Por primera vez había saboreado la alegría de una existencia nueva y me enloquecía hasta tal punto que no lo creía posible, creando en mí una sensación de alejamiento del mundo y una aversión hacia las cosas de la vida, como si estuviera cautivo en una tierra extraña, impaciente por escapar de una prisión pero incapaz de hacerlo. Me hubiese podido convertir en recluso para saciar el fuego de la renuncia encendido en mí a no ser por el contacto constante con el sufrimiento y la miseria y las pocas posibilidades que tenía de aliviarlos. Mi participación activa en esa empresa caritativa, aunque sumamente limitada en su campo de acción, consiguió hasta cierto punto mantenerme normal y suficientemente vinculado al mundo como para combatir las tendencias mórbidas de evasión que se habían desarrollado en mí. El resto lo consiguió mi esposa, cuyo amor inmenso, atención incansable a mi más pequeña necesidad y cuidado constante me hicieron tan dependiente de ella que la idea

de vivir en el aislamiento, apartado de ella incluso por un breve tiempo, parecía demasiado terrible para alguien que se encontraba en un estado de salud tan delicado y peculiar como el mío.

Desde el comienzo del nuevo desarrollo, muchas personas, impulsadas por el deseo o empujadas por la necesidad, acudieron a verme con un propósito oculto en la mente. Esperaban durante horas, buscando una oportunidad para hablar a solas conmigo acerca del propósito de su visita. Durante el primer período, cuando las multitudes no daban signos de disminución y yo generalmente me encontraba en un estado de exaltación y muy lejos de ser comunicativo, acudían varias veces seguidas hasta poder tener unos pocos minutos de conversación conmigo. Para la mayoría, yo había alcanzado un estado de autoridad, de dominio sobre las fuerzas sutiles de la naturaleza, capaz de hacer y deshacer las cosas, de alterar las circunstancias, de cambiar el destino y modificar el efecto de las acciones y la conducta de otras personas. Me habían asignado una posición de soberanía, de estrecha intimidad con el Todopoderoso, con poderes para desafiar las leyes de la naturaleza e interrumpir el curso de los sucesos con un mero gesto o con la fuerza de mi voluntad. Escuchaba sus relatos en silencio, conmovido por las escenas de miseria humana y las historias de aflicción desgarradora que narraban. Algunos estaban en la miseria, o desempleados, algunos sin hijos, o complicados en litigios, o eran inválidos desesperados, otros se encontraban en las garras de la derrota, o enredados en problemas domésticos, y así sucesivamente. Esperaban que yo intercediese con el destino en su nombre para liberarles de sus pesares y de sus dificultades, contra los que no podían luchar, y estaban ansiosos de hacer suya cualquier posibilidad pasajera, manteniendo la más tenue esperanza, como un hombre que se ahoga se aferra a un madero. Eran todos hombres y mujeres afligidos, frustrados o desilusionados, para quienes la vida era un lecho de espinas.

La creencia general entre las masas sobre los médiums y videntes, que se remonta a tiempos prehistóricos, les atribuye increíbles poderes sobrenaturales. La opinión general es que poseen un lazo misterioso con las fuerzas sutiles e inteligentes de la naturaleza y un dominio sobre ellas y sobre los elementos y los espíritus. No pude escapar de las consecuencias de esta creencia, y ninguna negación o discusión por mi parte fue suficiente para convencer a unas gentes, no sólo profundamente impregnadas de superstición desde la infancia, sino también forzadas por situaciones sumamente dolorosas a estar ansiosamente al acecho de una fuente sobrenatural para liberarse de sus dificultades. Muchos de ellos, atribuyendo mi incapacidad sinceramente expresada para ayudarles en su aflicción a mi desgana por hacer algo, se comportaban como niños, suplicando mi ayuda con las manos cruzadas y lágrimas en los ojos. La visión de las lágrimas y la audición de voces varoniles roncadas de emoción me afectaba intensamente, al ver a aquellas gentes que estaban tan conmovidas por la pena.

Estos hombres y mujeres afligidos que acudían a mí en busca de una escapatoria milagrosa de sus males eran, en su mayor parte, víctimas de la injusticia social, y mi corazón padecía por ellos. En su posición yo seguramente hubiera actuado del mismo modo. Mi completa incapacidad para aliviar su desolación aumentaba tanto mi tristeza por su miseria que, incapaz de aguantarlo, a veces tenía que buscar refugio en mi ser más profundo para recobrar la seguridad y la fuerza. Les consolaba lo mejor que podía, y a menudo se iban en un estado de ánimo más tranquilo que cuando habían llegado, dejándome a mí intranquilo e insatisfecho, cargado con su pesar, vivamente consciente del hecho de que, dado que formamos las pequeñas células individuales de un enorme organismo, compartimos las tristezas y la miseria que existen en el mundo; pero, al ser incapaces de darnos cuenta de ello por el muro del ego que separa cada célula de las demás, nos sentimos felices y orgullosos por adquisiciones conseguidas a nuestra costa, que equivocadamente creemos que han sido pagadas por otros.

Mientras ha habido un fundamento sólido para la venerable creencia que atribuye poderes trascendentales a los visionarios, ha persistido a través de los siglos la idea popular de que los que poseen el poder tienen la capacidad de dejar de lado las leyes de la naturaleza y cambiar el curso de los hechos. Esta idea se basa en una evaluación incorrecta de dicha posición y también en una actitud malsana en cuanto a los problemas de la vida. El desarrollo de una vía de conocimiento suprasensible para la percepción de realidades sutiles que están fuera del alcance de los sentidos y la razón no tiene la intención de sustituir sino de colaborar con la facultad racional en la administración de asuntos temporales rígidamente gobernados por leyes temporales. Los poderes psíquicos e incluso físicos que poseen los profetas y videntes son solamente una especie de manifestación, un signo de soberanía concedido por la naturaleza. En estas circunstancias, la aplicación de unos dones espirituales extremadamente raros para la solución de los problemas cotidianos de la existencia física del hombre, para la que el intelecto es el instrumento apropiado, sería tan irracional como utilizar el oro, por su peso, con el propósito de picar piedras para proporcionar materiales para hacer carreteras. Los poderes curativos y demás poderes ejercidos a veces por místicos y santos, nunca han ido más allá de la esfera de aplicación individual; fueron los genios, que aportaban la visión para ayudar al intelecto, los que tuvieron que

concebir remedios universalmente eficaces para plagas como la viruela, y tuvieron que hacer aún otros descubrimientos en el terreno físico, una tarea que ni fue conseguida por los profetas y visionarios ni era de su competencia.

A medida que pasaba el tiempo y me negaba firmemente a ser tentado a hacer una demostración vulgar o hacer uso impío del don inapreciable que el cielo me había concedido, hubo una disminución perceptible en el número de suplicantes que acudían a mí con la pretensión de un desagravio milagroso, y finalmente cesaron por completo. Me adhería escrupulosamente a una forma de vida normal, cumpliendo con todos los deberes que me incumbían como cabeza de familia, y en mi vestimenta, aspecto y comportamiento no mostraba ni la menor desviación del patrón que hubiera seguido en una situación normal. Esto hizo que la mayoría de las personas, que al principio habían manifestado el más profundo interés por mi asombrosa hazaña, modificasen su opinión y considerasen que el desarrollo era extraño, desapareciendo tan misteriosamente como habían aparecido, o una anomalía que se había atenuado espontáneamente con el paso del tiempo. En el curso de varios años, el incidente, después de haber existido como una maravilla efímera, casi se olvidó, y ahora raramente se menciona, salvo por los difamadores que se refieran a él como prueba indiscutible de mi carácter excéntrico, cuando desean desacreditarme.

En vista de esta experiencia, pongo en duda la capacidad de la mente de las masas de llegar más allá del camino habitual. Salvo media docena de personas en total, las miles que acudieron a verme no mostraban ni la más mínima curiosidad por saber cómo se había producido el acontecimiento y cuál era el misterio que había detrás de la asombrosa manifestación. Si al principio, próximo aún el acontecimiento, hubiese empezado a hablar y cuchichear de una manera misteriosa y editado volúmenes abstrusos para que lectores desorientados pudieran estudiarlos detenidamente, cada uno con el derecho de sacar su propia significación de las expresiones vagas y los pasajes oscuros, en lugar de hacer una simple exposición de los hechos sin ambigüedades, y hubiese seguido el mismo principio en mi vestimenta y comportamiento, el interés y la curiosidad habrían aumentado enormemente, como mínimo durante un período, asegurándome no sólo la popularidad sino también dinero a costa de la verdad.

Con el transcurso del tiempo, me acerqué cada vez más a la normalidad, mientras mantenía inviolado el estado de ampliación de mi conciencia, y descendía mentalmente de un estado de embriaguez a otro de sobriedad. Me volví más profundamente consciente del hecho de que, aunque ahora mi equipo psicofisiológico había alcanzado un estado que hacía posible, en ocasiones, que trascendiese la frontera que confinaba rígidamente la actividad mental de mi prójimo, esencialmente no era distinto o superior a ellos de ningún modo.

Físicamente era lo que había sido antes, tan propenso a la enfermedad, al debilitamiento y al paso de los años, al accidente y la calamidad, al hambre y la sed, como siempre lo había sido, un hombre normal en todos los aspectos salvo la alteración de la esfera mental, que al llevarme en ocasiones más cerca a las puras realidades metafísicas, tan asombrosas y ajenas a nuestras ideas ordinarias como la luz y la oscuridad, tenía un efecto de restricción sobre las tendencias frívolas y vanas de mi mente. No había superado de ningún modo las limitaciones biológicas de mi cuerpo, no había rebasado la medida de su resistencia y capacidad física, ni logrado ningún poder milagroso para desafiar las leyes de la naturaleza. En cambio, mi sistema era más delicado. Yo era el mismo hombre, ahora entrado en años, que se había sentado para meditar aquel día memorable, cuando tuvo su primera experiencia con lo suprafísico, con la diferencia de que desde entonces, mi cerebro ha sido afinado conforme a vibraciones más sutiles del inimaginable universo consciente que nos rodea, y como consecuencia ha adquirido una visión interior más profunda y penetrante. Salvo la alteración en la corriente vital y ciertos cambios biológicos peculiares, no hubo ninguna característica externa que me distinguiera de los demás. Los estados de profunda absorción, que en ocasiones llevaban al super-estado indescriptible, se convirtieron en una característica normal de mi existencia. Perdía el contacto con ella, no obstante, durante intervalos de enfermedad y en el estado de debilidad del sistema que le seguía.

La experiencia trascendental se ha repetido tantas veces que no cabe duda alguna sobre su validez, y concuerda tan claramente con las descripciones hechas por místicos y yoguis que no hay posibilidad de confundirla con otro estado. La experiencia es genuina, sin duda, pero existe una diferencia entre mi reconocimiento de ella y el reconocimiento que se le concedía en el pasado. La diferencia está en el tratamiento de la manifestación no como una señal de favor divino especial, concedido a mí en particular o ganado como recompensa a mis méritos, sino como una posibilidad siempre presente, que existe en todo ser humano debido al proceso evolutivo que todavía actúa en la raza, y que tiende a crear un estado del cerebro y del sistema nervioso que puede capacitar a una persona a trascender las fronteras existentes en la mente y adquirir un estado de conciencia muy superior al que es la herencia normal de la humanidad del presente. En otras palabras, en lugar de creer que la experiencia, a pesar de su naturaleza maravillosa y sublime, denota una comprensión subjetiva de la realidad esencial, completa, para mí representa el ascenso de un peldaño a otro en la escalera de la evolución.

A mí me parece que no existe ninguna razón para atribuir el fenómeno a la intervención directa de la Voluntad Divina, sin tomar en consideración las leyes cósmicas físicas y espirituales. El progreso que hizo el hombre durante el ciclo eólico de su evolución no pudo ser accidental, ni su transformación pudo efectuarse sin orientación y favor divino a cada paso. Sería más que ridículo suponer que él es más querido por Dios ahora que hace un millón de años, y que actualmente tiene derecho a favores especiales que le fueron negados en aquel tiempo. A no ser que eliminemos la Divinidad por completo de la creación o como mínimo del sistema de evolución orgánica, la única alternativa es aceptar que el origen y el desarrollo subsiguiente, desde el primer movimiento de la vida en el estado primordial hasta la emergencia del hombre, se debieron totalmente al funcionamiento de la Voluntad Divina, que actuaba a través de leyes eternas, oscuras y actualmente ininteligibles para nosotros. La distancia recorrida por el hombre en su ascenso de la tierra baja del instinto hasta las alturas de un ser racional, fue una etapa esencial de su viaje, al igual que lo es la que ahora le espera, del estado de un mortal vinculado a la tierra a la cumbre besada por el cielo de los dioses. El primero debía su origen a la Voluntad Divina tanto como el segundo, ambos dependientes del éxito en la observación correcta de las leyes cósmicas todavía oscuras.

Hay una ley que actúa incluso en los casos en que la manifestación es repentina, después de extraordinarios esfuerzos y penitencias espirituales, o sin ellos, o se da aparentemente una intervención milagrosa en un momento crítico, como sucedió en mi caso más de una vez, para la que no existe ninguna explicación ni alternativa sino tratar el fenómeno como un acto de la gracia divina. No sé si fue debido a la naturaleza de la manifestación o al hecho de que me fuese concedido el privilegio mientras llevaba una vida normal como cabeza de familia sin ningún adoctrinamiento previo, inclinación religiosa, o disciplina mental

monástica, pero a pesar de todo, desde el principio, una convicción innata se formó gradualmente en mi mente en cuanto a que lo que experimentaba en el estado trascendental no era más que la siguiente fase, más elevada, de la conciencia que la humanidad está destinada a alcanzar como su posesión normal con el transcurso del tiempo, aspirando de nuevo a una forma todavía más sublime, que es imposible concebir actualmente.

Advertido por los malos efectos que siguieron a mi absorción excesiva en lo supraconsciente en Jammu, intenté, y gradualmente logré, limitar y moderar la actividad suprasensible de mi mente, ocupándome con los trabajos temporales y saludables de la organización. El agotador esfuerzo mental requerido para la recepción de composiciones en idiomas que no conocía era un precio demasiado alto que pagar por una hazaña que tenía un valor sensacional o asombroso para los demás. Descubrí con el paso del tiempo que sólo un pequeño conocimiento del idioma era suficiente para poder recibir pasajes poéticos sin forzar la memoria o causar una fatiga perjudicial en el sensible cerebro. Tal vez, a causa de la posibilidad del daño debido al intenso esfuerzo mental requerido para la recepción de lenguas desconocidas, esta fase de la actividad psíquica recién desarrollada cesó al cabo de algún tiempo. Los pasajes en los idiomas conocidos siguieron llegando hasta mí de vez en cuando, sobre todo durante los tres meses del invierno, cuando, debido probablemente a una mayor adaptabilidad al frío que al calor, mi sistema podía soportar estos estados superiores con más facilidad que en verano. Pero sea verano o invierno, es esencial para el juego suprasensible de mi mente que el cuerpo tenga una salud normal, totalmente libre de enfermedad e infección.

El brillo luminoso en mi cabeza y la cadencia en mis oídos prosiguen sin atenuarse. Existe una variación en el brillo al igual que en la calidad de los sonidos durante el trastorno corporal o mental, que indica una relación entre la conciencia ahora sumamente ampliada y el organismo, como mínimo tan estrecha como la que existía entre los dos antes del despertar. Mi reacción a la infección y la enfermedad es ligeramente distinta; primero, hay una ausencia total o sólo una ligera subida de la temperatura durante la enfermedad, una rapidez anormal del pulso, y, segundo, está mi incapacidad para ayunar con seguridad. Parece que la pérdida de combustible vital en mi sistema, que alimenta a la siempre ardiente llama de mi frente, es excesiva y la reserva de energía demasiado pequeña para permitirme la actividad vital sumamente ampliada durante largos períodos sin reabastecimiento. Esta susceptibilidad del organismo puede que sea motivada por el tremendo esfuerzo o incluso por el ligero daño soportado por mi sistema nervioso en más de una ocasión, debido a mi violación inconsciente de las condiciones que gobiernan mi nueva existencia, o a la debilidad inherente de algún órgano vital, o a las dos cosas. Por esta razón, durante cualquier trastorno del sistema, debo tener mucho cuidado con mi alimentación y su regularidad.

Aparte de la crisis que tuve que enfrentar en el terreno espiritual, el destino también me había deparado dificultades no menos importantes en la esfera temporal. La ruptura de mi conexión con la oficina dio como resultado la reducción de mis ingresos a la mitad, con la que debía mantenerme a mí mismo y a mi familia. Durante años permanecí en un estado mental y físico demasiado delicado y precario para poder dedicarme a alguna otra ocupación que requiriese atención y trabajo prolongado, para poder ampliar mis recursos. Necesitaba libertad y reposo para salvarme de un desastre mental en aquel estado extremadamente sensible del cerebro. Durante este período, los precios de los productos subieron vertiginosamente, haciendo imposibles para nosotros, con nuestra pequeña renta, los equilibrios para vivir. Muy lejos de tender la mano a alguien para pedir ayuda, ni siquiera permití que trascendiera el menor indicio de nuestra aplastante pobreza. No tenía a ningún hermano o tío a quien recurrir. Mi pobre suegro, siempre preocupado por mi bienestar, fue muerto a tiros por los invasores en la época de las incursiones de 1947, y su hijo mayor estuvo en cautividad en Bunji, donde sufrió grandes penalidades durante más de un año antes de ser liberado. Sus hermanos menores estaban muy ocupados intentando recuperar la fortuna de la familia saqueada y asolada. Mis dos hermanas, ambas extremadamente amables y afectuosas conmigo, estaban atrapadas en la miseria económica y durante años no pudieron librarse de ella lo suficiente como para volver a asentarse en tierra firme.

La fría ola de pobreza que nos inundó arrasó a casi todas las familias vinculadas estrechamente a nosotros por lazos de parentesco y no había posibilidad de apoyo en ningún lado. Aunque existiese, yo habría sido la última persona en aprovecharme de él. Aunque sufriamos terriblemente, no hice el menor intento para pedir ayuda. Comparado con los precios de antes de la guerra, el precio de la comida se había multiplicado mucho como consecuencia de la inflación evidente en todas partes. El salario entero que recibía de la oficina antes de mi jubilación, aunque hubiese sido doblado, no nos habría permitido satisfacer las necesidades de nuestra pequeña familia frente a la fuerte subida de los precios, e incluso en una situación normal hubiésemos tenido dificultades económicas. Pero con los ingresos reducidos a la mitad, el coste de la vida aumentado como mínimo cuatro veces, y la necesidad inevitable de una alimentación más nutritiva y por lo tanto más cara para mí, sin ninguna otra fuente de ingresos y ninguna posibilidad de conseguirla, me vi en un apuro indescriptible

en un momento en que me encontraba en un estado mental precario.

La lucha duró casi siete años. Sólo el heroísmo de mi esposa me salvó la vida. Ella vendió sus joyas y se privaba hasta el máximo para proporcionarme los alimentos que yo necesitaba. No pude hacer nada para impedir que lo hiciese, y tuve que seguir siendo testigo impotente de su sacrificio. Era la única persona que lo sabía todo referente a mi estado y, sin comprender en absoluto la importancia real del acontecimiento, se torturaba para salvarme del dolor de trastornos corporales violentos que sucedían invariablemente a una irregularidad o deficiencia marcada en mi alimentación. En no menos de tres ocasiones durante este período regresé de las garras de la muerte, no debido a capricho alguno de la extraordinaria energía que habitaba en mi cuerpo, o a un descuido deliberado por mi parte, sino a causa de la pobreza agobiante, la falta de comodidades y a una alimentación insuficiente e inadecuada, que a pesar del heroísmo de mi esposa y el sacrificio de mis hijos, que a menudo insistían en entregarme parte de su propia ración, no podía ser lo que debería haber sido a causa de la insuficiencia absoluta de nuestras finanzas. En dichas ocasiones, tendido en mi lecho de enfermo en un estado de agotamiento total, me asombraba del gran misterio del destino que permitía que alguien llamado a revelar un secreto extraordinario estuviese afligido y torturado por la falta de unas pocas monedas, que fluían en torrente por todas partes y que muchos gastaban en naderías a diario. Pero incluso en los momentos de mayor pesimismo, una convicción firme persistía en mi mente, como una estrella solitaria brillando pálidamente en un oscuro cielo amenazador: de alguna manera sobreviviría a la crisis y viviría para poner en las manos de la humanidad el gran secreto del que dependía la seguridad futura de la raza. Fue debido principalmente a esta fuerza interior, que ninguna fuente exterior podía infundir en mí, por lo que fui capaz de oponer una fuerte resistencia incluso en las situaciones más desesperadas, en que no tenía posibilidad de ayuda procedente de fuentes terrenales.

Los malos efectos de estos graves debilitamientos de mi salud, la consecuencia inevitable de la indigencia, duraron cada vez varios meses, y una vez casi dos años. Durante estos períodos, cuando ni siquiera el cuerpo había recobrado la reserva agotada de energía vital, perdí estos estados sublimes, e incluso durante gran parte del tiempo sufría síntomas mentales inquietantes. Pero no hubo disminución de la corriente vital o del halo brillante que rodeaba mi cabeza incluso en los estados de mayor debilidad. La reacción violenta de mi sistema a cualquier descuido por mi parte, que impedía por completo la acción de mis procesos interiores, y sobre todo cualquier negligencia en cuanto a mi alimentación, era claramente comprensible. Para que cualquier tendencia transformadora natural sea eficaz, es necesario que vaya acompañada de una actividad biológica orientada hacia este fin, y para que cualquier actividad biológica sea eficaz, el alimento en cantidad suficiente y de una calidad saludable es un requisito indispensable y primario. Si es obligatorio para un atleta asumir ciertas pautas rígidas de conducta, que tenga horas regulares de descanso y una alimentación equilibrada, es mucho más necesario que alguien cuyo organismo entero está en un estado de febril actividad, parecido al esfuerzo de un atleta durante un entrenamiento intensivo, tenga cuidado en estos y los demás aspectos para salvar su sistema de un daño irreparable. El proceso que actúa en él no está dirigido tan sólo hacia el desarrollo de los músculos del brazo, la pierna y el pecho, sino de un modo mucho más importante hacia el desarrollo del cerebro y los nervios, las vías principales de la vida, que trabajan con ahínco en ellos y en todos los órganos vitales día y noche, mientras su dueño, según el estado actual de nuestro conocimiento de este mecanismo, no encuentra la pauta de conducta que debe perseguir ni las precauciones que debe adoptar para salvarse de un daño más inminente y mucho más grave que el que sufriría un atleta por una negligencia parecida.

Si no hubiera sido por los cuidados que me proporcionó mi madre durante mi infancia y juventud, bajo circunstancias adversas y en las garras de la pobreza, y más tarde mi esposa durante todas las fases críticas de mi transformación y en todas las vicisitudes de mi vida hasta hoy en día, nunca habría salido con vida e intacto de la terrible ordalía. Si no hubiera sido por la tremenda abnegación de mi esposa y el cuidado ansioso que me prodigó cada día durante más de veinticuatro años, contando sólo el período posterior a la manifestación, ahora no estaría vivo para escribir estas líneas. Siempre he intentado imaginar cómo habría actuado yo en su lugar si nuestros papeles hubieran sido invertidos, en circunstancias parecidas, a pesar de toda mi experiencia con lo suprasensible y mi pretensión de poseer conocimientos suprasensibles, y me he sentido humillado por el pensamiento de que habría fracasado miserablemente en emularla en la realización de todas sus tareas fatigosas, aunque esenciales, que ella realizó serena y conscientemente durante años.

Tal vez nadie que lea este relato se sorprenda tanto como yo por el espléndido ingenio de la naturaleza y la maravilla que ha escondido en el frágil cuerpo del hombre, que, a través del barro que le vincula a la tierra, permite que su espíritu vuele libremente hasta alturas vertiginosas para llamar a las mismas puertas del cielo. Como un niño pequeño que se aventura a salir fuera por primera vez y se encuentra en la orilla de un océano encrespado, echando una mirada hacia su casa que queda tras de él y otra hacia la visión estupenda que tiene

delante, me siento completamente perdido entre los dos mundos en los que vivo... el universo incomparable e infinitamente maravilloso interior y el mundo colosal, aunque familiar, exterior. Cuando miro hacia adentro, me elevo más allá de los límites del tiempo y el espacio, en concordancia con una existencia majestuosa y omnisciente, que se burla del miedo y se ríe de la muerte, y en comparación con ella los mares y montañas, soles y planetas, no parecen más que nubes insustanciales que flotan a través de un cielo ardiente; una existencia que lo es todo y a la vez totalmente apartada de todo, una maravilla interminable e inexpresable que sólo se puede experimentar y no se puede describir. Pero cuando miro hacia afuera soy lo que era, un mortal ordinario en absoluto distinto de los millones que habitan la tierra, un hombre común, presionado por la necesidad y obligado por las circunstancias, un poco escarmentado y humillado, eso es todo.

El único cambio realmente notable que percibo en mí es que, no a través de mi propio esfuerzo sino por lo que actualmente sólo puedo llamar la gracia, como resultado de una actividad diaria observable, aunque todavía incomprendible, a partir de una forma resplandeciente de energía vital, presente de una forma latente en el organismo humano, se ha desarrollado en mí una nueva vía de comunicación, un sentido más elevado. A través de esta vía extraordinaria y sumamente sensible, una inteligencia superior a la que poseo se expresa a veces de un modo tan asombroso para mí como lo pueda ser para otros, y a través de ella, en ocasiones, puedo tener de nuevo una visión fugaz del mundo extraordinario e indescriptible al que pertenezco realmente, al igual que un delgado rayo de luz que penetra en una habitación oscura a través de un pequeño agujero no pertenece a la habitación que ilumina sino al sol efusivo que está a millones y millones de millas. Estoy tan convencido de la existencia de este supersentido como lo estoy de los otros cinco presentes en cada uno de nosotros. De hecho, cada vez que hago uso de él, percibo una realidad ante la cual todo lo que trato como real parece insustancial y oscuro, una realidad más sólida que el mundo material reflejado por los demás sentidos, más sólida que yo mismo, rodeado por la mente y el ego, más sólida que todo lo que puedo concebir, que es incluso la solidez misma. Aparte de esta característica extraordinaria, soy sólo un ser humano normal con un cuerpo quizás más sensible al calor y al frío y a la influencia de factores disonantes, mentales y físicos, que el cuerpo normal.

El relato verídico y sin adornos de una vida normal expuesto en estas páginas, antes del desarrollo repentino del extraordinario estado mental y nervioso ya descrito, es, en mi opinión, suficiente para corroborar el hecho de que, en un inicio, yo no era ni mejor ni peor como ser humano que otros y no poseía ninguna característica fuera de lo común, como las que normalmente se asocian con los hombres visionarios, que me diese derecho a un favor divino especial. Además, el excepcional estado final de conciencia, que todavía poseo actualmente, no apareció repentinamente, sino que marcó la culminación de un proceso continuo de reconstrucción biológica nada menos de quince años después de la primera señal inconfundible de una nueva florecencia. Este proceso todavía actúa en mí, pero, incluso después de una experiencia de más de veinticinco años, todavía estoy asombrado ante la magia de la energía misteriosa responsable de las maravillas que presencio día tras día en mi propio cuerpo mortal. Considero tales manifestaciones con las mismas sensaciones de asombro, adoración y admiración con que las consideré en la primera ocasión, y estas sensaciones han aumentado en intensidad, y no han disminuido, como ocurre generalmente con los fenómenos materiales. Contrario a la creencia que atribuye el crecimiento espiritual a causas puramente psíquicas, a la abnegación y renuncia extremas, o a un nivel increíble de fervor religioso, descubrí que un hombre puede elevarse del nivel normal de conciencia a otro superior a través de un proceso biológico continuo, tan regular como cualquier otra actividad del cuerpo, y que en ninguna fase es necesario, o incluso deseable, que descuide su carne o niegue un lugar en su corazón a los sentimientos humanos. Un estado superior de conciencia, capaz de liberarse de la esclavitud de los sentidos, parece ser incomparable, a no ser que tengamos en cuenta los factores biológicos, con una existencia física en que conviven las pasiones y deseos y las necesidades animales del cuerpo, por muy restringidas que estén. Pero puedo decir con toda seguridad que una medida razonable de dominio sobre los apetitos, junto con algún conocimiento del extraordinario mecanismo y una constitución adecuada, resultaron ser una medida más segura y sana para el desarrollo espiritual que cualquier exceso de auto-mortificación o fervor religioso anormal.

Tengo todos los motivos para creer que la experiencia mística y el conocimiento trascendental le pueden acaecer a un hombre tan naturalmente como el flujo del genio, y que para este logro no es necesario que él, salvo unos esfuerzos bien dirigidos al ennoblecimiento de sí mismo y la regulación de sus apetitos, se aparte excéntricamente del curso normal de la conducta humana. Con indiferencia de que el proceso transformador se ponga en marcha a través de un esfuerzo voluntario o espontáneamente, la pureza de pensamiento y un comportamiento disciplinado son esenciales para minimizar la resistencia de la acción purificadora y transformadora de tan gran poder en el organismo. El sujeto debe salir intacto en cada aspecto de la gran prueba, metamorfoseado pero mentalmente sano y con el intelecto y las emociones inalterados, para poder

evaluar y saborear completamente la felicidad suprema de una unión arrebatadora ocasional con el océano indescriptible de la conciencia en el estado trascendental, mediante la delimitación de la diferencia entre el frágil elemento humano presente en él, por un lado, y el espíritu inmortal por el otro. Sólo de este modo puede hacerse realidad la beatitud incomparable de la liberación, porque dado que la existencia incondicional está fuera de los límites del placer o del dolor, el que realmente disfruta encarnado en la criatura humana condicionada y vinculada a su ego es el visionario y nadie más.

Tal como fui creado por la naturaleza, ninguna manifestación de tipo ordinario, sea en forma de trance acompañado de visiones y éxtasis o en forma de poderes psíquicos despertados repentinamente, hubiera sido absolutamente convincente para mí, silenciando las voces insistentes de las innumerables dudas que hay que satisfacer ahora a la luz del conocimiento moderno antes de que una mente estrictamente racional pueda aceptar la existencia del mundo espiritual y la posibilidad de desarrollo de un estado superior de conciencia en un hombre normal. Tal explicación debe ser tan convincente para el antropólogo como para el hombre de Dios y tan razonable para el psicólogo como para el estudioso de la historia. La respuesta que se me dio finalmente, después de casi medio siglo de esperanza y observación, y con poco menos de un cuarto de siglo de sufrimiento, con una minuciosidad asombrosa que es característica de todas las leyes universales, por fin consiguió acallar una por una las dudas obstinadas, con una solución factible para el mayor problema de todos los tiempos que afronta el hombre. Ahora sólo hace falta el trabajo y el sacrificio de otros hombres inteligentes de esta y futuras generaciones para que lo conviertan en el principio de la ciencia exacta, y tendrán que acudir a ella para su inspiración y orientación, conscientes por primera vez del propósito y meta de la existencia humana por los que todos ellos tendrán que luchar.

Sin orgullo por el logro, sin la menor pretensión de intervención divina, propongo humildemente, fundándome en los conocimientos que he adquirido, que la religión es en realidad mucho más que lo que es o lo que se ha imaginado que es; en realidad, se trata de la expresión del impulso evolutivo en los seres humanos, que surge de un centro de poder orgánico existente en el cuerpo y que actúa de forma imperceptible aunque con regularidad, y es sensible al estímulo voluntario en condiciones favorables. Es más, el estado trascendental, del que por el momento sólo hay disponible una imagen vaga aunque inconfundible a través de las descripciones proporcionadas por los visionarios, es la herencia natural del hombre, con todos sus sentimientos y deseos, sólo que refinado y restringido para que actúe de acuerdo con las necesidades de una clase superior de percepción. También la felicidad y el bienestar de la humanidad dependen de su adhesión a las leyes todavía desconocidas de este mecanismo evolutivo, conocido en la India como Kundalini, que lleva a todo hombre hacia un estado glorioso de conciencia con todas sus capacidades para actuar, amar y disfrutar intactas e incrementadas, en lugar de disminuidas, aunque actúan bajo el sometimiento de una voluntad cultivada, conforme a los dictados de una conciencia desarrollada correctamente y de acuerdo con los decretos de un intelecto adecuadamente informado y por completo consciente de la mente que tiene ante sí.

Por mi propia experiencia, que abarca un cuarto de siglo, he sido llevado irresistiblemente a la conclusión de que el organismo humano está evolucionando en la dirección indicada por místicos, profetas y genios, a través de la acción de este mecanismo maravilloso, situado en la base de la espina dorsal, que depende principalmente para su actividad de la energía suministrada por los órganos reproductores. Este mecanismo se conoce y se manipula desde tiempos muy remotos, aunque no en su aplicación general como órgano evolutivo del hombre, sino en la esfera individual como forma de desarrollar la espiritualidad, las facultades supranormales y los poderes psíquicos. Cuando se le manipula, despierta a la actividad intensa por la acción de hombres ya avanzados en el camino del progreso y sujetos a numerosos factores, sobre todo una herencia favorable, la constitución, la conducta, la ocupación y la alimentación, y puede llevar a unos resultados extraordinarios y sumamente útiles, desarrollando el organismo por etapas generales desde su estado original hasta un estado de eficacia mental extraordinaria, conduciéndolo finalmente a la combinación del apogeo de la conciencia y el genio cósmico.

La civilización y el ocio, despojados de los abusos evidentes que se han infiltrado en ambos a causa de la ignorancia y una idea fundamentalmente equivocada de las metas de la vida humana, son sólo medios para conseguir este importante fin. Mal planeados y equivocadamente utilizados en la actualidad, por necesidad tendrán que pasar por un proceso de refinamiento cuando la meta quede establecida claramente. Todos los grandes sabios y videntes del pasado y todos los grandes fundadores de religiones, con indiferencia en cuanto a si fueron guiados intuitivamente por la vida evolutiva misma o por la observación, han hecho hincapié, consciente o inconscientemente, en dichos rasgos de carácter y formas de conducta, que nos llevan definitivamente al progreso. Los productos superiores de la civilización, profetas, místicos y genios, indican con claridad la dirección y la meta de la evolución humana. Estudiados desde el punto de vista de los hechos mencionados en estas obras, se verá que todos tienen características comunes. El motivo y la fuerza motriz que hay detrás de ellos en todos los casos es sin excepción alguna Kundalini.

Estudiados críticamente desde este punto de vista, la antigua literatura religiosa de la India, las doctrinas esotéricas de China, la tradición sagrada de otros países y fes, los movimientos y religiones de la cultura

prehistórica, con variaciones debidas al desarrollo, al entorno y a los hábitos y costumbres de la gente, se observará que todos señalan sin lugar a dudas en la misma dirección. De forma muy extendida en la India, en mayor grado en China, y hasta cierto punto en el Oriente Medio y Grecia, y también en Egipto, los métodos para activar el mecanismo para desarrollar facultades mentales, supranormales y poderes espirituales, se conocían y se practicaban siglos antes de la era cristiana. En la India, su capacidad de conferir el genio se reconocía y se aprovechaba conscientemente por su valor pragmático. Existe suficiente material disponible en los libros sagrados de mi país para corroborar estas afirmaciones en casi todos los aspectos. La doctrina del Yoga, uno de los mayores productos del prolongado esfuerzo humano que se extiende miles de años atrás, debe su origen a la posibilidad que existe en el organismo humano de volver a moldearse en la iniciación y con la cooperación de la conciencia superficial para llegar a un estado superior de eficacia funcional y orgánica que tiende a llevarlo más y más cerca de la sustancia primordial responsable de su existencia. Esta posibilidad, presente en algunos y no en otros, no puede ser accidental, ni puede ser tan sólo un producto artificial del esfuerzo humano totalmente aparte de la naturaleza. Debe existir como una potencialidad, presente naturalmente en el cuerpo humano, dependiente para su realización efectiva de leyes y factores todavía no conocidos o comprendidos correctamente.

El despertar de Kundalini es la mayor empresa y el logro más maravilloso que está al alcance del hombre. No existe ningún otro método en absoluto para que su intelecto minucioso pueda ir más allá de los límites de un universo físico sin sentido. Proporciona el único método disponible para la ciencia de establecer empíricamente la existencia de la vida como un poder inmortal e inteligente que se encuentra detrás de los fenómenos orgánicos de la tierra, y lleva consigo la posibilidad del cultivo planeado del genio en individuos no dotados desde su nacimiento, y de este modo revela ante el ojo mental del hombre sendas y vías para la aceleración del progreso y el incremento de la prosperidad que es imposible imaginar actualmente. Pero las empresas heroicas sólo puede emprenderlas hombres sumamente inteligentes, serenos y equilibrados, de ideales castos y resoluciones nobles. El experimento lo realizan ellos en su propia carne preciosa y, en el momento actual, con riesgo de sus vidas.

Cuando sea conducido por la clase adecuada de hombre, de la manera correcta y con las precauciones debidas, lo que queda explicado en parte en estas páginas y en otras obras, el experimento seguramente tendrá éxito, y en algunos casos será suficiente para demostrar la existencia del mecanismo que lleva a resultados divergentes después del despertar. La reacción creada en el sistema puede disminuir después de algún tiempo, apagándose como un fósforo encendido sin producir ningún cambio notable en el sujeto, después de darse como fenómeno biológico extraordinario y extraño durante meses, expuesto a la observación, el análisis y la medición; o después de períodos variables puede llevar por fin al daño permanente, sea mental o físico, o a la muerte. En el último caso, realmente logrado, el proceso transformador generado puede llevar a aquel estado sublime que impulsa al mortal errante hasta alturas superiores, en alegre proximidad con la conciencia eterna, omnisciente y consciente, más maravillosa que la maravilla, y más secreta que el secreto, que, como la vida encarnada, se manifiesta de formas incontables, fea y hermosa, buena y mala, sabia e insensata, que vive, disfruta y sufre a nuestro alrededor.

Los experimentos, aparte de proporcionar pruebas indiscutibles de la existencia del propósito de la creación, a la vez sacan a relucir una dirección nueva y sana dispuesta por la naturaleza para la sublimación de la energía humana y la utilización de recursos humanos, malgastados actualmente en ocupaciones frívolas, desvalorizando distracciones y empresas innobles inadecuadas para la dignidad del hombre. El conocimiento de los métodos más seguros para despertar Kundalini y su aplicación empírica por los hombres más nobles, preparados física y mentalmente para ello, producirán para la humanidad una periódica cosecha dorada de grandes prodigios espirituales y mentales que en la era atómica y postatómica serán los únicos capaces de desempeñar, de un modo adecuado, de acuerdo con la seguridad de la raza, los cargos supremos de ministros de Dios y soberanos de los hombres.

No es difícil observar que hoy en día existe una amenaza para la seguridad de la humanidad más grande que cualquiera de las que haya afrontado anteriormente. Aunque es posible que ello no suponga el peligro espantoso de eliminar todo rastro de civilización de la faz de la tierra, es probable que cause estragos generales, la pérdida de millones de vidas, miseria y sufrimientos inauditos nunca experimentados hasta el momento a una humanidad herida por dificultades y acostumbrada a las catástrofes. Para mí resultaba un enigma el motivo de que la situación mundial tuviera un aspecto tan amenazador en una era de dominio popular, de prosperidad sin precedentes, de adelanto incomparable en todas las ramas del conocimiento, de educación general, libertad de pensamiento y, sobre todo, de un dominio casi completo de todos los recursos de la tierra. ¿Qué pequeño tornillo estaba aflojado en una máquina normalmente perfecta que creaba tal trastorno que amenazaba con desgarrar el complicado mecanismo completo en pedazos? Pero cuando llegó la

respuesta inmediatamente vi luz donde antes había oscuridad total, y en esa luz el extraordinario manuscrito del destino humano que se desplegaba me concedió una vislumbre del pasado y del futuro del hombre. De este modo descubrí por qué sus esfuerzos de acumular riqueza finalmente sirven para alimentar la disipación, por qué sus intentos de levantar imperios siempre llevan a la invasión, y por qué sus empeños de ganar poder terminan invariablemente en la disensión. Todo lo que señalaban los conocimientos era un pequeño tornillo presente en el organismo humano que, descuidado hasta el momento, ejerce el mismo efecto sobre la grandeza y la decadencia del hombre y de las naciones que el que ejerce un muelle sobre la precisión de un reloj.

Un montón de cuestiones sumamente importantes, que exigen una atención urgente, surgirán cuando se establezca que existe realmente en el hombre un mecanismo evolutivo, continuamente activo en el desarrollo del cerebro y que lleva hacia un estado predeterminado de conciencia superior. No es difícil formular una idea acerca de estas cuestiones, de las que las más fundamentales, es decir la dirección del impulso evolutivo, los factores biológicos que están en juego y las pautas de conducta necesarias para individuos y sociedades para facilitar el proceso de transformación, necesitan aclaración inmediata para evitar que los hombres, actualmente perdidos en cuanto a su meta futura, vayan en dirección contraria a la que propone la naturaleza. Tal conflicto sólo puede dar como resultado una pelea gigantesca en la que, después de sufrimientos y aflicciones prolongados, la parte vencida y herida, como se puede comprender fácilmente, será el hombre.

Se puede observar con facilidad que se está produciendo una alteración claramente perceptible en la estructura sumamente delicada de la mente humana, y que somos propensos a atribuir al cambio en la historia, a la modernidad, al progreso, a la libertad, a la educación liberal, y a un montón de otros factores pertinentes e impertinentes. Cuando se estudia de cerca, el cambio, aunque en parte sacado a la superficie por cualquiera de diversos factores, en realidad surge de las profundidades ocultas de la personalidad, de los fundamentos de la vida. El cambio, aunque extremadamente ligero, no puede ocurrir repentinamente, sino que debe ser el efecto acumulativo de cambios imperceptibles que han estado produciéndose en el organismo psico-fisiológico sumamente complicado del hombre a lo largo de siglos de una existencia civilizada, comparable en algunos aspectos a las leyes evolutivas. Para el crecimiento correcto del hombre, del que depende la seguridad y la felicidad del individuo y de la humanidad, es esencial que su contenido mental muestre una mezcla armoniosa y apropiada de emoción, voluntad y pensamiento, y que exista un desarrollo acorde de la moral y el intelecto. Si esto no sucede y se da una preponderancia desproporcionada de uno con el subdesarrollo de otro o de los otros dos, es un indicio de que el crecimiento es anormal y de que, por lo tanto, nunca puede conducir a la felicidad o al progreso de la raza. La preocupante situación actual del mundo es la consecuencia directa de dicho crecimiento poco armonioso del hombre interno. Ni a través de ningún ejercicio del intelecto ni con ninguna muestra de ingenio, puede la humanidad escapar del castigo que debe pagar por la violación continua de las leyes evolutivas. Aunque todavía desapercibido a causa de la ignorancia absoluta relativa al mecanismo todopoderoso, Kundalini desempeña un papel en la determinación del destino humano y en el desarrollo espiritual y mental del hombre tan importante como el que desempeña el sistema reproductor en la propagación de la raza. Está cerca la hora en que el mecanismo hará que se sienta su existencia a través de la fuerza viva de inexplicables factores concomitantes, que no son sensibles a ninguna otra solución. Sólo la esfera progresiva del conocimiento humano debe primero ampliarse hasta cierto punto para hacer posible al intelecto el descubrimiento de las lagunas que existen en las explicaciones actuales.

En la era actual de desarrollo tecnológico sin precedentes y de formidables explosivos lo suficientemente potentes como para eliminar grandes ciudades en un instante, la menor tendencia extravagante en la mente de los dirigentes de hombres, particularmente los que ocupan puestos de poder, está cargada del mayor peligro para la raza. Un solo acto impremeditado o una cadena imprevista de circunstancias, reaccionando sobre mentes éticamente inferiores, por muy dominantes que sean intelectualmente, puede prender la chispa que será suficiente para reducir porciones enteras del jardín sonriente de la humanidad a montones de ceniza virulenta. Por consiguiente, mientras no se conozcan los hechos básicos sobre la mente y la ciencia no posea las técnicas necesarias para controlar las propensiones inherentes que, presentes en hombres que ocupan posiciones de autoridad, pueden causar estragos a escala global, la humanidad continuará esperando precariamente encima de un volcán dormido propenso a la erupción violenta en cualquier momento.

La única salvaguarda segura contra la amenaza ahora constantemente inminente de una guerra aniquiladora es un conocimiento amplio de Kundalini. Yo creo que es la mano oculta del destino, que a pesar de sus limitaciones me obliga a presentar una verdad religiosa demostrable de extrema importancia, lo que puede salvar a la humanidad en este momento crucial, cuando va impotente a la deriva, hacia el mayor desastre que haya sufrido jamás, y todo a causa de su ignorancia absoluta de las leyes del extraordinario organismo que funciona en el sistema de cada miembro de la raza. La única fuente de fuerza que poseo es mi

convicción absoluta acerca de la exactitud en todos los aspectos de las revelaciones que estoy haciendo sobre Kundalini. Estoy completamente seguro de que las características principales del despertar descritas en esta obra, los resultados definidos y las consecuencias esenciales pronosticadas se demostrarán plenamente mediante la experimentación y la corroboración de fuentes inesperadas, parcialmente antes del fin de siglo y principalmente en los siglos futuros. También estoy seguro de que la revelación de una extraordinaria ley de la naturaleza, que podría haber permanecido envuelta en el misterio durante mucho tiempo sin que nadie pudiese ni intentar adivinar lo que era, es una especie de revelación divina. Llegué al conocimiento de esta verdad trascendental paso a paso, mediante la acción de una energía suprafísica en mi sistema, moldeándolo gradualmente para llevarlo al estado requerido de eficacia nerviosa, como si fuera a ser instruido en la antigua ciencia que yo estaba llamado a dar a conocer de una forma comprobable y adaptada a las tendencias de la era.

Es posible que alguien pregunte cómo todo lo que digo puede afectar al mundo hasta el punto de lograr crear el clima mental que eliminará la amenaza de guerras, anunciar una era favorable para el establecimiento de una religión única, un nuevo orden mundial y un gobierno universal, con la destrucción de barreras raciales y de color y la introducción de otras reformas muy necesarias que llevan al progreso libre y a la felicidad ininterrumpida de la humanidad. La respuesta es simple, tan simple tal vez que puede que muchos encuentren difícil conciliar su carácter aparentemente normal con la naturaleza colosal de la transformación que se espera que ocasione. Todos los cambios que he mencionado serán provocados con la simple estratagema de demostrar de forma empírica la transformación efectuada en el organismo humano por un Kundalini despertado voluntariamente. En cada experimento logrado, los resultados serían sin duda tan positivos y tan asombrosos, que ello exigiría una revisión inmediata de algunas de las teorías y conceptos más firmemente establecidos hoy en día, lo que llevaría inevitablemente a la transferencia de la atención mundial de objetivos y proyectos puramente materialistas a problemas y búsquedas espirituales y psíquicas.

El hombre afortunado en el que la energía divina está benignamente dispuesta desde el principio, en posesión de los dones psíquicos y biológicos que, por lo que he podido juzgar, la predisponen a una realización favorable, después de periodos variables, que normalmente abarcan muchos años, demostrará extraordinarios desarrollos, tanto interna como externamente, tan asombrosos y, a juzgar por los conceptos predominantes en grandes pensadores, tan inesperados que seguramente impresionarán con su efecto abrumador, no sólo al sujeto mismo sino también al científico diplomado dedicado a la observación del fenómeno. Interiormente, el hombre florecerá en un visionario, como vehículo de expresión de una conciencia superior dotado de un sexto sentido espiritual o mental; exteriormente será un, genio religioso, un profeta, un gigante intelectual, con diversos talentos y una penetración desconcertantes, alterado por completo mentalmente con respecto a lo que era antes del experimento. En los casos excepcionales, y estos ejemplos ocurrirán en la era futura, cuando se conozcan mejor los hechos acerca de la forma de operar del extraordinario poder, el mortal dotado puede desarrollarse hasta el superhombre, capaz de prodigiosas hazañas espirituales, mentales y físicas, fuente de admiración y asombro para las multitudes y de inspiración y orientación para otros ya firmemente colocados en el camino pero no destinados a alcanzar sus alturas. La mayoría de las jerarquías tarde o temprano encontrarán acceso a la fuente eterna de la sabiduría infinita para recoger mensajes inimitables inspirados en el idioma y adaptados a sus necesidades para la ilustración y la orientación de la humanidad.

Algunos pocos experimentos serían suficientes para convencer al mundo de la validez y del carácter natural del fenómeno. Los resultados obtenidos proporcionarán las pruebas necesarias para descubrir la naturaleza y el propósito del impulso religioso en los hombres, manifestar el misterioso poder soberano del que sus profetas y sabios extraían su autoridad e inspiración, revelar el origen del genio, poner al descubierto la fuente secreta del arte y, sobre todo, dar a conocer la meta inmediata dispuesta por la naturaleza para la humanidad, y que debe conseguir a toda costa para vivir en la paz y la abundancia. En cuanto al aspecto empírico del fenómeno, los efectos serán la uniformidad de los síntomas, la regularidad y secuencia ordenada de los procesos biológicos, claramente observables día a día durante años, mostrando la acción de una forma superior de energía vital en el organismo, dando finalmente como resultado la transformación completa de la personalidad y el desarrollo de facultades mentales superiores. Esto sólo puede llevar irresistiblemente a la conclusión de que, a través de la aplicación de alguna extraordinaria ley biológica todavía desconocida por la ciencia, el organismo humano puede completar, dentro del período de algunos años, el ciclo evolutivo necesario para su ascensión a la siguiente fase que requeriría, según el curso normal de los acontecimientos, enormes períodos de tiempo para la realización del proceso.

No cabe exagerar la extrema importancia de las cuestiones que plantea este fenómeno psico-fisiológico, consideradas desde la perspectiva de la tendencia científica moderna. El emerger de una conciencia de tipo

trascendental al final de un período determinado, el resultado inevitable del despertar de Kundalini en todos los casos logrados, proporciona una prueba incontrovertible de que la fuerza regeneradora que actúa en el cuerpo es consciente desde el principio del patrón fundamental al que debe ajustarse a través de los procesos biológicos transformadores puestos en marcha.

La existencia de un poder empíricamente demostrable en el sistema que no sólo es completamente consciente de todas las confusas complejidades psico-físicas del organismo sino que también es capaz de reformarlo hasta conseguir un nivel muy superior de actividad orgánica y funcional para que armonice con las exigencias de un estado superior de conciencia, sólo puede tener un significado: que la fuerza evolutiva del hombre le está llevando hacia un estado de sublimación ya conocido y predeterminado del que la humanidad no tiene ningún conocimiento salvo el que proporcionan los conceptos religiosos de profetas y visionarios.

La investigación no se debe enfocar con un espíritu de conquista o de arrogancia, con la intención de conseguir la victoria sobre una fuerza de la naturaleza, lo que ha caracterizado el planteamiento por parte del hombre de los problemas del mundo material, sino con humildad, con un espíritu de entrega total a la Voluntad Divina y con dependencia absoluta de la Merced Divina, con el mismo estado de ánimo con el que uno se acercaría al sol abrasador. No existe ningún otro medio salvo éste para que el hombre llegue a la solución de un misterio de la creación normalmente impenetrable, ninguna otra manera de descubrir cuál es el camino que la naturaleza ha escogido para su progreso, ninguna otra manera de conocerse y reconocerse, ninguna otra manera de salvarse de la horrible consecuencia de la violación consciente o inconsciente de las poderosas leyes que gobiernan su destino. Éste es el único método que existe para colmar el abismo que actualmente existe entre la ciencia y la religión, entre ambiciones e ideologías políticas opuestas, más mortales que la enfermedad, más virulentas y más espantosas que todas las epidemias juntas, entre fes religiosas, razas, naciones, clases, y finalmente entre los hombres. Ésta es la luz inmortal, sostenida desde lo alto por la naturaleza desde tiempo inmemorial para guiar los pasos vacilantes de la humanidad errante a través de las cuevas y recodos, las subidas y bajadas del camino tortuoso de la evolución, la luz que brillaba en los profetas y sabios de antaño, que continúa brillando en los genios y videntes de hoy en día, y que continuará brillando toda la eternidad iluminando el vasto anfiteatro del universo, para el juego maravilloso e interminable de la eterna, todopoderosa reina de la creación: la vida.

FIN